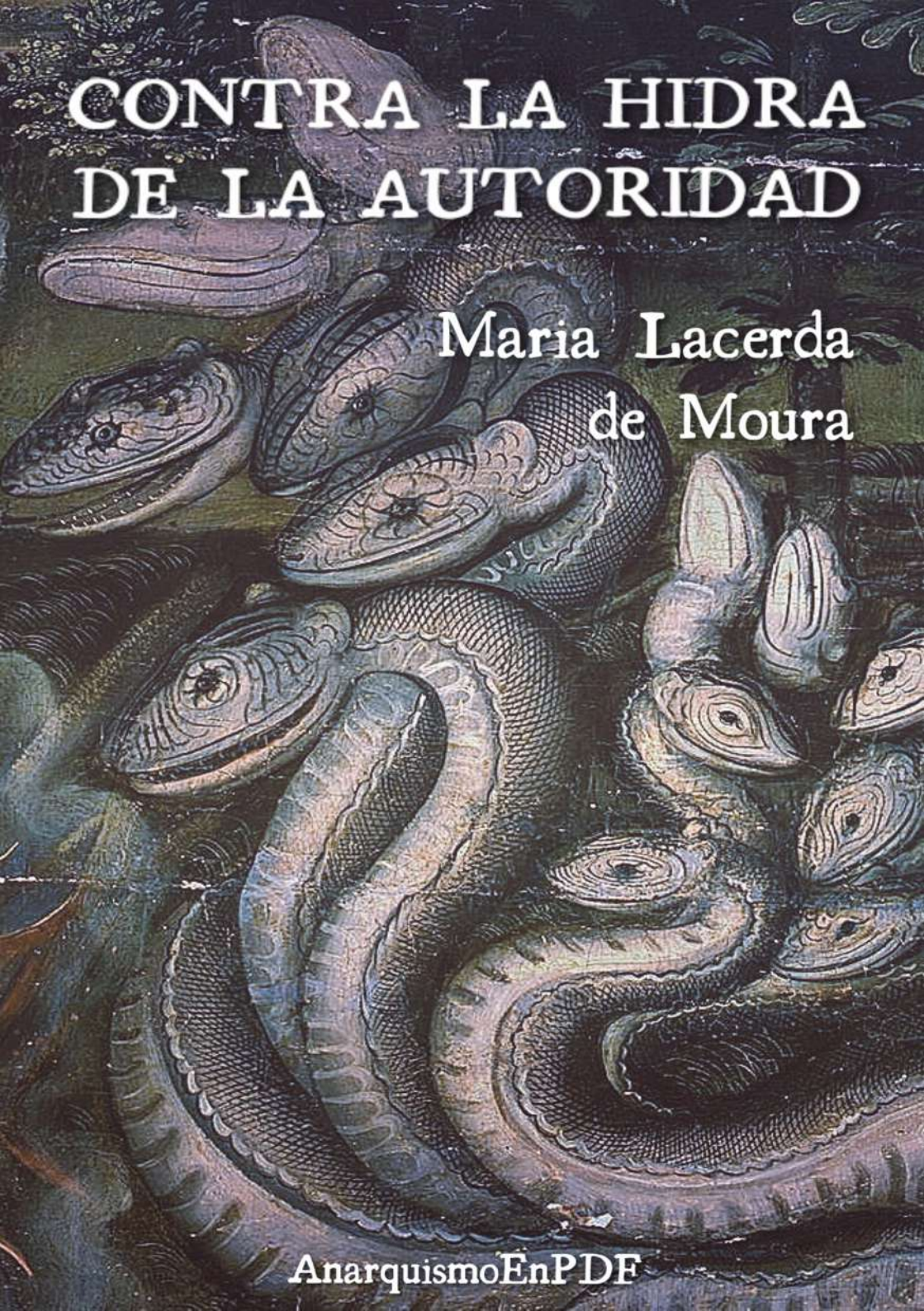
CONTRA LA HIDRA DE LA AUTORIDAD

Maria Lacerda de Moura



AnarquismoEnPDF

MARIA LACERDA DE MOURA

CONTRA LA HIDRA DE LA AUTORIDAD

1ª edición: diciembre de 2021
Recopilación, transcripción y revisión: ANARQUISMO EN PDF

Edición conmemorativa en el 8º aniversario de Anarquismo en PDF

ÍNDICE

Maria Lacerda de Moura (por Vladimir Muñoz) 7
El individualismo estoico de Han Ryner 21
La sociedad israelita «Migdal» y el tráfico de blancas 44
La maternidad consciente 57
¿Un programa? ¿Declaración de principios? 60
¿Tiene sexo la inteligencia? 69
Una voz se hizo para hablar 86
Religión y catolicismo 92
El sentido religioso 95
Espiral 100
Oración 103
La violencia y la sociedad 107
Procreación y miseria 112
Los libertarios y el feminismo 126
La educación moral 133
La enseñanza es una apropiación indebida 138
La santa violencia 144
Todo es creación nuestra 152
El trabajo femenino y la aspiración de la mujer 157
Una hipótesis que es un sueño de perfección 166
El problema económico 170
Kardec y Comte 174
Seamos objetores de conciencia 181
Nutrición y sexualidad 185
La Asociación Internacional Biocósmica 189
La Asociación Internacional Biocósmica y la solidaridad 195

El salvajismo fascista contra los israelitas 199
La sujeción de la mujer y el predominio religioso y capitalista 203
La Cadena de la buena suerte 208
La «Escuela de la nueva oportunidad» 215
Cuando el amor muere 224
La concepción ryneriana del amor 229
La mujer nueva y la moral sexual 239
Amor y libertad 248
Pedagogía y educación 253
Mussolini, las mujeres y el maltusianismo 255
El fascismo contra la evolución humana 259
Han Ryner, el Sócrates moderno 264
Contra el fascismo 268
El ídolo de la cultura fascista 270
Pitágoras, o la sabiduría del silencio 274
Ibsen 285
Carpe Horam 293
La ciencia al servicio de la degeneración humana 301
Domesticando 309
Guerra a la guerra 315
Seducidas y deshonradas 321
Abolición legal del derecho de paternidad 326
La política no me interesa 335
Ni gobiernos ni sacerdotes 340

Maria Lacerda de Moura, alma y eje de todo un movimiento educativo, espíritu audaz y abierto a todas las modernidades, recia figura femenina, capaz de galvanizar las energías dormidas, de injertar fuerzas creadoras a los cuerpos, debilitados por una educación falsa, de varias generaciones de mujeres, temperamento combativo, rebelde, impetuoso, tierno y cordial, está llamada a ocupar un puesto preeminente en las ideas modernas.

FEDERICA MONTSENY

Entre los pocos espíritus que asoman en América concretando expresamente la realidad del porvenir se encuentra la de Maria Lacerda de Moura.
Mujer de temple desigual ha avanzado resueltamente en su vida y en su época. Se ha lanzado a la lucha como pocas lo hacen y puesto al servicio de sus altivos ideales, su gran inteligencia y su exquisita sensibilidad.

JUAN LAZARTE

Su canto a la belleza y a la maternidad, es de innegable valor; educar a la mujer para madre es el pensamiento de todas las escritoras, que no han mojado su pluma en el tintero de la rutina, porque educarlas para madres no es cantar un himno a la maternidad, conservando a la mujer al mismo tiempo en la más perfecta ignorancia, sino educarla para esta misión que tiene tanto de grande y sublime realizada por una educadora consciente, como de nefasta llevada a cabo por una ignorante.

ANTONIA MAYMÓN

Maria Lacerda de Moura

MARIA LACERDA DE MOURA[1]

María Lacerda nació el 16 de mayo de 1887, en Manhuaçu (Minas Geraes), Brasil, en la hacienda «Monte Alverne», que pertenecía a Francisco de Asís Toledo, su abuelo materno. Era hija de Modesto Lacerda y Amelia Toledo.

En 1892, con su familia, se trasladó a Barbacena, en donde pasó su infancia. Hizo sus estudios primarios en el externato del Asilo de Huérfanas, teniendo como maestra a la hermana Rosa, preceptora religiosa que educó a varias generaciones de la ciudad. Desde la edad de diez a doce años, tuvo la influencia intelectual de su padre, espíritu culto y honesto. En temprana edad, le hacía traducir a Lachâtre,[2] proponiéndose así introducir en aquel joven cerebro en formación, la independencia, el valor y la integridad moral que la caracterizaron en su ulterior vida. En 1900, se matriculó en la escuela normal de Barbacena, en donde renombrados viejos profesores daban sus lecciones. A los dieciséis años, en 1904, terminó sus cursos de maestra. En enero de 1905 s e casó con Carlos Ferreira de Moura, su comprensivo compañero durante más de cuarenta años. En los primeros años de su matrimonio, se dedicó a la pintura, al piano, la xilografía, el bordado, etc. En 1908, fue nombrada maestra de trabajos manuales en la escuela normal. Un poco más tarde, fue maestra de pedagogía e higiene y

[1] *Cénit*, n.º 49, enero de 1955.
[2] Maurice Lachâtre (1814-1900), *nom de plume* del Barón Maurice de La Châtre, editor socialista francés. Autor de una *Histoire des Papes, Mystères d'iniquités de la cour de Rome* (1842-43).

directora del «Pedagogium», anexo a dicha escuela.

Maria Lacerda, empezó en esta época de su vida, su labor de culturización social, mediante una pedagogía racionalista de amor y ternura hacia la infancia. En su obra póstuma *O silêncio*, recordando está época de su vida, escribe:

> Cuando durante quince años ininterrumpidos, me dediqué al estudio y a la práctica de la pedagogía, psicología pedagógica e higiene infantil, como profesora en una escuela normal y directora de un *pedagogium*, aun siendo bien moza, nunca imaginé que fuese para sufrir ahora, viendo por todas partes, a mi alrededor, a los niños de hoy tan mal educados... En aquel tiempo me alimenté de todas las ideas pedagógicas contenidas en los libros de los técnicos y filósofos llamados educadores, y repetí, como toda la gente, las frases rutinarias y vulgares, que todo el mundo continúa repitiendo como un eco, porque la humanidad tiene horror de la verdad y cultiva las ilusiones y la mentira, como miedo de tener necesidad de razonar. Muchas veces en el aula, repetí la consabida frase de Locke, uno de los tales filósofos educadores: «...el niño es una página en blanco, un bloque de cera, en el cual escribimos o en el cual modelamos la imagen que queremos...» ¡Con cuánto entusiasmo yo pensaba que la gente, en un santiamén, podía realizar la transformación radical del mundo! Y qué dolorosa experiencia me aguardaba, experiencia llena de riqueza, un tesoro de sabiduría, para que yo aprendiese a barrer del cerebro, todas las frases preconcebidas y procurase desaprender todo cuanto me enseñaron para ir, por mí misma, a buscar y decir valerosamente la verdad de mi conciencia. Tesoro caído para mí desde el cielo, esa dolorosa experiencia que me abrió los ojos para ver por mí misma, dejando de lado a los llamados maestros intelectuales, para guiarme por mi Maestro interior.

Maria Lacerda pronto se dio cuenta que:

nadie educa, todos deseducan y en la deseducación, cada cual se empeña en enseñar a los niños, una mentira social... una hipocresía, para que pronto aprendan o matar la conciencia interna.

Partidaria de los métodos educativos pitagóricos, basados en la filosofía o sabiduría del silencio, comenta:

En vez de las lecciones del silencio y de los métodos montessorianos para el despertar interior de la iniciativa y del control, nuestras escuelas tienen la brutalidad del fútbol y en el hogar, las novelas policiales de la radio. Bellísima educación de violencia y de crimen, de egoísmo y de los métodos modernos de chantaje, de traición, de brutalidad, y de la futura acción política de los gánsteres...

Esta reacción de Maria Lacerda hacia la deseducación de la infancia por parte de las instituciones oficiales de enseñanza, deja ver fácilmente su gran amor por la infancia, Por eso escribe:

...siempre pienso en esas criaturas infelices, a montones criadas y con nombres feos, con los gritos epilépticos y devoradores de ciertas madres, no de las descritas en el brillante trabajo de la poetisa Leonor Pausadas, sino de las otras, ricas o pobres, burguesas o proletarias, todas mujeres del pueblo, de la alta y de la baja sociedad por la deseducación, madres que dejan a los hijitos con cualquier criada y cuyas nodrizas o empleadas proceden como describió el malogrado Moncorvo Filho[3] en sus años de pediatra, nodrizas que dan a los niños, no leche sino drogas para hacerlos dormir... Así tienen tiempo disponible para conversar con los enamorados, mientras que las patronas están en las ruletas, casinos, teatros y visitas. No ha mucho, en Copacabana, murió uno de esos niños en la

[3] Moncorvo Filho (1871-1933), médico brasileño creador, en 1899, del Instituto de Protección y Asistencia a la infancia de Río de Janeiro.

madrugada, narcotizado con una dosis demasiado fuerte y durmió para siempre.

Y prosigue:

> ...las madres modernas están perdiendo hasta el mismo instinto animal de la maternidad, y preciso es que volvamos hacia atrás, si no queremos estacionarnos en un grado peligroso de la época más negra de nuestra civilización voraz. Burguesas y proletarias, el problema es igual en el sentido ético, constatando que la proletaria tendría pretextos mucho más serios para limitar la maternidad y es justamente la más sacrificada. Los abortos son en tal número alarmantes, por mediocres motivos en general, como gozar de la supuesta vida, atender a la belleza física, al marido... son en tal número considerables y asustadores que pueden canalizar en terribles proporciones, cuando el problema podría ser razonablemente resuelto con el neomaltusianismo, en los casos justificados, necesarios y naturales. Pero, a esto lo llaman inmoralidad, mientras que matar al hijo en las entrañas todos lo hallan natural.

Al margen de sus actividades escolares, escribió en su casa dos obras pedagógicas, sumamente interesantes. La primera, *Em torno da educação*, le valió elogiosas cartas de muchos escritores, entre los que cabe destacar aquí a José Ingenieros, genial autor de esa perdurable obra que es *El hombre mediocre*, y a José Oiticica, el profesor brasileño siempre animador de *Ação Direta* y autor de una reciente obra sobre el ideal anarquista. Alentada por la crítica hecha por Oiticica en el cotidiano *Correio da Manhã*, escribió la segunda, titulada *Renovação*. Ambos libros aparecieron recién acabada la primera guerra mundial. Sobre libre pedagogía aún escribió otras obras: *A fraternidade na escola*, 1922. *Lições de pedagogia*, 1925. *Ferrer, o clero romano e a educação laica*, 1934, y *Português para os cursos*

comerciais, 1940, admirable obra gramatical.

Maria Lacerda, si se dio pronto cuenta de la gran injustica que se comete envenenando a los niños en las escuelas oficiales con la enseñanza oficial, apta para hacer ciudadanos de mentalidad gregaria, sostenes incoloros de la sociedad madrastra y mercenaria que padecemos, no tardó mucho en apercibirse de la gran barbarie social de nuestra pretendida «civilización» (?)... Por eso escribe:

> No es desconociendo los problemas de la vida real u omitiéndolos, como podremos auxiliar moralmente a los que sufren por ignorancia de sus deberes como seres humanos. No es fingiendo que no existen tales problemas como podremos mitigar algunos dolores y reeducar los sentimientos de los seres aún animalizados.
>
> Que los poetas suban con sus instrumentos para cantar la belleza, atisbando las rosadas nubes: es tal vez su misión. Pero, nosotros, los pensadores, tenemos que descender hasta las miserias del rudo pueblo, de la alta o de la baja sociedad, de la cima o de la sima, pues todos son iguales... para hacerlos dar un paso de elevación espiritual. A nosotros nos cabe el crear formas, pensamientos de vida pura, la noción de la responsabilidad y del deber, y en el silencio voluntario, en la soledad y en la meditación de una vida casi asceta, tenemos que hacer algo para despertar lo íntimo de los adormecidos en las aceras de la calzada de la vida. Y no es escondiendo la verdad ni las injusticias humanas, sino defendiendo lo que es noble, teniendo el valor de mirar de frente a la comedia humana de la mentira y los ídolos sociales, teniendo la temeridad en mirar de frente a la hipocresía general que la buena educación convencional cree necesaria al buen entendimiento y a la diplomacia de los salones o del granfinismo exótico e idiota.

Se inclina, pues, sobre los problemas sociales. Conociendo la dolorosa vida de los desheredados económicos, de los parias sociales que vivían en Barbacena en miserables cuchitriles, pensó en cómo podría

substituirse el rancherío por casitas económicas que mejor resguardasen de las inclemencias del tiempo a aquellos desdichados. Con el entusiasmo propio de la mocedad y asociada a otras jóvenes barbacinenses. organizó unas fiestas de arte, sin demandar ningún concurso a las instituciones políticas o conformistas, las cuales tuvieron un gran éxito y merecieron el apoyo de la mayor parte de la ciudad. Con el producto de dichas fiestas, hizo construir enseguida 22 casitas en la cima de una colina de la ciudad, conjunto al que denominó *Villa d. Viçoso*, que sigue existiendo y en la actualidad sirve de albergue a muchos ancianos desprovistos de recursos.

En Maria Lacerda había una feminista de altura. Un médico amigo, le prestó un día un folleto del doctor alienista portugués Miguel Bombarda,[4] titulado *Lições sobre a Epilepsia e as Pseudo-Epilepsias*, en el que, biológicamente, trata de demostrar que la mujer es una degenerada. Con su hermosa obra *A mulher é uma degenerada?*, rechaza la tesis de Bombarda como suspecta y anticuada. Demuestra que el sexo no tiene inteligencia y que el individuo noble, desprejuiciado y armonioso puede florecer en ambos sexos. Esta obra, que fue traducida al castellano, es sin duda, uno de los mejores estudios que se han escrito al respecto. Forja el vocablo MASCULINOCRACIA, para definir el propietarismo sexual y social del hombre pretérito y contemporáneo, hacia la mujer, eterna esclava en la comedia matrimonial. Fustiga la crueldad masculina que, instintivamente entiende que la mujer es una presa, apta primordialmente para satisfacer el impulsivismo y la obsesión.

...Al principio me costó creer que aquellas manchas rosadas en los rostros

[4] Miguel Augusto Bombarda (1851-1910), médico psiquiatra y político republicano portugués.

de las madres en estado de gravidez, fuesen debidas a puñetazos brutales de maridos bien colocados en los empleos públicos… o de carboneros o carroceros, todos actuando en idéntica forma, los mismos trogloditas feroces para ellas, y estas infelices se vengaban luego de la misma manera con sus hijitos…

Se eleva contra la prostitución sexual, lacra inherente a la sociedad arquista. Y conferencia continuamente para dignificar a la mujer. Sigámosla en una de sus páginas póstumas, cuando nos narra:

Hace unos días, en uno de mis viajes en la barca, para la isla, me senté en un rincón abrigado del viento. Serían las ocho de la mañana. Poco después llegaron hacia el mismo resguardado rincón dos mujeres, madre e hija, ya maleadas y experimentadas, preocupadas en hablar mal de alguien, en voz bien alta; en el banco de enfrente se encontraba una mujer del pueblo. Detrás de ella, dos o tres hombres trajeados, y los otros bancos, llenos de marineros, soldados, profesoras y hombres de trabajo. En la mitad del viaje, subió a la embarcación y vino hacia nuestro refugio, una mocita de unos 16 o 18 años, de esas que la maldad o la ironía humana denominó de «vida alegre», pero cuya vida es la más triste, desoladora y deprimente que puede haber. Toda mujer superior debería sentirse cómplice por la degradación a la que llegan tales pobres seres en su mayor parte inconscientes, sacrificadas por las necesidades de los hombres, los cuales siempre se consideran puros, serios y llenos de la más alta moralidad…

Venía vestida ridículamente, con traje de playa, viejo y arrugado, posiblemente heredado de otra ahora mejor acomodada, criatura del pueblo, sin ninguna educación e imitando todos los vicios y defectos de las pequeñas burguesas bien vestidas. Fumaba, se exhibía, andaba por la barca llamando la atención, sacándose irreverentemente los zapatos y las medias para examinar las uñas pintadas, toda ella exageradamente maquillada, una de esas figuras para llenar de amargura nuestros sensibles

corazones.

Todos la observaban con aires de superioridad, con aires virtuosos, sin ninguna compasión; vi dos de sus ingenuos gestos de casi una niña y sentí un dolor profundo por su inconsciencia tan descuidada, por su futura desgracia, por su ruina precipitada inevitablemente, ella que tan inocentemente se entregaba a la vida, las censuras y las miradas lascivas de los seres humanos. Por tres veces se levantó y se sentó inquieto. Cuando se sentó por cuarta vez, las mujeres ya reían a carcajadas, y todos, hombres y mujeres entreojeándose, buscaban mi mirada y mi aprobación como una complicidad en la censura colectiva que abiertamente le hacían, con mutuas sonrisas y miradas llenas de lascivia.

Sentí en mí una rebeldía interna contra la virtud problemática de aquellos hombres y mujeres... Cerré mis ojos para mirar dentro de mí misma. Silenciosamente, permanecí sin querer ver nada y sólo continué viendo con amor a aquella criatura, con mucha pena por su desventura presente y futura; pero sufrí más aún, por la impertinencia de las sonrisas y de las miradas de quienes, considerándose muy virtuosos, hombres y mujeres, censuraban a la jovencita inconsciente encaminada por la sociedad hacia una encrucijada inevitable, con el fin de resguardar a las hijas de los ricos y de los potentados. Pero ¿es acaso más culpable aquella infeliz o aquellos hombres y mujeres que se colocan en el lugar de jueces de las desgracias humanas?

Analizando el problema del amor, María Lacerda concluye, considerándolo en el aspecto meramente físico por sus consecuencias sociales, en el neomaltusianismo. Malthus es lo razonable en cuanto a su teoría basada en la limitación de los nacimientos. Pero la castidad que preconiza es absurda, puesto que en el ser humano existe potente el instinto genésico, canalizado en el impulsivismo sexual. Reconocer este instinto y canalizarlo científicamente, tal fue la misión de Paul Robin y de los apóstoles del neomaltusianismo. Estudia todo esto magistralmente en su obra *Amai e... não vos multipliquéis*, en donde, con

la maestría que es peculiar en ella, analiza luminosamente, todos estos problemas.

Pero Maria Lacerda no se detiene aquí. Para ella el Amor trasciende al sexo. Es pluralista, combate el matrimonio y la hipocresía monogámica. Defiende la tesis amorosa de los anarquistas científicos americanos, como Stephen Pearl Andrews,[5] sobre el pluralismo amoroso. Y encuentra un sentimiento análogo al suyo en el sentir amoroso de Han Ryner. Analizando la obra pluralista de este último, escribe su obra *Han Ryner e o amor plural*, de la cual numerosos fragmentos aparecieron en la revista *Estudios* de Valencia.

En Maria Lacerda, ya mujer y encontrada a sí misma, tenemos el ejemplo de un ser excepcionalmente dotado que, a imagen de la Hiparquia de la antigüedad uniéndose al jorobado Crates, prefiere la sabiduría al espejismo de la «belleza» física. Maria Lacerda es una pensadora neoestoica. Busca la belleza espiritual, la belleza interna. No nos habla del estoicismo falso de un «Marco Aurelio que escribe máximas de sabiduría y luego va a hacer la guerra a los sármatas», sino de «las máximas de Epicteto, de aquel esclavo que fue un hombre libre por su realización interior».

> Han Ryner es la síntesis de toda la grandeza que las civilizaciones conservaron de sus primogénitos. Es la más alta mentalidad de nuestro siglo. En él se encuentran las más bellas y heroicas revelaciones de cuanto es grande, noble y santo en el alma humana; las más tiernas manifestaciones del amor eterno, desdoblado hasta el infinito; las más altas concepciones de las verdades intangibles; todo cuanto amplía el horizonte del corazón; todo lo que tiende a despertar los pensamientos de una inmensa

[5] Stephen Pearl Andrews (1812-1886), anarcoindividualista norteamericano, lingüista, abolicionista y autor de varios libros sobre el movimiento obrero y el anarcoindividualismo.

> claridad de ternura para contener otros pensamientos; todo lo que estimula y protesta silenciosamente contra la cicuta, la cruz, los instrumentos de suplicio y todas las inquisiciones —políticas, religiosas y sociales— desde el martirio de las hogueras hasta el martirio degenerado de las máquinas trituradoras del cuerpo y de la inteligencia. Todo, desde la máxima sabia de Buda: «El odio no se mata con el odio; el odio sólo muere con el amor», hasta la sabiduría socrática: «Solamente sé que nada sé». Todo esto constituye la base ondulante, vaga y luminosa de su ensueño metafísico que el admirable filósofo enriquece llegando hasta Sócrates: «Conócete a ti mismo para que aprendas a amar».

En casi todos sus libros posteriores a su conocimiento ético con el autor de *Psicodoro*, Maria Lacerda comenta a Han Ryner, como así en casi todos sus escritos por diversas publicaciones, haciéndolo conocer como el Sócrates del siglo vigésimo... Tenía el proyecto de traducir todas las obras rynerianas al lusitano, proyecto que su muerte frustró y sólo ahora debe aparecer la utopía *Les pacifiques*, con el título de *No país dos homens livres*.

Aunque Maria Lacerda se elevaba contra la maternidad inconsciente, amaba con maternal ternura a todos los niños.

> Siempre vi, en la práctica de la concepción de los hijos surgidos al azar o al descuido, un crimen contra la belleza de la creación humana. Y finalmente ¿qué es lo que somos todos nosotros? Engendros del azar, muchas veces del descuido, siendo no pocas veces recibidos con muy mala voluntad, por lo cual tenemos mucho derecho en reclamar más comprensión... Esta es la verdadera situación. Poquísimos, rarísimos son los hijos del amor verdadero, del deseo de traer a la tierra un ente más perfecto que nosotros, un hijo que fuese una obra de arte, de belleza, de sabiduría, de serenidad y de pureza.

No habiendo tenido ella ningún hijo, adoptó a una pobre huérfana que

vivía con su abuelo enfermo. La hizo estudiar en la misma escuela que ella estudió en otros tiempos, como así a uno de sus sobrinos, hijo de su única hermana, maestra como ella y paralítica.

Con estos dos hijos adoptivos, acompañada de su comprensivo compañero, deseando un campo más vasto para sus actividades intelectuales, se trasladó en agosto de 1921, a la gran ciudad de São Paulo. El contacto con la gran urbe fue para ella de gran valor educativo. Se dio cuenta enseguida de la falsa ruta urbicida de nuestra civilización arquista y luchó por un ruralismo económico y pedagógico, enfocado libertariamente. Puede encontrarse esta posición suya en sus artículos publicados en un diario de Río con el título de *Problemas rurais e sociais*. En él combate la emigración euroasiática, fomentada por el Estado y cruelmente abandonada en el «hinterland» brasileño, después de la primera guerra mundial, como así hace al ver el estado de pauperismo en que se encuentra el interior del gran país sudamericano, citando a menudo el gran libro de Paulo Prado[6] *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*.

En São Paulo conferencia a menudo y escribe en diversos periódicos y publica algunos libros: *A mulher e a maçonaria*, *A mulher hodierna e o seu papel na sociedade atual e na formação da civilização futura*, *Religião do Amor e da Beleza* y *De Amundsen a del Prete*, entre otros estudios. Mujer integra y valiente, sola con su pluma hizo frente a la invasión diplomática mussoliniana que trataba al Brasil como tierra conquistada, en ocasión del viaje del aviador fascista Del Prete, con artículos publicados en *O Combate*, lo que tuvo una enorme repercusión en el país y motivó la supresión del órgano fascista

[6] Paulo da Silva Prado (1869-1943) Descendiente de una de las familias más influyentes de São Paulo, hijo primogénito de Antônio Prado, fue, al igual que sus antepasados y parientes, cafetero, inversor en los sectores bancario, industrial e inmobiliario, además de mecenas y escritor.

italiano publicado en São Paulo con el título *Il Piccolo*. Esta campaña antifascista motivó que se la calumniara y denigrara, cosa común en todos los tiempos por parte de los mediócratas hacia los seres dignos e idealistas. Pero Maria Lacerda aclaró lo sucedido en su librito *De Amundsen a Del Prete* (1928). Al año siguiente, 1929, se le pidió que conferenciase en Argentina, lo cual hizo, recorriendo algunas ciudades en donde dio conferencias que tuvieron gran éxito.

Maria Lacerda era apátrida, «sem patria», como ella decía. Pero debido al clima bonaerense, ansiaba retornar enseguida al dulce clima carioca, adaptado a su organización física, pues se encontraba a menudo agripada. Lo cual quiere decir que, se puede ser apátrida y amar un lugar determinado de la tierra más que otro, por causas climatológicas, afectivas u otras... Desembarcada en Río, pronto se fue a airear sus pulmones por Botafogo y grande fue su satisfacción al encontrarse de nuevo allí.

De retorno de Argentina, se fue a vivir a Guararema, lugar próximo a São Paulo y que afeccionaba mucho, porque en él residía a la sazón su amada madre. Allí escribió su obra *Clero e Estado*, como también el magnífico libro *Civilização, tronco de escravos*. El folletito antimilitarista *Serviço militar obrigatorio para a mullher? Recuso-me! Denuncio!* data también de ese tiempo. A causa del reumatismo, trasladó su residencia a Río de Janeiro en 1934, en donde prosiguió su acción liberadora. Conferenció a menudo y escribió numerosos artículos. En 1935 retorna a Barbacena, pero como era entonces tiempo de dictadura, se le negó una cátedra cualquiera en los establecimientos de enseñanza de la ciudad, porque en los archivos de la policía de Minas Geraes, constaba como una «comunista peligrosa» (?)... Después de cierto silencio a causa de los acontecimientos políticos del país, retorna a Río en 1937, en donde vivió con ciertas dificultades materiales, al no querer depender exclusivamente de su compañero,

materialmente considerado. Luego vino la cruel guerra, la pérdida de contacto con sus amigos del Viejo Continente, entre los que cabe destacar a Han Ryner y toda esa época tan negra de la humanidad aun en el llamado Nuevo Mundo, pues como es sabido de todos, motivó el suicidio de Stefan Zweig, en el mismo Brasil (Petrópolis). Maria Lacerda fue a vivir a la Ilha do Governador, situada en la bahía de Río, y pasó todos esos años estudiando a los filósofos de la antigüedad, además de ciertos temas que le interesaban. Algunas veces conferenció en Río, como es de ello testimonio su última y póstuma obra *O silêncio*, de la que he extraído la mayoría de sus pensamientos transcritos en este estudio, publicada por su ex compañero y que trata de la filosofía del silencio, basada primordialmente en el gran filósofo de Samos, el inmortal Pitágoras.

Al morir su madre en 1944, su salud sufrió considerablemente, pues era uno de los seres que más afeccionaba en el mundo, el cual le alentaba y comprendía en sus ensueños de redención humana. A causa de ello, volvió definitivamente a Río, en septiembre del mismo año. Presintió entonces una crisis funesta, yendo desde enero hasta abril de 1945. «si me salvo, confesó a sus íntimos, viviré hasta los ochenta años». Al presentir su fin, retornó a la isla y revisó toda su correspondencia acumulada durante varios años, así como todos sus libros. Legó sus libros a los amigos y a una institución carioca, y los retratos de Tolstói, Han Ryner (éste dedicado), Beethoven y otros, pasaron a los íntimos.

Maria Lacerda de Moura murió en Río de Janeiro el 20 de marzo de 1945. Su entierro fue modesto, sin coronas y, según sus deseos, con algunas flores sobre su cuerpo. Con Maria Lacerda desapareció una de las mujeres más dotadas y admirables que hayan existido en América, uno de esos seres realizados tan raros en el mundo, uno de esos excepcionales sabios que pasaron por la vida *semant a tout vent* la

Voluntad estoica de armonía.

Y, antes de dejar caer el punto final, sería gran injusticia por mi parte silenciarme acerca de su compañero, hombre comprensivo que siempre alentó a su noble compañera. En su obra *A Mulher é uma Degenerada?* Maria Lacerda escribió:

> A mi Carlos, al más abnegado de los amigos, al más afectuoso y leal de los compañeros —esposo y hermano— a quien debo una enorme gratitud por la delicadeza con la cual identificó su vida con la mía, en la lucha de cada instante, en las esperanzas y las amarguras de cada día, al perseguir un ensueño siempre fugaz y siempre rebelde.
>
> A mi Carlos, que supo comprender toda la grandeza de mi idealismo de pensadora impenitente, siendo digno de mi profundo reconocimiento por el modo con que renunció a los prejuicios para hacer una vida conyugal enteramente diferente de la vulgaridad, de abnegación y lealtad excepcionales, contribuyendo a la verdadera felicidad en el hogar —a mi mayor amigo— mi más afectuoso y fraternal beso. Nuestra vida es el mejor ejemplo de que la verdadera emancipación femenina no representa la destrucción del hogar, al contrario: cuando los hombres y mujeres se hacen dignos unos de otros, por la superioridad moral, cuando se elevan a las alturas del gran amor que exalta y purifica, sintiendo la significación de la existencia, entonces comprenden la razón por la cual los precursores se sacrificaron en torno a una Idea.

EL INDIVIDUALISMO ESTOICO DE HAN RYNER[7]

II

Su clarividencia es de una magnanimidad asombrosa; es la del que escaló muy alto para comprender y ojear las llanuras áridas de los sectarismos y de la competencia absorbente.

Siempre dentro del precepto socrático: «Todo lo que sé es que no sé nada», no afirmando nunca, pero tampoco negando, partidario incondicional de la no violencia, individualista, libre, absolutamente libre para pensar, obrar y decir, serenamente estoico, Han Ryner espera que cada cual despierte cuando le llegue el tiempo, individualmente, que cada cual se realice íntegramente en sí mismo.

En su genial conferencia titulada *Los Artesanos del Porvenir*, dice el maestro:

> Nosotros, que queremos que algún día la Humanidad se nutra del trigo de la fraternidad, sepamos que estamos en diciembre y que no se siega hasta agosto.
>
> Nosotros, que queremos que los hombres se agrupen un día en el paraíso fraternal, sepamos que los árboles robustos crecen lentamente y no exijamos que recién sembradas las semillas den ya sombra.
>
> Queridos amigos míos, cada uno de nosotros puede producir en sí mismo un hombre tal cual sueñan los hombres futuros.

[7] *La Revista Blanca*, n.º 111 (1 de enero de 1928); 113 (1 de febrero de 1928); 115 (1 de marzo de 1928). Traducción de Elizalde. No hemos podido encontrar la primera parte del texto al no estar digitalizados los ejemplares donde se publicó.

> Que cada cual realice este acto que parece tan mediocre y que, sin embargo, es la más maravillosa y más rara de las obras maestras. Que cada uno de nosotros se esculpa y se realice como sueña el hombre de mañana. Y, en medio de las fealdades y de las tristezas del presente, formaremos ya un maravilloso oasis de bondad y de amor.

Este pequeño extracto es la conclusión de toda la obra inmortal del maestro dilecto.

Que cada cual se realice, pero, para que una criatura humana consiga realizarse, es preciso que se conozca. «No consigo conocerme más que a condición de realizarme; no llegaré a realizarme más que a condición de conocerme».

La primera lucha interior es para deslindar, del caos de nosotros mismos, a nuestro YO envuelto con todo lo que nos inocularon, lo que nos ata, lo que nos tiene maniatados, lo que impide nuestro normal desenvolvimiento. Tenemos algunas cosas nuestras y tenemos lo que hicieron en nosotros por medio de la educación, de la herencia y por los prejuicios milenarios.

La herencia de miríadas de ancestralidades, los preconceptos conservados arteramente en la comunidad social, el prejuicio secular de la «deseducación» desvirilizando al individuo en provecho del dogma estatal y religioso, egoísta y asesino, todas las consecuentes contradicciones interiores, todo ello son obstáculos para que nos encontremos a nosotros mismos.

Y, así como la semilla que, lanzada en el surco, se introduce y va a buscar, en el silencio y la soledad de sí misma, la savia que debe nutrirla y desarrollarla hasta su realización—para dar sombra y alimento—, así también, a no ser por la influencia e intervención maléfica del autoritarismo y la ambición en torno a la criatura humana, a través de todas las llamadas civilizaciones, el individuo, en el

silencio y la soledad de sí mismo, encendería la maravillosa lámpara de Aladino, para encontrar los ángeles interiores que palpitan en todos los sueños de Amor y de Belleza.

Para que cada uno de nosotros se realice es necesario, antes que nada, el desprecio de los bienes exteriores, de las necesidades inútiles, de lo superfluo, de todo lo que se aparta de la vida simple, es necesario volver a la naturaleza y obedecer las leyes cósmicas.

La civilización complica cada día más la vida y, en esa competencia bárbara de objetos inútiles, muchas veces nocivos, innecesarios para la felicidad humana, en esta acumulación de confort material, en este amontonamiento de necesidades superfinas, de lujo, de enervamiento, del desgaste de la fuerza viril, de la iniciativa creadora, cada uno de nosotros se encuentra ahogado en su individualidad, es sofocado dentro de sí mismo, es reducido a una máquina insuficiente por y para sí misma y que debe depender de una serie infinita de engranajes para poder funcionar siempre deficientemente.

Todo ello es la muerte moral, la degeneración de todas nuestras facultades por falta de ejercicio, el aniquilamiento de la energía individual, y todo en provecho de los voraces leones de esta gleba industrial y económica.

Tiene razón Han Ryner al tejer un himno en homenaje a la actividad intelectual y al poder de invención del hombre prehistórico, muy superior a nosotros, los *civilizados*.

Y, a medida que el progreso material va creciendo, más lejos nos hallamos de la superioridad inventiva del hombre de las cavernas o de las habitaciones lacustres, cuyo instinto de nutrición y de defensa produjo la más admirable de las actividades creadoras, individuales, de los que se bastaban a sí mismos en la lucha para la subsistencia.

¡Qué prodigio de paciencia, de perseverancia debió de haber en la domesticación de los animales y en la cultura de los primeros

vegetales nutritivos!

Hoy, toda la actividad de la industria, del capitalismo tiende a substituir al hombre por la máquina, tiende a inutilizar el cerebro humano, a desvirilizar la voluntad creadora, a ahogar la razón, el pensamiento, en los engranajes hechos en las máquinas calculadoras, en la iniciativa realizada, en el trabajo mecánico de hacer mover una palanca, interminablemente, por la misma criatura, en estos movimientos siempre idénticos y monótonos, entorpecedores y somnolientos en que cada operario trabaja los días enteros durante toda una existencia.

¡Qué mentalidad la del guardia civil con el fusil apuntando hacia la derecha o hacia la izquierda, muchas veces encima de un animal, (ni tan sólo le dejan el derecho de aplicar su actividad en una plaza de movimiento), a través de años y años de su existencia aniquilada por la imbecilidad de toda la gente, en esta organización social de maniquís, de idiotas y domesticados!

¡Qué mentalidad puede ser la de un elevador o la de un operario encargado interminablemente de colocar un tornillo determinado en las piezas de un automóvil en los colosales talleres de Ford!

Todo el gran interés de nuestra civilización industrial es el de aniquilar al individuo en provecho de la mercancía, del capitalismo.

No se permite ningún esfuerzo a no ser el esfuerzo muscular mecánico, siempre el mismo, anticipadamente delineado, ritmado por la calidad o la cantidad del producto.

Sofocado el productor, el operario, falta adormecer al consumidor. Se inventan los adornos, se multiplican los objetos superfluos. En las escuelas, en las universidades, el Estado se encarga de que no haya allí la muralla que ha de aislar al individuo dentro de sí mismo y les arrojan a todos en el cuadro general de la mediocracia legalmente constituida.

Esta complicación de las cosas que llena los almacenes industriales y los escaparates de las tiendas, ese confort material multiplicado hasta el infinito de lo superfluo, base descender al verdadero YO a la vida cripto-psíquica, y nos lleva hacia todas las necesidades perfectamente innecesarias, y, de esta competencia brutal, de este salto a las posiciones ocupadas, de esta correría de locos, nacen las guerras.

Vivimos artificialmente una vida que no corresponde de ningún modo a nuestras verdaderas aspiraciones, a nuestras verdaderas necesidades que son de orden puramente subjetivo. Y, toda la ciencia, todos los descubrimientos en el mundo objetivo constituyen un obstáculo que contribuye grande y directamente a que continuemos aletargados, adormecidos, emparedados dentro de nosotros mismos, desconociendo o despreciando las fantásticas posibilidades de nuestras energías latentes, de nuestros sentidos psíquicos.

Pero, si nos fijamos con atención en los escaparates de las casas comerciales, nos asustamos de ver y constatar que casi todos, y muchas veces todos, los objetos expuestos son innecesarios, perfectamente inútiles, absolutamente dispensables, muchos nocivos, en gran parte reservados para fines inconfesables, para los vicios, para la inmoralidad. Raramente vemos máquinas agrícolas u objetos caseros de estricta necesidad.

Es cosa para llorar: alguien observó ya que, mientras se inventan y perfeccionan las máquinas para complicar la vida y muy principalmente para matar al semejante, se olvida el rótulo cristiano y el «No Matarás» o el «Ama a tu prójimo como a ti mismo», mientras se inventan los gases asfixiantes, los tanques, los submarinos, los aeroplanos para descolgar la muerte, la desolación, el incendio, la destrucción bajo todos sus aspectos, los instrumentos agrícolas están aún en período rudimentario y son insuficientes, o no han sido puestos al alcance del único trabajo que hace multiplicar la vida, de aquella

ocupación sagrada que sustenta todo el edificio social.

El lujo, la ociosidad, el enervamiento, todo lo que contribuye a la expansión de las necesidades del vicio, del sensualismo, de los placeres parasitarios, de los goces materiales, de los quehaceres rastreros, en conclusión, todo lo que acarrea la degeneración del organismo y de la mente, el marasmo, el estancamiento, el desfibramiento del cuerpo y de las energías adormecidas en las profundas cavernas del YO.

Todo ello es artificial, es ficticio, es enervante. Desde la competencia loca con el afán de conquistar. un lugar en el coche social, hasta los perfumes artificiales y afrodisiacos, los cigarros de opio o los aperitivos estomacales y de los sentidos: todo, absolutamente todo, tiende a degenerar a la especie humana, a destrozarla enteramente en su organismo y en su individualidad.

Dentro de este sórdido engranaje, feroz y asesino, burgués-capitalista, denominado civilización, no hay para el individualista más que un medio de defensa: la fuga, la deserción de la sociedad, colocarse enteramente aislado contra la corriente, desafiándola con su altivez, con su nobleza de carácter, con el desprecio a los preconceptos y a las exigencias del medio social.

Ser libre, absolutamente libre de las leyes y de todas las supersticiones políticas, religiosas o sociales, para poder sentir la íntima alegría de vivir, para vibrar en armonía con las leyes naturales, para tener un Sueño más elevado.

Y, son los individualistas, los desertores como Cristo, Sócrates, Epicteto, Epicuro, Han Ryner, quienes dejan también, generosamente, un reguero de luz de su genio fecundo para iluminar las inquietudes de las almas atormentadas.

Y este evangelista de un nuevo Evangelio, este apóstol del Amor y de la Belleza, este símbolo de la Bondad, este gran amoroso, cuya

sabiduría fascinante empuja, arrebata, emociona, santifica, es apenas conocido por la minoría intelectual de los no domesticados, porque se hizo una conspiración de silencio alrededor de la obra maestra de su genio de gigante que habla, de lo alto de la montaña dirigiéndose a la llanura, con su voz primaveral a veces, a veces fluídica como la propia sabiduría, profunda y ondulante como la vida que se agita en su mundo interior de sabio, de filósofo y de artista, forjador de un sueño mayor, que es la síntesis de todos los sueños soñados por todos los precursores.

Nadie puede perdonar a Han Ryner el haber culminado a estas alturas donde apenas suben los elegidos del Amor y la Belleza.

III

Dentro de la concepción luminosa del individualismo estoico, Han Ryner resuelve el problema de su vida, de la vida humana. La conclusión ryneriana no puede ser más científica:

> De la misma manera que, para llegar a resolver el problema de la navegación aérea, era preciso consentir en la paradoja de más pesado que el aire: así también, para resolver el problema de la fraternidad, es preciso consentir en la paradoja del individualismo.[8]

Y se encuentra en el mito solar de Cristo en aquel pasaje admirable de los evangelios cristianos:

> —Ahí están tu madre y tus hermanos que quieren hablarte.

[8] *Les artisans de l'Avenir*.

Pero Cristo respondió:

—¿Quién es mi madre y cuáles son mis hermanos?

Y extendiendo sus manos hacia sus discípulos, dijo:

He aquí a mi madre, he aquí a mis hermanos.

Ya que todo el que ama la justicia y la misericordia como las amo yo, sólo aquel es mi hermano puesto que tiene el mismo Padre que tengo yo y nuestro Padre vive en nuestro corazón y en los cielos.[9]

Aquí está la condenación de la familia y de la sociedad que procuran obstaculizar nuestros movimientos y nuestra acción, los pensamientos y los sueños individuales, para rebajar al genio, al individuo al nivel de la mentalidad colectiva.

Es la negación de los lazos de la sangre y de la carne, exaltar la afinidad espiritual, la «afinidad electiva» del sentimiento y de la idea.

Nada crece, nadie se realiza si no es en el aislamiento, en el silencio de sí mismo.

La familia y la sociedad viven en abierta lucha de competencia y de mando contra la libertad individual: son un obstáculo para el desarrollo de nuestras energías interiores.

Han Ryner está, pues, con Epicteto, con Sócrates, con todos los verdaderos individualistas cuya deserción de la sociedad constituyó el más bello legado de toda la civilización mental.

Y la mentalidad de los intelectuales al servicio del Estado, de los dogmas y de las conveniencias de ocasión, intelectuales vendidos al capital y a la gloria efímera de los ministerios y de los salones, no le pueden perdonar la energía persistente del demoledor que sabe emplear contra todos los prejuicios la más peligrosa de las armas: la no violencia individualista estoica; no le perdonan la ironía elegantemente seductora y formidable del estilo, la propiedad de las expresiones,

[9] *El Quinto Evangelio*.

la conclusión de asco con que envuelve los sofismas mantenedores de las mentiras seculares, y, principalmente, no le perdonan la altivez, el desasombro con que embiste, dulcemente, contra la deslealtad, el cabotinismo literario, el fariseísmo moraliteísta y la mediocridad de los nulos y vulgares.

Nunca le perdonarán el crimen de ser un genio las sociedades de los proxenetas del pensamiento, de los castrados de la literatura, de los piratas patriotas o de los bajos neutros de los salones chics, idiotamente mundanos, donde se cultiva la imbecilidad, el servilismo y el cretinismo.

Mas, cojamos un escrito de Han Ryner y completemos la maravillosa parábola anterior con otra parábola cínica:

La geometría en contienda

—¡Oh, Psicodoro!—exclamó Exciclo—, no dirás nunca sino sueños...

—Si pudiera explicar bastantes sueños, tal vez habría dicho todo lo que llamas realidad.

—¡Oh, decididor de sueños! —Preguntó Teómano con pesar—¿qué injusticia te permite pues censurar mis pensamientos llamándolos sueños?

—Nunca reprocho a un pensamiento el que tenga alas y de que sea un sueño. Lo que le echo en cara a veces es que ignora que alrededor suyo vuelan y viven otros sueños. Cuando crees que la línea que dibuja el objeto en un muro o la sombra que lo proyecta en el suelo es el objeto mismo, entonces te censuro. Y lo hago sobre todo si afirmas que las dimensiones y la dirección de la sombra no varían.

Pero, escuchad más bien una parábola:

⁂

En mi juventud, pasaba un día de verano por Megara. Tuve el gusto de ir a saludar al viejo Euclides, discípulo de Sócrates y el más grande de todos los geómetras.

Euclides había salido, pero sus esclavos me afirmaron que volvería muy pronto.

Le esperé, pues, en el patio donde el aire era más agradable que en las habitaciones.

A1 centro del patio había un gran bloque de mármol que esperaba un busto de Sócrates prometido a Euclides por un escultor de sus amigos.

Miraba yo fijamente aquel mármol y muy pronto mis orejas creyeron oír que, como se cuenta de la estatua de Memnón[10], algunos ruidos salían de la piedra.

Aquellos ruidos, indistintos primero, tomaron poco a poco un sentido azorante para mi espíritu.

y supe que la Línea, la Superficie y el Bloque se querellaban.

Pues la Superficie había cantado insolentemente sus propias alabanzas.

Y el Bloque con ruda palabra le había impuesto silencio.

—¡Cállate —le decía—, oh, pobreza, oh, nada de espesor, oh, Nada!

La Superficie replicó:

—Si yo desapareciera y ninguna de mis hermanas consintiera en reemplazarme, serías, pobre Bloque, una bruma que el sol dispersa. Eres tú quien debes callarte, tú que no eres más que el conjunto y el total de todas mis hermanas.

Pero la Línea a su vez se irritó:

—¡Ya estoy fatigada de tantas alabanzas a ti misma, oh, Superficie! Si yo desapareciera y ninguna de mis hermanas consintiera en reemplazarme, ¿qué quedaría de ti, orgullosa? responde.

—¡Oh, insolente pobreza —exclamó la Superficie—, oh, nada de

[10] Cuenta Estrabón que en el año 27 a.C. un terremoto dañó a las estatuas conocidas como los Colosos de Memnón y que una de ellas, como recuerda aquí Ryner, parecía cantar todas las mañanas al amanecer.

anchura, oh Nada!

El Bloque afirmó con el aplastante acento de las certezas:

—Vosotras sois sueños de Euclides. Pero yo en cambio soy...

Ambas contestaron:

—Eres una sociedad de lo que tu ingratitud se atreve a llamar sueños.

Cuando Euclides llegó yo aún escuchaba. Y entonces el Sócrates aún no esculpido que coronaba aquel pedestal me hablaba. Su voz era lejana y flotante, viniendo tal vez del país de lo que será. Sin embargo, le oía.

—¡Oh, hijo mío! —decía—, las líneas y las superficies son pensamientos y sueños del hombre. Pero el bloque es un punto de reunión de superficies y líneas. La luz del sol ilumina a algunas de ellas. La luz de tu espíritu puede iluminar sucesivamente a miríadas de otras. Nunca ella agotaría, aunque se obstinara en ello durante una eternidad, las líneas que se agitan en la menor superficie, las superficies que en el menor volumen se cruzan y se penetran.

La lejana voz, amical y un poco burlesca continuaba:

—Créeme Psicodoro, lo que llamas realidad es, como el bloque que miras, un cruzamiento de pensamientos y de sueños. No afirmes nunca que uno de estos pensamientos o uno de estos sueños es la realidad total. Pero no afirmes tampoco que la realidad es distinta del conjunto de los sueños.

⁂

Exciclo preguntó:

—¿Repetiste a Euclides los distintos discursos que habías oído?

—Me guardaré mucho de hacerlo —respondió Psicodoro sonriendo— Euclides, geómetra admirable, era un pobre filósofo: le gustaba discutir, demostrar, refutar, en lugar de gustarle el pensar. Se parecía algunas veces al asno obstinado que no quiere pasar al otro lado de la montaña; y la certeza ensordecedora de sus gritos niega lo que no quiere ir a ver.

⁂

Qué riqueza portentosa de conceptos hay en esta parábola admirable y qué inmensidad de horizontes.

No afirmar lo que nos es inalcanzable en nuestro estado de evolución, lo que impresiona levemente la sensibilidad fugaz de nuestra intuición maravillosa, lo que el supra consciente ve a través de relámpagos indecisos y rápidos, sino también, no negar los sueños imponderables que pasan a través del super consciente de los visionarios de las alturas inconmensurables del infinito más allá.

No afirmar ni negar: escalar sueños sobre sueños para llegar a las cimas ondulantes, vagas e indecisas de las verdades cósmicas, a través de nuestros sentidos latentes, de las facultades adormecidas en las criptas interiores.

Esa es la verdadera filosofía.

Este es el camino de los que buscan las verdades eternas y fluctuantes, de los que desean encontrar la llave de los «secretos abiertos», «Por casi nadie vistos».

Pero pasemos al aspecto máximo del problema humano bajo el punto de vista de organización social.

La civilización del dólar va a morir de apoplejía.

¡Cuán insignificante es el número de voces que pueden rebelarse contra la prepotencia de las mediocracias organizadas en estados, en ejércitos permanentes!

¿Qué pueden estas voces vibrantes, semiahogadas por las estridentes sirenas de las fábricas y de los talleres o por el sordo roncar, impresionante, monótono, de las chimeneas industriales, por el tintineo metálico de los cofres fuertes del capitalismo asesino, cuya máxima se resume en aquella célebre expresión: «Después de mí, el diluvio»?

¿Qué pueden estas voces prometedoras, fascinantes, llenas de Amor, de ternura, cariñosas, envolventes, si el progreso científico está completamente canalizado hacia los campos de batalla, para destrozar los cuerpos y las energías humanas, bajo las variadas formas de patriotismo, espejismo con que los tigres y los chacales seducen a los mansos corderos, rebaños sociales que dejan conducirse al feroz matadero de las trincheras, movidos exclusivamente por la torpe ambición de gobernar o acumular?

¿Qué pudieron las poquísimas voces generosas y pacíficas contra la locura colectiva de 1914 al 1918?

¡Y qué de horrores, qué de fantásticos horrores no presenció la gente en la más formidable hecatombe hasta hoy consignada en la historia de nuestra civilización!

¿Qué más se puede esperar de los dirigentes, de los patriotas sanguinarios, de esta perversidad legalizada que se llama Estado?

Todas las naciones se arman cada vez más, hasta los dientes, en loca competencia, con la disculpa de defenderse de los ataques en las próximas guerras, en medio de la escenificación, de la hipocresía parlamentaria de las Ligas internacionales convocadas por los gobiernos, los eternos defensores de los intereses de los pueblos.

Y todo el mundo continúa creyendo ingenuamente en la acción de este o aquel partido político regenerador, en los patriotas de palabras mágicas y convincentes o en los Pachecos gubernamentales, cree en el fetichismo de las leyes y va como un rebaño a las urnas o parte en defensa del Moloch de la Patria, de los histriones demócratas, después de vivir una existencia entera con la espina dorsal curvada y sombrero en mano, ante los nobles representantes del pueblo, en las embajadas y en las cámaras gubernamentales.

Ridículo Coliseum en el que los sacrificados al placer bestial de los dueños y señores, repiten, siempre sonrientes, idiota y

deliciosamente sonrientes, la expresiva fórmula de todas las civilizaciones de señores y esclavos: «Los que van a morir te saludan...».

Los periódicos europeos, los políticos y estadistas del viejo mundo, discuten acaloradamente la necesidad de enseñar a las poblaciones civiles el uso de las máscaras contra los gases asfixiantes y la posibilidad de colocarlas al alcance de todas las poblaciones de las ciudades y hasta de los campos, con el fin de que cada individuo pueda usarlas como objeto absolutamente indispensable en su *toilette* diaria.

Es porque las próximas guerras se harán a base de gases asfixiantes.

Los sabios que están al servicio de la perversidad legalmente organizada (¡qué prestigio más fenomenal es el de la ley!), y al servicio de los estados patrióticos defensores de las causas del pueblo (¡qué asombroso prestigio tienen las palabras retumbantes!), resuelven en los laboratorios las próximas guerras químicas.

De ahí la lógica conclusión: la paz no es más que un medio de preparación más sólido, más eficaz, para las guerras, para la crueldad sádicamente organizada dentro de la ley.

Y es para nosotros fantástico imaginarnos que hay aún quien va al servicio militar o a la guerra con la convicción de estar cumpliendo un deber.

Toda actividad intelectual, económica, industrial, gubernamental, todas las embajadas, todos los arsenales, todas las fábricas, los laboratorios químicos, toda la prensa, todas las escuelas, todo, absolutamente todo, dentro de esta civilización de competencia, anda hacia la guerra de competencia, hacia la lucha armada.

La civilización industrial y económica no es más que un inmenso matadero, ya sea en tiempo de guerra o de revoluciones, en los campos de batalla, en la devastación por el hambre y por la peste,

trincheras, aviones y torpedos o submarinos, ya en tiempo de paz, en las fábricas, en las minas, en la degeneración orgánica y mental de todo el género humano, sometido a una selección que da como resultado el aniquilamiento total de la humanidad, la mediocracia fácilmente organizada a través del fetichismo de las leyes, las diátesis nerviosas que producen los dictadores, los cónsules y los primeros ministros y que dan a luz el servilismo y el cretinismo de las multitudes.

Veamos lo que dijo Han Ryner en agosto de 1926 en un manifiesto dirigido a la población de París:

> «Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma», escribió Rabelais. Pero la ciencia progresa y si la conciencia no despierta pronto en el hombre, la ciencia no solamente arruinará al alma.
>
> Si el hombre continúa lo bastante vil para dejar hacer a los Gobiernos y para confiar en quienes tienen muy poca conciencia para tener la pretensión de ser jefes; si el hombre continúa siendo el ser disciplinado que se deja conducir como rebaño y como ejército, será la propia Humanidad la que, gracias a la ciencia, hará harakiri.

Y en *National-Zeitung* de Basilea, Han Ryner, este gran amoroso, este apóstol de la paz, de la no violencia, del individualismo de Cristo, de Sócrates y de Epicteto, habla de las próximas guerras, describiendo el suicidio de la Humanidad, cuyos medios están siendo macabramente analizados en los laboratorios químicos de los tales científicos al servicio de las fórmulas sagradas de las vísceras de la patria y la bandera.

Es un cuadro espeluznante en el cual el Maestro toma la voz trágica de los profetas anunciadores de formidables movimientos cíclicos:

> La guerra acaba de ser declarada bruscamente.
>
> Ninguna dificultad urgente, insoluble, parecía hacerla inminente;

al contrario, las últimas noticias eran más bien tranquilizadoras.

La condenación a muerte de Europa no ha sido conocida por el Gobierno más que cinco minutos antes. La prensa nada sabe de ello y menos el público.

Las calles están repletas de una multitud ansiosa, excitada, pero enteramente ignorante de lo que pasa.

De repente un olor a violeta, muy suave al principio, luego insoportable, invade las calles y las plazas. El aire ya no es respirable.

El que no consigue huir a tiempo —y lo consiguen muy pocos—se queda rápidamente ciego, pierde el conocimiento, se deja caer redondamente sobre el suelo, sofocado.

El cielo está perfectamente sereno, azul, sin nubes.

No se ve; ningún avión.

Entretanto, a cuatro o cinco mil metros de altura, fuera del alcance de la vista y del oído, evoluciona una escuadrilla sin piloto, bajo la acción de las ondas hertzianas, y deja fluir hacia el suelo su carga de gas lacrimoso (el gas más humano) o de lewisita, ya menos agradable, o también de biclorato de tilo sulfúreo, el gas rey de los venenos.

Empezó la guerra de los gases. La acción del gas mostaza, último grito de la técnica moderna, no podría ser descrita nunca en términos excesivamente atroces.

De las diez y siete especies de gas utilizadas hasta aquí con éxito, es, en mucho, la más perfecta.

Es la misma muerte.

Ninguna máscara puede proteger al individuo contra él. Corroe las carnes. Cuando una región ha sido saturada por este gas, cada paso, cada llamador de puerta, cada objeto que iba a ser fabricado está durante meses impregnado del veneno mortal.

Los alimentos no pueden ser consumidos.

El agua está envenenada. Toda la vida se halla aniquilada.

Dos o tres guerras más utilizando tales progresos y no quedará nadie para decir: «Yo no quiero eso».

Es completamente innecesario añadir cualquier comentario a la justa previsión de Han Ryner.

Tenemos dos caminos a seguir: aplaudir incondicionalmente al capitalismo moderno y a la sociedad legalmente organizada que tienden a ahogar al individuo en provecho de la mercancía y de los cofres y ser fatalmente arrastrados con ellas a la lucha de competición, cuya culminación se verifica en las guerras, o la deserción, la fuga de esta sociedad, la protesta consciente, la no violencia individual estoica, la actitud decisiva de quien no pacta con la locura colectiva de la vulgaridad organizada y legal, no prestándose de ninguna manera a servir en esta organización de malhechores, de fantoches, de salteadores, negándose terminantemente a matar al semejante, a alistarse en las hileras armadas para defender los intereses inconfesables de los chacales y de las hienas que se nutren de los campos de batalla.

Dentro del principio individualista de la no violencia estoica, guerra a la guerra, guerra al patriotismo, guerra a las banderas y a los partidos sectarios, guerra a los dogmas opresivos de la razón y del sueño, guerra al Estado organizado, guerra a las pequeñas leyes de los hombres, para respetar, en cambio, las leyes naturales, las leyes cósmicas, las leyes de la evolución.

«No matarás», es el precepto evangélico.

Es también la actitud de Han Ryner dentro de la delicadeza de su sueño fugaz, vaporoso, de su dulce sonrisa, acariciadora, a través de su amplio ideal de fraternidad humana, apóstol pagano del culto a la Libertad, al Amor y a la Belleza.

IV

Para terminar, veamos también una página extraordinariamente significativa de este hombre rebosante de amor:

LOS LABORIOSOS

Eran muchos hombres. Andaban derechos sobre dos pies y hablaban un lenguaje articulado. Su forma, sin embargo, asustó a Psicodoro. La primera singularidad precisa que impresionó su vista fue la multitud de sus brazos y de sus manos. Hizo esfuerzos para contarlos. Pero aquellos miembros numerosos, unos vigorosos y largos, otros cortos y delgados, estaban muy irregularmente distribuidos por la cabeza, por el busto y por las piernas. Otros más pequeños les cubrían como cubren a las ramas las ramitas y las hojas.

Y todos aquellos brazos eran un pueblo en trabajo.

Algunas veces uno de ellos caía, agotado, se detenía en un reposo fatigado. Casi inmediatamente un sobresalto le volvía a poner a trabajar. Se apresuraba, fatigado y vergonzoso, como un esclavo perezoso a quien un amo implacable ha sorprendido.

En aquel país no existía la noche. El trabajo de los débiles o fuertes brazos era continuo. Ninguna dulzura de sueño, ninguna paz tenebrosa. Sobre la agitación infinitamente múltiple de cada cuerpo caía la inmovilidad de un sol que era siempre una quemazón perpendicular.

Nada de casa, ni vestidos. Contra las mordeduras aullantes del sol no tenían más protección que algunos árboles. Estos hombres a veces se disputaban la sombra en breves combates. Inexorables y urgentes necesidades separaban muy pronto a ambos adversarios, que huían veloces.

El alimento, frutas salvajes, bellotas amargas, animales muy difíciles de cazar entre las múltiples preocupaciones de cada espíritu, era raro. Cuando dos de estos hombres encontraban el mismo alimento, la lucha duraba más tiempo que para la sombra, tal vez un minuto. Luego,

por lo menos uno de los combatientes caía muerto. Más a menudo ambos adversarios cubrían el suelo con dos breves agonías de mil agitaciones. Algunos, sin embargo, se levantaban nuevamente, débiles, entre un trabajo de los brazos más rápido que nunca. Ninguno parecía sucumbir a los poderosos golpes del enemigo. Sino que, sin duda, en el ardor de la lucha habían olvidado alguna necesidad vital. Como sucedería a dos hombres ordinarios que se pelearan varios días y varias noches sin tomar alimento ni descansar.

Se adivinaba que debajo de la incesante agitación de las manos, los cuerpos presentaban otras singularidades. No se podía distinguir nada preciso; las movibles manos cubrían la desnudez de aquellos hombres como del estremecimiento de mil pingajos a cada instante levantados a cada segundo bajados de nuevo.

Psicodoro trató de interrogar a los Laboriosos. No tenían tiempo para hablar. Proclamaban con dolor o cólera la preocupación que les atenazaba por mil lados:

—¡Yo —aullaban—, yo, mis miríadas de yo!

Sin embargo, el filósofo conoció todas las extravagancias de su cuerpo. Pues estudió algunos de los cadáveres que dejaban con indiferencia pudrir al sol.

La mayoría de los órganos que nosotros tenemos escondidos, ellos los llevaban al descubierto. Los pulmones eran sobre su pecho como dos senos grotescos. Su corazón, su hígado, su estómago, sus intestinos, sus riñones, innoblemente desnudos, estaban suspendidos de sus vértebras como pedazos de carne en los ganchos del carnicero. Nervios, venas y arterias, como sucias cuerdas, reunían todos estos horrores.

Psicodoro comprendió el terrible trabajo a que estaban condenadas las, manos, el trabajo horrible que de sus mil necesidades simultáneas exigía y destrozaba al cerebro. Las manos bajo la orden del pensamiento inquieto, debían, como se exprimen esponjas empapadas de agua sucia, prensar los pulmones repletos de aire impuro. Luego dilataban las esponjas vivientes, las ensanchaban en la pureza alegre del aire. Muy pronto era preciso expulsar de nuevo aquel aire otra vez viciado.

¡Cuántos trabajos, en todas las partes del cuerpo, arrastraban a las manos y al espíritu en tales círculos inexorables! Algunas manos, bajo la orden inquieta del pensamiento, debían extender la inercia elástica del corazón para hacer correr por las arterias la sangre purificada, para hacer subir a los pulmones la sangre impura que el aire debía lavar. Era necesario también, por mil débiles presiones sobre las inmóviles arterias, hacer correr por todo el cuerpo la sangre alimentadora: por mil presiones en las venas perezosas volver al corazón la sangre ensuciada y privada de sus virtudes. Mientras tanto, otras manos, las manos grandes, buscaban, bajo la dirección de los ojos siempre escudriñadores y temerosos, el alimento incierto. Cuando los dientes lo, habían triturado las manos pequeñas lo conducían a lo largo del tubo digestivo, lo trituraban en el estómago, apretaban el hígado, apretaban diversas glándulas para arrojar sobre los alimentos los líquidos que debían hacerlos asimilables.

A cada instante, el espíritu, ocupado por demasiadas cosas, olvidaba alguna. Un vago dolor murmuraba un llamamiento, y si este grito no era oído, gritaba más, preciso, luego aullaba a la muerte. El espíritu se apresuraba a dar órdenes, las manos a obedecer, pero a veces los gritos del dolor venían de varios puntos. El espíritu era un general que ve cómo su ejército se va debilitando por todas partes y no sabe qué hacer con su reserva. Un momento de duda, de vacilación, una de las diez órdenes urgentes dada un segundo demasiado tarde, y el cuerpo no era más que un cadáver.

⁂

Psicodoro se alejó de este espectáculo penoso hasta la demencia. Se apiadaba de los Laboriosos. Se felicitaba porque todos los trabajos a que, aquéllos están condenados se hacían en él sin intervención o eran inútiles para su cuerpo.

—Soy feliz—decía—de que mis pulmones sepan respirar sin que me ocupe de ellos. Estoy satisfecho de que mi sangre esté inmóvil o corra

tan espontáneamente que pueda darme lugar a creerla inmóvil. Soy feliz de que mi corazón haga por sí mismo los movimientos necesarios. Lo soy también por poder ignorar la labor de mi estómago, el trabajo de mi hígado, y la obra de todos mis órganos.

Entre risas de desprecios se acordaba de un sofista enriquecido que iba por todas partes diciendo: «Multiplicad vuestras necesidades para multiplicar vuestros placeres». El desgraciado se había creado mil necesidades artificiales y tenía, para servirlas, las manos de innumerables esclavos. Pero su espíritu, tristemente ingenioso como un pobre, penaba por mover, para saciar lo poco de materia que era su cuerpo, tanta materia incoherente. Daba a sus miembros la lenta alegría del ocio, el corto goce del placer. Pero su alma era el más tiranizado de los esclavos, la más cargada de enloquecedores trabajos.

Las almas de la mayoría de los hombres le parecían a Psicodoro semejantes a los cuerpos deplorables de los Laboriosos. Ellas también estaban hechas de mil turbaciones, torturadas por mil necesidades y mil trabajos, dispersadas en mil pequeñas manos de fiebre.

Pero el alma de Sócrates o de Diógenes se elevaba armoniosa como el descanso de una bella estatua, como el pensamiento sereno de Atenea o como la sonrisa fácilmente triunfante de Afrodita.[11]

⁂

La parábola de los Laboriosos es, creo, el perfecto símbolo de la actividad material de la civilización industrial y capitalista. Todos se apresuran por las calles y las plazas movimentadas; todos se dirigen a los bares, a los cafés, a los restaurantes, a los teatros, a la bolsa, todos se entrechocan en los espectáculos públicos, en los juegos esportivos, cada cual procura ahogar, triturar, comprimir, tomar por asalto las posiciones ya ocupadas, para «vencer en la vida».

[11] *Les Voyages de Psichodore*.

«Vencer en la vida» es una expresión elástica de las conciencias elásticas y que significa, para los emparedados, para los superficiales, alcanzar honores, riquezas, posición social, poder, autoridad.

Pero atengámonos a lo que dice el *Manual de Epicteto*:

> Para juzgar si un hombre es libre, no miremos sus dignidades, porque cuanto más elevado está, más esclavo es.

«Vencer en la vida» es precisamente lo contrario de lo que imagina esta superficialidad emparedada de los que reinan idiotamente en los salones *chics*, pontificando vulgaridades, dogmatizando ideas, asumiendo actitudes de simios grotescos.

«Vencer en la vida» es integrarse en sí mismo, encaminarse hacia su realización.

Y ¿qué nueva felicidad se encuentra con las miríadas de objetos de lujo o de confort y de comodidad con que envolvemos nuestra vida diaria de complicaciones absorbentes?

A medida que la ilusión de esta pseudofelicidad se desvanece en un dragado nimbo de desconsuelo, más la actividad loca de nuestras mil manos procura pegarse, agarrarse furiosamente, atemorizada, febril, a cosas y preocupaciones incapaces de darnos lo que sólo puede vivir de nosotros mismos, del profundo silencio, del susurro de nuestras criptas interiores.

Y es este desvariar social, esta ansiedad de vencer pisando a los demás, este delirio fascinante de grandeza material, esta locura colectiva de gozo y ociosidad, parasitaria y viciosa, este enervamiento de exceso, de actividad inútil, este triturar de todas nuestras energías creadoras, este escarceo de la megalomanía de los paranémicos, de los degenerados, de los viciosos, de las torpezas, es todo esto la causa de las guerras alucinantes en un tropel creciente y fabuloso de crueldades

inimaginables que empuja al suicidio colectivo de la Humanidad. Este es el resultado de esta carrera desenfrenada.

Y Han Ryner, sereno, estoico, grande como los mayores, desde lo alto de su genio de abiertas alas, planeando como una bendición de luz, ve, entristecido, amorosamente, el desfilar de esta locura sin freno de todo el género humano en busca de la felicidad en el mundo exterior, cuando la felicidad está tan cerca de cada uno de nosotros.

Y con el gesto delicado y generoso del sembrador, abre las manos y se ilumina con una dulce sonrisa de esperanza, dejando fluir hacia nuestros corazones una palabra seductora, un gesto de cariño, un beso amoroso para acariciar a todas las almas, procurando despertarlas para la verdadera, para la confortación dadivosa de dejar un poco de sí mismo en el escalo infinito de esta espiral fantástica de la evolución espiritual, en la que hay lugar para todos, en la que no puede haber competencia, en la que nadie da un paso a costa del perjuicio de los demás que también escalan.

Y como en el alto mito solar de Cristo —que es el Cristo interior lo que los superhombres: Sócrates, Epicteto, Pitágoras, Epicuro—, Han Ryner esparce por todas partes el ejemplo grandemente estoico, edificante, de su vida incorruptible y la palabra mágica de su verbo creador de energías, para el despertar interior de quien tiene ojos para ver y oídos para oír...

Y todos sus poemas y evangelios libertadores cantan, maravillosos, la sabiduría profunda del Templo de Delfos: «Conócete a ti mismo para aprender a amar».

LA SOCIEDAD ISRAELITA «MIGDAL» Y EL TRÁFICO DE BLANCAS[12]

CARTA ABIERTA A LA SRA. SERGIA F. VIDAL, PRESIDENTA DE LA «UNIÓN CÍVICA RADICAL» DE LA PLATA.

Tengo en mi poder dos cartas suyas y los diarios que tuvo la gentileza de enviarme a propósito de la persecución y prisión de los caftens[13] israelitas y de otros traficantes de mujeres, de nacionalidades diversas; porque los hay en todos los países, de todas las razas, en todas las clases sociales y de cada nacionalidad.

Le pido perdón por el hecho de no poder ayudarle a usted y a la Unión Cívica Radical en esa «campaña de moralidad».

No me dirijo siquiera, conforme a su pedido, a la señorita Bertha Lutz, cuya dirección no me es extraña, como representante ilustre y digna de la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispano-americanas, instalada en New York, y con sucursales en todas partes, en los países civilizados, según los términos de su atenta misiva. No, señora mía. No puedo proceder contra mi conciencia.

No soy, de ningún modo, radical en cosa alguna y no formo parte de ninguna asociación de mujeres burguesas y, por consiguiente, reaccionarias. Además toda «campaña moralizadora» me es antipática, por principio...

Nadie moraliza sin el cura o sin la policía o, por lo menos, sin la interesantísima policía de costumbres.

---

[12] *La Protesta*, n.º 6638, 29 de julio de 1930 y 6639, 30 de julio de 1930.
[13] Lunfardo: propietario, dueño o regente de prostíbulo, proxeneta, rufián, intermediario en la trata de blancas, explotador de mujeres.

Y para mí, es tan repugnante el tartufismo del cura y el papel servil de la policía que jamás les denunciaría al mayor de los bandidos, al más cínico de los perversos, al más degradante de los hombres.

Hago un inmenso esfuerzo interior para no juzgar los actos ajenos y para conocerme a mí misma.

Y llego a tener verdadero horror al ídolo de la «moral», a causa de todos los crímenes sociales.

¿Interponer «mi influencia» (se engaña, señora) «ante las autoridades del Brasil a fin de que redoble la vigilancia en los puertos de embarque y desembarque y eche mano a los tenebrosos»?

¿Yo, señora?

¡Si, como preliminar, estoy en contra del principio de autoridad!

Me ruega que felicite, en nombre de la mujer brasileña, al Dr. Manuel Rodríguez Ocampo, el juez argentino, por su «acción valerosa y justiciera» contra la Sociedad israelita Zwi Migdal, inculpada del tráfico de blancas.

No, señora. No puedo.

Desde hace mucho tiempo me preocupa el problema doloroso de la prostitución. Lo estudié en todos sus aspectos, en su historia y en su psicología social, y hasta con Bernard Shaw y otros iconoclastas del moraliteísmo, en su profunda psicología.

No sé, señora, si conoce *La profesión de la Señora Warren*.[14] Me parece que no. Si hubiese meditado en la ironía amarga esa rufiana, no se preocuparía nunca de Barnard Shaw al describir el tipo de campañas moralizadoras e iría derechamente a la causa a buscar la solución de los efectos, si es posible...

Veamos, señora, un hecho apenas de esa comedia del gran psicólogo.

---

[14] También se ha publicado con el título *Trata de blancas*.

Mrs. Warren es socia de un noble y, sus accionistas y clientes, señora, son como los de todos los rufianes y rufianas: jueces y reyes, magistrados y nobles, capitalistas y clérigos de alta jerarquía, almirantes y generales, jefes de policía y banqueros, todas las altas patentes militares, todos los grandes estadistas y embajadores, todos los diplomáticos y los reyes del dólar.

¿Está segura, señora, de que el juez argentino no ha traspasado nunca los portales de una casa de prostitución?

¿Qué son los hoteles elegantes de todas las playas y grandes ciudades, sino casas de «rendez-vous» de la «gente honesta» y de la «alta» y «buena» sociedad?

La moral burguesa, señora, enseña a los hombres a defender, con uñas y dientes, cada cual, su hogar y su familia y a proceder como salteadores en el hogar de las otras familias.

Sálvese el que pueda…

Otelo en casa, Don Juan en casa de los amigos.

Y la cuestión de la moralidad depende de los haberes. No sé quién dijo que la alta burguesía o la clase rica está más allá de la moralidad, y la clase obrera o de los pobres, más acá de la moralidad. La que sustenta el edificio carcomido de la moral social es la clase media.

Todo esto es demasiado largo para una simple carta. Paciencia. Esbocemos la farsa en pocas líneas. Y volvamos a Mrs. Warren.

Comenzó la vida siendo explotada. Después, inteligente, aprendió a explotar. Se hizo rica. Tuvo una hija. Soñó hacer de ella «gran señora», «alta sociedad». Era fácil: tenía fortuna. La educó como a las niñas de alto linaje en un colegio caro y elegante.

Vivie, cuando comprende la situación de su madre, siente depresión. Siente asco y humillación. Su orgullo de mujer educada y honesta se rebela. Veamos, en resumen, en líneas generales, el diálogo entre madre e hija. Mrs. Warren está irritada y ofendida:

—Mrs. Warren —Mis propias opiniones. ¡Mi manera propia de vivir!... Da gusto oír cómo hablas. ¿Acreditas que fui criada como tú? ¿Cómo podía elegir mi manera propia de vida? ¿Crees que lo que yo hacía era porque me agradaba o porque pensaba que estaba bien? ¿Piensas que no hubiera preferido ir al colegio y ser una dama distinguida, teniendo los medios para ello?

—Vivie. —Todo el mundo puede hacer alguna elección, madre. La muchacha más pobre no puede escoger entre ser reina de Inglaterra o directora de escuela; sin embargo, según su gusto, puede escoger entre la profesión de costurera o la de florista. Las personas acusan siempre a las circunstancias. No creo en las circunstancias. Los seres que medran en este mundo son los que madrugan y buscan las circunstancias que necesitan y, cuando no las encuentran, las crean.

—Mrs. Warren. —Sí. Sí. Muy fácil es hablar, muy fácil, ¿no es verdad? ¡Bien! ¿Te gustaría conocer cuáles fueron mis circunstancias, como dices?

—Vivie. —Sí, harías bien en referírmelas...

—Mrs. Warren. —...¿Sabes quién era tu abuela?

—Vivie. —No.

—Mrs. Warren. —No sabes, ¿no es verdad? Yo lo sé. Se hacía pasar por viuda y tenía un puestillo de pescados fritos cerca de la casa de la Moneda, de cuyas ganancias vivíamos, ella y sus cuatro hijas. Dos de nosotras éramos hermanas del mismo padre: Elisa y yo. Las dos éramos bonitas y bien formadas. Supongo que mi padre era un hombre que se alimentaba bien. Mamá pretendía que era un señor; yo, sin embargo, lo ignoro. Las otras dos hermanas nuestras a medias, eran unas pobres criaturas con el aspecto de hambrientas, pequeñas y feas, pero resistentes para el trabajo y muy honestas. Elisa y yo les pegábamos, y si no hubiesen sido las zurras que nuestra madre nos daba para librarlas de nosotras, más de una vez las habríamos dejado casi sin vida. ¡Es que ellas eran los miembros respetables de la familia! Pues bien. ¿Te interesa saber lo que consiguieron con su respetabilidad?

Voy a decírtelo. Una trabajó doce horas por día en una fábrica de albayalde, [15] para ganar nueve chelines por semana, hasta el día que se convenció de que el plomo le había envenenado. ¡Pobre! Creía salvarse con una leve parálisis de las manos y murió. La otra se citaba siempre como modelo porque se había casado con un empleado público y conseguía mantener limpios y bien cuidados su morada y sus tres pequeños, con dieciocho chelines semanales. Por desgracia, eso duró sólo hasta el día en que se entregó el marido a la bebida. ¿Valía la pena ser honrada para llegar a eso, no es verdad?

—Vivie. —(Llena ahora de atención pensativa) ¿Lo pensabas tú? ¿Lo pensaba Elisa?

—Mrs. Warren. —Elisa no lo pensaba, puedo asegurártelo. Tenía muy buen sentido para eso. Las dos íbamos a una escuela congregacionista, lo que contribuía a que tomásemos aires de parecer superiores a los que nada sabían y no iban a parte alguna: allí quedamos hasta que Elisa desapareció una noche y no volvió más. La profesora pensaba que yo seguiría su ejemplo, y el pastor, queriendo evitarlo, me decía, sin treguas, que el fin de Elisa sería el de arrojarse al río. ¡Pobre idiota! Era todo lo que sabía. Yo, sin embargo, temía más a la fábrica de albayalde que al agua del río; lo mismo habrías pensado tú en mi lugar. Ese pastor me consiguió un empleo de criada de cocina en un restaurante de templanza, en el cual se iba a buscar alcohol cuando los clientes lo exigían. Luego pasé a ser sirviente y empleada en un bar de la estación de Waterloo... donde expendía licores y lavaba copas durante catorce horas por día, por cuatro chelines a la semana y la comida. Era un ascenso importante ¿no es verdad? Una noche, sin embargo, muy triste y muy fría, estando tan cansada que apenas podía mantenerme despierta, ¿adivinas a quién vi entrar a pedir una jarra de cerveza?... A Elisa, cubierta con un gran tapado de pieles, elegante y confortable, y llevando en la mano una cartera repleta de monedas de oro.

[15] Carbonato básico del plomo, de color blanco, empleado en pintura y, antiguamente, en medicina y como cosmético.

—Vivie. —(Sarcásticamente) ¡Mi tía Elisa!

—Mrs. Warren. —Sí, y es una tía como es debido, te lo aseguro. Ahora habita en Winchester, cerca de la catedral, y es una de las damas más respetables de la ciudad. Acompaña a las jóvenes a los bailes del condado... Ya no hay temor del río para Elisa, gracias a Dios...

¿Crees que éramos bastante idiotas para permitir que otros explotasen nuestra buena presencia, empleándonos como vendedoras o en calidad de camareras, pudiendo nosotras mismas aprovecharla y recibir todos sus beneficios, en lugar de salarios de hambre?...

¿En qué otro oficio puede una mujer economizar dinero?...

¿Cuál es el fin de la educación de una mujer de buena familia sino el de seducir a un hombre rico y asegurarse el disfrute de una fortuna, casándose con él? ¡Cómo si la ceremonia de casamiento pudiese establecer una diferencia entre lo bueno y lo malo que encierra un mismo acto!...

Es el mejor oficio entre todos los que son accesibles. Es injusto, es cierto. Si los hombres organizaron así el mundo para las mujeres, no podemos pretender que se haya obrado de otro modo...

...Las muchachas estaban bien atendidas. Algunas prosperaron; una se casó con un embajador.

Sería interminable la cita. La ironía de Bernard Shaw quema como hierro en brasa la moral de la gente honesta.

Desde otro aspecto, no estudiado en Bernard Shaw y observado, escrupulosamente, en las investigaciones del gran médico y sabio francés —Parent du Châtelet, que dedicó los últimos ocho años de su vida a recoger datos estadísticos y observaciones personales para estudiar profundamente el problema de la prostitución— bajo otro aspecto, después de haber estudiado Parent du Châtelet las enfermedades venéreas de las prostitutas y todas las otras enfermedades a que están sujetas las meretrices, llega a la conclusión el eminente hombre de ciencia que su manera de vivir, a pesar de toda su

intemperancia, bien que se expongan a todas las enfermedades contagiosas y a las inclemencias del tiempo, a la vida desordenada, «al final de cuentas es mucho más saludable que la de las costureras y la de otras mujeres que tienen ocupaciones sedentarias». Declara que esa conclusión es «triste y sorprendente», pero que es una realidad: lo que quiere decir que la vida de las costureras, por ejemplo, «es más contraria a la naturaleza de lo que es la de las prostitutas».

Y añade Drysdale:

> Una vida en donde hay movimiento, ejercicio sexual, descanso, buena alimentación, variedad, es evidentemente más saludable y, por tanto, desde el punto de vista físico, más virtuosa que la de coacción, el trabajo prolongado y la torpeza animal a que son condenadas nuestras pobres costureras.

Y continúa:

> Sin el hábito de beber, las prostitutas estarían libres de una gran parte de la ruina física y moral que acompaña a su modo de vida. Es verdad que sus malos efectos no se manifiestan tan deprisa como en las personas que trabajan duramente (sobre todo en ocupaciones sedentarias, esa peste de la civilización) y que, al mismo tiempo, beben mucho.

Y el Dr. Acton confirma también:

> Todos los observadores estarán de acuerdo conmigo en testimoniar que ninguna clase de mujeres se halla tan libre de enfermedades como las prostitutas.

Eso no es un elogio de la prostitución, sino, bajo otro punto de vista «físico», fuera del código de la moral contra la naturaleza, es la prueba

de que la prostitución —que representa el ejercicio sexual, necesario a la armonía orgánica— está por encima del estado de «solterona», en el que existe la coacción moral de la familia y de la sociedad, aparte del «pecado fisiológico», y por encima del estado de madre de familia proletaria y pequeño-burguesa, en que una esclavización terrible al hombre, a la prole infinita y al trabajo forzado la inutiliza física y moralmente, rebajándola a la categoría de animal de tiro y máquina de procrear al servicio del hombre.

La conclusión es que se impone una educación sexual libre, la emancipación femenina para que la mujer sólo tenga hijos cuando quiera y nunca obligada, y se liberte del ídolo de la familia para vivir la libertad de amar, fuera de los códigos y de los dogmas religiosos o sociales.

Mientras toda mujer no sea absolutamente libre de amar, habrá el comercio del lenocinio, pues que, por encima de todo, la naturaleza exige las relaciones sexuales.

Además: si la familia fuese ese reducto (falsificado, por otra parte...) de la virtud, la columna central del derecho de propiedad en el régimen burgués-capitalista —será indispensable el ejército de la prostitución para salvaguardar la pureza de la sacratísima institución de la familia— bendecida por la Iglesia y sellada por el Estado.

Así, «honra», «inocencia», «virginidad», «virtud», «honestidad», todos esos ídolos sangrientos defensores del instinto de propiedad en el régimen burgués-capitalista, puestos sus altares en el templo de la «familia», no son más que el símbolo de la moral del rufianismo social. Representan la superstición, la rutina, la ignorancia, el amordazamiento de la razón por la perversidad organizada de la Iglesia, a fin de que el Estado se apodere más fácilmente de la presa inerme, inconsciente y del juguete de las ambiciones de los poderosos, los «superelefantes» de la autoridad temporal y espiritual.

«El producto es dividido por los dos ladrones»...

Así como la prostitución es el ejército blanco del Estado y de la moral, regimentado para el servicio de los hombres, indispensable como el ejército armado, para el mantenimiento del orden social y para la defensa de la virtud del hogar y de la familia; así como el Estado recibe el impuesto de la reglamentación de la prostitución, de los «cabarets», de los bailes y de los «rendez-vous» organizados por los caftens —que son los empresarios de esa tragedia— cargo honroso del mismo modo que es honroso ser organizador de unas olimpiadas o empresario de grandes teatros, o accionista, como Rockefeller, de las inmensas fábricas de material bélico; la profesión de caften y de caftina es una necesidad del Estado burgués y es incoherente esa persecución promovida por los señores de la bolsa, sotana o espada contra el comercio del lenocinio. ¿Qué sería de los hombres si ese comercio no estuviese tan bien organizado internacionalmente?

Hay una internacional armamentista. Hay una internacional de la diplomacia secreta. Hay una internacional del caftismo. Son troncos del árbol Estatal y moraliteísta.

En cuanto a Mrs. Warren, apenas es un ejemplo. Cité a un hombre como Bernard Shaw para confirmar mi observación de la mujer. Pero ¿y Camille Mauclair[16] cuando describe la iniciación de la chica proletaria? ¿Y los estudios de la cuestión sexual por Havelock Ellis, Devaldès, Drysdale, Mary Wood, Moll,[17] Freud, Le Dantec, Finot,[18] Marestan, Armand, Forel? Etc., etc.

---

[16] Camille Mauclair (1872-1945), pseudónimo de Séverin Faust, poeta, novelista, biógrafo, autor de libros de viajes y crítico de arte francés.
[17] Albert Moll (1862-1939), psiquiatra alemán que fue uno de los pioneros de la sexología.
[18] Jean Finot (1858-1922), sociólogo, periodista y escritor francés. Se le recuerda sobre todo por su oposición a las teorías racistas.

¿Y qué es el casamiento sino la prostitución santificada por la iglesia y sellada por el Estado?

¿Qué diferencia hay, señora, entre la profesión de caften y la del gran industrial que envenena los productos alimenticios y asesina a los niños y a los adultos indefensos? Porque el Estado hoy es la propiedad del Capital.

¿Qué diferencia hay, señora, entre la profesión de caften y la de los lores y nobles banqueros accionistas de las fábricas de armas de guerra, chacales que se nutren de los campos de batalla, caftens en el gran mercado del género humano?

¿Está bien segura, señora, de que un acto practicado por dos individuos de sexo opuesto, envilece a la mujer y es natural para el hombre?

¿Está convencida, señora, de que la profesión de prostituta —absolutamente indispensable para la armonía de esta admirable organización social— es más degradante de lo que lo es la de los histriones que se dicen representantes de dios en la tierra, para sofocar la razón humana y dominar por el dinero, por la astucia y por la cobardía?

¿Está segura de que los Alejandros y Napoleones y Mussolinis —«himalayas de la infamia»—, matarifes de carne humana, en su profesión de «superelefantes», sean superiores a los caftens?

¿Está segura de que, si no hubiese caftens, no habría explotación y tráfico de blancas?

Abra Lachâtre, señora, en el capítulo en que habla de Pío V. Verá que el Santo Padre hizo una ley contra las prostitutas y verá también que los eclesiásticos se opusieron a su ejecución, presentando al Papa la objeción de que las 45.000 rameras que había en Roma eran necesarias para el servicio del clero.

Son los «tiburones» de las finanzas, de la moral y del poder los que tienen necesidad del caftismo organizado.

Tal vez no sepa, señora, que, cuando un alto personaje del mundo político visita una nación —el rey, el primer ministro, el presidente de la república o el embajador— en carácter oficial, es deber caballeresco de esa nación poner a disposición del huésped una mujer prostituta de alto linaje social, a fin de que todos sus placeres sean satisfechos integralmente. Y esa prostituta, que gana montañas de dinero, generalmente es... una señora honesta... de la alta sociedad... casada con un estadista... con un intelectual notable... cuya carrera triunfal debe mucho a sus dones de espíritu...

Eso quiere decir que hay un caftismo elegante del Estado, anexo a la diplomacia secreta. Ninguno dirá, ahí, que eso es la lucha por la vida.

No, señora, razones de Estado. La prostitución es el ejército salvador de la moral, de la Iglesia y de las buenas costumbres.

¿Y cómo denunciar a uno, dos o tres caftens profesionales si toda la civilización unisexual está hecha para el placer del hombre y para la explotación miserable de la mujer?

¿Sabe, señora, los nombres de grandes estadistas y diplomáticos y jueces encontrados muertos o retirados muertos de casas de prostitución? Yo podría citar docenas, pero sería prolongar demasiado una carta ya bastante extensa.

Lea, señora, la *Historia de la prostitución*, de Dufour, y se convencerá de que, dentro de la sociedad burguesa-capitalista y en un régimen en que la mujer es obligada a conservar la virginidad del cuerpo para comprar con ella un marido, en un régimen social en que todo se compra y se vende y el amor obedece también la ley de la oferta y de la demanda; la prostitución es una necesidad y la salvaguardia de la honra de la sacratísima institución de la familia.

Y el caften es el honesto explotador y empresario de ese lucrativo comercio anexo al Estado.

Verá que la prostitución de las aceras es la lucha contra la miseria y es el único camino señalado a la mujer por la sociedad moraliteísta y piadosa, si ella, por descuido o por amor, pierde la virginidad, teniendo que luchar a brazo partido con el hambre y la desnudez.

En tanto que la mujer no sea dueña de su propio cuerpo, habrá prostitución y, por consiguiente, el caftismo profesional y el caftismo oficial, protegido por la tiara, por la toga, por la espada y por la caja fuerte de los «tiburones» de las finanzas.

Todo esto se halla admirablemente definido en la célebre frase de Bakunin:

> El sacerdote, representante de Dios, embrutece el cerebro, para que el soldado, que representa al rey, tiranice el cuerpo. Y el producto del robo se divide entro los dos ladrones.

¿Sabe, señora, cuál es, a mi modo de ver, el más bello programa de Amor, de Belleza y de Bondad para las reivindicaciones femeninas? *La no cooperación con el Estado y con la religión*, la suprema resistencia a todas las fuerzas reaccionarias, la desobediencia civil y la no-violencia heroica, dispuesta a todo para defender la libertad contra la autoridad.

Son las hijas del proletariado, son las mujeres obligadas a ir a la calle a ganar el pan, las que sirven en ese inmenso ejército de otra especie de no-violencia, ejército de resignación pasiva, heroicas, renunciando a la familia y a la sociedad, como columnas en la defensa de la honra, de la virtud, de la virginidad, de la honestidad, de la pureza (?) de la familia burguesa, de las niñas bien educadas en los «Sion» y en los «Sacre-Coeur».

Las burguesas honestas, de la «buena» y de la «alta» sociedad, las mujeres parásitas no pueden disertar en torno a las cuestiones de

moral o de las buenas costumbres. Protegidas de la prostitución por el formidable ejército de las sacrificadas, alistadas en las filas del proletariado o de la pequeña burguesía, las mujeres burguesas hablan por boca del cura y por el código del Estado.

Y Bakunin los definió a ambos, calificándolos por debajo de los caftens, sus cómplices, asalariados por la moral, por la ley y por las buenas costumbres.

Perdón, señora, si no di cumplimiento a sus órdenes.

Fraternalmente,
Maria Lacerda de Moura

Brasil, São Paulo, julio de 1930.

LA MATERNIDAD CONSCIENTE[19]

Isadora Duncan sintió la voluptuosidad de la maternidad consciente.

Me contaron que la grande artista escribió a Mme. Georgette Leblanc pidiéndole permiso para tener un hijo con Maeterlinck...

No me dijeron cuáles fueron las consecuencias de tan original correspondencia.

Lo que es cierto es que vi las fotografías de sus hijos, dos bellas criaturas, tan bellas que impresionan profundamente, arrebatados a la artista en un horrible desastre de automóvil en París.

Pero si es verdad, el gesto de Isadora es admirable, es profundamente espiritual, es lo que hay de más extraordinario, tal vez, en la vida de la soñadora y artista.

En la maternidad, nuestro objetivo debería alcanzar a crear algo mejor de lo que nosotros mismos somos.

Toda la gente concibe sus hijos por acaso, y los hijos del acaso son vulgares. A veces los hijos nacen por un descuido...; son vulgarísimos y no hay razón para que los padres exijan de ellos más amor y más respeto.

Aparecen después de una orgía o son engendrados en una hora de tedio, de desolación, de malhumor, de embriaguez, en un sitio militar, en un saqueo, después de violada la madre; son los epilépticos, los neuróticos, los cretinos, los cobardes, los desequilibrados, los descalificados morales, los cardíacos, los imbéciles, los vulgares, los criminales.

¿Quién piensa en la criatura que ha de nacer de un momento de

[19] *Estudios*, n.º 86, octubre de 1930.

placer psicológico? ¿Y quién se prepara respetuosa y santamente para el ministerio sagrado de la perpetuación de la especie?

Casi siempre se evita el nacimiento del hijo, y, cuando no lo consiguen, es recibido con blasfemias, hasta con odio, con repugnancia, con rencor.

Isadora Duncan quería un hijo que fuese el hijo del Arte, el hijo de la Maternidad Consciente.

Se sabía profundamente admirada por Maeterlinck y tenía por él la artista la misma profunda admiración y una gran simpatía por su obra.

Y no quiso ser desleal para con la compañera del Poeta.

Esto es de una grandeza moral que está por encima de toda concepción vulgar. Creo que Georgette Leblanc estaba a la altura de comprender el gesto de Isadora.

La artista sentía que el hijo no debía ser la obra del acaso y se preocupó por la realización interior para concebir un hijo del Arte y se preocupó aún por el padre, del cual el nuevo ser debía heredar la superioridad moral e intelectual.

Y si casi todos pasan por la vida sin realizar el gran Amor, ¿por qué no ha de tener la mujer superior el derecho de escoger el padre para su hijo arrullándolo en el seno de su poderosa imaginación mucho antes de concebirlo?

¡Qué bellos los hijos del Amor, del Arte, del Ensueño!

¿Inmoralidad?

Inmorales son los hijos de la casualidad, de las orgías, de los vicios, del tedio, de los casamientos por conveniencias.

Inmoralidad es no querer tener hijos o matar los embriones en los sanatorios para continuar la vida fácil de los bailes y los *flirts*.

Inmoralidad es la venta de los cuerpos femeninos en los casamientos legales y en la prostitución.

Es concebir hijos dentro del tedio o la antipatía o del resentimiento, o evitar, la mujer, la más bella de las necesidades del corazón femenino: el amor maternal.

¿UN PROGRAMA? ¿DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS?[20]

Al empezar mi colaboración en la simpática revista *Estudios* me ha parecido oportuno hacer una exposición de mi actitud ideológica. Me mueve a ello tanto el deseo de que los lectores me conozcan ya tal cual soy desde el primer momento cuanto la necesidad de puntualizar ante incomprensiones y ataques de indiferentes y enemigos.

Los *críticos*, entre las muchas objeciones que me hacen y entre sus ataques sistemáticos e infundados, acostumbran a decir:

«Maria Lacerda de Moura aún no se ha encontrado a sí misma». «Me parece que esta señora no sabe todavía lo que quiere...» «¿Qué desea, en fin de cuentas? ¿Qué reformas propone esta publicista? ¿Cuál es su programa?».

Y como tales preguntas y semejantes conceptos van multiplicándose en mi camino, contesto, de manera general, a esos señores, quizá oscureciendo aún más su mala voluntad de comprensión o su impotencia de llegar a otra armonía distinta de la suya.

Al mismo tiempo abro mi corazón a mis nuevos lectores.

Generalmente los que me atacan no me leen. Y si me leen no me comprenden. Algunos de los agresores cometieron incluso la ingenuidad de confesar que no hablan leído el libro atacado. Fue el título lo que les impresionó desagradablemente. Otros retroceden valientemente y confesando su falta se tornan amigos míos y hasta fervientes admiradores.

Todos me conocen por lo que oyeron decir.

---

[20] *Estudios*, n.º 90, febrero de 1931. Traducción de J. Elizalde.

Hay quien aseguró haberme visto con una tea encendida, capitaneando la multitud que incendió el edificio del periódico *Il Piccolo*,[21] desgreñada, gritando como una energúmena, incitando al pueblo... Sin embargo, algunos amigos saben que en aquella ocasión me hallaba en Guararema,[22] a dos horas de la capital, y que me enteré de lo ocurrido a la mañana siguiente por los periódicos de la noche...

Unos son enemigos sistemáticos que nunca me han visto, no me conocen, ni han leído una sola página de mis libros, ni ninguno de mis artículos. Otros me elogian si han leído alabanzas o me atacan agresivamente si soy agredida...

Mas dejemos esta pequeña divagación y vayamos al motivo fundamental de estas líneas.

Dicen que no me encontré a mí misma. Pero, pregunto yo: ¿hay alguien bajo el sol que se haya encontrado a sí mismo? ¿Quién podrá decir: «yo soy el camino, la verdad y la vida»? Creo que nadie.

Las palabras de Cristo fueron falseadas por los sacerdotes. Cristo debió pronunciar esta verdad profunda: «Que cada cual siga su camino, su verdad y su vida tal como yo tengo mi camino, mi verdad y mi vida».

Cuando yo me encuentre a mí misma seré un dios realizado. Y sólo creen haberse encontrado a sí mismos, en la Tierra, los sacerdotes, los políticos, los pensadores de rebaño, los repletos de vanidad,

---

[21] *Il Piccolo* era un periódico italiano pro-fascista de São Paulo que en septiembre de 1928 publicó un artículo del periodista fascista Luigi Freddi en el cual se calumniaba violentamente a Maria Lacerda de Moura, lo que provocó que trabajadores y estudiantes invadiesen el periódico e inutilizasen las tipografías.

[22] Entre 1928 y 1937, Maria Lacerda vivió en una comunidad (una comuna anarquista formada por pensadores y exiliados) en Guararema. Maria describió aquel período como una época «libre de escuelas, libre de iglesias, libre de dogmas, libre de academias, libre de muletas, libre de prejuicios gubernamentales, religiosos y sociales».

desbordantes de orgullo, henchidos de presunción intelectual, que se doblan al peso de los dogmas y de las afirmaciones categóricas, seguros de sí mismos, infalibles y jactanciosos.

Todas esas causas y toda esa gente tienen un plano trazado en el papel o en el *ring*, siempre *versus*...

Mensajes, programas, apostolados ingenuos o engañosos, reformadores, manifiestos, cornucopias de esperanzas, de liberalidades, promesas de felicidad y bienestar social, sólo saben presentarlo y divulgarlo los partidos políticos o religiosos, los demagogos, los oradores populares, las casas de lotería, los adivinos y los cartomancios.

No es de ahora el exigir de mí un programa o el ingreso en un partido.

Muchísimas veces me han conminado a que me definiese. ¡Definirme! Quieren que selle mi nombre con determinado rótulo, a fin de que pueda tener «autoridad»... Que cargue con el peso de un cartel y con el indispensable, auxilio de dos muletas sociales. Y que, finalmente, me bautice. Necesito completarme. Formar parte de un partido es tener amigos y defensores incondicionales. Es estar dócilmente, servilmente, domésticamente al lado de alguien. Es, por lo tanto, *tener un valor y una autoridad*...

Despreciar las muletas y los partidos significa ser atacado por todos, significa ser la voz aislada que clama en el desierto, la voz única, la voz desapercibida por el rebaño social acarnerado en el redil de la imbecilidad y de la cobardía.

El individualista *de la voluntad de armonía* no fabrica programas ni para sí ni para los demás.

Pero con relación a la propia vida interior, cada uno sabe —y por tanto yo lo sé— lo que desea y lo que quiere.

Con relación a la vida social soy esencialmente antisocial, no sé nada de ella, ni me interesa saber. Sólo destaco a los individuos del

bloque social para estudiarlos o prestarles mi concurso. Pero, con relación a la sociedad sí que *sé lo que no quiero*.

Mi ética repele los partidos, los programas y toda la moral social. No soy abogado, ni político; por esta causa no me interesa ni el populacho de abajo ni el populacho de arriba.

Observo, analizo, critico, exalto, pero no mando, no dirijo, no tengo exigencias ni siquiera me preocupo ni me interesa persuadir a nadie. Las soluciones de ciertos problemas tampoco me atormentan. Las soluciones están adecuadas para los matemáticos, para los sentimientos de los sacerdotes y de las beatas, para la profesión de los abogados y leguleyos y para los mensajes prometedores de los políticos. En resumen: las soluciones son necesarias para los programas sectarios, fuera de los cuales no hay salvación posible —al decir de sus respectivos panegiristas— y también para las novelas que lee la «gente honrada», en las que son castigados los vicios y sale premiada la virtud. Pero para el individualista armónico nada de todo eso le hace falta porque halla todos los recursos en su propia individualidad.

No soy revolucionaria, en el sentido que generalmente se da a esa palabra. No soy partidaria de la adopción de la violencia para crear una organización social más equitativa. Aunque antes me parecía que esta última era la única salvación, debo manifestar que, tras mucho reflexionar, llegué al convencimiento de que la violencia no es una solución. Aprendí a tiempo que los hombres, en nombre del Amor y de la Justicia, en nombre de la Solidaridad Humana, en nombre de la Fraternidad Universal, de la Libertad y de la Igualdad, en nombre de Dios, en el de las Cruzadas religiosas y en nombre de otros postulados, se destrozan mutuamente como animales feroces.

Predicando el advenimiento de la Paz se han hecho las guerras de la civilización.

Pero por los resultados obtenidos me convenzo cada vez más de

que «el odio no mata al odio y que éste sólo muere con el amor». La violencia es madre e hija, a un tiempo, de la violencia. La guerra sólo produce guerra y la revolución no es más que la siembra de nuevas revoluciones.

Nada de violencias, pues; opongamos a ésta la «suprema resistencia» a las negras fuerzas del pasado reaccionario.

Esto sería posible en todos los seres si no existiera tanta cobardía...

El único programa que puedo formular es que procuro encontrar mi armonía interior. Pero es tan vasto el programa que se encierra en estas palabras, tan complejo, tan elevado, tan noble, que deja de ser programa para desdoblarse en lo infinito y en la eternidad, más allá del tiempo y del espacio.

La Vida no cabe dentro de un programa escrito por la imbecilidad social; no puede encerrarse en Universidades, Academias literarias, científicas o filosóficas; no puede rotularse en un partido, en una doctrina, en un sistema religioso ni en la moral social.

Las necesidades humanas tienen su origen en las profundidades ignoradas del YO y no son en modo alguno las leyes mezquinas escritas por los hombres, ni sus teorías, ni sus doctrinas, ni sus partidos, ni sus programas que, según ellos, han de solucionar, o por lo menos definir, el problema de la Vida.

Y los hombres, con su impotencia, con su limitación sensorial, su pequeñez, su insignificancia sectarista; con su miopía, con su maravillosa inconsciencia, su formidable ignorancia y su ambición desmedida, tejen un pendón de glorias. Y fabrican el heroísmo de los partidos, de las sectas, de las banderas y de los programas.

Todo el que se deja encerrar dentro de estos límites, está destinado a la domesticidad dentro de los innumerables rediles, sistemáticamente divididos en rebaños para obedecer a determinados señores

o programas.

Pero mi programa —que no es tal, repito—, es la busca incesante de mi armonía interior, es la «voluntad de armonía», y si alguna vez una nota de esta armonía canta dentro del equilibrio armonioso de otra criatura, realizo una belleza mayor, diviso un sueño más elevado.

Si no consigo esta realización, por lo menos canto dentro de mí misma este bello y generoso individualismo, delicado y fuerte, de mi acuerdo interior para realizar una sinfonía siempre mejor...

«Una voz fue hecha para hablar», como el sol para dar luz y calor. Si mi armonía choca con la brutalidad del odio o con el sarcasmo de la aspereza o si roza otra línea de evolución que no es la mía, ¿qué culpa tengo yo?

También el sol, si bien es cierto que produce el iris magnífico al atravesar una gota de agua o calienta la vejez enferma del hombre; si ilumina el rostro fresco de una criatura, las flores de la primavera o si brilla en la mirada llena de fe del idealista o en los rosados colores de un semblante penetrado de juventud y exaltación, también es cierto que vivifica a la fiera, hace viscosa la planta que mata, alimenta el silbido de la serpiente y sostiene la virulencia del microbio de la peste.

Esta es, en definitiva, la conclusión ryneriana del individualismo de *la voluntad de armonía*.

Si digo que soy humana, describo ya —esbozo, mejor dicho— todo un programa. El programa universal de solidaridad biocósmica, programa eterno e infinito.

Prefiero disolverme en el vasto programa de la Vida antes que limitarme para ser agradable a las ambiciones y vanidades de los hombres, que quieren ver sofocadas mis aspiraciones de Libertad en los programas insignificantes de los partidos, de las sectas, de las religiones o de la concurrencia social bajo cualquier aspecto.

Me repugna tanto el crimen de mandar como el servilismo de

obedecer.

Sólo la insuficiencia mental puede limitar el horizonte de visión de la Vida.

Pero si la finita mente humana, la razón o la ciencia tienen limitado el campo de tan portentoso radio visual, en compensación, podemos basar nuestros sueños en hipótesis acariciadoras e imaginar todo cuanto pueda sugerirnos nuestra mente en busca de lo infinito y de lo eterno, más allá del tiempo y del espacio, a través de la sabiduría subjetiva, libertadora y humana, a la que damos el nombre de divinidad interior.

A la fatalidad social oponemos el estoicismo armónico: ese positivismo de la voluntad, según la expresión de Han Ryner.

La tiranía social no depende de mí. No puedo, por lo tanto, formular ningún programa ante una fatalidad «inevitable como la muerte».

Pero las cosas que dependen de mí, las que pueden evitar mi parte o complicidad en esta tiranía; todo cuanto puede aumentar mi capacidad de Amor —ley máxima de la gravitación universal, concebida por nuestra mente y por la piedad humana—; todo lo que depende de mi voluntad, según la clasificación de Epicteto: mis opiniones, mis deseos, mis acciones, mi carácter; en suma, todos mis sentimientos y todo lo que me puede ayudar a conocerme para realizarme, *a realizarme para aprender a amar*, es lo que constituye mi programa.

No puedo, no debo ni quiero perturbar la libertad de otras evoluciones, de otros deseos, de otras acciones. Mi derecho a la libertad termina precisamente allí donde empieza el derecho de otras libertades.

Procurar iluminarme a mí misma a fin de contribuir al despertar de otras conciencias para que cada cual solucione por sí mismo su

problema, no es exigir la sumisión ni pretender imponer las propias ideas ni los propios sueños a los demás.

Mi individualismo no es el de los superelefantes nietzscheanos, no es, en manera alguna, el demonismo de la *voluntad de poder*.

Porque, ¿hasta qué grado las desigualdades naturales justifican las desigualdades sociales?

El programa de uno o de una minoría cercena la evolución de muchos, y si comete el crimen de impedir la evolución de uno solo, ya se ha cometido un atentado contra la libertad individual, contra el derecho humano y las necesidades naturales del hombre.

El único programa digno del hombre libre es la divisa inscrita en el templo de Delfos, la que, con la sabiduría profunda y amorosa de Han Ryner, ha alcanzado un significado de plenitud al completarlas: «...para aprender a amar».

Los partidos políticos, religiosos o sociales excitan las pasiones, atizan el incendio del odio y adormecen y sofocan las conciencias.

En el programa de la evolución interior, se encuentra en el primer capítulo la protesta consciente, fuerte y heroica, en cualquier circunstancia, contra las guerras y el engaño de las fronteras, contra la paz armada y los pactos Kellogg.[23] Se halla, digo, el deber de protestar, con todas las fuerzas de la conciencia, contra todas las causas de conflictos entre los hombres.

Por esta causa repito que no soy abogado ni capitalista; no soy sacerdote, ni político, ni académico; no soy comunista, ni socialista;

[23] El pacto Kellogg-Briand, también conocido como pacto de París, es un tratado internacional que fue firmado el 27 de agosto de 1928 en París por iniciativa del ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Aristide Briand, y del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Frank B. Kellogg mediante el cual los quince estados signatarios se comprometían a no usar la guerra como mecanismo para la solución de las controversias internacionales.

no pertenezco a ninguna grey; rechazo todos los nombres bautismales con que quieren favorecerme los críticos. No tengo programas para reformas sociales, literarias ni religiosas.

Vivir con la mente en armonía con el corazón y procurar realizar, en la Vida, el ser ideal que el cerebro concibe y el corazón siente en una sociedad mejor; vivir lo que la imaginación generosa es capaz de soñar en el individuo superior, netamente humano, es el programa mío, incomprensible para los que fabrican programas... para los otros.

Mi mente finita busca en lo Eterno y en lo Infinito de mi vida subjetiva el calor de la Verdad. Procura extraer de las profundidades inexploradas de mi superconsciencia esa nota de Armonía Universal perdida en los abismos de luz y sombra del alma humana.

El programa de la Vida en toda su plenitud es el programa de la Libertad integral, es el programa del Derecho Humano, de los que acarician, cantan y aspiran a un sueño más elevado de Amor y de Belleza.

Es el programa de la Solidaridad Humana, para la realización de la Armonía Biocósmica.

¿TIENE SEXO LA INTELIGENCIA?

I[24]

«...Il n'est pire esclavage
que L'erreur active...».[25]
HAN RYNER
(«La Sagesse qui Rit»)

No estará de más que declare, ante todo, que no soy feminista, no pertenezco a ningún partido, no exploto ni me sirvo de ninguna grey, no ejerzo ningún apostolado, no tengo religión alguna ni rumio en ningún rebaño académico o moraliteísta. Solo creo en mi dios interior que sueña con mis sueños, duerme, se solaza, canta y aspira en cada uno de los estremecimientos de la Naturaleza buscando constantemente una forma siempre más bella en la fantasmagoría de los mundos y de los sueños...

Estoy libre de muletas. Me he emancipado de todas las iglesias religiosas o laicas.

No pertenezco a ninguna asociación femenina «Pro Voto» ni soy del partido militarizado y militante del feminismo bélico.

Me repugna igualmente el ejército catequístico de ciertas damas de Estropajosa.

Gracias a las muchas experiencias sufridas aprendí a huir de los rebajos, de las sociedades y de los credos, me libré de las muletas —según la feliz expresión de Krishnamurti—, deserté de las barreras

[24] *Estudios*, n.º 95, julio de 1931. Traducción de ZEUS.
[25] «...No hay peor esclavitud que el error activo...».

de la grey social y me siento libre para respirar en el campo abierto de mi individualismo reivindicando el derecho de todo ser humano.

La sociedad es la limitación fatal de los derechos individuales. En todos los tiempos, los partidos del «populacho de arriba» oprimieron al «populacho de abajo». Pero aun cuando se inviertan los papeles todo volverá al punto de partida.

En todos los tiempos y en todos los países, ya bajo la rotulación de liberales o de conservadores, o ya bajo la de demagogos socialistas o aristócratas; ora con oligarquías, ora con plutocracias o imperios —el nombre es lo de menos—, el hombre procuró escalar posiciones que le permitieran —ya sirviéndose del derecho de la fuerza, ya recurriendo a la fuerza del derecho de sus leves— pisotear a los de abajo. Para alimentar su orgullo o para dar satisfacción a sus feroces instintos, procuró mandar, tiranizar, para hacerse servir por la cobardía moral del rebaño domesticado a través de las tradiciones, de la rutina, de la educación y de los preconceptos; a través, en fin, de la imbecilidad humana.

Siempre hubo castas dominantes y masas acarneradas, señores y esclavos, déspotas y vasallos, explotadores y explotados. Es la fatalidad social contra la que no hay apelación posible.

La servil imbecilidad del género humano es infinita. Los nietzscheanos «superelefantes de la voluntad de dominación», tuvieron y tendrán siempre su claque y su ejército, su policía secreta y sus vasallos sumisos y fieles, sus escritores prostituidos y sus lacayos incondicionales: los pensadores de rebaño, los sacerdotes, algunos poetas y científicos, todos los moraliteístas y los filósofos repetidores, todos los que comulgan con las ruedas de molino del vasallaje reaccionario y que viven encorvados reverentemente ante los Césares del poder gubernamental o ante los Cresos —reyes del acero, del oro, del petróleo o de las armas de guerra.

A la vista de todo esto se ha descubierto, justamente ahora, que. el siglo XX es el siglo de la mujer. Se ha visto que existe una energía femenina digna de ser tomada en cuenta, digna de ser explotada. Se apercibió el hombre de que su compañera podía serle de muchísima utilidad material y se dedicó a explotar la carne femenina, el trabajo femenino o la sensibilidad de la mujer.

Por esta causa —dentro y fuera del casamiento— todo puede ser calificado de prostitución, todo es esclavitud. Sujeción. Para toda la vida a uno solo o a varios y por tiempo determinado. Sujeción del cuerpo, explotación del trabajo, esclavitud de la razón... la mujer vive «al servicio» de la esclavitud social.

Las innumerables necesidades lanzadas en la vida por la civilización industrial, arrastraron también a la mujer hacia el tormento del trabajo obligatorio y absorbente.

Surgieron nuevas y enconadas luchas de competencia entre ambos sexos estimuladas por este descubrimiento sensacional. Y la eterna tutelada, dos veces esclavizada en nombre de la reivindicación de sus derechos, en nombre de la emancipación femenina, en nombre de tantas banderas, de tantos ídolos: patria, hogar, virtud, honra, sociedad, religión, derechos políticos y civiles, feminismo, comunismo, sindicalismo, fascismo, revolución, etc., etc., continúa siendo un instrumento manejado hábilmente por el hombre para sus fines sectaristas, dominantes, políticos, religiosos o sociales.

La mujer no ha apercibido, y tal vez no lo verá nunca, el truco de que se valen los escamoteadores de la civilización unisexual.

Los comunistas instigan a la mujer a trabajar para el advenimiento de la dictadura «proletaria» preconizada por la Madre Rusia. Son, según la maravillosa expresión de Han Ryner, los «escultores de montañas». Su divisa es la de todo rebaño: «...fuera de nosotros no hay salvación...».

Los anarquistas revolucionarios de la «santa violencia» quieren que la mujer vaya con ellos a soñar barricadas y a gritar en las plazas públicas como en casa: «¡Viva la revolución! ¡Abajo la burguesía!», como si todo quedase solucionado así.

Los «en dehors» la quieren en el amor organizado como cooperativa de producto y consumo; en la camaradería amorosa... es decir, como instrumento sexual.

De entre los que acabo de citar, conozco a muchos que se rotulan con los más variados nombres y, sin embargo, solo se interesan por su propia libertad y por el triunfo de su partido, sin la menor preocupación por la mujer, desconociendo en absoluto sus derechos y sus necesidades. Conozco libertarios cuyo hogar es burguesísimo.

Tanto los laboristas como los sindicalistas, los propagadores de cualquier religión, los sacerdotes revolucionarios como los clericales, los socialistas demagogos, los feministas, los partidos políticos, todos, absolutamente todos procuran ahogar las verdaderas necesidades interiores de la mujer, todos sofocan sus más altas aspiraciones en el caos de las competencias de partidos o en las del progreso material absorbente. La sumergen en la loca actividad de la vida moderna para que sea devorada por esa civilización de explotadores y de vampiros.

La esclava eterna que creyó reivindicar sus derechos, que pensó se dedicaba a su emancipación, siéntese cada vez más llena de responsabilidades, y su desesperación, irritabilidad y desaliento crecen a medida que desaparecen las ilusiones. Porque, hasta el momento actual, ¿cuál fue el partido o el programa que haya presentado una solución real al problema femenino?

En realidad, ninguno. Porque la mujer, es esclavizada bajo otros muchos aspectos, después de la victoria de una reivindicación de cada partido o de cada idea.

Al despertar para entrar en el trabajo social, su actividad es

desviada hacia la defensa de las «verdades muertas», de las «mentiras vitales», dentro de la rutina, de las tradiciones, de los prejuicios de otro orden, de la reacción conservadora o revolucionaria.

La vacunan con el suero de los ídolos nuevos y la hacen incapaz para subir más arriba, para escalar ideales más elevados, y se agarran desesperadamente a las muletas milenarias. Aunque los ídolos se bauticen con nombres nuevos o con programas demoledores, lo real, lo irrebatible es que el ídolo continúa siendo siempre el mismo: Moloch devorador.

Al incorporarse al movimiento social, la mujer se ha convertido en un instrumento creador de nuevos altares y se ha arrojado a una lucha sangrienta, lucha sin treguas, que los hombres, caníbales de la civilización material y de las ambiciones desmedidas, alimentan, con el miraje de la vanidad loca de vencer dentro de «su» partido, en medio de «su» rebaño, entre «sus» compañeros de ideales, para dominar, para llegar a ser señores de esclavos o de explotados y exterminarlos en nombre del Amor y de la Justicia, en nombre, sobre todo, de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad...

La mujer, como digo, se ha convertido de víctima en cómplice de otras tiranías, se ha hecho apta para otra especie de domesticidad. Y es así como en la creencia de una liberación continúa siendo explotada su sensibilidad bajo la capa criminal de los evangelios nuevos, de los partidos recientes o de las organizaciones ultramodernas.

Bajo el pretexto de reivindicaciones feministas se ha desfocado nuevamente su razón y se aparta cuasi definitivamente del verdadero problema femenino, que es el problema humano del derecho a la vida, como lo tiene todo animal de la escala zoológica, la reivindicación individual de sí misma, el derecho a ser dueña de su propio cuerpo, de su voluntad, de sus deseos y de su expansión mental, para vivir la vida en toda la plenitud de sus posibilidades latentes.

Que aprenda a ser libre para poder libertarse de las propias cadenas de los instintos que no están acordes con nuestras necesidades actuales (como, por ejemplo, el instinto de amar a la fuerza bruta, el instinto guerrero, etc.), instintos inferiores todos ellos, a fin de ascender hasta el plano superior donde penetra nuestra alma el ansia de ser algo más que instrumento de voluptuosidad y de explotación, para escalar un grado más elevado de individualidad a través de la libertad de vivir para su propio corazón y de pensar por su propia mente.

Mientras la mujer se deje llevar por los otros, mientras se confíe a la ingenuidad o a la malicia de los partidos, de los programas, de los votos, de las caridades, de los deberes —ídolos del hogar—, de las sociedades, de los privilegios, de las convenciones —patria, familia, religión y el «qué dirán»—, será la eterna explotada por la fatalidad social, por la imbecilidad humana y por la chulería legal y moraliteísta.

Es el problema ibseniano de Nora en Casa de Muñecas. Es el problema hanryneriano del individualismo neoestoico, es el individualismo de la voluntad de armonía interior, de la realización subjetiva.

La mujer tiene prisa por laborar. Pero hay que tener en cuenta que solo puede ser dadivoso quien tiene las manos repletas... que solo podemos entregarnos al mundo cuando tenemos el conocimiento y la certidumbre interior de que lo que vamos a dar no perjudicará al semejante.

Solo podré sembrar cuando logre recolectar algo en mí misma. Primero tengo que conocerme y, enseguida, debo realizarme. Solo después, bastante tiempo después, podré recoger para sembrar...

Cometo el más inconsciente de los crímenes si alimento a los demás con el indigesto manjar que me hicieron engullir con la educación y la rutina social; este alimento no es otro que el patriotismo, la

religión, la familia y la sociedad, que, a su vez, crean, multiplicándolas, nuevas formas de sujeción.

¡Cuántos ídolos!... ¡Cuántos ídolos para perpetrar los crímenes de lesa humanidad, de lesa felicidad humana, de lesa libertad individual! ¡Y cuán lejos estamos de nosotros mismos!

Doblemente esclava, la mujer. Protegida (?) milenaria del hambre, en su cuerpo y en su razón; instrumento de explotación de los ídolos, de los partidos, de las religiones y de los programas; en resumen, es la esclava social.

¡Y es esa mujer la educadora de la infancia! ¡Cuánto absurdo, cuánto cretinismo, cuánta barbarie patriótica, cuánta estupidez honrada y virtuosa en la escuela, en el hogar y en la juventud!

Y es esto lo que repiten los millones de profesores del mundo entero para la conservación del fósil del pasado reaccionario, con el dominismo de los sacerdotes, de los reyes, de los demócratas demagogos, de los militares y de los capitalistas.

Este es el orden social y no hay otro instrumento para su conservación como la mujer. Nuestra civilización no es otra cosa que ese cadáver que tanto nos cuesta arrastrar...

¿Hasta cuándo?...

¿Volveremos acaso a un punto de partida?

II[26]

LAS DOS GRANDES RAZAS SOCIALES

La organización social divide a los hombres y mujeres en dos razas que se combaten ferozmente.

El instinto, la Naturaleza ordena que se busquen, inevitablemente, que se complementen, para realizar una armonía mayor, para conseguir ira equilibrio armonioso de dos seres.

La sociedad, ciegamente, se enfrenta contra el instinto, contra la Naturaleza, y legisla, codifica y organiza el amor.

La razón de la mujer fue- condenada a cadena perpetua, bajo pretexto de que su emancipación mental sería la causa de la destrucción del «sagrado hogar».

De manera, pues, que la institución de la familia está basada en la ignorancia de la mujer, en el servilismo y en la esclavitud femenina.

Las uniones libres son inmorales para la gente «honrada». Sin embargo, el casamiento es una trampa feroz para ambos y, muchas veces, fraude para las dos partes. Y es así como la indisolubilidad del lazo matrimonial trajo la muerte de la razón en la mujer y la anulación del sentimiento en el hombre. Y se convirtieron ambos en monótonos discos de fonógrafo...

De ahí deriva la imbecilidad, la vulgaridad, el perverso reinado de las mediocracias oficialmente organizadas y mil calamidades más. El hombre no tiene tiempo para pensar. Repite. Sí, repite lo que oye y se acobarda. Acepta sumiso el alimento que se le impone. No discute, no analiza. Incapaz de crear, incapaz de vivir subjetivamente, incapaz

[26] *Estudios*, n.º 100, diciembre de 1931. Traducción de ZEUS. Reproducido en *Cénit*, n.º 34, octubre de 1953.

de conocerse, de realizarse, quiere «vencer en la vida». Es el señor. Y salta por encima del prójimo, con la voracidad que la civilización le ha inculcado. Mató el sentimiento; ¿Y la razón? La mató también. El hombre es una máquina.

En esta organización social de vampiros y arribistas, accionados todos por los invisibles hilos del guignol de los Césares del Poder, de la religión y del capital, ser «individuo» —hombre o mujer— es cosa muy difícil.

Si Diógenes viviera, se encontraría nuevamente embarazado en su búsqueda del hombre, apagaría tal vez su linterna y se refugiaría despavorido en el fondo de su tonel, más escéptico que nunca.

La sociedad, las seducciones del goce material, la ambición siempre insatisfecha, los dogmas de la familia, de la religión, de la patria, de la civilización, de la rutina, de las tradiciones y de los prejuicios seculares, tienen por objetivo, asumen como más alta misión la de imbecilizar a los individuos e impedirles la realización interior ahogando su razón y comprando su conciencia. Por esta causa se hace preciso desertar de la sociedad para llegar a desprenderse de todo cuanto nos inculcaron como si fuera la mayor de las verdades, y para poder hallarnos a nosotros mismos.

¡No es nada fácil ser antisocial! ¡No es heroísmo de fachada el del desertor!

Para reivindicar el derecho a pensar, el hombre o la mujer, tienen que saltar por encima de millones de dogmas, por encima de centenares de ídolos, de millares de símbolos, de prejuicios, de tradiciones, de altares, de convenciones y «verdades muertas», por encima de todas las *mentiras vitales* de la civilización, por encima de todos los cadáveres insepultos de los muchos engaños sociales.

Todo esto se resume en el gesto heroico de arrancarnos de la cabeza el disco de gramófono que en ella llevamos y reivindicar el

derecho a ser una cabeza pensante.

Imposible nos será esta actitud noble y altiva si queremos ser «damas» de la alta sociedad, políticos o académicos, profetas, maestros o sacerdotes.

Hombres y mujeres, todos cuantos se hallan en este caso, no son más que sombras, discos de la moral y de la farsa social. ¡Oh! ¡Cuán equilibrado y armonioso resulta el balido del rebaño humano!...

¡Locura, en cambio, pensar! Locos son los que denuncian los crímenes de lesa felicidad individual, los crímenes de lesa humanidad...

Así clama la moral social. Pero mi ÉTICA es muy distinta.

Cuán diferente es, en mi cerebro, el concepto de la dignidad humana. Para mí constituye un honor ser clasificada de anómala. Es una felicidad verme señalada como loca porque soy humana. Tengo a gran honra y a placer inmenso hallarme en esta locura que no quiere pactar, que no quiere ser cómplice del vampirismo y del artificialismo social.

⁂

Ni la inteligencia es privilegio del hombre, ni el sentimiento es exclusiva propiedad de la mujer.

Condenado a la inacción, desde el punto de vista intelectual, el cerebro de la mujer es el fiel reflejo del cerebro masculino. La mujer de la «alta» o de la «buena» sociedad, puede ser cultísima, podrá hablar de Ibsen, de Gorki o de Maupassant, de Anatole France o de Voltaire, de Zola o de Mirbeau; podrá discurrir acerca del teatro de Bataille o de Molière, pero, todo ello es superficial... porque sigue siendo católica apostólica y romana. No supo ver la crítica mordaz de Voltaire o de Molière, no sintió la ironía del inimitable autor de *Thais*

o de *La Isla de los Pingüinos*. Es «caritativa», piadosa, creyente, pero no vislumbra la sonrisa de amargura que nace de todas esas obras si se emprende el análisis doloroso del problema humano o de la cuestión social.

Digamos de paso que, hasta en eso, imita ella al hombre... También el hombre «culto», aquel que tiene en su bolsillo el título de doctor en cualquiera de las ciencias universitarias, y su biblioteca bien repleta de volúmenes —no leídos muchas veces—, continúa, a pesar de su saber, impermeable dentro de la rutina y la tradición social.

Es el caso de los abogados, de los jueces, de los fiscales que interrogan a presos políticos por cuestiones sociales y que confunden las ideas de Marx con las de Bakunin, preguntando a los anarquistas cuál es la clase de gobierno que desean después de la Revolución...[27] y declarando finalmente que, también ellos, delegados del gobierno y del «orden» público, piensan como aquéllos, que también sienten estos ideales y esperan el advenimiento de una sociedad anarcocomunista... solo que no exponen en público sus ideas.

Y éstos son literatos, «cultos», que han viajado y leído mucho... pero no pasan de pensadores de rebaño.

No debe, pues, extrañarnos que la mujer se halle en las mismas condiciones, que repita y obedezca mentalmente. Sin contar con que la mujer tiene, además, lo que los hombres reputan como necesario para contenerla dentro de la moral social: el «freno» de la religión católica.

Las ideas femeninas son convicciones del corazón... La mujer piensa a través de la simpatía y del amor de los que viven al lado de su vida de odalisca, de bestia de carga o de procreadora inconsciente —

[27] Textual. La autora asistió a un juicio contra anarquistas en que el juez hizo esta manifestación. El caso no es único.

como incubadora que recibe huevos por imposición.

Bajo todos los aspectos de la vida la mujer está «al servicio».

No escapa de esa domesticidad, a esa felicidad, a esa esclavitud, la inteligencia femenina al servicio de la mentalidad masculina.

En la literatura, en la poesía, ya como pensadora o artista, no tiene nunca fisonomía propia: está al servicio del pasado, de la rutina, de los preconceptos religiosos, académicos, científicos, políticos o sociales.

Vivimos la civilización unisexual.

El divino perfil de una Isadora Duncan, maravilla por lo imprevisto, por su originalidad superior de artista, por la espontaneidad de una individualidad, tan alta, que asombra, por la grandeza de una evolución aislada, única, autodidacta, y por una ÉTICA más alta aún en su belleza de entregarse incondicionalmente, en una generosidad creadora de ritmos y de sueños para la felicidad humana, integrada en la libertad de vivir intensamente una belleza mayor.

Pero las excepciones como esta pueden contarse con los dedos de una mano.

Ya sea reivindicando sus derechos dentro de los partidos, ya sea en la lucha de clases, ora con métodos de acción política, ora con procedimientos revolucionarios, siempre la mujer está impelida por el hombre, estimulada por los jefes; se halla, en suma, siempre al «servicio» de lo masculino.

⁂

Poquísimas son las mujeres que ponen su capacidad al servicio de la propia conciencia.

Mas... ¿qué acontece entre los hombres?

¿Son, elevado número los locos, los anormales, los anómalos

que saltan por encima de los tapujos sociales, de las vallas del redil humano, arrancándose de la cabeza el disco de gramófono, según el admirable simbolismo de Andreas Latzko?[28] ¿Son muchos los que han sabido reivindicar el derecho a tener cabeza?

¿Es considerable la falange de los que desprecian el armonioso balar de los rebaños de la parábola ryneriana, los que, locos también, antisociales, antipatriotas, antirreligiosos, antisectarios, antidogmáticos, se libran de todas las muletas y de todos los escapularios?

La gran mayoría, insensible a las propias verdades subjetivas, emparedada dentro del ídolo majestuoso de la Rutina, no oye los llamamientos de su YO interior.

La cultura de rebaño, los títulos y las glorias de las letras, de las artes, de las ciencias; los pensadores y los filósofos académicos; todos están al servicio del orden social, al servicio de la destrucción humana, de la civilización industrial, de la competencia, de los canibalismos del progreso material; todos tocan el disco de la marcha victoriosa de las «mentiras vitales», de los ídolos voraces de la tradición, los dogmas y el qué dirán.

La cobardía mental es la más poderosa de las fuerzas reaccionarias.

Respetar, obedecer, repetir y alabar es la consigna del orden social.

Pero, aprender a pensar, y pensar en voz alta, no es privilegio del sexo fuerte.

En todas las épocas existió la afirmación viva de que el esclavo social —hombre o mujer— puede tener la conciencia despierta en el gesto libre de pensar en voz alta y obrar contra la rutina, contra todos

[28] Andreas Latzko (1876-1943), pacifista austrohúngaro de origen judía, novelista y biógrafo.

los ídolos feroces de los altares de Moloch, de la Patria y de la Civilización.

Es preciso, pues, ser antisocial para realizar el heroísmo sin par de enunciar las verdades interiores. Porque, es más fácil y más cómodo venderse a la gloria de un día, a la gloria de los honores y las paradas patrióticas y religiosas, a la seducción de los aplausos inconscientes de las multitudes, a los uniformes de las academias, a las condecoraciones y títulos honoríficos, al prestigio social.

Es realmente lastimoso ver a los mejores talentos masculinos o femeninos ponerse al servicio de las leyes, de los gobiernos, del orden constituido, del capital, de la sociedad, de los crímenes y de los errores de lesa felicidad humana.

Pertenecer a una grey, a un partido político, religioso o social, ser el portavoz de un dominismo que va contra otro dominismo, da prestigio y nimba de celebridad los nombres de los abogados, de los políticos, de los académicos, de los militares, de los sacerdotes, de los profetas o de los apóstoles.

¡Nada de muletas!

No hay muleta capaz de proporcionarnos la paz y la serenidad interior.

La Humanidad no supo encontrar todavía la solución de sus dos principales necesidades, los dos instintos predominantes del reino animal, y siguió el rumbo opuesto de la sabiduría de los llamados irracionales: ¡Comer y Amar!

Y el género humano enloquece, se degenera, se suicida y derrocha sus más admirables energías latentes en falsos placeres de relumbrón, crea la prostitución, las leyes estranguladoras y el vampirismo social y pisotea los más bellos sentimientos enlodando la pureza de todo cuanto es noble y sin mácula, a fin de satisfacer sus dos instintos primordiales.

No obstante, cada vez se desvía más de su objetivo. Todos quedan insatisfechos. Doloridos por la indigestión y por la insaciedad amorosa.

Tan sencillo como sería satisfacer las propias ansias...

Pero es tal la complicación industrial y económica, y es tal también el grado de civilización, que son consideradas como anómalas y perturbadoras las inteligencias que ponen su esfuerzo al servicio de la Humanidad con el fin de que desaparezcan las vergonzosas aberraciones actuales y volvamos todos a la Naturaleza, al seno de una vida simple de realización interior para poder interpretar y solucionar debidamente el problema humano dentro de la ley de la gravitación universal que es el AMOR, solución que se resume en los siguientes dos postulados de la ÉTICA:

«No matarás.»

«La vida solo se ha hecho para el Amor.»

⁂

La realización interior no es una cuestión de inteligencia, de cultura ni de sexo, no es tampoco el problema parnasiano de los malabarismos de palabras.

El propio D'Annunzio, a pesar de los plagios que le han descubierto algunos intelectuales de tan alto valor como Han Ryner y otros colaboradores del Mercure de France, es un gran artista de la expresión. Su estilo es magnífico en imágenes, está lleno de bellezas, es encantador a pesar de su narcisismo imperialista, a pesar de su voluntad y su lujuria, a despecho de la vanidad loca del orgullo y de su voluntad de poder.

Prostituido en el alma, y quizá también del cuerpo... pone su talento al servicio del carnaval social y nos hace llegar a la conclusión de

que «los cheques pueden ejercer una influencia decisiva en el cerebro de un hombre genial»...

La inteligencia, pues, no depende de cada uno de nosotros. No tiene mérito alguno ser inteligente.

El mérito, si puede ser cotejado por los demás, está en el carácter incorruptible, en el valor heroico del desprendimiento hacia los bienes materiales y los honores oficiales, está en el desprecio de la consideración social y el qué dirán.

El mérito, si existe, está en no balar entre. el rebaño humano, consiste en no repetir la voz de la rutina y de los prejuicios, ni ponerse al servicio de los domesticados.

El verdadero mérito está en la deserción social.

Consiste en ser antisocial y combatir toda orden, todo mandato, ya provenga de la ley, de la religión o de la moral.

Es el heroísmo de ir contra la corriente, de ser una voz única y aislada en medio del rebaño. Es el valor de ser individuo y conservar la dignidad humana en medio de la ferocidad colectiva.

Y, si la inteligencia no tiene sexo, no es privativa de un sexo ni de una raza, mucho menos lo es el valor de enfrentarse con los conductores del rebaño social y negarse a pactar con la brutalidad de la civilización, con las máquinas humanas y con los dólares inhumanos.

Cuando un hombre une a su mentalidad de pensador el sentimiento verdadero del artista —Tagore, por ejemplo—, que es, por así decirlo, una sensibilidad casi femenina, delicada en su grandeza espiritual de maternidad o de piedad humana, nadie lo interpreta como una «anomalía».

Y es que, de hecho, la evolución tiene que acercar la razón y el sentimiento hasta lograr la armonía entre la mente y la sensibilidad interior —cerebro y corazón— para realizar una belleza mayor, para concretar un sueño más alto, para estructurar una concepción más

elevada del problema de la Vida.

Y cuando una mujer junta a su sensibilidad femenina un sentido más profundo de la cuestión humana, y eleva su razón a alturas poco accesibles para el común de las preocupaciones vacías del vulgo en los ocios femeninos y masculinos, cuando alza en sus manos el sentimiento para hacerlo llegar a la altura de la razón, en un esfuerzo fantástico de todas sus potencias, en un salto milenario desde las eras medievales hasta el siglo de la relatividad y del individualismo ryneriano de la «voluntad de armonía», esta mujer, ¡oh entes, que de todo os extrañáis!, no hace más que esbozar el tipo futuro individualista, en el cual cantará el equilibrio armonioso entre el sentimiento y la razón, para llegar a intuir más profundamente el nuevo ascenso hacia otra evolución más amplia, a fin de llegar a la conquista de una Belleza mayor.

UNA VOZ SE HIZO PARA HABLAR[29]

De los libros de Han Ryner, el «Sócrates moderno», de sus Evangelios de belleza, iluminados por la Sabiduría, *Les paraboles cyniques* me impresionaron hondamente.

Han Ryner intenta «restituir la belleza del pensamiento cínico», y nos ofrece la más bella de sus creaciones, Psicodoro, discípulo de Diógenes, más grande que el maestro, más grande -que Antístenes y Crates y Menipo, imaginándose que el filósofo habría de manifestar su pensamiento por medio de parábolas.

El Cristianismo, en su santa piedad iconoclasta, «no dejó en pie ningún monumento de la Sabiduría cínica».

No quiso que la civilización de los santos y de los castos supiese que «cinco siglos antes del Evangelio habían sido expresadas tantas parábolas con un sentido mucho más evangélico a pesar de ser ortodoxas».

¡Cuántos crímenes de lesa felicidad humana se cometieron y continúan perpetrándose por la piedad irreverente de la caridad cristiana!

Y Han Ryner, el poeta «de la música del sueño y de la sonrisa de la duda», el que nada afirma, reconstruyendo, genialmente, la maravillosa filosofía de Psicodoro prueba, si es preciso aún una vez más, que las verdades son como el Fénix de la leyenda: renacen de la hoguera, de los autos de fe, de la prohibición de hablar o de pensar. Muestra que las verdades están dentro de cada conciencia y que, una a una, llegarán a realizarse, a descifrarse, a adivinar el enigma de su esfinge interior, a descubrir la solución para el problema de su propio

[29] *Nervio*, n.º 4, agosto de 1931. Traducción de P.B.F.

ser en pos de la felicidad.

Hoy se habla mucho de Krishnamurti, el nuevo instructor de la humanidad.

Han Ryner nunca se proclamó «la verdad, el camino y la vida». Ni posee pífanos para anunciar su verbo de Amor. Pero ya dijo cuanto Krishnamurti viene lanzando como verdades nuevas.

Amo y admiro vivamente a Krishnamurti y a su filosofía individualista —y Han Ryner le ama también—, mas la filosofía ryneriana y, en particular, la vida de Han Ryner, son como lámparas de bendiciones sobre nuestras borrascas interiores.

Han Ryner es una mentalidad cíclica. Sin duda, será considerado por los siglos como la figura excelsa de uno de los más enormes instructores de la humanidad. Realiza la armonía del pensamiento y de la acción. Y enseña que hay muchos caminos y muchas verdades... Y cada uno tiene su problema y su esfinge.

En una de mis cartas, hablándole de mi devoción por Mahatma Gandhi, pregunté al filósofo amado y admirado qué pensaba de Krishnamurti. Y me respondió:

> *J'aime beaucoup Krishnamurti, dont la pensée me parait presque toujours proche de la mienne et qui, pour exprimer ses idées libératrices, trouve souvent de belles images de poète. Je l'aime surtout quand je songe á la pureté et á la force qui lui ont permis de repousser le rôle éclatant qu'on lui avait préparé.*[30]

Tiene razón. Repito que amo y admiro a Krishnamurti. Es grande, es

[30] «Amo muchísimo a Krishnamurti, cuyo pensamiento me parece siempre muy cerca del mío. Él, para expresar sus ideas libertadoras, encuentra a menudo hermosas imágenes de poeta. Le amo, sobre todo, cuando pienso en la pureza y en la fuerza que le han permitido rechazar el brillante papel que se le había preparado».

admirable, es incorruptible.

Sin embargo, para mí, Han Ryner es más completo, más amplio, más humano, más profundo, porque es más penetrante y más rico y más poeta y se halla más próximo a nuestro atormentado corazón.

Me habló también de Gandhi. Oídlo:

Gandhi est très grand. Il sait ou est l'unique moyen de salut. Peut-être se trompe-t-il, en croyen que le temps est venu de réveiller les morts. Peut-être son effort de non-violence, avec des hommes encore insuffisants, aboutira á de pires violences. Je ne sais. Nous sommes naturellement très mal renseignés, très trompés pour une Presse qui est toute vendue. Son effort créera-t-il du bien ? . . . du mal ? . . . Impossible de prévoir. Mais, il fait ce qu'il croit devoir, donc ce qu'il doit. Il est dans le chemin nécessaire. Si quelques passants doivent, par leur mouvement, faire se détacher des rocs surplombants qui les écrasent, eux et leurs compagnons, ce n'est pas leur faute. Il faudra bien que l'humanité passe par ce chemin, si elle peut être sauvée. Si elle n'arrive pas à la non-violence, elle arrivera, par les gaz et autres moyens scientifiques, au suicide. Gandhi a donc raison d'indiquer, a tous risques, la seule route.[31]

Acabo de transcribir dos trozos de la tarta de Han Ryner, fechada el 12 de julio de 1930, cuyo autógrafo me es muy caro.

En ellos está condensado, en gran parte, el problema ryneriano

[31] «Gandhi es enorme. Sabe dónde está el único medio de salvación. Quizá se equivoque creyendo llegada la hora de despertar a los muertos. Tal vez su esfuerzo de no violencia, con hombres aún insuficientes, llevará a las peores violencias. No sé. Nos encontramos naturalmente muy mal informados, engañados, por una prensa toda vendida. ¿Creará su esfuerzo el bien?... ¿El mal?... Imposible preverlo. Pero él hace lo que cree el deber, es decir, lo que debe hacer. Se halla en el camino necesario. Si a causa de sus campañas algunos caminantes deben apartarse de las rocas que se desploman y los aplastan, a ellos y a sus compañeros, no es culpa suya. Será menester que la humanidad pase por este camino si puede ser salvada. Si no llega a la no violencia, llegará, por los gases y otros medios científicos, al suicidio. Gandhi, pues, tiene razón de indicar, a pesar de todos los riesgos, el único camino».

en su aspecto de no violencia y en el aspecto heroico de la incorruptibilidad del carácter.

«*Les paraboles cyniques*», según la expresión de otro gran artista, Florian-Parmentier,[32] constituye «una de las obras que mejor ponen de relieve la sutileza del pensamiento y la sorprendente magia del estilo de Han Ryner».

En su primera parábola, «La source», el filósofo intenta satisfacerse a sí mismo. Busca conciliar su individualismo antisocial con su actitud de suprema resistencia a las fuerzas reaccionarias, resistencia manifestada con la pluma, por la tribuna, por la acción, con toda su existencia filosófica de neo-estoico, siempre al servicio de la solidaridad y la fraternidad humanas.

Si la sociedad es la limitación, la fatalidad inexorable contra el individuo, Han Ryner es tan antisocial como es posible serlo. Y, por ser social, el filósofo habla a quien tenga oídos para escucharle.

Sabiendo que los discípulos suelen prostituir la voz de los maestros —como el Cristianismo ha hecho con Cristo...—, Han Ryner se justifica de esta manera delicada: «Una voz se hizo para hablar».

«La source» es una parábola que, por sí sola, inmortalizaría una pluma de artista, de sociólogo y de filósofo. Otra la complementa: «Le troupeau qui bêle». Nunca vi protesta más sentida, más profunda, más fina, ni tan expresiva como ésta contra la civilización industrial que atesora para la minoría y es la causa de esclavitud, de tiranos y de asalariados, la causa de la miseria moral de déspotas y esclavos de esa tremenda gleba férrea de fábricas y talleres.

Vivimos la civilización que quita virilidad a las conciencias, matando el individualismo en esas máquinas de trabajo, de ambición,

[32] Florian-Parmentier, cuyo nombre real era Ernest Florian Parmentier, conocido también bajo el seudónimo de Serge Gastein (1879-1951), fue un novelista, poeta, crítico de arte y periodista francés.

de mercantilismo, en la explotación del hombre por el hombre, en esta sociedad en que predominan y vencen los llamados «hombres prácticos».

Basta de oír, confiados, las sabidurías de la vulgaridad, la sabiduría cobarde de los apóstoles y sacerdotes, basta de asumir el papel de mártir, héroe o sacrificado inútilmente, en medio del balar de las multitudes que aprueban y linchan con la misma inconsciencia estúpida y brutal.

Ser tan antisocial como sea posible, abandonar todas las galerías subterráneas del infierno social y subir a los abismos de luz de la vida subjetiva, para soñar, para crecer, para integrarse en sí mismo.

Mientras haya hombres que quieran reglamentar, mediante leyes, los «complejos efectivos o los psicológicos», la Naturaleza se rebelará, imbecilizándolos a través de las muchedumbres aborregadas, domesticadas, que se someten al yugo increíble de un dictador paranoico, epiléptico, como Napoleón o Mussolini —«Himalayas de infamias»— o arrojándolos locamente a la lucha de clases, en donde cada grupo o partido tiene la pretensión de esculpir un sueño único para todo el orbe.

Mientras existan legisladores, habrá quien se someta al guante de los gobiernos autoritarios y quien esté dispuesto a sacrificar la propia vida y la vida de los otros para substituir o modificar las leyes interminablemente.

La verdadera sabiduría nos enseña· que el medio no es el sometimiento o el servilismo, ni la ley tiene poder para despertar nuestras energías latentes.

Las parábolas de Han Ryner —sería preciso citar todas— contienen los más vastos y más profundos problemas humanos.

Han Ryner es un Poeta Anunciador. Su sabiduría socrática, la magia de su lenguaje, la limpidez de su estilo helénico, toda su serenidad

imperturbable de estoico en la defensa de ese sabio individualismo reivindicador de la posesión de sí mismo, todo, en Han Ryner, hace de él una de esas excepcionalísimas personalidades que hablan para todos los siglos, para todas las épocas históricas, para todos los pueblos, para todos los ciclos de la evolución humana.

Han Ryner es uno de los más altos instructores de la humanidad.

São Paulo, julio de 1931.

RELIGIÓN Y CATOLICISMO[33]

Encuentro justificado que se ataque a la Iglesia, a la «Infame», como la llamara Voltaire; que se combata al Papa, a los obispos, cardenales, sacerdotes y a todo el ejército piadoso que forma el clericalismo: pero no me parece acertado negar sistemáticamente que en todas las religiones, en todas las sectas o en todos los credos, hubo. Hay y habrá almas sencillas que serían nobles, desinteresadas y generosas con o sin la muleta de la religión, dentro o fuera de las capillas, o de los rótulos con que se etiquetaron o con que las bautizaron.

¿Cómo nos aproximaríamos a la bondad, a la realización interior, si no olvidáramos nunca que —según el bello decir de Han Ryner—, «el error y la verdad son una misma cosa. Lo que es error visto de frente, es verdad si lo miramos desde un lado»?

El amor debe excluir el pensamiento, dice el filósofo. Ataquemos en buen hora a la Iglesia, al cristianismo y a las religiones que dividen a los hombres en vez de acercarles y unirlos por medio de la fraternidad; pero amemos lo bello de aquella gran poetisa que se llamó Teresa de Jesús y la sencillez y atractivo de algunas leyendas religiosas llenas de ternura y piedad. Porque los autores —santos o profetas— habrían sido igualmente poetas y cantarían las mismas endechas de amor y de belleza, si hubiesen sido nacionalistas o ateos.

Debemos combatir a la Iglesia con sus propias armas, con los argumentos que ella misma nos proporciona en toda su historia sangrienta y sinuosa de tartufismo.

Cristo no fue cristiano. Es anticristiano. • No pertenece al cristianismo. Su bondad, su pureza, su estoicismo, no caben dentro del

[33] *Estudios*, n.º 101, enero de 1932.

cristianismo, dentro del carnaval cristiano de los banqueros y agiotistas transformados en cuervos, ni armonizan con un escenario de hogueras y autos de fe.

Yo también opino —como Brandes— que el Cristo de los cristianos es un mito. Pero no concuerdo con Georges Brandes[34] cuando este gran pensador se olvida de hacer la distinción entre la delicadeza de los actos y las expresiones de este mito, y la aspereza, rigidez y brutalidad de lo que la Iglesia puso en los Evangelios.

Difiero también de Brandes cuando hace responsable a Cristo del inhumano descuartizamiento de Hipatia. ¡No! Creo que la Iglesia introdujo en los libros sagrados las frases brutales y las amenazas, atribuyéndolas a Cristo, para justificar su estado de bárbara intolerancia y realizar los innumerables y variadísimos crímenes que manchan toda su historia.

Hagamos como Barbusse: disputémosles el Cristo a los católicos. Yo, como él, estoy dispuesta a reivindicarlo; sólo que en lugar de decir: «Yo también vi a Jesús. Se me apareció con toda la belleza de la precisión. Y le amo. Lo tengo en el corazón, y si fuera preciso, se lo disputaría a los otros». Yo diría: «Se me apareció con toda la belleza de la *imprecisión*...».

¿Qué me importa si es una leyenda o si existió: si nació en Palestina, en Egipto o en la Atlántida? El Cristo en sí, el hombre de carne y hueso, me es indiferente. Lo que yo aprecio es su belleza interior que ilumina y calma; es la serenidad imperturbable de su grandeza ética, que hasta hoy no ha podido ser superada en la vida real.

Procuremos desenterrar al Cristo de los escombros y las leyendas cristianas...; limpiémoslo de las impurezas y del charlatanismo de la Iglesia, y, sobre las ruinas de los altares de tantos dioses, tratemos

[34] Georges Brandes, *Jesús es un mito*.

de encontrar nuevamente al hombre libre.

Siguiendo opuesto camino al de la Iglesia, amemos en Cristo, no la mentira, la incertidumbre o el verbalismo, sino su maravillosa dulzura, su incorruptibilidad, su estoicismo y su sabiduría construida con Amor y con Belleza.

Hasta el presente ha habido, entre los llamados libertarios, o revolucionarios, una confusión deplorable a este respecto, que ya va siendo aclarada por pensadores eminentísimos y anticristianos, como Han Ryner, Romain Rolland, Barbusse, Gandhi y muchos otros.

Atacaban y atacan a Cristo como responsable de los horrores del cristianismo. Le ridiculizaban, tomándolo por el creador de la Iglesia Romana. Y de este error han participado figuras destacadas de la avanzada social. Pero el Cristo de hoy no es ya, para nadie, aquel mito creado y modelado por los cristianos. Es el verdadero Amor, resucitado de las basuras, donde fue sepultado por sus supuestos seguidores...

Arrebatemos de las garras de la Iglesia a Cristo, que fue también crucificado en sus ideas, martirizado en sus actos, por esta misma Iglesia que, en nombre de un ser manso y humilde de corazón, amenaza con el fuego eterno del infierno y procura expoliar a los creyentes arrodillados, calculada, inconsciente o estúpidamente a sus pies... Reivindiquemos a Cristo como al más bello, al más puro, el mayor, el más delicado de todos los sueños de Belleza, de Libertad y Amor.

Cristo es nuestro. Cristo es humano. Cristo es de los que anhelan y aspiran a la Solidaridad, al Fraternismo Universal. Es el más antiguo de todos los prisioneros de la reacción. Nuestro deber consiste en libertarlo de la mazmorra del cristianismo organizado.

¿Qué culpa tiene Cristo —conciencia libre, hombre sin patria, sin familia y sin religión—, si las patrias, la familia y las religiones le ahogan en la más admirablemente organizada de las doctrinas?

EL SENTIDO RELIGIOSO[35]

Nadie podrá negar el fondo religioso del corazón humano. Lo que yo llamo fondo religioso o «complejo religioso» no es una religión organizada ni tal o cual dogma, sectarismo, fe o ritual, sino ese algo interior que se manifiesta en ciertos momentos y en especiales circunstancias.

¿Se trata de un legado de la educación o es una inclinación congénita? ¿Sentimentalismo? ¿Miedo? ¿Qué conclusiones podemos extraer del estudio de los usos y costumbres de las tribus americanas o africanas con relación a este sentimiento? Y ¿qué decir de la posición del hombre primitivo, atemorizado ante la manifestación de las fuerzas naturales y adorando lo que más terror le producía? ¿Se trata, en realidad, de una cobardía, de una sumisión o sólo de una escabrosa incógnita?

No recuerdo quién dijo que el primer hombre, Adán, fue también el primer filósofo del mundo, ya que, indudablemente —a conciencia o sin ella—, debió hacerse esta pregunta: ¿De dónde venimos?; e, inmediatamente, esta otra: ¿A dónde vamos?... De entonces acá no hay nadie que, en un momento u otro, no se haya hecho la misma interrogación. Y las religiones han respondido siempre —no analizamos ahora si con razón o no— a semejante estado de ánimo. El error fundamental ha consistido en negar o en afirmar. De esta posición categórica, absoluta, surgen irremisiblemente los dogmas y la intolerancia que, en la mayoría de los casos, convierten al propio ateo en un religioso de la irreligión tan irreductible como los que pretende combatir.

Cuando hablo de este complejo religioso, o de esta religión

[35] *Estudios*, n.º 102, febrero de 1932.

innata, no me refiero —vuelvo a repetirlo para que se comprenda perfectamente— a una religión organizada cualquiera, con sacerdotes y altares, con santos y misterios, sino a esa indagación filosófica, a este algo metafísico o místico que nos induce a inclinarnos ante la Belleza, que nos dirige constantemente hacia esa cosa —anhelo, afán, utopía— que ni la ciencia, ni nuestros sentidos, ni la razón consiguen explicar.

Bueno es —necesario, incluso— que todos nos dediquemos a combatir con nobles armas a las religiones organizadas, a los dogmas, a los sectarismos, a los credos sistemáticos, a las afirmaciones categóricas y a las supersticiones idólatras. Arrojemos de nuestro lado todas las muletas innecesarias. Hagamos lo preciso para que podamos andar por la vida, sin caer, exentos de la ayuda de estos aparatos e iluminados por nuestra propia conciencia.

Pero tengamos presente que ni el mismo Sébastien Faure, en sus *Doce pruebas de la inexistencia de Dios* —de ese dios que nos han pintado las religiones— llegó a ser completamente iconoclasta, puesto que en sus conceptos dejó escapar alguna tira azul de duda hacia el sueño metafísico.

Está en lo cierto Han Ryner, en su librito *Les synthéses suprêmes*,[36] cuando dice:

> No pretendo hacer ninguna demostración en metafísica. En el alegre dominio de las antinomias toda demostración me parece o muy ingenua o muy hábil. En este terreno, el único que no duda es el loco. Pero aquel que esconde sus dudas y no deja transparentar nada de ellas es un charlatán.

Pero, entre esta curiosidad insatisfecha, entre esta inquietud interior

[36] *Las síntesis supremas*; folleto en francés editado por *Le Monde Nouveau*. No está traducido al español.

y las religiones organizadas, reveladas o positivas, hay una diferencia infinita. Precisamente, *el papel de las religiones consiste en sofocar la belleza de la duda y de la meditación filosófica, afirmando y dogmatizando. Matan la curiosidad bajo el bronce del dogma y acaban por emparedar al individuo dentro de sí mismo*. A esto se le llama cometer el crimen monstruoso de matar la razón y acallar la voz de la conciencia. Procuremos, sobre todo, aunque ateos o irreligiosos, no caer en estos mismos errores y en este repugnante crimen de lesa inquietud interior, organizando otro cuerpo de doctrinas, sin más objeto que negar sistemáticamente.

El dogmatismo negativo racionalista es tan peligroso como el dogmatismo afirmativo de las religiones. El espíritu de sistema —clerical, derechista, izquierdista o extremista— es siempre capaz de encender hogueras y justificar persecuciones. (Acordémonos de la Inquisición, de la Italia actual y de Rusia...) En la URSS ha empezado ya a dibujarse esa actitud de intolerancia sectaria, no sólo por lo que se refiere a credos religiosos propiamente dichos, sino también a ideales y filosofías...

El Dios cristiano o israelita, de luengas barbas blancas y envejecido por la acción del tiempo, no puede confundirse en modo alguno con nuestras inquietudes metafísicas que están al margen de todas las religiones y mucho más allá de todas las limitaciones de tiempo o de espacio. La crítica de este Dios personal, bueno, omnipotente, etc., se ha hecho clásica y de rigor en el ateísmo, pero, para las figuras destacadas de la ciencia, ha pasado ya de moda. Freud, Richet, Myers, Chiaia, Ochorowick, De Rochas, Cari du Prel, William Crookes, Flournoy, etc., no se preocupan ya por esta imagen senil de las religiones organizadas política y económicamente. Ahora se trata, sencillamente, de estudiar el fondo del alma humana, o nuestras propias energías interiores, las fuerzas del sub o del superconsciente y los

complejos afectivos y religiosos.

La teoría de la relatividad —que nada tiene de teoría por tratarse justamente de la relatividad— las nuevas dimensiones, el sexto sentido, las más modernas teorías atómicas, la ondulación de las vibraciones, la nueva explicación de Einstein estableciendo la hipótesis de que el Universo puede ser inmenso sin ser infinito, la negación de la línea recta que, según demostraciones recientes, es sólo una muestra de la limitación de nuestras posibilidades de abarcarlo todo con la vista, y multitud de hipótesis nuevas, están demostrando nuestra supina ignorancia y cuan temerarios somos al afirmar o negar, aun cuando estemos en el campo de la ciencia y hasta en el de la matemática —Einstein ha demostrado que también es relativa— puesto que nuestros sentidos y nuestros cálculos son limitadísimos.

En la segunda semana del mes de agosto de 1930, el profesor Francesco Severi dio una interesante conferencia en el «Instituto de Eugehnaria», de São Paulo, en la que, hablando de la teoría de la relatividad, terminó demostrando que, al contrario de lo que a primera vista se puede pensar, la relatividad no eliminó de la ciencia los últimos residuos de lo absoluto, sino todo lo contrario, confirmó la existencia de elementos absolutos, que no pueden ser eliminados de nuestras concepciones.

He aquí como de día en día nos perdemos más en el laberinto de las incógnitas. Y, ante todo esto, ¿cometeremos la osadía de afirmar o negar sistemáticamente, dogmatizando a diestra y siniestra?

Si somos como ciegos encerrados en el valladar de nuestros sentidos groseros y en la ignorancia absoluta de todo, ¿qué podemos pretender?

Por lo que respecta al dominio de las energías del subconsciente, no podemos tampoco estar de parabienes. Freud y sus precursores —Charcot y Bernheim— abrieron nuevos caminos al análisis subjetivo,

sin hacer necesario recurrir a la observación del mundo exterior ni organizar el miedo, la inquietud o la curiosidad, en sectas o religiones, plagadas de ídolos, sacerdotes y altares, que exploten la bolsa de la credulidad humana.

Pero, la inquietud, la insaciedad, la duda, seguirá acompañando al hombre por todas partes. A pesar de la ciencia y a despecho de la psicología. Es que la evolución exige irremisiblemente este estado de espíritu para manifestar su potencia. En cambio, afirmar o negar sistemáticamente es petrificarse.

ESPIRAL[37]

Un día... —¡santa ingenuidad!— desperté a la vida... social... Creí que una palabra y una voluntad lanzarían de nuevo el «fiat» del mundo, con la resurrección de las almas, integrándose en sí mismas mediante la educación de la infancia.

Mas el sueño fue deshecho por la misma escuela de la vida, que nos tritura con dolorosas experiencias anotadas en el libro abierto de cada día.

La escuela asfixia..., provee diplomas de eunucos mentales.

Después... —¡qué candor!— supuse que las verdaderas élites, las élites del sentimiento y de la razón, modelarían el mundo con los dedos tenues de los sueños infinitos de renovación social, en la espiral que lleva a la eternidad a través del perpetuo llegar a ser.

Me encendí de entusiasmo, y mi humilde voz valiente y sincera fue a unirse al coro sobrehumano de los Prometeos encadenados al Cáucaso fatal de la sociedad moralista y legalmente organizada.

¡Inocencia infantil!

¡Y los sin patria!

¡Y los indeseables!

Todo el castillo gigantesco se desmoronó al soplo del vendaval del conocimiento: los Poderes organizados ahogan, asaltan, violan, dominan por la fuerza o por la tiranía, por la cátedra o por el púlpito, por el dinero o por las armas, a los grandes, a los nobles, a los fuertes, a los generosos.

Y vi rebeldes y revolucionarios pretendiendo revolucionar al mundo, sin mirar dentro de sí mismos...

---

[37] *Nervio*, n.º 10, febrero de 1932. Traducción de Pedro B. Franco.

Todo inútil...

Luego, miré en torno mío... buscando la causa del problema milenario de lesa felicidad humana.

Y vi transatlánticos, submarinos, aviones, el carbón, el petróleo, máquinas incontables, toda la ciencia y todo el progreso material, en fin, todo el bienestar de la tierra aplastando al género humano.

Y busqué la felicidad buscándome a mí misma.

¡Inútil es luchar fuera de mí!

La renovación está dentro de mi ser.

Por eso procuro iluminar mi alma con la bondad. Por eso deserté de este inmenso mercado de conciencias que es la sociedad con su gula voraz y su espectacular teatralidad de tartufismo grand-guignolesco.

Y logré sonreír sin amargura ante la ignorancia cultivada y la perversidad organizada.

Y, por último, descubrí, a través de una rebelión latente, la alegría de vivir, la alegría de evadirme de todas las rejas sociales y comulgar con la Naturaleza, en armonía conmigo misma.

Y entonces, dentro de mí, he sentido un dios que sueña y canta y solloza y vibra con el sueño eterno del devenir, sacudido por la doliente nostalgia y el anhelo perenne de otros planos de evolución, de otros estados de conciencia —engendrados en mi propio cerebro por el deseo, matriz de todas las cosas y todas las formas—, en la ascensión hacia alturas inaccesibles...

Y vi sonreír a Cristo, grande, estoico... Y vi, nimbado de amor, a Epitecto...

Y en las criptas profundas de mi ser, una voz habló la voz de la sabiduría de Epitecto y de la fraternidad de Cristo.

Y tres luces vi en los senderos de mi conciencia: Han Ryner, Mahatma Gandhi y Krishnamurti.

Conocerme.

Construirme.

Resistir al mal con el bien.

No cooperar con la civilización de ciencia sin conciencia.

Renacer de mí misma a fuerza del «individualismo de la voluntad de Harmonía».

Para aprender a amar…

Porque… Solo para amar ha sido hecha la Vida.

ORACIÓN[38]

Mi alma flota sobre el Cosmos.
El mundo es creación de mi sueño.

Yo soy la creadora de mí misma.

A través de mí continúan su camino todas las corrientes del Amor, reflejadas en el arco iris de luz de la grandeza espiritual del Cosmos increado.

En el santuario profundo e iluminado de mi silencio se desenvuelven innumerables energías para el perpetuo llegar a ser de mi conciencia.

Soy un centro irradiador de poder sobre mí misma, un ritmo en el Himno bicósmico, una perdida nota en la orquestación infinita de la Belleza, en la máxima concepción a que puede aspirar la mente humana.

El Amor —el único dios en los parques silenciosos de mis catedrales interiores—, canta, dentro de mí, el poema de la Vida eterna...

¡Ídolos!... no los reconozco.

¡Yo soy Amor!...

Porque: sólo para amar ha sido hecha la vida.

⁂

Cada ser es un eslabón de la enorme cadena del Amor universal.

¡No estoy dispuesta a continuar, con la complicidad de mi ser, errores y crímenes de lesa felicidad humana!

[38] *Nervio*, n.º 10, febrero de 1932. Traducción de Pedro B. Franco.

¡No matarás!, —es el secreto de la esfinge en la evolución humana.

¡Jamás seré cómplice de las guerras!

¡Jamás levantaré la pureza dinámica de mis manos para manchar mi ser con la sangre de un hermano mío!

Gobierno todo mi mundo interior. Soy la ética y el juez de mi propia evolución. Soy mi camino, mi verdad, mi vida...

A lo largo de mi ser, me penetran todas las luces y todos los colores y todos los sonidos y todas las llamas de energía del lampadario ondulante de la Vida en todas sus espléndidas manifestaciones.

Yo soy un átomo de luz, un creador de serenidad, un dispersador de fuerzas en el grande concierto bicósmico.

Yo soy un ritmo colorido y luminoso, como de arco iris, reflejado sobre el océano del Amor y de la Sabiduría.

Soy el artista absoluto: creador de mis sueños, escultor de mi pensamiento, cincelador de la estatua de mi ser, domador del corcel de mi existencia.

Soy fuerte; poseo voluntad enérgica y perseverante coraje, y quiero ser un canal por donde corran los ritmos de la Belleza máxima y de la máxima Sabiduría.

Soy invencible..., porque soy el Amor.

Nada puede contra mí.

Y nadie, absolutamente nadie, me puede dañar.

Maté en mí el Miedo, el Odio, la Envidia, el Orgullo, la Venganza.

El Amor llena el universo entero de mi ser.

Ya no quiero despertar más la bestia feroz que yace enjaulada en las criptas profundas de mi inconsciente instintivo.

El Amor desborda del lampadario de los astros o en el centellear de la mirada materna consciente, divinizado por la maternidad

espiritual.

Aprendamos a extraer el Amor de los escombros, de las ruinas, de los errores y crímenes perpetrados por todas las civilizaciones de bárbaros.

¡No haya más cómplices de los verdugos del género humano!

¡Gloria a la Libertad!

No nos sirvamos más de capataces y esclavos, lacayos de la dominación o del servilismo y de la cobardía del rebaño social.

Mi patria es mi corazón.

Mi patria es mi razón.

Mi patria es el Universo.

Mi patria no tiene fronteras: va hasta el corazón enorme de todo el género humano contemplado en las unidades individuales...

Mi religión es la religión del Amor y de la Belleza.

Mi Metafísica libre está arrullada por «la sonrisa de la duda y la música de los sueños»... Es un poema.

¡Vengan a mí mis hermanos! ¡Apretémonos las manos en el gesto altivo y noble y grande y fuerte de la Solidaridad individual, para edificar la paz entre los humanos, para realizar destinos nuevos y más elevados en el seno de la Harmonía bicósmica! (Materia y Espiritualidad).

¡Gloria a la Libertad!

¡Gloria a la Sabiduría!

¡Gloria a la Belleza!

¡Gloria al Amor!

¡Gloria a la suprema belleza del Amor en el corazón de los hombres!

¡Gloria a todo lo que vive y solloza y canta y sueña en la magnífica ascensión más allá del Tiempo y más allá del Espacio...!

¡Gloria a todas las estupendas maravillas del Universo del que

cada ser libre es un centro irradiador de Energía y de Belleza, de Amor y de Sabiduría!

Guararema (Brasil), enero de 1932.

Maria Lacerda de Moura

LA VIOLENCIA Y LA SOCIEDAD[39]

José Martins, en su excelente libro *Crónicas heréticas*, afirmaba que las sociedades sufren una doble tiranía políticorreligiosa, cuya causa radica esencialmente en los hombres y no en las instituciones. Por este motivo se ha usado de la violencia para entrar siempre en un círculo vicioso del cual urge salir cuanto antes. Pero el autor, como muchísimos revolucionarios a ultranza, piensa salir del círculo vicioso que menciona, empleando asimismo la acción violenta, porque, a su juicio, el mal reside en la pésima orientación que se ha dado siempre a la violencia, canalizándola por lugares no adecuados y limitándola a un mero cambio de nombres.

No le falta razón al autor, aun cuando nos parece que él también cae en el mismo círculo vicioso que critica en los demás.

Sí; los hombres falsean los más hermosos sueños, llegan hasta a prostituir las palabras, se amoldan a todos los tartufismos y construyen las instituciones según su codicia o su cobardía; crucifican las ideas al igual que la carne y organizan sistemáticamente aquellas cosas que deberían permanecer en el estadio del sueño y de la libertad.

Si alguna vez se alzan contra la tiranía, lo hacen con el premeditado fin de erigirse a su vez en tiranos. Y si se declaran revolucionarios o demagogos, lo hacen con miras a poder pisar, más tarde, el «cadáver» de la libertad.

¿Qué podemos esperar, pues, de las nuevas instituciones, religiosas, políticas o sociales, si están constituidas siempre por los mismos hombres?

---

[39] *Estudios*, n.º 104, abril de 1932.

Sin contar con que cada cual se cree estar en posesión de la verdad y cada uno se asigna una misión a cumplir... defendiendo «su» verdad. Cada grupo, cada fracción, se debate por «su» verdad contra la verdad de otros grupos o de otros individuos. Y cuando más arraigada está en los seres la convicción de la verdad, más encarnizadas son las luchas. De ahí deriva la organización de cada verdad, ora en religiones, ora en filosofías, en grupos revolucionarios, en ciencias, en academias y en luchas de clases, y hasta en principios sociológicos. Cada apartado tiene como misión defender «su propia verdad».

Por lo tanto, resulta ser un peligro social el individuo que se cree en posesión de la verdad —ya sea religioso, político, comunista o imperialista—, porque propugnará e implantará, tan pronto como las circunstancias le sean propicias, las persecuciones, los autos de fe, las hogueras, los encarcelamientos, los destierros y todas las arbitrariedades del sectarismo.

Eso mismo intenta demostrar el autor de *El diablo y su amigo*, en el diálogo siguiente:

> Iban ambos —el diablo y su amigo— por una calle, cuando divisaron un hombre que se agachaba, recogía algo del suelo, y, después de mirarlo cuidadosamente, lo guardaba en el bolsillo. El amigo preguntó al diablo:
> —¿Qué ha recogido aquel hombre?
> —Un fragmento de la Verdad —contestó el diablo.
> —Entonces, ¿va a 6er un nuevo enemigo tuyo?
> —¡Oh!, no. Al contrario. En breve le instaré a que organice la Verdad, y será un colaborador mío.

Y es cierto. La verdad organizada es la causa esencial de todos los males sociales. Tan pronto como se intenta organizaría —ya sea en el campo religioso o antirreligioso, ya en el campo de los partidos

políticos o de las luchas revolucionarias— en cualquier terreno, nos hallamos en pleno caos social.

El diablo, en este caso, es la propia sociedad... son los grupos que se pretenden detentadores de la verdad y que quieren imponerla a todo el orbe —ya sea bajo el nombre de fascista, liberal o comunista—, ahogando las verdades de los demás.

⁂

Al hablar, el autor, del principio de autoridad, cita antropólogos que, al pretender justificarlo, afirman que la autoridad existe entre los simios.

Pues bien, a mi entender, si nuestro autoritarismo es una reminiscencia animal, no me explico el empeño que muchos ponen en que permanezcamos en tal estado de animalidad. Lo racional y civilizado, en tal caso, consistiría en que cada hombre se dedicase a destruir este autoritarismo en sí mismo. Puesto que los crímenes de lesa felicidad humana —aplicación del principio de autoridad— proceden siempre de los hombres, creadores de las instituciones, que, a su vez, son el fiel espejo de sus imperfecciones.

Si existe la autoridad en las especies simias, como afirmara Pellicer, al decir que gobiernan los más fuertes, y si las tribus africanas o australianas y hasta las americanas subsistentes, están todas bajo el gobierno de los más fuertes, no podremos entonces culpar a las instituciones si son injustas, sino al propio hombre —nosotros, todos— que entroniza la arbitrariedad —generadora de injusticias— al instaurar con su orgullo el dominismo, la tiranía de la fuerza y del poder.

Ante semejante comprobación, nadie puede abrigar la ingenua creencia de que sea posible cambiar la organización social vigente con un acto de violencia, ni que semejante acción resolviera todos los

conflictos, suprimiese los antagonismos y armonizase todos los intereses.

Para conseguir un cambio de tamaña amplitud —y cualquier otro cambio parcial no es una solución— precisaríamos que todo el género humano matase dentro de sí el egoísmo, la sed de autoridad, la ambición, la codicia, el odio, la intolerancia, el sectarismo, el espíritu de sistema, la vanidad, el interés personal y la monomanía de violencia...

Llegados a este grado de perfeccionamiento, de simplicidad, cada hombre y cada mujer debiera ser un Cristo resucitado... Que tuviese siempre presente el famoso aforismo del templo de Delfos: «Conócete a ti mismo».

Sería absolutamente indispensable que, ya desde este momento, los soñadores, los que propugnan por ese El dorado a que todos aspiramos, empezaran a esculpir su propia estatua interior. Hay excesivo odio, todavía, en las palabras y en los gestos de los revolucionarios que claman constantemente en nombre de la Fraternidad humana.

He de hacer notar que siempre observé que los hombres que gritan a pleno pulmón que es preciso utilizar de la fuerza violenta para establecer la igualdad, la fraternidad y la libertad, caen en las mismas aberraciones que pretenden combatir, porque queman, destrozan, y linchan a todos aquellos que, como ellos, realizan los mismos actos desesperados de renovadores, pero que, a diferencia suya, invocan los nombres de otros ídolos, de otros ideales...

¡Cuántos crímenes se han cometido en nombre de tan bellos anhelos, de tan insignes aspiraciones! ¡Cuántas arbitrariedades dogmáticas han cometido muchos hombres que se llaman iconoclastas y hasta libertarios!...

Mientras toleremos que nuestro odio sanguinario —el de todos,

derecha, centro e izquierda—, que esta voluntad peculiar de cada uno de querer ascender por encima de los otros, nos domine y sea el guía de nuestras acciones, viviremos constantemente en la infernal angustia de este caos social.

PROCREACIÓN Y MISERIA[40]

LEY DE MALTHUS
I

José Martins, autor del libro *Crónicas heréticas*, afirma que, en nuestros días, la miseria no tiene justificación. Al hacerlo, parte del principio —erróneo, sin duda alguna— de que la tierra proporciona lo suficiente para alimentar a todo el género humano presente y futuro.

Basándose en el libro de Sébastien Faure, *El dolor universal*, combate la tesis de Malthus. Ilustra su argumentación con numerosas estadísticas de producción mundial.

Pero, en fin de cuentas, nada prueba contra la ley enunciada por Malthus. Es decir, lo único que consigue es demostrarnos que nuestra lucha contra el Estado, el capitalismo y contra todos los chacales que devoran el producto del trabajo ajeno, debe ser una lucha sin tregua.

Pesimistas u optimistas con relación al advenimiento de otra organización social más equitativa, nuestra conciencia de vanguardistas nos enseña claramente el camino que debemos seguir: el que apoya y ayuda a los oprimidos.

Pero, precisamente por esta misma predisposición nuestra, nos damos clara cuenta de que la ley de Malthus —ley de población— es la esfinge simbólica dei problema humano, que clama; «Descíframe o te devoro». Cuando intenté explicar, en otra ocasión —en una conferencia que desarrollé en Buenos Aires—, que el problema humano es un

[40] *Estudios*, n.º 105, mayo de 1932 y 106, junio de 1932.

problema sexual, suscité numerosos comentarios, algunos bastante agrios. Algunos camaradas me pidieron que ampliase los conceptos. Otros, disconformes, me llamaron mujer paradójica…

Por razón de las circunstancias hube de dejar sin contestación aquellas solicitudes; hoy, aprovechando la amable hospitalidad de *Estudios*, contestaré a aquellos queridos compañeros a la par que refutaré algunas aseveraciones de José Martins.

La interpretación de la esfinge abarca las dos fases del problema humano. Todo lo que se refiere al lado ético fue admirablemente descifrado ya por Han Ryner, en su magistral libro *La esfinge roja*: «Es el problema de la no violencia estoica, es la resistencia heroica contra la reacción, es el "No matarás", el "Ama a tu prójimo como a ti mismo", simbolizados en el fraternismo de Cristo y en el subjetivismo de Epicteto».

En el plano material, en el plano positivo de la existencia humana, paréceme que el secreto de la esfinge es el problema sexual —íntimamente relacionado con el instinto de nutrición— que se halla magistralmente resumido en la famosa ley de población de Malthus.[41]

La parte ética del problema humano quedará solucionada el día en que la Humanidad tenga plena noción de la responsabilidad que contrae al reproducirse y vea que importa más la calidad que la cantidad.

⁂

He dicho que el problema humano es un problema sexual. Y lo

[41] Queremos hacer notar al lector la maravillosa coincidencia entre la autora y el célebre economista francés G. Hardy, quien en su libro —que estamos imprimiendo—, titulado *El exceso de población y el problema sexual*, corrobora plenamente las afirmaciones de María Lacerda. [N. de la R.]

mantengo. El hambre, las guerras, la peste, la miseria, la tuberculosis, el alcoholismo, el afán de autoridad, la ambición, la competencia en todos sus aspectos, la degeneración física y mental, la perversidad de los sentimientos, es decir, todo lo pernicioso y maligno, proviene, por un lado, de la autoridad, de los que dominan y explotan, y, por otro, de la ignorancia de las multitudes, es decir, de la impotencia de todos, de la imbecilidad y de la estupidez humanas al realizar sus dos funciones primordiales: COMER Y AMAR, instinto de nutrición e instinto de multiplicación de la especie.

Lo prueba, según documentos auténticos,[42] el hecho de que la población, cuando no halla obstáculo alguno a su desarrollo, se duplica cada veinticinco años, es decir, aumenta en proporción geométrica.

Si los medios de subsistencia no faltan, la población aumenta con un vigor inagotable, ilimitado.

⁂

A José Martins, que se basa en *El dolor universal*, de S. Faure, para combatir la ley de población, he de decirle que no conoce seguramente la conferencia que pronunció el mismo Sébastien Faure el 16 de noviembre de 1903 en el salón de las *Sociétés savantes*, de París, bajo el título «El problema de la población». Dicha conferencia —que viene a ser su *mea culpa*— fue presidida por la señora Nelly Roussel. En la misma confesó su anterior equivocación e ingresó en las filas de los neomaltusianos. Pe dicha conferencia, y para confirmar los argumentos demostrativos del aumento geométrico de la población, extractaré

[42] Véase: *Ensayo sobre el principio de población*, de Malthus; *Elementos de Ciencia social*, de Drysdale y J. Stuart Mili, y *Exceso de población v el problema sexual*, de G. Hardy.

algunas opiniones interesantes, puesto que el espacio de que dispongo es muy reducido para que pueda desarrollar ampliamente esta tesis tan importante y trascendental.

Veamos lo que dice el sabio astrónomo Herschell, según lo que de él cita Sébastien Faure, en la mencionada conferencia:

> Si, aproximadamente tres mil años antes de nuestra era, hubiese sido posible escoger una pareja humana, y si, a partir de aquella época, la guerra, las enfermedades contagiosas y el hambre hubiesen dejado de hacer su aparición periódica en la tierra; si, en una palabra, la raza procedente de aquella pareja no hubiese estado sujeta a la muerte prematura y sí sólo a los achaques naturales, podemos admitir que el hogar se habría duplicado a los treinta años y que sus descendientes habrían seguido la misma progresión. La pregunta que de ello se desprende es ésta: ¿Cuál sería actualmente la población del globo? ¿Los descendientes de aquella pareja, puestos en pie uno al lado de otro, cubrirían la superficie total de la tierra? Todos contestarán que la superficie de la tierra sería insuficiente para contenerles.
>
> Aunque estuviesen aplastados uno contra otro, y aun cuando se formasen tres pisos de seres humanos, no podría darse cabida a todos.
>
> —Entonces —dice Herschell—, ¿qué altura, en pies, alcanzaría la pirámide o columna humana?
>
> —¿Treinta pies?
>
> —¡Oh!, mucho más —dice Herschell.
>
> —Pues bien, cien pies.
>
> —Mucho más, todavía. La altura suficiente para llegar hasta la luna, y, quizá, hasta el sol.

Sébastien Faure cita, además, la opinión del general belga Brialmont, quien, en una comunicación a ¡a Real Academia de Bruselas (diciembre de 1897), decía:

Según el cariz que las cosas van tomando, dentro de pocos siglos la población del globo se habrá desarrollado de tal manera que el problema de la población llegará a ser insoluble. Por más que se utilicen todos los rincones de la tierra inexplotados hasta ahora, aunque s-e desequen los pantanos, se talen los bosques y desaparezcan las selvas; aunque se siembre trigo en aquéllas y en los parques de recreo y se suprima la alimentación animal, sustituyendo los pastos por campos de cultivo de cereales, no se podría alimentar a los humanos que poblarían nuestro planeta cuando llegasen a alcanzar la cifra de doce mil millones, eventualidad que se realizará dentro de unos centenares de años.

Después de estas elocuentísimas y decisivas aseveraciones, veamos lo que dice el propio Sébastien Faure:

Debo confesar modestamente que, como muchos otros, conocía muy poco, conocía mal este problema de la población. Me dediqué a investigarlo; a estudiarlo; consulté documentos, leí libros que me eran completamente desconocidos; poco a poco fui aficionándome a este trabajo e interesándome en tal documentación, hasta que me di cuenta cabal de toda la importancia del problema.

Llegué a comprender que de todos los problemas, tan numerosos y tan complejos, que actualmente solicitan la atención de los sociólogos y filósofos, ninguno es tan profundo ni de tanta gravedad como el de la población. Ninguno, tampoco, es más desconocido.

Como resumen de mis investigaciones y convicciones sólo puedo deciros una cosa: ¡No procreéis hijos!

Todos hallarán beneficios tangibles en la limitación voluntaria y prudente de los nacimientos. Los pequeñuelos tendrán más salud, más felicidad e instrucción; los padres podrán dejar que sus hijos lleven golosamente a sus labios el elixir del saber y que se desenvuelvan, con toda comodidad.

Pero la procreación limitada no solamente proporciona bienestar

y alegría al grupo familiar, sino también al grupo social que, desembarazado de escorias, purificado de gérmenes nocivos, sabiendo que la calidad vale mucho más que la cantidad, que la prosperidad no depende del número sino del valor de cada componente, encontrará ventajas enormes en esa limitación voluntaria de los nacimientos.

En los medios revolucionarios se conoce muy poco y bastante mal esta cuestión. No obstante, a los que más interesa conocerlo bien es a los revolucionarios. La cosecha no será superior mientras la simiente no sea inmejorable y mientras no se esparza en terreno fecundo y fértil.

Algunos dicen: «Es necesario que haya muchos miserables, que la familia de los desheredados sea lo más numerosa posible; cuantos más descontentos haya más crecerá la miseria y más aumentará la rebeldía». Creo, compañeros, que esto es un error. Hace diez o quince años a mí también me parecía que la miseria podía ser un factor de rebeldía, y me preguntaba, entonces, si no surgiría el bien del exceso de mal. Pero la escrupulosa observación de los hechos me probó palpablemente que esta opinión no correspondía a la realidad.

Los que dicen que se necesitan muchos descontentos, muchos miserables para que el grano de rebeldía se multiplique, es que sólo ven una cara —el anverso— de la cuestión. No ven que esta masa de miserables acarrea la baja de los salarios y un empeoramiento en las condiciones de trabajo ya de por sí harto dolorosas; que su consecuencia es la horrible lucha fratricida, la competencia entre padre e hijo, entre miembros de una misma familia; que son la ruina de todos los oficios; que son también los brazos ofreciéndose en masa para la guardia civil y la policía.

La burguesía tiene sobradas razones para procurar que procreemos muchos hijos.

¡Sobradas razones, compañeros! Porque necesita muchos soldados, mucha policía, mucha guardia civil, muchos carceleros y ejecutores de la Justicia. Necesitan todo esto para mantener la esclavitud de los trabajadores que se disputan encarnizadamente los salarios, como se disputan los perros un pedazo de carne...

Mi más ferviente deseo es citar toda la conferencia, pero creo que con lo transcrito hay suficiente para demostrar que el autor de *El dolor universal* se rectificó sobradamente, noblemente.

II

Existe enorme desproporción entre dos leyes naturales; hay una diferencia marcadísima entre, la facultad reproductora de la raza humana y la productibilidad del suelo; es decir, entre el amor y el hambre.

Por otra parte, Malthus, exagerando las concesiones hechas a sus críticos, admitió que la productibilidad de la tierra sigue igualmente un proceso ascensional, cuando en realidad no es así; la aptitud productiva del suelo no es proporcional a los capitales y al trabajo que en ella se emplean.

Aunque mi gusto sería explicar íntegramente la ley de Malthus y sus aplicaciones a la vida cotidiana, me veo imposibilitada de hacerlo, puesto que el espacio de que dispongo es limitado y la exposición doctrinaria malthusiana requiere mayor extensión.[43]

Pero, a pesar de los medios *represivos* naturales, que son obstáculos, el aumento de población, verbigracia: las guerras, los asesinatos, los accidentes, las epidemias, las ocupaciones insalubres, el exceso de trabajo, la falta de higiene, el hambre, la tuberculosis, el alcoholismo, los suicidios y los infanticidios; a pesar, también, de los medios preventivos: aborto, castidad, anticoncepción, etcétera, continúa latente el peligro de la sobrepoblación, amenazando al género

[43] Para conocer a fondo las teorías maltusianas y neomaltusianas, así como para estudiar las soluciones que ellas aportan a los problemas sociales y del sexo, recomendamos la lectura del interesantísimo libro de G. Hardy, *El exceso de población y el problema sexual*, que está editando *Estudios*.

humano con graves quebrantos.

Este es el punto principal del asunto, que ha motivado todos los sofismas vertidos contra la ley de población.

Para mejor corroborar nuestro aserto, veamos lo que dice la *Encyclopédie Anarchiste* refiriéndose a la doctrina de Malthus:

> Los maltusianos no pretendieron jamás que la tierra hubiese llegado ya a su mayor grado de rendimiento, y que pudiese nutrir a mayor contingente de habitantes de los que existen en la actualidad; no afirman que la producción se estanqué, antes al contrario, reconocen que aquélla es susceptible de aumentar mediante un cultivo adecuado y la incorporación a la agricultura de terrenos antes en barbecho, por medio, también, de un empleo capital y trabajo más considerable, así como por la inteligencia y laboriosidad de los habitantes del campo, y, sobre todo, por una prudente economía de todas las fuerzas productivas y del conjunto de la producción.
>
> Los malthusianos dicen que cualquier acrecentamiento en el volumen de las subsistencias, dará como resultado —mientras la facultad reproductora no esté sólida y generalmente limitada— un aumento correspondiente en la población y que, así, la relación entre ambos términos continúa siendo la misma.
>
> Todas las naciones, la Tierra entera, están en exceso pobladas, no en relación a su superficie, sino comparativamente a los productos disponibles.

Este conciso y admirable artículo de la *Encyclopédie Anarchiste*, firmado por C. Lyon, rebate asimismo unas afirmaciones de Kropotkin de la siguiente manera:

> ...a nuestro entender, no hay argumento más falaz ni más ridículo que el que presentara Kropotkin al afirmar que pueden obtenerse cuantiosas

> cosechas en espacios reducidísimos. Experimentamos —añade— cierta humillación pensando que semejante argumento puede causar la delicia de multitud de escritores y periodistas burgueses o libertarios. Aunque este hecho no es otra cosa que la aseveración de aquella frase que afirma: un espíritu generoso puede ser, al mismo tiempo, un espíritu equivocado.

Algunos párrafos después, y refiriéndose al argumento de la productibilidad del suelo, dice:

> El doctor Ch. V. Drysdale, analizando este aspecto, escribió: «En un futuro no lejano podrán realizarse maravillas agrícolas; pero, ¿puede la razón admitir que tales maravillas podrán atender a las necesidades de la población mundial, admitiendo que ésta doblase cada seis lustros?».

Por mi parte me atrevo a afirmar que no, porque a pesar de los progresos realizados, la productibilidad agrícola deja mucho que desear.

> Tampoco las píldoras azoadas de Berthelot[44] podrían vencer esta dificultad. Puesto que, aun cuando la síntesis amoniacal y la radioactividad nos permiten abrigar algunas esperanzas, lo cierto es que no nos alimentan.

Además, los neomaltusianos han demostrado hasta la saciedad que tampoco esos recursos resolverían el problema.

El día en que baste una píldora para nutrir a un individuo, la facultad reproductora del género humano aumentará los nacimientos, de tal suerte, que al poco tiempo no habrá suficientes píldoras

---

[44] Marcellin Berthelot (1827-1907), químico e historiador francés, librepensador republicano cuyo pensamiento creativo y trabajo influyeron significativamente en la química de finales del siglo XIX. Berthelot pronunció un discurso en 1894, ante la Unión de Industrias Químicas, titulado «En el año 2000» en el que anunciaba «un futuro radiante» en el que la química de síntesis, gracias a las «pastillas nutritivas», supliría la agricultura y la cocina.

para todos...

Por otra parte, la Tierra no se ensancha, no aumenta de volumen, y este es un argumento incontrovertible...

Veamos, no obstante, lo que dice la *Encyclopédie Anarchiste* a este respecto:

> Pero sin enfrascarnos tan a fondo en el asunto, los maltusianos demostramos que la cosecha francesa de cereales es poco más o menos igual en 1928 que en 1852; que es muy inferior a la de los años que precedieron a la guerra y que estamos muy lejos de las abundantísimas cosechas imaginadas por Kropotkin y sus seguidores.
>
> Y no sólo hemos de lamentar la indigencia alimenticia. También con relación a los capitales existe superabundancia de individuos, o sea, el peso de la población total sobre la riqueza colectiva.
>
> La mayor dificultad con que han de tropezar los revolucionarios, el escollo insuperable que ya atascó a los comunistas rusos, es el de proporcionar bienes materiales a una población en exceso numerosa comparada con los productos disponibles para el reparto.
>
> Aunque los anarquistas triunfáramos, que desapareciese la autoridad, nos hallaríamos inmediatamente abocados al problema —legado del autoritarismo— de la insuficiencia de subsistencias, y, por consiguiente, al de la pobreza común, insoportable y generadora de desórdenes...

Por esta misma causa afirmé hace un año en la Argentina, de acuerdo con las teorías de Drysdale, que el problema social, el humano, es de orden sexual.

Después de leer a Malthus y a Drysdale, me convencí de que la ley de la población constituye la base de todo el problema sociológico contemporáneo.

La solución del mismo no fue advertida por Malthus, sino por Drysdale, que en este respecto fue un verdadero vidente.

Su teoría preconiza una emancipación femenina, amplia e íntegra, con la que se suprimiría la prostitución, al tiempo que aparecería la maternidad deseada y consciente, sana, radiante y dichosa, según la feliz expresión eugénica, neomaltusiana.

> Resulta casi increíble, para nosotros, los neomaltusianos, que los más eminentes propagandistas —líderes— de los partidos políticos o de los credos sociales, hayan sido hostiles, no sólo al maltusianismo como doctrina económica, sino también al neomaltusianismo en cualidad de instrumento revolucionario. Ni Proudhon, ni Marx, ni Bakunin, por ejemplo, admitieron como medio de combate social la limitación de nacimientos de proletarios.

Esa fue su equivocación fatal. Porque es tan profundo el valor de renovación que lleva en sí el neomaltusianismo, que sus efectos se manifestarían inmediatamente. Puesto que no cabe duda alguna de que cuando hay pocos trabajadores disponibles los salarios se elevan, y que los países donde se practica la restricción de la natalidad sufren menos que los otros las consecuencias de la crisis mundial: el paro forzoso. Francia, por ejemplo, es una de las naciones donde hay menos cantidad de parados y en la que el obrero goza de un relativo bienestar.

Así, pues, se impone la siguiente conclusión: toda tentativa encaminada a implantar la paz, a disminuir la miseria, a generalizar el bienestar o a instaurar la fraternidad, no obtendrá un éxito real y duradero si no va precedido de una restricción consciente de los nacimientos; si no le antecede una maternidad libre, inteligente y limitada.

El problema humano es, pues, un problema sexual: abarca la nutrición y multiplicación de la especie, los dos instintos

predominantes de nuestra naturaleza animal.

El corolario ético es evidente.

El secreto de la esfinge reside en el conocimiento de las leyes naturales, porque la Naturaleza no se deja engañar. Luego puede el hombre defenderse contra las hostilidades naturales, después de conocer sus fuerzas y sus efectos.

Los motivos invocados para desencadenar la represión contra las ideas maltusianas se resumen en el siguiente postulado burgués-capitalista-religioso: «La patria necesita soldados; la fábrica, obreros, y la Iglesia, fieles».

Aquí puede aplicarse adecuadamente la frase de Bakunin:

> El sacerdote, que representa a Dios, embrutece el cerebro para que el soldado, que representa al rey, tiranice al cuerpo. El producto del robo se divide entre ambos ladrones.[45]

Cabe afirmar, además, que no hay país alguno en donde pueda aseverarse exista despoblación, puesto que las estadísticas —que siento no poder reproducir— demuestran categóricamente lo contrario.

Lamento, asimismo, no poder transcribir otros datos demostrativos de que el exceso de nacimientos acarrea inevitablemente la crecida mortalidad infantil.

Veamos, no obstante, las conclusiones de una estadística que me proporcionó el ilustre médico argentino doctor Juan Lazarte, uno de los más dignos y nobles «camaradas» nuestros.

¡Por cada 7.389 niños que nacen, mueren 3.451, o sea, casi la mitad!

Jean Marestan y otros autores, que tratan del problema sexual,

---

[45] Mijaíl Bakunin, *Dios y el Estado*.

reproducen estadísticas parecidas concernientes a Francia, Italia, Rusia, etc.

Las cifras publicadas por Pleetz, demuestran que por cada 1.000 niños muertos, 220 eran primogénitos; 330 ocupaban el séptimo lugar en la prole y 597 eran los que habrían sumado diez o más en la familia.

Hamburger, de Alemania, cita una estadística personal, semejante a la que me proporcionó el doctor Lazarte, aunque algo atenuada.

> La mortalidad infantil —dice— en las familias que sólo tienen un hijo es de un 23 %, mientras que en los hogares de ocho hijos se eleva a 51 %, alcanzando el 69 % en aquellos casos en que la prole va de 10 a 15.

La mortalidad infantil en España es pavorosa. Y podemos decir que igual ocurre en los demás países latinos.

Siendo así, ¿por qué hacerles nacer? ¿No os dais cuenta, proletarios, del esfuerzo, de la riqueza y de las perspectivas liberadoras que desperdiciáis con semejante actitud? ¿No veis de qué modo os corroe la depresión moral?

¿De qué os sirvieron las inquietudes, las ansiedades, los gastos y los temores con respecto al nuevo ser, antes de que naciera y durante todo el período de embarazo, si después debe fallecer ocasionándoos nuevas pérdidas?

⁂

No hay despoblación. Lo que sí existe en todo el mundo es sobrepoblación. Y ante las lamentables consecuencias de semejante estado de cosas, no podemos menos que estremecernos pensando en la actitud hostil de muchos revolucionarios. Kropotkin le decía a Paul Robin:

«Estás estorbando el advenimiento de la Revolución». James Guillaume le escribía: «Eres un obstáculo para la emancipación del obrero». Y Élisée Reclus se negaba a publicar en su periódico los artículos neomaltusianos, so pretexto de que este asunto era de índole particular, y que, desde el punto de vista general, la limitación de nacimientos era tan sólo una «gran mixtificación».

Ante toda esta coligación de juicios y actividades adversas, no podemos por menos que sentir profunda admiración hacia ese gran hombre que se llamó Paul Robin, cuya perseverancia igualaba a la magnitud de sus sentimientos fraternales. Si todos los anarquistas se hubiesen tomado el trabajo de estudiar este asunto con el detenimiento y la imparcialidad que lo ha hecho Sébastien Faure, como él habrían cambiado de opinión.

La prueba patente del interés político de la superpoblación, la aporta el cinismo de Mussolini premiando la natalidad y pregonando a los cuatro vientos que dentro de poco tiempo Italia tendrá que exportar italianos a otras naciones, a fin de engrandecer el futuro imperio de Roma —cerebro y corazón del mundo— y marcar en el calendario la «era mussoliniana».

Para la reducida capacidad mental de los reaccionarios y de algunos revolucionarios que sustentan la teoría de la superpoblación, la mujer no es otra cosa que una máquina destinada a fabricar carne de cañón o de barricada. Para ellos no existe el problema femenino; consideran sencillamente a la mujer como un receptáculo de expansiones genésicas.

La libertad, la Acracia que anhelan, es *sólo para hombres*.

La mujer para ellos está al servicio de la procreación irreflexiva e inconsciente. Es tan sólo la matriz fecunda e inagotable destinada a producir los soldados burgueses, o bien los soldados rojos de la revolución social...

LOS LIBERTARIOS Y EL FEMINISMO[46]

No se crea que me impele animosidad alguna contra el anarquismo, antes al contrario, porque aprecio a muchos de sus apóstoles y porque son para esa idea todas mis simpatías, es por lo que me decido a exponer —a fin de que los corrijan— algunos de los errores en que multitud de propagandistas caen.

Voy a referirme concretamente en este artículo al problema femenino y a la posición de algunos libertarios frente al mismo.

Existen buen número de anarquistas que consideran enfáticamente a Kropotkin como su «correligionario» y que, con relación a la esclavitud sexual y amorosa de la mujer, están todavía en mantillas. Creen, los infelices, que la fémina no es ni debe ser dueña de su cuerpo, sino que ha de sujetarse a los caprichos del hombre y pertenecer solo y exclusivamente a un varón: él. No se dan cuenta de que su conducta es exactamente la misma de los partidarios del matrimonio legal, canónico o no, puesto que la unión monógama y la familia «indestructible» son la base y el sostén de la Religión, del Estado y de la Propiedad privada...

He oído algunos que, como Draper y Cantú, elogian el matrimonio —claro que ellos dicen *matrimonio libre*—[47] y atacan al «celibato libertino y la facilidad de afectos venales», censurando a los que prefieren la variedad amorosa «a las inocentes alegrías del hogar».

---

[46] *Estudios,* n.º 107, julio de 1932. Existe otra traducción de este texto debida a la pluma de Vladimir Muñoz y publicada en *Cénit*, n.º 68 de agosto de 1956 bajo el título «Anarquismo y feminismo».

[47] Para documentarse acerca de la semejanza que hay entre el matrimonio legal y la «unión libre» —que en el fondo son lo mismo— véase el interesante estudio de Jean Marestan [Gaston Havard], titulado: *La Mujer, el Amor y el Matrimonio*, editado por la revista *Estudios*. (N. del E.).

¡Edificante lenguaje en boca de un ácrata! ¿No es cierto? Y, sin embargo, son legión los que así se expresan. A ellos puede aplicarse aquella lapidaria frase francesa: «Ce sont des libertaires qui ont les idées de ma grand-mère !...» (Son libertarios que piensan como mi abuela).

Vayamos por partes. ¿Qué es el matrimonio libre? ¿Acaso semejante sistema de unión no lleva aparejados todos los inconvenientes y defectos del matrimonio legal, aparte de la supresión de ceremonias? ¿No constituye asimismo un monopolio amoroso y una cárcel para la mujer?...

Y, ¿qué son *afectos venales*? Lo que es en realidad afecto, no puede ser venal. Luego, ¿acaso entregarse libremente a varios hombres, por predilecciones sentimentales, por afinidades intelectivas o por lo que sea —mientras desempeñe en ello un papel la afección— constituye venalidad? ¡Cuidado que es ese un criterio rancio, caduco e indigno de hombres modernos!

Y esas frases tonantes que lanzan algunos contra el divorcio, el concubinato y la poligamia, ¿no causan risa también por lo que encierran de catolicidad, de espíritu hebraico? ¿No es, el suyo, el lenguaje farisaico, hipócrita, del burgués religioso, que teme a Dios y que se ufana de ser un ciudadano *modelo*?

¿Acaso los ideales «anarquistas» de esa clase de libertarios, excluyen a las mujeres del usufructo de la libertad? ¿La libertad soñada por los ácratas de semejante escuela, es solo para hombres?

Es innegable que el preconcepto, basado en una moral para cada sexo, se halla profundamente arraigado en el subconsciente de todos los hombres —salvo rarísimas excepciones—, quienes se consideran como seres superiores, dueños y propietarios, más aún, señores absolutos de las individualidades femeninas.

«Catalina II cambiaba de amantes como de camisas», decía uno

de esos ácratas que se escandalizan por los actos de libertad sexual. Y yo pregunto: ¿Acaso no hacen lo propio todos los hombres? ¿Qué tiene que ver su representación dignataria, autoritaria, con la disposición libre de su cuerpo? Atáquese a aquella mujer como emperatriz, como encarnación del poder coactivo y despótico, pero, como mujer, es tan libre como cualquier otra de reivindicar el goce de todos sus derechos de animal de la escala zoológica y de ser humano, dueño de sí mismo, de su vida, de sus ensueños, de sus ideas y del propio cuerpo.

Va siendo ya hora de que los «camaradas» estudien convenientemente el problema femenino; de que se percaten de la importancia que tiene, para todo movimiento emancipador, él incorporar a la mujer, con absoluta libertad, en las luchas, reivindicaciones y conmociones. Porque si en realidad deseamos construir una sociedad nueva, si es cierto que nuestro corazón palpita gozoso al columbrar en sueños la ácrata Arcadia que anhelamos, debemos pensar en que no nos será posible llegar a ella sin la ayuda total, completa de esa mitad del género humano que hasta ahora se ha considerado como inferior; ha sido relegada a segundo término, creyendo, lamentablemente equivocados, que la redención humana podía ser obra exclusivamente varonil.

A este respecto, no puedo resistir la tentación de transcribir un párrafo de un bien fundamentado y elocuente artículo publicado en *L'en dehors* —esa esforzada revista anarquista individualista francesa— y firmado por «Qui-cé»:

> Es preciso que los reformadores de sociedades y los constructores de utopías sepan, de una vez, que mientras el respeto absoluto *a la vida y a la libertad individual de ambos sexos* no se considere como base esencialísima de las relaciones humanas, *no podrá existir ninguna sociedad sin*

gobierno. Cuando no se tiene en cuenta la vida ni la libertad *individual* masculina o femenina, tampoco importan las libertades *colectivas*.

Y es cierto. El hombre que aun etiquetándose con rótulos efervescentes considera a otros semejantes suyos como inferiores, conserva en su interior un rescoldo de autoritarismo que surgirá en cualquier ocasión, llevándole a cometer actos atentatorios a la libertad de sus compañeros. El ente que, obcecado o atolondrado, no ha sabido ver en la mujer una digna colaboradora y una criatura tan capaz de vivir la libertad e implantarla, como cualquier otro, no merece el calificativo de libertario, porque es ineficiente para vivir en un ambiente de libertad absoluta.

Por otra parte, resulta realmente vergonzoso para algunos tonantes paladines de la «libertad» que, mientras ellos olvidan dar la mano a la mujer para que camine a su lado hacia el levantamiento de la sociedad futura y desechan la labor educadora, única certera y positiva, para lanzarse al uso y abuso de la violencia, otros hombres llegan, menos imbuidos de libertarismo verbal, no tan amantes de la libertad absoluta solo para hombres, pero que sí sienten en carne propia todo el ludibrio y el sufrimiento de la mujer postergada, y, sin etiquetarse con ese o aquel pomposo título, le ofrecen su mano, no en un, gesto protector y benévolo, sino en un arranque de sinceridad ética, en una equilibración total de valores mentales, que es, en ellos, una como expiación de los errores en que se hallan sumidos sus hermanos...

Entre esos hombres modestos —modestos, porque no buscan la notoriedad—, pero amantes de la justicia y de la libertad para todos; que prescinden de rótulos, credos, partidos y programas metafísicos, para entregarse por entero a la labor fecunda y positiva de realzar el nivel femenino a fin de que sea la mujer, educadora y plasmadora de

hijos, quien dé categoría de realidad a todas aquellas aspiraciones y anhelos del hombre que, sin la valiosa cooperación femenina, son y seguirán siendo sueños y utopías, pero nunca concreciones tangibles, debo citar a uno de los más destacados, no por su renombre, que esto es lo de menos, sino por la gallardía de sus concepciones, el atrevimiento de sus tesis y, sobre todo, la amplitud de miras con que estudia la libertad sexual y amorosa. Me refiero al fértil, profundo y egregio pensador español Santiago Valentí Camp, maestro de sociólogos y feministas, a quien la crítica todavía no ha rendido justicia, pero a quien debemos tributar un homenaje de simpatía, afecto y agradecimiento, no solamente las mujeres, con todo y ser las más favorecidas por este paladín de nuestras libertades, sino también todos aquellos hombres que de veras aspiran a una Humanidad mejor y que comprenden el importante papel que en la transformación social ha de desempeñar la mujer.

Y, por lo mismo que, a causa de la magnitud y envergadura de sus temas, Santiago Valentí Camp se halla envuelto en la conspiración del silencio de la crítica oficial, sea nuestro tributo de reconocimiento —el de mujeres y hombres, puesto que a todos beneficia él—, nuestra contribución a su vastísima obra, el romper ese dique de mutismo hostil que le rodea y lancemos a los cuatro vientos la buena nueva de superación que constituye el lema de su cruzada: «La completa libertad y la armonía social no serán una realidad hasta tanto que la mujer no esté definitivamente incorporada al flujo y reflujo de las luchas humanas».

Que los esfuerzos exclusivamente masculinos por cambiar la faz del mundo han resultado estériles y que la presencia de la mujer es un estímulo, un acicate y un lenitivo; así como la necesidad ineludible de una modificación en las tácticas masculinas para llegar a la libertad, son temas que se hallan vasta y adecuadamente desarrollados en los

libros de Valentí Camp, especialmente en sus dos últimas producciones tituladas *Las reivindicaciones femeninas* y *La mujer ante el amor y frente a la vida*, obras maestras de la sociología feminista, en las que sienta conclusiones que no han sido superadas por ningún otro escritor. Este último, en particular, constituye una verdadera apología del amor y del sexo libertados de toda traba. En él analiza las más modernas teorías de libertad amorosa sustentadas por los tratadistas más avanzados: Ellen Key, Havelock Ellis, Bertrand Russell, Han Ryner y E. Armand, dedicando especial atención al «amor plural».

La lectura del último libro del maestro Santiago Valentí Camp ha despertado en mí la necesidad de este artículo. Porque no llego a comprender cómo pueden ser reacios a la libertad femenina, hombres que se llaman libertarios, cuando otros, sin llamárselo, llegan a conclusiones mucho más extremas. Yo considero que el anarquista feminófobo, el que no se preocupa por obtener el concurso de la mujer o aquel que no concede importancia a su gestión, es, no solamente un equivocado, sino también un enemigo inconsciente de la emancipación humana. Y más obstáculo representa para el progreso ético de la Humanidad el individuo que, a pesar de su libertarismo, se empeña en monopolizar el usufructo de un amor, el que sojuzga y coacciona las expansiones sexuales femeninas, el que impone a la mujer un amor único, uniforme, para toda la vida, mientras él concurre a todos los placeres, que aquellos partidarios del matrimonio indisoluble. Y constituyen un obstáculo mayor por cuanto los primeros, ocultos bajo el manto de su «libertarismo», contribuyen a sostener, con otro nombre, todas las lacras, las injusticias y las perversidades de la sociedad actual, sin que nos sea dado combatirles eficazmente, mientras que a los otros se les puede dar la batalla en cualquier momento.

¡Amigos!, mientras la mujer se halle excluida de las ansias masculinas, en tanto que no le hayáis proporcionado los medios de

alcanzar vuestro nivel y no le demostréis absoluta confianza, los hijos que ella eduque adolecerán de los mismos defectos que ellas; serán arrebatados, irreflexivos o conformistas, y, a cada nueva generación, será preciso volver a comenzar la labor transformadora. Pero si el sexo femenino comparte todos los anhelos masculinos y se ve honrada con la confianza y la camaradería del hombre, las nuevas generaciones superarán a las actuales en savia renovadora y serán capaces de realizar esa transformación que, desde ha tantos siglos, constituye nuestra esperanza.

Pero ha de tenerse en cuenta que la incorporación de la mujer a las actividades y luchas masculinas no será efectiva mientras exista el *monopolio de amor*. La cooperación femenina no será absoluta en tanto que subsista el menor resabio de restricción sexual.

LA EDUCACIÓN MORAL[48]

La educación moral solamente puede llevarse a efecto compulsando y contrastando la experiencia y los hechos; nunca puede realizarse por medio de normas estudiadas en catecismos o en manuales.

Pretender educar a los niños por medio de los sentimientos, encarándoles con la perspectiva de la vida futura, es tan absurdo como querer enseñarles la moral en lecciones que deben aprenderse de memoria.

La experiencia y los ejemplos son los únicos maestros de la vida.

Tan sólo por la propia experiencia en la escuela social, en la vida cotidiana, las criaturas pueden llegar a discernir entre el bien y el mal, asimilarse la idea del deber, del respeto hacia sí mismos y del que deben al derecho de los demás.

El horror a la mentira y la confianza en sí mismo, la iniciativa, el pensamiento constante de que vivimos para sentirnos solidarizados con los semejantes, tales son los preceptos que deben inculcarse, mediante el ejemplo, en las personalidades infantiles.

Las sugestiones del medio influyen más poderosamente en ellos que todas nuestras observaciones o admoniciones.

La imitación es la característica de la infancia: el niño que es objeto de la burla de los mayores se ve ridiculizado y escarnecido por todos los muchachos que le rodean. En cambio, si se le trata con respeto y consideración especial, todos los demás le agasajan e incluso le adulan.

La educación moral es tanto más difícil de realizar cuanto mayor

[48] *Estudios*, n.º 108, agosto de 1932.

es el retraso ético del medio en que se vive.

Es deprimente para el niño oír a sus padres que a cada instante repiten que no pueden dominarle, y que proclaman como ideal suyo para corregir al hijo el colegio interno. Y recurren a los maestros, los cuales todavía poseen menos eficacia. El colegio interno, semejante a un cuartel, es un sistema poco edificante para lograr una perfecta educación moral.

Lo mejor sería que los padres fiscalizaran las actividades de sus hijos, pero con apariencia de entera, de absoluta libertad. Porque la familia, el hogar, ejerce una influencia mucho más positiva en los sentimientos de los pequeñuelos.

Desde su más tierna edad, las criaturas deben inclinarse a pensar en el camino a seguir en busca del amor, que es la máxima expresión de la solidaridad.

En los países católicos o donde existe una mayoría católica, no se hace distinción alguna entre las enseñanzas éticas y la de los preceptos religiosos católicorromanos. La tradición no puede separar a la Iglesia del Estado ni la moral de la religión.

Sin embargo, las normas y pautas morales, para ser observadas, nada tienen que ver con la fe, pues ambas son completamente distintas, en absoluto diferentes, por cuanto ésta es un sentimiento, una creencia más o menos abstracta, en tanto que aquélla es un sistema, un modo, un método para la vida.

Los preceptos morales son indispensables para todo agregado humano —nación, pueblo, tribu o clan—, así como para todo individuo que tenga que ponerse en relación con los demás. Y si definimos la moral como «el conjunto de leyes a que deben someterse los individuos que quieran vivir en sociedad», es evidente que «la mejor moral será aquella que proporcione más dicha y bienestar al individuo, aquella que, dentro de las posibilidades del medio social en que viva,

le permita hacer más próspera su vida»; nos hallaremos, indefectiblemente, ante un enunciado de moral basada en la utilidad.

Félix Le Dantec[49] hace observar, por cierto, con gran sencillez y claridad, que esa moral que acabamos de definir como «utilitaria» se confunde muy a menudo con la «conciencia moral», innata en todos nosotros por la herencia, e «independiente de las circunstancias que determinaron su adquisición por nuestros antepasados».

Por tal causa, y después de detenido examen, sustancioso, profundo y clarividente, llama nuestra atención hacia el siguiente razonamiento: las condiciones de nuestra vida se hallan enteramente modificadas, renovadas; si se estableciese el principio o las nuevas bases de una moral ventajosa, útil, repleta de beneficios para todos los individuos en una sociedad tan próspera como podamos imaginarla —lo más próspera posible—, llegaríamos a la conclusión de que dicha moral estaría en completo desacuerdo, en multitud de puntos, con las enseñanzas, mejor dicho, con los dictados de nuestra conciencia moral hereditaria.

Preciso será, por tanto, educar a las novísimas generaciones, a esos diminutos seres que están destinados a ser los entes maduros de mañana, bajo principios amplísimos y convencer plenamente, diáfanamente, a los hombres de hoy de que viven gobernados por la rutina, bajo el yugo de innúmeros prejuicios y crasos errores.

De modo, pues, que la escuela moderna, la que hemos de tender a crear, incluso en nuestro propio hogar, ha de ser antisectaria de hecho, y no tan sólo de nombre. Laica, sí, pero sin dogma alguno, sin injerencia de ninguna clase, estatal ni sociológica.

Únicamente debe animarla una como asistencia moral hacia las

[49] Félix-Alexandre Le Dantec (1869-1917) fue un biólogo y filósofo de la ciencia francés. Ha sido caracterizado como «fanáticamente lamarckiano, ateo, monista, materialista y determinista».

generaciones futuras. Un amplio y radiante ideal de bienestar y felicidad para todos.

Las religiones son tradicionalistas, estancadoras, reaccionarias y van adquiriendo, día a día con mayor plenitud, la convicción de que están perdiendo rápidamente toda su fuerza.

Incontables son las personas que viven sin religión, pero no por ello vamos a obligar violentamente a que todos renuncien a sus creencias. Semejante proceder no cuadraría con los principios morales del amor humano. Por ellos estamos obligados a respetar los derechos de los demás.

⁂

En la escuela, los discursos, los mandamientos y las reglas morales no sirven para nada; tan sólo logran fatigar el espíritu, agotar la atención y hacer aborrecer el estudio.

Ninguna de estas prácticas educa ni fortifica los sentimientos.

Mostrar ejemplarmente la vida en familia, contrastar las buenas, las excelentes relaciones entre amigos y entre los componentes de la ciudad, señalar los beneficios de las vías de comunicación uniendo a los hombres y estrechando los lazos del apoyo mutuo —todo ello prácticamente— es el papel real, intrínseco, de la educación moral.

Todos tenemos deberos que cumplir, unos para con los otros.

Allá, muy lejos, hay pueblos que precisan de nosotros, del mismo modo como nosotros nos desenvolvemos y vivimos dependiendo de ellos.

Por todas partes, los hombres se entienden por propia necesidad.

Todo esto constituye un conjunto de hechos, de realidades, que

son propicios a sugerir y suscitar preceptos de conducta, normas éticas, en absoluto y, por completo, independientes de la Religión.

LA ENSEÑANZA ES UNA APROPIACIÓN INDEBIDA[50]

El Estado no puede, de ningún modo, solucionar el problema de la educación.

La escuela oficial conserva, fosiliza, imbeciliza... domestica.

Es la defensa incondicional del principio de autoridad contra el principio de libertad.

Es la rutina, la tradición; es la servidumbre a los dogmas sociales establecidos, a la moral de los rebaños, a los magnates que dirigen los destinos de las Naciones y a los Césares de la Industria.

La escuela oficial es instrumento de la patria para la defensa del poder, del orden constituido, de las leyes, de los capitales, de la propiedad privada, de la concurrencia comercial de las grandes potencias económicas.

La escuela oficial es la antesala de las guerras. Hace caudillos electoralistas, ministros capaces de doblarse hasta el infinito, diplomáticos que arrastran a Naciones y más Naciones al tembladeral de guerras canibalescas — con motivo de una franja de tierra o un yacimiento petrolífero... Hace también estadistas impermeables, como esos que definen la cuestión social o el problema humano como «una cuestión de policía»...

La escuela oficial fabrica juguetes y polichinelas policiales, delatores, militares profesionales; hace el charlatanismo médico-profesional, los abogados «chicaneros» y los comerciantes de garra, los

[50] *Nervio*, n.º 16, agosto de 1932. Traducción de Pedro B. Franco.

periodistas e intelectuales prostituidos. Lo que nunca surgió de la escuela oficial es la sabiduría de un Epicteto, el carácter de un Sócrates estoico, la bondad mansa de un Cristo, la no violencia heroica de un Gandhi, la independencia elocuente de un Beethoven, la ciencia de un Darwin, Newton, Malthus, Pasteur o Einstein, la filosofía fraternal de un Pitágoras, la grandeza ética de un Han Ryner o Romain Rolland, el arte de Miguel Ángel o la intuición maravillosa del intelectualismo místico de Wagner penetrando el «secreto abierto», la belleza culta de una Hipatia, la crítica maravillosa de Cervantes.

La escuela oficial ahoga.

Creo que Nietzsche definió admirablemente el papel de la Educación en este concepto: el valor de la Educación está en el poder que me da, a fin de que yo pueda desembarazarme más fácilmente de ella misma.

Y Han Ryner va más lejos. Para él, cada ser es un absoluto, todos los seres son absolutos. En las convenciones sociales, «pobres relaciones variables, complejas y que se apartan de la Naturaleza simple, son hostiles a los absolutos».

La escuela, la Educación, son convenciones, relatividades dentro de lo relativo de la sociedad, muy próximas a la relatividad del tiempo y el espacio...

El individuo que pasó por el Jardín de infantes, o Escuela maternal, por la escuela primaria, el gimnasio, la academia, las Universidades, al salir de los umbrales de la Educación no deja de ser «una encrucijada de ecos».

Esto, desde el punto de vista de la cultura. Desde el punto de vista mental, es un repetidor de errores y afirmaciones dogmáticas de todos los antepasados que, en procesión de palabras, pasaron por su mente.

Desde el punto de vista de sí mismo, de su realización interior,

ese individuo es absolutamente nada: sus energías latentes, sus posibilidades están sofocadas. Se halla domesticado para la acción social. Si, por azar, es un anormal superior, ahora comienza su lucha interior para desembarazarse de los que le enseñaron. Es la definición de Nietzsche. Para Han Ryner «la Educación es una apropiación de aquello que no podría ser apropiado; es el robo de un alma». El niño es robado a sí mismo y a los padres, por la sociedad. Y devuelve a los seres más anulados, más amorfos, en quienes ha muerto la individualidad del modo más absoluto, al profesor y a los padres, hechos amontonamientos de tradiciones y prejuicios.

Etimológicamente, «educación» es conducir hacia fuera. Y Han Ryner, sonriendo, observa que el niño es conducido hacia el educador, sea este un patriota o un padre. Conducido hacia la sociedad, la enemiga vital del individuo, de las grandes y profundas realizaciones individuales.

Los combates interiores, ¿qué son sino la lucha entre nosotros mismos y los prejuicios y dogmas que nos inculcaron? ¿o entre la libertad interior y los ídolos que la rutina social levantó en altares con que nos asfixia la Educación?

Hablamos de la experiencia de los ancianos. ¿Qué es esta experiencia sino el esfuerzo hecho contra la rutina, para adaptarse por sí mismos a sus propias necesidades vitales y para vencer o adaptarse a las contingencias de la vida social?

La educación solo puede venir de nosotros mismos. Es la autoeducación. Por esto la Montessori es genial.

La autoeducación significa contra-educación, ineducación, deseducación.

Y aquí está en pie el precepto hanryneriano: «No seas un ser relativo, un instrumento, un engranaje, un papel en el drama que no has escrito. Sé un todo. Entonces podrás ser tú mismo. De lo

contrario, la educación comenzada por los artificios del liceo, será proseguida y agravada por lo artificial de la profesión, de la "carrera" como dicen todos...».

Del templo de Delfos nos viene este precepto: «Un ser no se puede construir de fuera para adentro».

Nadie me puede educar sino yo misma. Y solo yo sé los esfuerzos gigantescos que hice para liberarme de la educación que me dieron.

Los individuos, los verdaderos carácteres hacen su autoeducación: ¡qué de luchas titánicas, ¡qué de violencias consigo mismos para extirpar las raíces criadas en su conciencia por la inconsciencia de la escuela oficial y de la Educación en el seno de la familia amantísima!

Recién después de tornarse iconoclasta dentro de sí mismo, el individuo se encuentra a sí mismo por entre los escombros y dogmas del pasado.

La tarea de la escuela oficial es mediocretizar, es nivelar, o por lo menos, adormecer en un sueño profundo nuestras posibilidades interiores.

La sociedad solo quiere rebaños... y capataces. Y todos los sueños de emancipación humana, todas las inquietudes de la juventud por la utopía santa de una vida social mejor, todas las reformas educativas se hacen en el corazón de los individuos y en la razón de los que despiertan para ver. Sin embargo, nunca se verificó la plasticidad de los "animales políticos" para reconocer sus errores, nunca un sueño elevado de libertad encontró eco en las conciencias torpes de los dominadores, jamás el Estado respetó al genio o al apóstol, al héroe o al mártir en su ascensión hacia un sueño más alto de libertad y amor.

¡La cultura de los impermeables!... Hacen concursos, estudian psicología y antropología pedagógica y citan a Binet, Montessori, Dewey, Claparède, Decroly, los test de psicología experimental y las encuestas de los profesores notables, pero con todo, continúan

impermeables: patriotas, religiosos, llenos de preconceptos de toda especie, absolutamente armados dentro de sí mismos, inyectados con el virus del pasado reaccionario. Toda esa erudición fue elaborada de manera que flota por la superficie y no penetra, desaparece, conservando únicamente toda la potencia visceral de la rutina.

El mismo proceso se advierte en las Universidades, en todas las escuelas superiores. Médicos, abogados, artistas y pensadores del rebaño, el reinado de la mediocridad con diploma, todos impermeables a las «verdades vitales», rumiando «mentiras vitales», nutriéndose los cadáveres de las «verdades muertas».

La conciencia clarividente no se forja en la escuela no se forma en el funcionalismo del Estado, ni en el mundanismo social de las Academias de letras. Los más altos ideales se prostituyen en contacto con la malicia o con la literatura del rebaño. De Jesús, derivó el jesuitismo, como ya observó Romain Rolland. De Cristo nació el cristianismo de las hogueras y de los autos de fe.

¿Qué más esperar de las civilizaciones? Militares y académicos fosilizados conmemoran los centenarios de Ibsen o de Cervantes, homenajean a Tolstói o pronuncian discursos al pie de la estatua del Cristo redentor y Jesús, Ibsen, Cervantes, Tolstói fueron enemigos de las sociedades, desertores sociales a quienes repugnaban las Academias, los soldados, los campos de batalla, todos los vendedores del templo…

Es que «el Estado muerde con dientes robados», se lee en la admirable observación de Nietzsche.

Nuestra deserción de esa fuerza social no es la prudencia servil de los asalariados de las ideas, «traperos del pensamiento»; no es la vileza de los eunucos morales, no es el cinismo indignante de los que carecen de espina dorsal, no es el arrastrarse de los moluscos… desfibrados por la Educación.

Gandhi tiene razón cuando afirma que los estudios literarios no aumentan ni en una pulgada nuestra estatura moral, y que la formación literaria nada tiene que ver con la formación del carácter, concluyendo por deducir que la educación oficial es la desvirilización de un pueblo.

El nacionalismo de Gandhi, por ser humano, es el problema de todos los pueblos: lo que el Mahatma dice con respecto a la escuela inglesa en la India, puede ser aplicado a todas las escuelas oficiales, a la Educación (!) distribuida por el Estado burgués capitalista.

Dentro de diez años, si una transformación social no se operase antes en todo el mundo llamado civilizado, —ya la atmósfera en que vivimos es irrespirable— tendremos que gritar con toda nuestra voz pidiendo misericordia para el tartufismo social:

¡Cerremos las escuelas!

LA SANTA VIOLENCIA[51]

Leyendo, no ha mucho, un inflamado y lírico canto a la violencia, de un publicista americano, en el que afirmaba que: «todo en la Naturaleza es violencia, puesto que la Iglesia venció por la violencia, que el imperio de Roma se fundó sobre la violencia, que el Estado es violencia y el Papado también, que la historia de todos los imperios y repúblicas es violencia, y que la burguesía mantiene al proletariado sumiso gracias a la violencia», me sentí poseída de un vago sentimiento de depresión.

Tal impresión penosa adquirió caracteres agudos al leer la conclusión de dicho escritor, quien terminaba así su vibrante artículo: «...como se ve, la violencia ha dado excelentes resultados. La cuestión social no se resuelve con la sumisión y la máxima de *amaos los unos a los otros*». De ello se infiere, a mi entender, que los problemas humanos, sociales, al decir del articulista, únicamente hallarán solución en los hechos violentos. Cosa que me parece en absoluto fuera de razón.

Claro está que, a fin de suavizar sus afirmaciones, el escritor a que aludimos, declara, en el transcurso de su estudio, que tanto anarquistas como comunistas no pretenden «sistemáticamente» solucionar el problema social por medio de la violencia a «ultranza», sino que se ven obligados a aceptarla como un factor histórico.

En este punto difiero en absoluto del articulista, puesto que opino que los comunistas en especial, y buen número de anarquistas, son violentos por sistema; miran de soslayo, rencorosamente, a todos los partidarios de la no violencia, a quienes llaman «conservadores», «bomberos», «enfriadores», «desmoralizantes», «paralizadores» e

[51] *Estudios*, n.º 109. Septiembre de 1932.

incluso llegan a tildarles de «traidores». Tanta es la aversión que sienten hacia todo cuanto es contrario a la violencia, que incluyen en su odio a un personaje tan lejano o legendario como Jesús.

En su afán de justificar la violencia, de hallar motivos de apoyo, y cuantos más mejor, llegan hasta confundir su revolucionarismo exacerbado, la santa violencia, con la LEY DEL SUFRIMIENTO.

Y es así como, movido por esta confusión lamentable, el firmante del trabajo a que aludo, toma la ley natural del sacrificio, del dolor, en los reinos vegetal y animal, e incluso en el de los fenómenos físicos, como una demostración de violencia.

Una semilla se transforma para dar nacimiento a una planta. En semejante caso, aun admitiendo, como afirman algunos, que no existió el sacrificio de sí misma, propiamente dicho, en pro de un renacimiento, en favor de la multiplicación de la especie, hay que reconocer que hubo que realizar, por lo menos, un gran esfuerzo. Semejante esfuerzo se verifica en todos los partos.

Este sencillo «llegar a ser» de la semilla que da nacimiento a la planta, y que, según tal opinión, no realiza sacrificio alguno en pro de un renacimiento, por la misma razón que «es sencillamente un llegar a ser que se opera en su propio interior», me parece que puede traducirse como la ley del esfuerzo, y, por lo tanto, del sacrificio. No cabe duda alguna de que la individualidad de la planta es la misma, es ella misma transformada, realizada. Y no hay cosa alguna que pueda realizarse sin esfuerzo, y, por tanto, sin dolor, sin sacrificio. Si arrancamos una planta se resiente del percance. Las plantas, pues, sufren —como asimismo las semillas—, y si las tratamos racionalmente, disminuimos su sufrimiento hasta el punto de anularlo. Se dan casos de árboles cuyas flores no tienen fuerza suficiente para transformarse en

frutos. En los climas fríos, el «manguero»[52] no consigue más que dar frutos raquíticos que, verdes aún, se desprenden de la palma sin fuerza para madurar. ¿No exige, pues, de sí mismo, el árbol, un esfuerzo heroico para dar flores y producir frutos recios y fuertes?

Esto que se ha dado en llamar «un simple llegar a ser» es, precisamente, la tragedia interior de la realización.

Una flor, al abrirse, es el producto de un gran sacrificio por parte de los componentes de la planta. Y tanto es así, tan evidente es el esfuerzo, que los jardineros cortan los capullos a fin de dar vitalidad y esplendor a una sola flor en cada brote, con lo cual logran mejorar la calidad disminuyendo la cantidad. Si dejan prosperar todos los capullos, las flores no pueden rebasar ciertas dimensiones. ¿Existe o no el esfuerzo, el sacrificio, para lograr un desarrollo armónico y bello?

Las plantas realizan las cinco funciones animales: nutrición, digestión, circulación, respiración y reproducción.

Existen plantas trepadoras que contienen una sustancia semejante al cerebro de los mamíferos. Darwin denominaba «cerebro» a la membrana protectora del filo de la raíz que entra en la tierra, y reconoce en tal membrana o raíz la facultad de discernimiento, además de poseer movimiento voluntario y consciente.

Strindberg, en su admirable experiencia con las raíces del jacinto, encontró elementos nerviosos absolutamente idénticos al sistema nervioso simpático de los mamíferos. Y afirma que, quemando, por mediación de una lente, el nervio principal de las hojas, éstas quedan paralizadas; asimismo, al herirlas, se contraen. A este respecto puede consultarse el muy acabado y documentado estudio de Tarrida del Mármol acerca de la sensibilidad de las plantas y la sensibilidad molecular de los minerales (*Humanispherio; «Anthologia de*

[52] Palmera que produce «mangos», especie de plátanos.

renovaçao mental», Porto, Portugal, marzo de 1932).

Conocida de todos es la célebre experiencia de Claude Bernard con la mimosa a la que cloroformizó provocándole el tétanos.

> Se sabe que el cloroformo obra en primer lugar sobre la sustancia gris del cerebro especialmente, hasta que la conciencia se extingue; luego, trabaja sobre los nervios sensorios, mientras que todo el aparato vegetativo continúa funcionando.

Buffon decía: «Un vegetal viene a ser casi un animal que duerme». Maeterlinck llegó más lejos, afirmando que no hay planta alguna exenta de razonamiento.

Las recentísimas experiencias del profesor Herrera, de México, por otra parte —de quien hablamos con mayor extensión en nuestro estudio de Leduc, Burke y Bastian—, probó que las células artificiales, nacidas espontáneamente en las soluciones minerales, se multiplican, mueren y presentan notables analogías con las células vegetales y animales. Las que produjera Leduc absorben azúcar, albuminoideos y otras sustancias, verificándose, además, las funciones de nutrición según la ley de la osmosis...

Ciertamente, la planta no nace de nuevo; la semilla es quien se realiza. Ello en el reino animal. La crisálida se transforma en mariposa que pone los huevos, éstos se convierten en orugas, las orugas nuevamente en crisálidas, éstas en mariposas y así indefinidamente. El ciclo es el mismo, pero la individualidad es otra, después de la transformación de los huevos, la especie continúa siendo la misma. Pero, ¿quién es capaz de explicar el esfuerzo y el sacrificio que requiere semejante realización?...

Admitamos que la planta no es hija de la semilla, sino que es ésta misma realizada, así como la mariposa no es hija de la oruga, sino

la oruga realizada... Ni aun así deja de existir el esfuerzo. Esfuerzo que yo considero heroico.

En el parto, el dolor aumenta, el sacrificio es más evidente. En este caso ya se trata de dos individualidades. El sacrificio de la madre en holocausto de la multiplicación de la especie es igualmente la recordación de la conciencia del dolor, o, mejor dicho, es la cristalización de ese sacrificio que comienza en los reinos inferiores.

El movimiento es transformación. La Vida, en su esencia material, podría decirse que es la inercia aparente, pero la vibración y el movimiento en estado latente. Los granos de trigo que se han hallado en los sarcófagos de las momias, desarrollados en espigas, lo prueban categóricamente.

Cuando un Sol se halla convulsionado por violentas explosiones o cuando dos cuerpos enormes chocan entre sí en la inmensidad del espacio, para dar formación a otro, no obran violentamente, sino que operan en su mundo interior una transformación que dará lugar a una mayor concentración de fuerzas, de luz y de calor, destinadas a ser distribuidas alrededor de su núcleo y esparcidas fecundamente para la formación de otros astros futuros.

También las conciencias se iluminan a través de violentas explosiones interiores, de sacrificio y renunciamiento... Es la ley del sacrificio de la realización interna; pero nunca la violencia brutal, artificiosa, de las armas fabricadas por los hombres, de los saqueos, robos, expoliaciones y asesinatos.

La aparente violencia de la ley del sufrimiento es cosa muy distinta.

No hay parto sin dolor, ni en el plano físico ni en el campo de la ética.

Pero véase cómo el parto no es una violencia brutal, ciega, para sacrificarse en holocausto de un tercero, sino, por el contrario, casi

siempre, es el sacrificio voluntario de la madre para dar nacimiento a un hijo que ha deseado con vehemencia y que para ella constituye, a pesar del dolor, el mayor de los placeres. Es, sin lugar a duda ni reparo alguno, el más alto exponente, la prueba más fehaciente de la diferencia fundamental entre la ley del sacrificio propio en pro de otro ser y aquella que se ha dado en llamar «ley de la violencia».

Y el precedente ejemplo puede aplicarse, con la misma exactitud y precisión, a cuantos fenómenos naturales, físicos, químicos y etéreos, puedan surgir.

Los huracanes, los ciclones, las tempestades, las trombas, los seísmos, las descargas eléctricas (centellas y rayos), las mareas, etc., «demuestran —al decir de J. Martins—, que la más característica manifestación de la Naturaleza es la violencia».

Analicemos un poco el asunto, y veamos si en realidad es así: Una manifestación no es una ley. Nos hallamos en pleno mundo de los fenómenos. De ellos sabemos muy poca cosa, poquísimo, podríamos decir que nada. Las causas profundas que forman la clave del asunto, las ignoramos por completo; refiriéndonos a ellas debemos confesar nuestra ignorancia remedando a Sócrates: «Sólo sé que no sé nada».

Ciclones, frío, calor, tempestades, vendavales, trombas, seísmos, mareas, son, sin excepción, efectos que comprobamos, que verificamos, tangibles y visibles, pero no podemos afirmar en manera alguna ni bajo ningún pretexto, que constituyan violencia de la Naturaleza, pues ello sería ya aventurarse en exceso, ir demasiado lejos en el camino de las hipótesis incontrastables...

Muchas veces se da el caso de que el aire es irrespirable, las plantas se amustian, los animales se enervan, los seres humanos sufren, coma si nos faltara el aire, todos nos sentirnos oprimidos, muy inquietos, en un como sentimiento de carencia de energía vital en la

atmósfera.

Al poco rato se presenta la tempestad, desatada, terrible, con su cortejo de relámpagos que rasgan las nubes y truenos ensordecedores, que ruedan sonoramente por los aires. Pero, tras corta o larga duración, pasa la tormenta. El aire es fresco, límpido, reanimador, como destilado y revivificado por el ozono; todo vuelve a la paz, animales y plantas adquieren color y ufanía, y nos sentimos reconfortados y serenos; se ha restablecido el equilibrio de nuestro organismo. La bonanza se instala en nuestro interior y en cuanto nos rodea. La Naturaleza toda se regocija.

¿Dónde está la violencia? ¿Ha sido un mal o un beneficio aquello que parecía violento? ¿Está la violencia en la calma pesada y aparente que precede a la tempestad o en ella misma?

Me atrevo a insinuar que la violencia no se halla en parte alguna, por cuanto la tempestad, cuya apariencia es violenta, no tiene otro objeto que purificar el aire, inyectarle aquella energía cósmica que le faltaba y renovar los elementos vitales indispensables para las especies. Proporciona jugo a las plantas, agua a los manantiales, reverdece y vivifica, en suma, toda la vida terrestre, animal y vegetal.

No hay, por tanto, tal violencia, sino una manifestación evidente del movimiento indispensable y perenne de las energías vitales en su incesante vagar traslatorio a través del globo. Ello no es otra cosa que una prueba patente de la ley del sacrificio, del desinterés, del amor mutuo...

Pero, a pesar de todo, a pesar de mis afirmaciones y de aquellas que hiciera José Martins, cabe tener en cuenta que nuestros sentidos son muy imperfectos y nuestra mente en exceso limitada para que podamos informarnos acerca de las causas de esos efectos, y para que nos sea dable emitir juicios y conclusiones categóricas y decisivas.

Lo único que es posible afirmar es que en las manifestaciones

de la Naturaleza, si se analizan con detenimiento, sin obcecación, imparcial y objetivamente, no puede hallarse en ningún momento, ni aun en aquello que parece más detestable, exteriorizaciones de violencia mortífera y destructora, sino todo lo contrario.

Ética y naturalmente, pues, la violencia es algo que no entra en los dominios de la justificación.

TODO ES CREACIÓN NUESTRA[53]

Todo es ilusión. Cuanto se manifiesta en el Universo es fenómeno. Y nosotros continuamos impertérritos en el mismo lugar. Tiempo y espacio, infinito y eternidad no son más que palabras creadas por nuestro torpe lenguaje para explicar lo inexplicable, para excusar nuestra incapacidad de comprender adecuadamente las manifestaciones cósmicas. En los intersticios de los intervalos hay vidas sin cuenta, mundos y manifestaciones de existencia que nuestros sentidos no perciben y que nuestra ignorancia niega, proclamando que tan sólo tiene realidad aquello que podemos ver...

En primer lugar es evidente que no conocemos la Naturaleza. La creemos llena de contradicciones, incoherente y alocada, indiferente e impasible en su fecundidad maravillosa y en su inconsciencia mortífera, confusa y atormentadora.

Pero, ¡cuánto esfuerzo caótico se precisa para dar nacimiento a un ser o para la multiplicación de cosmos armónicos. Es un inmenso combate de locuras, un asedio contradictorio de caos, una confusión de actos contradictorios y múltiples, destruyéndose unos a otros, pero en cuyo seno pululan, también, miríadas y miríadas de armonías en germen, o tentativas de cosmos sinfonizados al ritmo del equilibrado mundo interno de los que llegan a conocerlo y realizarlo...

Todo es, pues, creación nuestra... Todo depende del grado de nuestra evolución interior. Nuestra capacidad visual aumenta o disminuye según la altura a que nos situemos. Pero quien crea semejante espectáculo, no son la inteligencia o la cultura por sí mismas, sino el sentimiento que surge con la introspección, que induce a interesarse

[53] *Estudios*, n.º 110, octubre de 1932.

por el mundo fenomenal, y se extasía ante las fantasmagorías lumínicas o sonoras, y, acicateado por el espectáculo de las innúmeras vidas, intenta descifrar cuál es el sitio que les corresponde en su ascenso hacia el «devenir»...

La Naturaleza nos parece pródiga, y, al mismo tiempo, hostil, brutal y ciega, e incluso mortífera y devoradora de cuanto ella misma creó. Ingiere a sus propios hijos. Esta es la ley de transformación de los materialistas o aquella de la evolución de los evolucionistas, que se manifiesta en el plano de la materia.

Está, pues, en lo cierto Han Ryner cuando critica la fórmula filosófica de los cínicos y de los epicúreos: «Vive armoniosamente según la Naturaleza», y reivindica la primitiva sentencia estoica que proclamara Zenón: «Vive armoniosamente».

Si la Naturaleza es caos, contradicción, brutalidad y devastación; si carece de piedad y de justicia; si, como Saturno, es fecunda y famélica, ¿qué razón nos ha de inducir a que vivamos de acuerdo con la Naturaleza?

Si en realidad es una madrastra, ¿a qué imitarla en su ferocidad? Tal es el juicio a que nos conduce la limitación de nuestra Naturaleza finita. Nada sabemos. La armonía de las ondulaciones, la equilibración de las esferas no puede comprenderlas nuestra pequeñez.

Pero el mundo de los fenómenos naturales no tiene nada que ver con nuestros anhelos; es nuestra naturaleza interior quien ha de indicarnos, por medio de la voz de lo consciente, la armonía a que somos capaces de llegar según el nivel de nuestra evolución mental.

Acatamos estoicamente, sin defendernos, las pedradas que la Naturaleza arroja sobre nosotros, así como las heridas morales —calumnias, insidias y malevolencias— que contra nosotros lancen aquellos que se llamaron nuestros amigos, porque no defendernos de los ataques innobles es una forma de sabiduría y puesto que la

indiferencia hacia las pequeñeces humanas es una de las virtudes más raras. Hemos de saber dominar, silenciosamente, sin tomarlas en consideración, todas aquellas fuerzas, ciegas, incoherentes y malévolas.

La realización interior no puede ser modelada por las cosas externas. Es más: las palabras «interior» o «exterior», «dentro» y «fuera» carecen de sentido en sí mismas. Nos sirven deficientemente para expresar lo inefable... Las empleamos en relación a nuestro cuerpo. No resultan adecuadas, pero no conocemos otras más perfectas.

Es necesario que construyamos nuestro cosmos interior, que edifiquemos nuestra armonía espiritual, antes de que descendamos a dar beligerancia a los insultos y escupitajos de los envidiosos o de los ignorantes, antes de que podamos parcelar nuestra atención y enfrascarnos en atender al caos exterior.

Por otra parte, nuestra armonía no puede formarse con el espectáculo de odios, rabias y malquerencias desatadas ni ante un espectáculo de absurdos naturales. Por ello, solamente cuando hayamos realizado la armonía de nuestro cosmos interno, cuando hayamos esculpido, a golpes despiadados del buril del dolor y de la befa, podremos decir que nos hemos creado a nosotros mismos; entonces podremos, tal vez, escrutar y comprender el caos del temperamento humano y de la Naturaleza, así como llegaremos a percibir los más leves estremecimientos del mundo y descifraremos las causas de los fenómenos psíquicos y naturales. Entretanto, forzoso nos es debatirnos entre la bruma de nuestra imperfección y recluirnos en nosotros mismos, lejos del griterío multitudinario, para elaborar nuestra personalidad. Porque: «alguien, en nuestro fuero interno, sueña en la divina fantasmagoría de otros mundos mejores y otros soles».

Por lo que atañe concretamente a los fenómenos de la Naturaleza, no creo que operen en ellos fuerzas ciegas, incoherentes ni el

azar. Ninguna de estas cosas existe, realmente, en el seno de la armonía cósmica.

Tales manifestaciones se presentan a nuestra vista como brutalidad, violencia feroz o indiferencia mortífera, devorándose mutuamente los seres en la lucha por la existencia, porque, para nosotros, el concepto de bien y de mal está en relación íntima y directa con aquello que nos proporciona placer o nos causa dolor... Y no acertamos a descubrir el enorme afán de ayuda mutua que se manifiesta en la Naturaleza entera.

A este respecto viene a propósito citar la anécdota de aquel indio a quien preguntaron qué entendía por bien y qué por mal. A lo cual contestó:

—Bien, es cuando robo la mujer de otro; mal, cuando el otro me roba la mujer.

Así consideramos nosotros los fenómenos físicos y de igual manera los interpretamos como violencia, tal si esta fuese «la manifestación característica de la Naturaleza», y como si esa violencia estuviese organizada como ley natural. Y es que vivimos en una sociedad en la que la violencia está organizada moral y legalmente y a la que se entregan tanto los explotadores como los explotados. De ahí deriva la conclusión a que nos entregamos...

Y, sin embargo, no ignoramos que, de igual manera como nosotros estamos realizando nuestra evolución a través de la vida humana, para alcanzar la realización interior, así nuestro sistema planetario, minúsculo grano de arena en el torbellino de los mundos y de los soles, que se halla igualmente en formación, habrá de modificarse y evolucionar hasta llegar a la madurez de su transformación orgánica del mismo modo como nosotros llegaremos, tal vez —¿quién sabe?— a nuestra más elevada espiritualidad, en un constante e infinito «devenir», sin punto final en la espiral ascendente...

Cada sistema planetario, como cada ser humano, es un caos en busca de la armonía de un cosmos, o bien de la perfección...

Sólo conocemos apariencias, imágenes, reflejos, fenómenos de fuerzas latentes y de causas ignoradas por la ciencia.

Y, como Novalis, preguntamos:

> ¿Para qué recorrer penosamente la interminable serie de las causas exteriores? Investiguemos en nosotros mismos; en nosotros está el mundo más puro, la explicación de todas las cosas.

El universo no tiene finalidad moral alguna; lo que llamamos moral es una limitación resultante de nuestra insuficiencia mental y de la esclavitud a la rutina y a la tradición.

Estimamos que es absurdo afirmar que todo en la Naturaleza es ciego e incoherente. Lo que llamamos inconsciencia, instinto, azar, tanto en la vida mineral, como en la vegetal y animal, es, tal vez, la manifestación de la conciencia cósmica en sus ondulaciones vibratorias a través de la mecánica de los átomos, la que se realiza en los diques naturales del Nilo o del Éufrates, como en las variedades asombrosas del mimetismo o en la cicatrización espontánea de una herida.

¿Qué es el instinto? ¿Dónde están sus límites? ¿En qué punto comienza la inteligencia? No se sabe... Todo son palabras..., hipótesis..., pretensiones.

Lo ciego e incoherente es nuestra ignorancia, nuestro caos interior que no nos permite ver, admirar y comprender el caos de la Naturaleza ni los caos de nuestros semejantes; que nos impide que seamos comprensivos y bondadosos, distinguiendo el perpetuo «llegar a ser», que no es otra cosa que la búsqueda de la propia armonía, la formación, tal vez, de un cosmos...

EL TRABAJO FEMENINO Y LA ASPIRACIÓN DE LA MUJER[54]

I

Este trabajo compendia, en un solo enunciado, el análisis de las siguientes preguntas que, en cierta ocasión, me dirigiera un amigo: «¿Cuál es su opinión acerca del trabajo femenino en la comunión social?; Qué aspiración anima a la mujer en la Sociedad actual?». Ambas, a mi juicio, se complementan y constituyen un motivo seductor de estudio para cuantos nos interesamos por estas cuestiones.

La aspiración de la mujer en la sociedad actual, digámoslo sin arribajes, es la libertad. Aspira a la emancipación económica y a obtener la libertad de sus actos, es decir: la libertad de acción y la de vivir íntegramente.

Es innegable que tal aspiración encierra un santo anhelo de justicia. Pero es preciso saber que la noción exacta de libertad implica la realización interior. De ahí deriva el desequilibrio existente entre el anhelo y la realidad, así como el prurito de buscar la dicha en lo exterior cuando, en realidad, es subjetiva e individual. Por otro lado, la organización social capitalista se asemeja al tonel de las Danaides.[55] Se precipitan unos sobre otros, movidos por el voraz impulso de hallar y conquistar su puesto en el mundo, siendo absorbidos todos en la vorágine de la civilización industrial.

La mujer ha dado a este anhelo de libertad el título de emancipación femenina; no obstante, buen número de mujeres no saben

[54] *Estudios*, n.º 111, noviembre de 1932 y n.º 112, diciembre de 1932.
[55] Las Danaides fueron condenadas a rellenar eternamente un tonel sin fondo en el inframundo.

todavía en qué consiste la emancipación. Porque, es el caso, que en este régimen absorbente, de competencia económica desleal, no hay nadie que pueda llamarse emancipado: ni entre los hombres ni entre las mujeres. Y es que el verdadero camino que conduce a la emancipación, por hallarse pleno de dificultades y presidirlo la filosofía estoica, repugna tanto a varones como a mujeres, y es así como puede aseverarse que, aun hoy, Diógenes habría de apagar su linterna ante la imposibilidad de encontrar un hombre o una mujer. Porque el rebaño humano que tenemos a nuestra vida está compuesto solamente de sombras, sombras de mujeres y de hombres...

Emanciparse, amigos y amigas mías, es tanto como conocerse. Por tanto, emanciparse implica realizarse.

No consiste la emancipación en «vencer en la vida», atropellando al prójimo y asaltando

los sitios que otros ocupan. Nada de eso. Semejante concepto lo engendra el egoísmo que nos hace pensar en nuestra emancipación individual económica, en nuestro propio bienestar y confort y en la independencia; pero, ¿y los demás? ¿Y esa procesión interminable de seres humanos sacrificados en aras del Moloch de la civilización?

El individuo tan sólo puede ser realmente feliz dentro de su amplia aspiración de libertad, cuando esa misma libertad no hiera ni sacrifique la de los otros.

¿De qué nos sirve que unas seis o cien mujeres hayan alcanzado puestos en el Parlamento, en la Diplomacia y en la Magistratura, si los millones de mujeres pobres, doloridas, explotadas, continúan sumidas en los mismos errores e ignorancia, en la inconsciencia de sí mismas y en el dolor de este calvario de torturas y miserias, que las condena de por vida a deambular por las avenidas sin fin de la civilización industrial? ¿Qué valor puede tener mi emancipación económica, si continúo explotando torpemente los servicios de mi propia

hermana?

Cuando —hace ya bastantes años— escribí *Renovación*, me hallaba impulsada por el afán de querer librarme de los trabajos domésticos, del infierno del servicio casero, de la esclavitud de los quehaceres femeninos. Y trabajaba como profesora, para cargar los servicios domésticos, que me competían a mí, sobre los hombros de otras mujeres. ¡Hermosa emancipación!

Yo no creo, en modo alguno, que las faenas caseras sean incompatibles con la dignidad masculina... Estimo que la mujer no ha de considerarse como la servidora del hombre. Y condeno ese culto al varón que se practica en los hogares, a menos que dicho «culto» o cariño sea compartido por ambos... Lo absurdo y repugnante es que las madres obliguen a sus hijas a servir a los hermanos, como si las chiquillas hubiesen nacido con el estigma de la servidumbre.

Así, pues, la mujer ha de emanciparse incluso de la tutela de la maternidad y, mayormente, del culto al hombre. Todo tiene un límite. Si en la primera infancia los niños exigen infinitos cuidados, ello no ha de inducirnos a considerar que una madre se vea obligada «por los deberes maternos» a sacrificarse incondicionalmente, durante toda la existencia, por los hijos. Entre la pequeña burguesía, la llamada clase media y el proletariado, la mujer es una esclava de los deberes domésticos y de la maternidad absorbente, tareas que no la dejan respirar con libertad, porque, cuanto más se esfuerza, mayores son las exigencias del hogar y de los hijos.

Tanto el varón como la hembra humana tienen necesidades corporales; por tanto, el esfuerzo ha de ser personal con el fin de subvenir a la subsistencia y asegurar la propia higiene y la armonía orgánica.

⁂

Todas las mujeres caritativas y piadosas, todas las presidentas de

asociaciones emancipadoras y las asistentes a Congresos y reuniones femeninas, así como los libertarios, pretenden ser los mensajeros de la liberación de la mujer. Pero todos echan sobre los hombros de la pobre paria del hogar —la mujer o la sirvienta— el pesado e incómodo trabajo que cada criatura humana, sin distinción de sexo, habría de realizar para cuidar de su higiene personal y de su propia subsistencia. A pesar de tener esclavizada a la fémina —esposa o sirvienta— todos pretenden erigirse en líderes del movimiento mundial de emancipación feminista.

Por medio de estas reflexiones llegué a la conclusión de que había de vivir según mis propias necesidades. Como Tolstói, me dije a mí misma que era preciso desconfiar del filósofo que tiene un criado para que realice la limpieza de su habitación... Y fue mi emblema el pensamiento constante de que mi emancipación no tiene derecho alguno a representar un recargo en el trabajo de otras criaturas.

Tan sólo un reducido número de individualidades, entre ellas Spinoza, el filósofo que confeccionaba lentes para vivir; E. Carpenter,[56] el gran filósofo inglés que cultivaba, recogía y vendía, sin ayuda de nadie, los productos de su huerto y jardines; Tolstói, que no se sentaba a almorzar sin haber remendado, por lo menos, un par de zapatos; San Pablo, que fabricaba tiendas, y algunos más, muy pocos, comprendieron esta verdad.

He aquí la forma en que concibo el trabajo femenino en la comunión social. Creo que todo el problema humano se resolverá el día en que cada hombre y cada mujer sabrán ayudar al prójimo, llevando a cabo las labores inherentes a su propio servicio personal.

Tal es el camino, pero...

[56] Edward Carpenter (1844-1929), fue un poeta, filósofo socialista y activista homosexual británico.

No sabemos todavía qué es la libertad. Y preferimos ser esclavos de los demás, vivir sujetos a necesidades ilusorias, supeditarnos a ser devorados por el Moloch de la civilización industrial.

Todas las dificultades podrían superarse y vencerse. La vida sería sencilla y simple, viéndose, por tanto, todos beneficiados con los verdaderos progresos alcanzados por medio del aprovechamiento de las fuerzas naturales —captación del agua, radio, fuerza y luz eléctrica— si cada cual conociese el valor del esfuerzo humano y supiera adecuarse a la máxima: «Ama a tu prójimo como a ti mismo».

II

Resumiendo lo apuntado en el artículo anterior, puede decirse que la aspiración de la mujer superior habría de consistir en llegar a realizar el equilibrio social, es decir, en no cargar sobre las demás mujeres el peso de la labor que a ella le incumbe realizar.

El trabajo femenino en la comunión social debería ser un constante esfuerzo por aliviar a la mujer proletaria del peso de los dolores que le abruman, para emanciparla de la triple esclavitud que la sujeta, cual tórculo lancinante, al yugo cotidiano. Nuestro laboreo ininterrumpido habría de dar como resultado librar definitivamente a la mujer del dominio del hombre, del imperio social y de las obligaciones que la acogotan al tener que efectuar el trabajo que corresponde a aquellas mujeres ociosas que se consideran como «independientes» y «emancipadas».

¡Basta ya de tanto palabreo inútil, cesen los discursos enfáticos, el torrente de oratoria insulsa, el verbalismo asfixiante, la holganza y la ostentación; no tantos congresos crepusculidas, ni banqueteos congestivos, menos ruido y manos a la obra! Esa es nuestra misión.

He de confesar, por lo que a mí respecta, que ya nunca, después

de tantas meditaciones, podré tener una sirvienta bajo mi autoridad. Si tal hiciese, me sentiría como humillada, me ruborizaría la vergüenza de mí misma y no podría vivir con la plácida serenidad interior de que ahora gozo. Me hallaría poseída por la humillación de mandar y por la inenarrable vergüenza de que me obedecieran.

Mi conclusión, en este caso, es la misma que la del dulce y amado filósofo francés, el de la filosofía «de la sonrisa de la duda y de la música del sueño», Han Ryner: «Si he de vivir como un animal, si tengo precisión de alimentarme, vestir y abrigar el cuerpo, tengo asimismo la obligación de trabajar como otro cualquiera». Al cargar sobre nuestros semejantes el peso de la labor que a nosotros incumbe realizar, nos convertimos indefectiblemente en brutales explotadores de nuestros propios hermanos. Y en tanto que semejante estado de cosas exista, nadie tiene derecho de hacer suyas las sublimes palabras del galileo: «¡Amaos los unos a los otros! ¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!». Sin olvidar la peregrina frase de Gandhi, el nuevo apóstol místico de los oprimidos, quien afirma: «También los animales han de ser considerados como nuestro prójimo...».

Naturalmente que el lenguaje que estoy empleando carecerá en absoluto de sentido, será incomprensible e inadmisible para las amaneradas, cursis y burguesísimas literatas, que escriben palabras sin sentido y repiten manidos tópicos de café. Las que redactan crónicas de salón para «la buena sociedad». Aquellas que hablan de modas, de cocina práctica y aun de naturismo puro, no podrán comprender mis palabras —o no querrán entenderlas, que de todo hay en la viña...—. Así, me tildarán de subversiva, de divulgadora de utopías, y dirán que soy una mujer carente de sentido práctico de la vida, porque no quiero esclavizar a mis hermanas ni hacerme cómplice del crimen que representa sacrificar diariamente a millones de seres humanos en provecho de cuatro bien hallados.

Por esto, a cuantos nos encaminamos hacia el descubrimiento de nosotros mismos, se nos moteja de desertores sociales. Y nosotros aceptamos gustosos, ostentándolo orgullosamente, el título despectivo que constituye nuestra enseña de liberación, porque solamente siguen la verdadera senda de la perfectibilidad quienes tratan de emanciparse a sí mismos, aquellos que, ante todo, procuran realizarse.

Las elegantes mujeres modernas dedican unas horas diarias a los deportes, a la gimnasia y al té. Es decir, se han entregado en cuerpo y alma a lo artificioso, a esos averiados productos de la civilización de los holgazanes, de los hartos, que precisan tener a su disposición determinado tiempo libre, para malgastarlo lastimosamente en corregir los errores de la falta de ejercicio y del exceso de automovilismo.

El trabajo moderado, racional, es el único ejercicio natural. La jardinería, la horticultura, el lavadero para uso personal, la cocina sobria, sencilla, sin complicaciones, el cuidado de la casa, son todos ejercicios valiosísimos para ejercitar el cuerpo y producir la transpiración necesaria de los poros y obligar a los pulmones a lavar sus células con aire puro. Basta lo enumerado para que en invierno se calienten los pies y las manos y para que podamos dormir la noche de un tirón.

No hay insomnio, por pertinaz que sea, que resista a una tal variedad de ejercicios físicos, ni existe gordura u obesidad que no ceda ante todos esos movimientos sistemáticos y naturalísimos, por medio de los cuales se distienden todos los músculos y entran en movimiento adquiriendo elasticidad con la rítmica reiteración de movimientos espontáneos y, al propio tiempo, necesarios para el cuerpo, no sólo para conservar la armonía externa e interna del mismo, sino también para su subsistencia.

Pero ¿cuál será el día en que hombres y mujeres llegaremos a comprender que es un crimen de lesa Naturaleza y contrario a todo

sentimiento de humanidad, el hacer soportar a otros semejantes nuestros el peso de la labor que por «ley natural» corresponde a nosotros?

Precisamente —y hablo ahora a mis compañeras— por el solo hecho de haber cargado el hombre sobre nosotras la ejecución de los quehaceres domésticos, adjudicándonoslos como deberes, habríamos de abstenernos de obrar de igual suerte con respecto a otras mujeres, que, aunque más pobres, son también hermanas nuestras, y no estaría de más que nos rebeláramos ya, de una vez para siempre, contra la tiranía masculina negándonos a estar «al servicio» del hombre como una criada, como una sirvienta, con la obligación de atender todas sus exigencias de sultán del harén familiar.

El mandar como el obedecer, envilece. La variación y el trueque de ocupaciones eleva. Dedicarse a algo constituye un placer. Pero la acción de «servir» implica esclavizarse. Para ser libre se precisa sentir en carne propia los derechos ajenos a una libertad exactamente igual a la nuestra. Para realizar semejante liberación no hay otro camino que la maternidad libre y consciente, y, además, LIMITADA, LIMITADÍSIMA.

Al multiplicar los intransigentes lazos afectivos de la familia, aumentamos, al propio tiempo, nuestras fuentes de sufrimiento y de esclavitud. En tal caso, la deserción social deviene imposible, a menos que nos pertrechemos con el valor heroico de romper con todas las ligaduras sentimentales, con nuestros cariños más acendrados, y nos convirtamos en novísima encarnación de la Nora de Ibsen.[57]

Todo, pues, resume en estos dos admirables postulados de la ética y de la sabiduría: «Conócete a ti mismo para aprender a amar»; «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Y es innegable que nadie es

[57] La protagonista de *Casa de muñecas* (1879).

capaz de amar verdaderamente sin desertar del medio social a fin de poder estudiarse a sí mismo, conocerse y realizarse.

Es tan sublime, tan elevada y refulgente la estoica sabiduría de Epicteto; tan dulce, tan puro y acariciante el fraternismo de Cristo, como noble, altísimo y depurado el neoestoicismo de Han Ryner. ¡Conocerse y realizarse para aprender a amar! ¿Se quiere una fórmula más concisa y de mayor riqueza esotérica?

Mi concepto, pues, acerca del trabajo femenino en la comunión social, es el de que cada cual se baste a sí mismo en todo lo que ello sea posible. Que cada individuo busque su camino y sus verdades interiores...

Y es que cada uno de nosotros tenemos nuestra propia esfinge que descifrar y el problema peculiar que tan sólo puede resolver el propio individuo.

UNA HIPÓTESIS QUE ES UN SUEÑO DE PERFECCIÓN[58]

El estudio de la acústica muestra, con frecuencia, en los laboratorios de Física, las figuras llamadas de Chladni sobre las placas de resonancia, o la formación de dibujos geométricos por medio de las vibraciones. Dichas figuras se forman por medio de arena y son efecto de la vibración de un arco de instrumento en la placa de cobre de vidrio donde se hubiese colocado la arena.

La señora Watts Hugues[59] estudió las formas de la vibración de la voz, y de todas las investigaciones se deduce que el sonido tiene forma. Las vibraciones pueden transformarse en figuras geométricas. De suerte que la forma y la precisión de los contornos dependen de la intensidad de la vibración.

Pues bien, todo en la Naturaleza es vibración: el átomo, la fuerza, la electricidad, el magnetismo, etc. Y lo demuestra aún más el que puede captarse y conservarse el sonido en los discos de gramófono.

No sé a qué altura han llegado las pesquisas científicas relacionadas con la captación del pensamiento —que también debe tener una forma— según su naturaleza, cualidad e intensidad; pero creo que siendo, como es, materia, estará sujeto a las propiedades de la misma.

En este respecto parece que se ha llegado a establecer que,

---

[58] *Estudios*, n.º 113, enero de 1933.

[59] Megan Watts Hughes (1842-1907), llamada generalmente Margaret (Hughes era su apellido de casada), fue una apasionada galesa, cantante de éxito e inventora, que se convirtió en una de las primeras mujeres en presentar una invención en la Royal Society de Londres, en 1887, cuando dio a conocer su eidófono. Se trataba de un aparato que permitía visualizar la voz humana.

científicamente, el pensamiento forma parte de las grandes fuerzas motrices del Universo.

La Asociación Internacional Biocósmica, compuesta por prestigiosas personalidades de la Ciencia, entre las que puedo mencionar al sabio profesor mexicano Herrera, que es ateo; Barbedette, profesor en Luxeuil, y ateo también; J. Comas y Solá, astrónomo, de Barcelona; Victor Margueritte, el célebre literato; Albert Mery, biólogo, de París; Víctor Delfino, de Buenos Aires; Foveau de Courmelles; Félix Monniet, Jacquemin, Jawonski, Pierre Larivière, etc., etc., y muchos otros, cuyos nombres siento no recordar, hombres de ciencia eminentísimos, ateos, y nada sospechosos, admite el principio de que los errores de los hombres influyen en las condiciones atmosféricas de nuestro planeta, e incluso pueden influir en las capas atmosféricas de otros planetas vecinos del nuestro.

Y no se diga que esto es credulidad ciega, superstición, espiritismo ni metafísica... Todo lo contrario; abran la revista científica *La Vie Universelle*, que publica la AIB, y comprueben, por sí mismos, las observaciones de los grandes científicos contemporáneos. Verán ustedes como no me alejo de la realidad. Los más modernos aparatos cinematográficos registran las curvas y las formas de las vibraciones emitidas por las voces de los artistas.

No es, pues, descabellado afirmar que la Ciencia, dentro de poco, podrá establecer el sistema que permita captar el pensamiento humano de manera positivamente definida, quizá revistiendo formas coloreadas o luminosas.

Por otra parte, la AIB publica interesantísimos estudios en demostración de que, tanto los humanos como los animales, somos parásitos de la Tierra, y tal vez parásitos incómodos porque ocasionamos guerras y revoluciones con su inevitable secuela de locuras: gases asfixiantes, explosivos, nubes de humo artificial, etc.; explosiones de

minas soterrañas y submarinas, trincheras y demás actividades destructoras; todo lo cual ocasiona un enorme desequilibrio del planeta y produce perturbaciones en la atmósfera. Tal es la locura humana que atenta contra su propio bienestar.

Admitida esta hipótesis sería posible suponer que la lucha, en el Universo, y, más especialmente, en nuestro planeta, proviene de los sentimientos opuestos que se atacan y chocan produciendo explosiones más o menos violentas.

Además, ya es sabido que hay épocas de suicidios y de crímenes, los cuales van en aumento por efecto de la sugestión, y que éstas coinciden con determinadas manchas solares, ciertas estaciones del año y también según las horas del día. Sabemos cuál es la influencia de la luna en las mareas e incluso en los períodos femeninos... De manera que es innegable que existe reciprocidad de atracciones entre los astros y los seres humanos...

Así, pues, si dejamos que nuestro pensamiento revolotee en torno a semejante hipótesis, sus deducciones pueden llevarnos, también, a establecer que la violencia es el desequilibrio y que solamente la ley del Amor es la ley del Universo.

Llegaríamos a conclusiones completamente opuestas de las que sentaran multitud de propagandistas revolucionarios, y en especial de las que propagan los comunistas autoritarios —error en que caen, desgraciadamente, no pocos anarquistas—. Entonces podríamos afirmar que la violencia de los hombres es la que provoca lo que hemos dado en llamar «violencia de la Naturaleza».

Y ya envueltos por esta visión benéfica y sedante, podríamos decir, como Han Ryner, haciendo hablar a Anaxágoras, e invocando al Sueño:

> Procura, ¡oh, Sócrates!, divinizarte por completo, a fin de que en el mundo haya, por lo menos, un poco de pureza divina.

Trata de llegar a ser, todo tú, una conciencia, si quieres que brille en alguna parte un conocimiento claro. En la Naturaleza, caos de innúmeros cosmos vagamente comenzados y perennemente oscilantes, puedes ser tú un cosmos firme, estable y sin caos alguno.

Después, si ello constituye un placer para ti, podrás pensar en que tu salud puede llegar a ser, algún día, contagiosa como una enfermedad.

O, si lo preferimos, repetiremos, como el propio Ryner, dando nueva vida y nueva palabra a Zenón de Citio, creando un neo-estoicismo:

Oh, Cleanto; oh verdadero Dios, es decir, si tienes valor e inteligencia para comprenderlo, verdadero Sferos, dóblate sobre ti mismo y crea, por fin, un ser que no esté dividido consigo mismo, crea, en síntesis, una armonía, un cosmos mediante el cual podrás gozar de la serenidad y que causará la admiración de algunos individuos. Tan sólo de esta suerte puedes ayudar a cuantos escuchan tus palabras y contemplan tus acciones; les auxiliarás, apoyándoles para que logren, también, trocarse en armonías. Si llegara un día en que cada ser humano se transformase en una depurada belleza interna, que tan sólo irradiase sabiduría y bondad, no sólo sería armónica la Humanidad entera en sí misma, sino que lo sería igualmente todo el Universo... ¡Oh, prodigiosa esperanza! ¡Oh, poema y sueño divinos!

De manera que, para nosotros, y repitiendo la frase del maestro, todos los revolucionarios «se llaman Sísifo».

EL PROBLEMA ECONÓMICO[60]

El espíritu de secta domina aún, por desgracia, en todos los núcleos humanos, desde los más avanzados a los retrógrados. Incluso los librepensadores, los ateos, los anarquistas, comunistas, socialistas, etc., son víctimas del exclusivismo.

¡Ah! ¿Es que no dejaremos nunca de rotular a los hombres y de adjudicar a sus respectivos letreros la responsabilidad o el valor de los destinos humanos? ¿Por qué encarnizarse en esa pugna de calificativos que culmina en la llamada lucha de clases? Es que todavía no nos hemos dado cuenta de que todos, sin distinción, somos igualmente responsables del malestar, por la cobardía social.

Resulta penosísimo observar cómo va aumentando la odiosidad entre los llamados «hombres de ideas», y cómo se apoyan todos ellos en muletas carcomidas, tales como la política, el racionalismo y los credos sociales, religiosos y antirreligiosos. Ninguno de los que están empeñados en semejante forcejeo se da cuenta de que el corolario de tamaña lucha será la próxima y pavorosa guerra que se está fraguando, que tendrá caracteres de comercial y religiosa, pero que podrá transformarse, también, en guerra entre el racionalismo dogmático y los dogmas de los credos religiosos.

Causará espanto el choque de sentimientos tan dispares al tiempo que tan semejantes. Y los propios racionalistas, seguros de que la razón está de su parte, lucharán impelidos por la fuerza del subconsciente, que no es más que una reacción de odio contra la tiranía del poder religioso.

Los periódicos publicaron, no ha mucho, que los musulmanes,

[60] *Estudios*, n.º 114, febrero de 1933.

en la India, quemaron viva a toda una familia de judíos compuesta de nueve personas. Ello da una idea cabal de la magnitud y ferocidad de las luchas religiosas de nuestros días, y nos advierte que estamos entrando, sin apercibirnos de ello, en una nueva Edad Media. En la época presente las cruzadas se realizarán entre musulmanes e hindúes, judíos y católicos, bolcheviques y... chinos.

Y la violencia de todos estos encontronazos de odios sanguinarios generará nuevas violencias. Y surgirá la «santa violencia», que es la única arma de que disponen los revolucionarios a ultranza y con la cual pretenden, equivocadamente, instaurar el reinado de la Paz y la Libertad. Como si la causa del desequilibrio residiese en la desigualdad económica —que tan sólo es uno de los factores— creen que la cuestión social es, exclusivamente, un problema económico.

Si la cuestión económica estuviese resumida en un pedazo de pan, un vaso de agua, un hogar para el invierno, un abrigo adecuado, unas frutas y el derecho al amor... pase. Pero no es así; todos los que claman por la igualdad están acordes en cantar las excelencias de la civilización material, del progreso técnico y de la vida urbana, sin apercibirse de que la máquina esclaviza todavía más y amortigua la capacidad intelectiva del hombre, sin contar que, con cada nuevo aparato, las necesidades se multiplican.

Las máquinas aumentan, pero, a la vez, aniquilan al hombre que se siente empequeñecido y mutilado ante la potencia de hierro y fuego, causante de su martirio y de una esclavitud mayor que cuantas el hombre soportara en el decurso de los siglos. Porque el monstruo le fascina cada día con mayor fuerza, a fin de triturar su cerebro e impedirle raciocinar.

Los campos se despueblan y el hombre huye de ellos atraído por la seducción de la máquina, sin percatarse de que la ciudad entumece el pensamiento, porque rebosa de fealdades, de torpeza, de crímenes

y bajezas. En cambio, el retorno a la vida simple, bucólica, la vuelta a la Naturaleza no tiene atractivo más que para unos cuantos individuos que se encaminan a lo consciente. Los fosfóreos y atrayentes clamores de la ciudad, el ruido ensordecedor y enervante, las embriagadoras salas de diversión, todo contribuye al olvido de sí mismo y a arrojar al individuo en la confusión y el barullo de la multitud, mecanizándole servil y cobardemente...

La civilización así concebida —llámese como se llame— es el exponente del embrutecimiento, de la vulgaridad y la repetición. De suerte que la cuestión económica se ha complicado hasta tal extremo, se ha hecho tan elástica, que el pan nuestro de cada día se ha trocado en un rascacielos, en un trasatlántico, en unas minas de petróleo y en toda la embriaguez de la posesión de oro. Ford y Rothschild hablan también del pan cotidiano. Y todos los igualitarios envidian su cadena de oro y su cartera.

También el campo se civiliza. La máquina lo invade todo y ya siega, labra, abre el vientre de la tierra, perfora montañas, anulando la limitada iniciativa del campesino y del peón que ya no se sienten felices porque se ven arrastrados por el torbellino de la locura colectiva.

La máquina, pues, lo ha absorbido y aniquilado todo. Y cada uno de nosotros apetece una «migaja» de pan tan grande, que se esclaviza la vida entera y no le queda siquiera tiempo para comer sosegadamente el tan manido «pan nuestro de cada día». Y pasan las jornadas en una agonía de inenarrable demencia, corriendo tras el pan que sin tanto esfuerzo podrían llevarse cómodamente a la boca... Y así se da el caso de que hombres que tienen la boca repleta arrebatan el pan de otros que van a conquistarlo... Y a eso se le llama «lucha por la existencia».

La cuestión económica no es, pues, el problema humano por

excelencia; es el contrapeso, la pesadilla, el peso muerto creado por la sociedad a causa de las crecientes exigencias del maquinismo. Y ahora ya es de todo punto imposible reducir las dimensiones del «pan» que precisamos.

Se asemeja, de esta suerte, al hueso que Epicteto arrojara entre dos perros. Y, de igual manera como es ancestral, atávico y feroz el acto de querer arrebatarle al prójimo el hueso que se apropiara, no es menos ingenuo buscar en las instituciones la causa de tan triste contingencia social, de esta civilización que tiene por lema «sálvese el que pueda» entre el naufragio de la competencia ilimitada. Solamente puede resolverse el problema conteniendo los instintos animales y respetando el pan del prójimo, contentándonos todos con lo absolutamente indispensable para la manutención del cuerpo, produciendo por propia cuenta nuestro alimento y sin trabajar para los demás; entonces, por medio de una alimentación parca y sobria sabremos bastarnos a nosotros mismos y no exigiremos el sacrificio de un tercero ni nos prestaremos a ser sacrificados.

Pero solucionar la cuestión económica con nuevas máquinas y apelando a la violencia, me parece tan absurdo y tan descabellado como pretender apagar la propia sed ahogándose en el océano. Los hombres sólo llegarán a amarse de veras el día en que sepan ser llanos y sobrios y aprendan a desprenderse de las cosas materiales, reduciendo a sus naturales dimensiones el repetido «pan nuestro de cada día». ¿Será posible alcanzar esta mínima base de bienestar?

KARDEC Y COMTE[61]

Es un error atribuir a todos aquellos que fundaron un sistema la intención aviesa de aprovecharse del mismo. Los fundadores de religiones no siempre estuvieron al servicio de los poderosos ni de los tiburones de las finanzas. Cristo, que dio origen a esta formidable máquina represiva, llamada catolicismo, fue, en primer lugar, un adversario de todas las religiones. No es suya la culpa si sus seguidores organizaron sistemáticamente en religión su filosofía estoica —para no practicarla— y su fraternismo humano, para martirizarnos, luego, en nombre suyo. No hay que achacar a Jesús el que la Iglesia llegara incluso a sacrificar sus sueños, como otrora crucificaran su carne en el mito del Calvario.

¿Quién osará negar que Auguste Comte poseía un enorme caudal de buena fe, sinceridad, sencillez, ciencia y un formidable orgullo de positivista? En cambio, sobre su concepto de la «religión de la humanidad» se han fundado sistematizaciones que consolidan el régimen de castas y adjudican el primer puesto a la casta sacerdotal positivista, a semejanza de lo que ocurriera en las religiones primitivas. De sus conclusiones se sirven para predicar la sumisión del obrero al patrono, la resignación del proletariado, el respeto al capital y a los Gobiernos, y afirmando que las clases laboriosas han de sujetarse a la organización social conservadora, ya que la humanidad ha de estar dividida en contribuyentes y burocracia, Gobiernos y sacerdocio.

Un escritor de vanguardia se apoyaba en Comte para rebatir a

[61] *Estudios*, n.º 116, abril de 1933.

Kardec,[62] sin tener en cuenta que aquél no tuvo siquiera una palabra de conmiseración para con esa víctima de la sociedad, que es la mujer, a la que se obliga a ser sumisa, dócil, resignada y esclava servil del hombre, del hogar y de la sociedad.

Kardec, frente a las desigualdades humanas, es mucho más equitativo —aunque sin llegar al fondo de la cuestión— que aquel positivista, y, sin embargo, ha de sufrir los embates de los escritores de avanzada. Ello me parece absurdo. No cabe duda alguna de que cualquier observador puede hallar en Kardec contradicciones fundamentales y descubrir que no tenía temperamento filosófico, pero no por ello ha de prescindirse de reconocer que fue un profundo y sincero espíritu religioso.

El error fundamental de los fundadores de credos religiosos estriba en haber querido organizar, sistematizar, codificar, dar cuerpo doctrinal a sus inquietudes o a sus creencias. Kardec, como es consiguiente, no podía escapar a esta ley general y por eso cayó en el fanatismo y la intolerancia. Pero al comprobar semejante anomalía hemos de darnos cuenta de que los racionalistas están cayendo en idéntica intolerancia al querer organizar un cuerpo de doctrina en sentido contrario para atacar o negar sistemáticamente.

Y he aquí cómo los escritores de vanguardia, en su afán racionalista, atacan todas las manifestaciones religiosas y dejan tranquilo a Comte, olvidando que, aun siendo éste racionalista y adversario de la metafísica, fundó una religión positivista, con dogmas, culto, ritual, santos, iglesias, altares y toda una idolatría, regulado, este conjunto, por un poder temporal y espiritual...

Kardec, en cambio, aunque metafísico, no llegó a tanto,

[62] Allan Kardec (seudónimo de Hippolyte Léon Denizard Rivail, 1804-1869) fue un traductor, profesor, filósofo y escritor francés, considerado el sistematizador de la doctrina llamada espiritismo.

demostró ser más modesto, más humano y no estar exento del anhelo de equidad. No alcanzó Kardec el límite de Comte, puesto que éste, dogmatizando en exceso, dijo:

> No puedo considerar como verdaderos discípulos míos más que a aquellos que, renunciando a fundar por sí mismos una síntesis, consideran a la que formulé yo como suficiente y en absoluto preferible a cualquier otra. Su deber, entonces, consiste en propagarla sin pretender criticarla, ni siquiera perfeccionarla.[63]

Como se ve, Comte no admitía que el género humano pudiese producir un genio superior al suyo ni que fuese posible la aparición de una síntesis mejor fundamentada que la por él formulada. Es decir, resolvió el problema humano por los siglos de los siglos... Tal es el acto de fe de los positivistas.

Veamos, además, porque ello es importantísimo, cómo soluciona el fundador del positivismo el problema social. En la página 521 *de Últimas concepciones*, leemos:

> Las mentes mejor emancipadas sabrán respetar habitualmente la autoridad y la riqueza, sin esperar que ambos elementos del poder práctico hayan recuperado su conexión normal...
>
> Porque semejante trabazón marcará el término natural de la transición orgánica cuando los ricos se hallen lo suficiente regenerados para hacerse nuevamente cargo del Gobierno que, normalmente, ha de pertenecerles. Aunque este resultado exija una postrera extensión separatoria provisional, ésta se hallará purificada del carácter subversivo que hasta el presente tuvo. Al transferir a algunos proletarios un excepcional dominio, el positivismo les atribuye como finalidad el hacer surgir gradualmente el verdadero patriarcado, de antemano seguro ya de la veneración

[63] A. Comte, *Cartas a Hutton* (páginas 72 y 73).

> plebeya, en virtud de las costumbres introducidas al comienzo de la transición orgánica.[64]

En la página 520:

> Los verdaderos positivistas, lo mismo prácticos que teóricos, son los únicos que, ahora, pueden dar el ejemplo constante de un respeto sincero, en nombre de la humanidad, hacia cualquier autoridad, civil o política, sean cuales fueren las manos en que ésta se halle depositada.

Otro parrafito sabroso, en la página 545:

> Desde entonces, sus disposiciones para la veneración y la adhesión (se refiere a los proletarios, y más concretamente a los comunistas) tomarán una dirección distinta y saludable, de manera que prepararán las costumbres normales, haciendo respetar la fortuna y el Poder en nombre de la sociabilidad, aunque el Gobierno estuviese separado de la riqueza.

Según Comte, para dominar es suficiente una «élite mínima». Esta élite, que ha de surgir de la burguesía, serán los ricos regenerados, los dueños del poder temporal que se aliará al espiritual para entregarse por completo a dicha élite mínima. París sería entonces la Ciudad Santa, la Capital del mundo, porque, para Comte, la «Ville Lumiére» es la «metrópoli humana, única sede de los impulsos realmente eficaces», la capital de la tierra, porque, para el jefe de los positivistas, «París no es una ciudad: París es Francia, es Europa, es el Occidente, es la tierra entera.»

Por otra parte, Mussolini grita a voz en cuello que la sede del mundo residirá en Roma, «cerebro y corazón de la tierra»... ¿Quiénes

[64] *Llamamiento a los conservadores*, página 109, III.

vencerán, positivistas o fascistas?

Tanto el proletariado como la mujer, sentimentales ambos, se dejarán guiar por la élite mínima, por el sacerdocio positivista que predicará la religión de la humanidad.

«Concentración temporal y libertad anímica» —libertad dentro de los principios de la religión de la humanidad—, tales serán las fases de la transición orgánica que ofrecerán diferencias políticas o religiosas.

> Durante las dos primeras, el sacerdocio positivista hará prevalecer especialmente, al principio, el culto, después, el dogma, bajo una dictadura monocrática, retrógrada al principio o estacionaria, progresiva después. En su última etapa elaborará el régimen de acuerdo con un triunvirato característico.[65]

En resumen, todo el contenido social del positivismo está en respetar y enaltecer a las autoridades existentes, en venerar la política, acatar el Poder y sostener la riqueza, sumisión y docilidad de los sentimientos —es decir, del proletariado y de la mujer— a todo lo constituido, luego una dictadura positivista, etc. Aparece, después la concentración del Poder en las manos de los ricos regenerados, el patriarcado y la plebe, y, por fin, el mundo entero sometido al poder espiritual de los sacerdotes positivistas. Tal es la perspectiva.

Este sí que es un fundador de religión en absoluto al servicio del Poder y del capital. No obstante, nunca se ha hecho, en los campos extremistas, la disección de sus teorías. Tal vez Comte, al levantar el andamiaje de su sistema, lo hizo ingenuamente, pero ello no obsta para que sirva a los dominadores.

---

[65] *Política Positiva*, IV, páginas 413-415.

Ahora bien, de igual manera como no han visto en la sistematización positivista todo el peligro que encierra, tampoco han acertado, al criticar el espiritismo, en destacar el mayor mal del mismo. Y voy a evidenciarlo porque en mi niñez fui una de sus víctimas y me costó enorme trabajo librarme de la terrible influencia que ejercía en mi sistema nervioso.

El espiritismo, o las prácticas espiritistas, deprimen el ánimo. Cuando niña me obligaron en distintas ocasiones a asistir a Asambleas espiritistas, y durante muchos años hube de sufrir el peso del terror a los espíritus. No se trataba de miedo: era una alucinación pavorosa que petrifica el ánimo.

Ahora bien, es innegable que todo nuestro esfuerzo para llegar a un mayor nivel de evolución debe canalizarse gozosamente, sin terrores de ninguna especie, a fin de despertar en nosotros el valor y matar el espectro del miedo.

Matar el temor, el pánico bajo todos sus aspectos, es infiltrar en el ánimo la idea de que nada ni nadie puede perjudicarnos, excepción hecha de nosotros mismos; si somos débiles, cobardes y estamos sujetos a la corrupción de nuestra propia conciencia; si nuestra voluntad es débil, sugestionable e incapaz de esforzarse para adquirir una individualidad plena, entonces podemos decir que el enemigo está en nosotros mismos, y a ése sí que hemos de temerle.

Las prácticas espiritistas irritan el sistema nervioso y predisponen al individuo a no reaccionar contra el instinto inferior del miedo. Ocasionan constantes sobresaltos que deprimen y esclavizan. Por otra parte habrá podido observar cualquiera —yo lo he comprobado multitud de veces— que las beatas o acérrimas practicantes del catolicismo, al igual que las fanáticas espiritistas, en familia, están siempre malhumoradas, son irritables, quisquillosas y exigentes.

Claro que hay excepciones, ¡quién lo niega! Pero, por lo general,

ésas se amargan la existencia y causan la desdicha de los demás. Por otra parte, los que acostumbran a realizar las prácticas cotidianas de espiritismo caen en la abulia y todo lo atribuyen a los espíritus... No intentan esfuerzo alguno para dominarse, y, como quiera que todos se consideran perfectos y, como «obreros de la viña del Señor»..., los espíritus cargan con el peso de todas las contrariedades...

¡Pobres de las criaturas que han de desenvolverse bajo el terror de tal ambiente! Pero, ¿hemos de culpar a Kardec de todo ello? Me parecería injusto hacerlo. Y es que yo no creo que las convicciones y los ensueños de aquellos que no piensan como yo hayan de catalogarse despectivamente, sin excepción alguna, como «bandidismo», «charlatanería», «piratería», «superstición», «bellaquería» o «especulación» de la peor especie. Debemos colocarnos siempre en el punto de mira más amable y comprensivo.

SEAMOS OBJETORES DE CONCIENCIA[66]

Seamos objetores de conciencia ahora que, en el Brasil, se discuten los proyectos de una modernísima Constitución rayana con el Fascismo...

Porque, si para las trincheras se selecciona (¡al revés!) y se escogen los jóvenes y los fuertes —para los servicios militares de retaguardia, en las próximas guerras de exterminio, serán aprovechados todos— hombres, mujeres, viejos, enfermos y niños.

Y no hagamos como los dirigentes religiosos que organizan batallones y los mandan a las trincheras, quedándose, prudentemente, lejos de las mismas para después rehusar el servicio militar obligatorio bajo el pretexto de creencia religiosa...

No nos apoyemos en ninguna clase de muletas y mucho menos en la de cualquier religión: revelada o positiva.

Seamos objetores de conciencia por humanidad. Contra la tiranía. Contra la crueldad. Contra la violencia. Contra la Autoridad. Contra todo y cualquier despotismo. Contra la tiranía de la fuerza armada para la defensa del Estado: que -es el partido de los de arriba.

También nosotros, en el Brasil, vamos hacia el Fascismo carnavalesco y criminal.

El mundo entero está a las puertas del Fascismo. El enemigo común tiene dos nombres: guerra y fascismo. Nuestra bandera tiene dos lemas:

¡Guerra a la guerra!

---

[66] *Nervio*, n.º 24, mayo de 1933, con el título «Una Mujer Libre y Valiente en América». Se trata de una selección de párrafos del folleto *Serviço militar obrigatório para a mulher? Recuso-me! Denuncio!* (1933).

¡Guerra al fascismo!

Y no se suponga que la guerra sólo sea una hipótesis y que pueda ser alejada. De ninguna manera.

Hace ya dos años que la guerra —sin haber sido declarada— es efectiva entre el Japón y China.

La India asiste diariamente, desde hace dos años, a la masacre de hindúes por medio de gases y de ametralladoras.

Bien sabemos lo que pasa en la América del Sur.

En vez de la «movilización total» del Brasil, si no hay quien sea capaz de aprobar semejantes locuras de bestial perversidad de la sociedad capitalista: ¿por qué razón no se piensa, más bien, en la neutralidad absoluta, frente a la tragedia macabra que el mundo civilizado, preñado de ciencia, prepara para nuestros desgraciados días?

Y si se toma la resolución decisiva de combatir la guerra; si pueblos enteros e individuos aislados no desafían la guerra con la neutralidad absoluta frente a cualquier contienda desencadenada por los gobiernos —cómplices de la Internacional Armamentista— la lucha se generalizará automáticamente por todo el mundo y gases y microbios, la peste, el hambre y los rayos de la muerte exterminarán al género humano.

⁂

En cuanto a mí, rehúso abiertamente contribuir a la matanza civilizada de la próxima guerra científica.

Me niego a alistarme o comparecer al llamado general de movilización.

Me opongo a cooperar de cualquier modo en el ejército que tiene por fin el exterminio de la vida humana y el desprecio a la libertad individual.

Desde ya me pongo junto a los que serán sacrificados, voluntariamente, al furor nacionalista.

Antes que matar, prefiero morir.

Y prefiero morir antes que prestar mi cooperación a la locura militarista y patriótica para la destrucción de la vida y envilecimiento de la dignidad individual.

Pronto quizás ha de llegar el día en que todo el mundo, encendido en una guerra de exterminio, determine el fusilamiento en masa de los objetores de conciencia en los cuatro extremos de la tierra.

Entonces, desafiando la brutalidad colectiva, en vez de esperar que me vengan a buscar para la movilización, me presentaré voluntariamente para ser luego fusilada, ahorrándome la amargura de ver la demencia del derecho de la fuerza, embanderada en arco e triunfo, danzar por sobre la conciencia humana iluminada por un Cristo o dignificada por un Gandhi.

⁂

¡Cumplir un deber! ¡Cumplir el deber de matar! Pero, ¿no repugna a la conciencia la idea de asesinar o mutilar un semejante?

¿No repugna la destrucción de todos los esfuerzos milenarios del género humano?

¿Y cómo se puede armonizar una conciencia con la idea de matar al prójimo?

¿Quién podrá convencerme de que debo matar a alguien?

¿Qué fuerza humana puede armar mi brazo para hacerlo descargar luego sobre mi hermano?

¿Quién tiene el derecho de imponer a mi conciencia el deber de hacerme tomar las armas, de fabricarlas o de hacerme contribuir en la masacre de una guerra?

Ese deber es la cobardía colectiva. Es la bestialidad humana.

Mi deber, el deber que me impone mi conciencia es el de dejarme matar antes de que me obliguen, por un prejuicio idiota y útil a los poderosos a armarme para masacrar a mis hermanos.

De ninguna manera contribuiré con mi esfuerzo en esa odiosa carnicería que se desencadena en nombre de los ídolos: ley, patria o civilización.

Tendré el coraje heroico de la negativa, de la resistencia, del desafío.

⁂

La solución del angustioso problema no puede ser la pasividad sentimental de las lágrimas o la pasividad trágica de la resignación femenina: que es también complicidad.

La lucha contra la guerra es una guerra formidable, es la lucha abierta, de vida o muerte, contra todas las formas sociales reaccionarias, es la acción directa, la fuerza revolucionaria más poderosa que se conoce en el mundo.

NUTRICIÓN Y SEXUALIDAD[67]

Cuando alguien tiene la osadía de censurarnos a nosotros, los defensores de la libertad integral de la mujer; cuando leo en las páginas moralizantes de los religiosos de cualquier credo, anatematizándonos con expresiones deprimentes, hablando de «materialismo grosero», «satisfacción de los instintos inferiores», de «ciertas ideas que sólo sirven para arrastrar a las criaturas humanas hacia la animalidad», de los «hijos de la carne» refiriéndose a los hijos naturales (como si no fuesen naturales), imagino cuanta santidad ponen esos fariseos en sus visitas a las casas de «rendez-vous»,[68] a los lupanares o a los burdeles, en donde acostumbran a atrapar la sífilis o la blenorragia para degenerar a la prole a través del martirio ignominioso de la esposa «legítima».

Protesto íntimamente, en nombre de los animales... ¿Conducir hacia la animalidad?

En la cuestión sexual, si obedecemos a las voces animales que prevalecen en nosotros, ciertamente estaríamos dentro de las leyes biológicas.

Observando el instinto sexual de los animales, veremos su moral natural más elevada que la moral sexual de los cristianos civilizados y piadosos.

A cada instante ofendemos a los animales, comparando nuestros vicios y nuestras bajezas a la sobriedad y al equilibrio armonioso de los llamados irracionales.

---

[67] *Suplemento de Tierra y Libertad*, n.º 12, julio de 1933. Traducción de Medina. Se trata de un capítulo del libro *Amai...e não vos multipliqueis*.
[68] Casas de «tapadillo».

Y vamos más lejos. El hombre vicia a los animales domésticos... ¡Qué perversión!

Entretanto, entre los instintos que nos hacen descender tan abajo de los animales, destacamos la necesidad de nutrición.

El instinto de nutrición está por bajo el instinto sexual, me decía A. Neblind. Por lo menos, vive de la explotación.

Por el instinto de nutrición el hombre se degrada hasta el vicio, hasta las aberraciones del abarrotar de las vísceras, cosa que los animales desconocen, por cuanto que se alimentan con sobriedad digna de los mayores filósofos humanos como Cristo, Epicteto o Spinoza.

Desde luego, no hablamos de los animales domesticados y fieles a los hombres... hechos a su imagen y semejanza.

El instinto sexual es creador de vida. El instinto de la nutrición es destructor, racionaba mi amigo.

Por el instinto sexual nace, crece, se desenvuelve el amor en todas sus tonalidades más delicadas, en todas sus múltiples manifestaciones para las altas posibilidades de las grandes realizaciones internas, a través de las vorágines sentimentales de la tragedia de ser dos...

Es por el instinto sexual que se puede realizar el glorioso milagro humano de la selección de la especie.

Es por el instinto sexual que podemos disponer de nosotros mismos y dar el placer integral, en la afinidad electiva con otro individuo, sin perjudicar a quien quiera que sea.

Si alguien sufre porque amamos o somos amados, es porque es inferior, porque no sabe libertarse de los prejuicios del instinto de propiedad egoísta, perverso, nunca porque le perjudiquemos directa o indirectamente.

El instinto de nutrición vive del esfuerzo de otros, del indecible martirio de la mayoría, de la tragedia de todos, en la lucha dantesca

por la subsistencia.

Cuando yo como un pedazo de pan, ¡cuántos trabajadores morirán de miseria y de hambre para que yo me alimente!

Más aún: si como carne, ¡qué de bajezas, qué de perversidad acumulada por la herencia, y cuánto prejuicio fue preciso inventar para disculpar a nuestro instinto sanguinario de caníbales al sacrificar un animal! Y nos alimentamos de cadáveres humeantes, condimentados de odio y de rebeldía.

Pero, cuando dos criaturas se aman y se confunden en un beso de ternura, ningún sacrificio es exigido, ningún ser es explotado, ninguna tragedia humana se verifica.

Y si de ese cariño nace otro ser, es un esfuerzo más, es otra criatura que llega para ayudar, es una unidad más en pro del esfuerzo común.

Es falsa la absurda concepción de la piedad civilizadora, al juzgar severamente el instinto de la necesidad sexual y al analizar superficial y cómodamente el instinto de la nutrición de la especie.

El primero es creador de fuerza, de belleza y armonía. Es el esfuerzo para la unidad... Es la escalera universal. El segundo es la destrucción, es el aniquilamiento, la intoxicación, la absorción del esfuerzo ajeno y el parasitismo, y de él proviene toda la tragedia de la vida humana.

⁂

Podría encarar el asunto bajo otro aspecto: «deberes primordiales de la mujer como madre», según la estrecha concepción de los que la proclaman *diosa* y *reina*: fiel, servil, obediente, domesticada...

Los deberes primordiales de la mujer son los deberes del individuo para consigo mismo: antes de ser esposa y madre, la mujer es

criatura humana con derecho al respeto a sí misma, con derecho a la libertad de vivir, con el deber de buscar, para sí, la plenitud de la realización interior.

Y para saber amar, no precisa ser esposa: basta ser mujer.

La esposa es el producto artificial de esa misma legislación que hace de la mujer una cosa, la propiedad privada del hombre. Encima de todo tiene mucha razón Bataille: «... en la vida, el papel de la esposa no precede nunca y sigue siempre el cortejo».

Sólo por la libertad nos emancipamos. Emanciparse es conocerse. Emanciparse es realizarse. Emanciparse es saltar fuera de las leyes y de los convencionalismos sociales, ser lo más antisocial posible —sin paradoja—, por amor al prójimo.

Soy anacionalista. No reconozco patria ni intereses nacionales, sino cuando éstos se confunden con los intereses humanos.

Yo veo a los hombres y a las mujeres bajo el aspecto biocósmico.

Y mi sueño de amor y fraternidad busca su origen y se alimenta de la palabra socrática, cuya irradiación viene del Templo de Belfos: «Conócete a ti mismo»; se fortifica en la figura universal del Cristo, que, del desierto de su individualidad, vibra su inmensa llamada: «Ama según tu corazón y no según la ley»; y crece el simbolismo rabelesiano, cuya divisa está escrita en la abadía de Thélème: «Haz lo que quieras»; y se desarrolla en toda su plenitud, en toda su infinita bondad, en toda su inconmensurable belleza en la sabiduría ryneriana: «Conócete a ti mismo—para aprender a amar.»

LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL BIOCÓSMICA[69]

El principio fundamental que informa a la Asociación Internacional Biocósmica es el siguiente: «La Vida es Universal y Eterna».

Su objetivo es el de hacer desaparecer todas las causas de las guerras, para lo cual procura reforzar los lazos biocósmicos que inducen a los hombres a sentirse hermanos en la gran familia humana, solidarizándolos entre sí y con el «Cosmos increado». Tiende, pues, a sustituir la aneja fórmula, que se ha trocado en dogma, de «la lucha por la existencia», por esotra más en concordancia con nuestros sentimientos: «la armonía para la vida».

Aspira, asimismo, a reemplazar todas las religiones teístas, que dividen a los humanos en vez de unirles fraternalmente, por el principio vitalísimo de «la fraternidad universal», empleando, para lograrlo, no la violencia, sino la «suprema resistencia».

En el manifiesto que lanzaran los fundadores de esta organización, y que iba dirigido a los «Hombres de buena voluntad», figuraban las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial. Su llamamiento, notable por su fúlgida belleza, por la superioridad de sus ideales armoniosos, explica cómo van a intentar la modificación del ambiente en que vive el hombre, transformando la educación, que convierte a los individuos en mortales enemigos, capacitándoles para la competencia agobiante e imbuyéndoles las más deleznables ambiciones industriales y económicas, a través de los conceptos de Patria, Religión, Dios y Moral.

---

[69] *Estudios*, n.º 118, septiembre de 1933.

Hay que enseñar a los niños que un Dios que bendice las guerras, que patrocina el empleo de los tanques, de los submarinos, de los acorazados y aviones; que toleró el despotismo inquisitorial y que no abomina de las banderas, cruces y condecoraciones que constituyen el más positivo estímulo para que los hombres se destrocen mutuamente, estúpidamente, en los campos de batalla, tan sólo para proporcionar placer o colmar la cupidez ociosa de los banqueros y de los césares, es un Dios que tiene muy poco de tal.

> A pesar de nosotros mismos —dice el manifiesto— a despecho de nuestra mala voluntad, todos estamos ligados unos a otros, porque tan sólo hay una vida universal y eterna que está en todo, que anima y solidariza al Cosmos increado. Al hombre lo hace el medio ambiente y su papel en la Naturaleza es el de armonizar la vida en todos sus aspectos.

No obstante, todos los esfuerzos del género humano han tendido hacia el lado opuesto. Porque, cuando cavamos la tierra abriendo profundas galerías soterrañas, cuando derrumbamos copudos árboles talando bosques inmensos, nos convertimos en incómodos parásitos de la tierra y preparamos el advenimiento de la esterilidad térrea, de la miseria, de las temperaturas extremas, del hambre y de la sed. Y todo esto, si no lo padecemos nosotros, será el legado bochornoso que dejaremos en herencia a nuestros sucesores, a nuestros hijos, antes de que la tierra vuelva a convertirse en nebulosa y gire rápida e igneante por el espacio, en pos de la formación de nuevos mundos.

En vez de captar las fuerzas naturales: electricidad, magnetismo, radio, océanos, ríos, el viento y los rayos solares, así como las vibraciones atmosféricas, para atender a nuestras verdaderas necesidades —calor, luz, fuerza motriz, etc.—, cortamos los árboles, minamos el subsuelo para extraer del mismo el carbón y otros minerales,

explotando inicuamente e inutilizando a generaciones enteras en un trabajo brutal; desequilibramos y esterilizamos el gran cuerpo terrestre amontonando obstáculos infranqueables en el camino de las generaciones venideras.

Porque no hay materia muerta, como no existe la inercia, todo es vida en constante realización, en una vibración perenne, buscando sin cesar formas cada vez más bellas. En la actualidad se estudia la psicología de los minerales también en Occidente. Pero cada descubrimiento o pesquisa de la ciencia occidental no es más que la repetición de lo que fuera ya estudiado e incluso descubierto por los filósofos y científicos del Oriente próximo y remoto. Uno de tales capítulos de la psicología de los minerales es el que se refiere a la memoria de los metales, a su sensibilidad, al problema de su fatiga por causa del funcionamiento o roce y la cura de este cansancio por medio del reposo, etc. No hay lugar alguno, pues, en el que no se manifieste la vida y la inevitable ley de evolución.

La ciencia oficial reconoce en la actualidad la formidable vida interior que encierra la materia en todas sus manifestaciones. Esta, a modo de vida interna, crea, alrededor de cada cuerpo, mediante las vibraciones moleculares, un «campo de fuerza» que irradia por medio de la energía vital o de la del éter, y es así como las cosas y los seres se interrelacionan por conducto de la electricidad o del magnetismo.

Tales *campos de fuerza* ejercen influencias recíprocas, porque todo se atrae o repele de acuerdo con la solidaridad universal. El Cosmos es un torbellino eterno que se plasma y manifiesta en todo, engendrando una vibración de las fuerzas latentes e impulsando hacia un «devenir» infinito, y, tal vez, inasequible, ¿Quién sabe?

Y la tierra, que no es más que un átomo en el inmenso concierto universal, vibra a su vez y lanza sus influencias en el espacio, las cuales llegan, indudablemente, a otros mundos, cuya energía y cuyo

dinamismo viene también a nosotros, como alcanza otras atmósferas en un solidario y perpetuo intercambio de átomos.

Entre el microbio y los inmensos soles sembrados por el infinito existe una interpenetración o correlación de fuerzas a través de la energía vital diseminada por los espacios interestelares. Si se ha comprobado que las muertes súbitas doblan en cantidad durante los períodos en que se manifiestan intensamente las manchas solares[70] y si el «organismo reacciona por medio del sistema vagosimpático contra los cambios de orientación y las modificaciones del campo magnético terrestre, así como por sus reacciones reflejas, evidencia una sensibilidad mayor que ninguno de los aparatos hasta ahora ideados»;[71] además, si todo está sujeto a las leyes de la gravitación universal —según Einstein— y recibe la influencia recíproca electromagnética de los «campos de fuerza», todas las leyes escritas y todas las costumbres crueles de los civilizados son como proyectiles lanzados al aire y que vuelven a caer sobre el género humano.

Nuestras continuas luchas, las guerras, la miseria, los contratiempos, etc., son el resultado de nuestros crímenes, de nuestra maldad para con la tierra, para con el prójimo y los animales; son la consecuencia de todos nuestros errores del pasado y de nuestra sujeción a la rutina, a la brutalidad, al egoísmo y a la multicupidez del presente.

La divisa de las sociedades, de las castas o de las democracias fue siempre la divisa de los conquistadores, de los magnates y de las prostitutas: «Après nous, le déluge». Contra esta ridícula caricatura del individualismo se alza, vibrante, la voz de la AIB. La sociedad sólo destruye, y todo cuanto logra acumular, explotando el esfuerzo

[70] Doctor Maurice Faure de la Malou, en *Côte d'Azur Médicale*, abril de 1927.
[71] Doctor Jules Regnault.

individual, lo utiliza asimismo para la obra de destrucción en las guerras y en las empresas de conquista a sangre y fuego.

Los hombres viven como si el único objetivo de la existencia fuese el de despedazarse como ciudadanos y en nombre de eso que se llama ciudadanía; o bien aniquilarse en nombre de un credo en las Cruzadas y en las noches de San Bartolomé, ya en nombre del Melkart de la Patria o en el del Dios terrible y sanguinario de esas religiones tan poco religiosas. En síntesis, la sociedad se halla organizada de manera que sofoca las energías individuales. Y los Gobiernos, por su parte, son un producto de las sociedades. Son los hijos dilectos de las organizaciones humanas.

Y ahora se nos ocurre una reflexión, a saber: las sociedades son inevitables, precisas; ¿acaso los Gobiernos serán, también, ineludibles, necesarios? ¿O son tan sólo un producto del servilismo de los rebaños humanos, hijos de la necesidad que sienten las «almas rumiantes» de postrarse, domesticadas y sumisas, ante el señor, el amo o los elegidos de arriba...? Dejemos suspensa esta triste y dolorosa interrogación.

Diremos tan sólo que de nuestra mente han desaparecido desde ha tiempo todas las ilusiones con respecto a la eficiencia de las instituciones gubernamentales, y que nos parece acertado, justa, el concepto ryneriano acerca de los dirigentes bien intencionados:

> ...Las tentativas de un grupo acaban siempre en una caída sonora y sangrienta en el abismo, o en un deslizamiento imperceptible que conduce de nuevo al punto de partida.

Y el «tercer reino» de que nos hablara Ibsen, el reino verdaderamente humano, que es la libertad y la realización interior, sólo puede alcanzarse individualmente, nunca por medio de una colectividad o de un

grupo, que no puede prescindir jamás del Gobierno exterior, llámese este Ministerio, Junta o Comité.

LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL BIOCÓSMICA Y LA SOLIDARIDAD[72]

Aunque la labor de este organismo fuera ya objeto de un precedente estudio, me permito insistir acerca de sus alcances científicos y humanos, porque considero de absoluta necesidad la divulgación de las elevadas directrices que guían a sus componentes. Las investigaciones de los núcleos e individualidades adheridas a la misma se desenvuelven en torno a la Biología, la Astronomía y la Filosofía.

No se trata, como pudieran creer algunos, de una reunión de individuos indocumentados, deseosos de notoriedad, sino de verdaderos hombres de ciencia y de idealistas anhelantes de laborar conjuntamente por el bien de la estirpe humana y por una mejor convivencia social. Forman parte de esta entidad hombres tan eminentes como el filósofo francés L. Barbedette, profesor de Filosofía y autor de notables trabajos pedagógicos y sociológicos; J. Comas Solá, astrónomo de reconocido mérito, residente en Barcelona, y multitud de pensadores, artistas, médicos, astrónomos, sociólogos, etcétera, entre los que descuellan los nombres de Víctor Delfino, de Buenos Aires; Daudé-Bancel, de París; Faveau de Courmelles, de París; Hélan Jaworski, de París; Pierre Larivière y Victor Margueritte, de París también; Montero y Paullier, de Montevideo; A.R. Proschowsky, de Niza; Modeste Terwagne, de Bruselas; Théo Varlet, de Cassis, y tantos otros nombres eminentes de las letras y las ciencias que harían interminable la enumeración.

[72] *Estudios*, n.º 119, septiembre de 1933.

Nada hay más halagüeño que comprobar que sociólogos e investigadores de tanta talla sientan la armonía del Todo, la eutimia universal a través del aparente caos y de la multiplicidad de las apariencias, al tiempo que condenan las luchas fratricidas entre los hombres, porque, como dice el lema de la AIB: «Todo se interpenetra y todos estamos amasados en los mismos elementos cósmicos».

La moderna concepción del átomo y la idea de que todo, absolutamente todo, los seres y las cosas, están formados de los mismos átomos, de idénticos elementos atómicos que los soles y las monedas, unifica a todo el universo sujetándolo a los lazos de la solidaridad biocósmica.

La AIB es, pues, una asociación de sabios y biólogos, de físicos, astrónomos, pensadores y filósofos, exonerados de todo sentimiento religioso o sectarista de las creencias organizadas, laicas o no.

Las enseñanzas de los principios fundamentales de esta Asociación debieran estar en vigor en todas las escuelas, desde las clases primarias hasta las Universidades, en sustitución de las caducas y anacrónicas fórmulas del Derecho romano, pongamos por ejemplo, justificador del latrocinio oficial y que sirve para cohonestar las más reprobables acciones de los hombres dirigentes. Los datos de la AIB debieran difundirse en vez de inculcar en el cerebro de los pequeños tantas imbecilidades y de inocular en los púberes el ansia de «vencer» en la vida, suscitando la concurrencia y la lucha despiadada en la que los débiles han de ser pisoteados, y explotada la miseria y el servilismo del rebaño humano.

La AIB, por humanidad, propaga asimismo el régimen vegetariano, puesto que asevera que mientras sacrifiquemos animales para servir el placer morboso de los glotones, no seremos dignos de la vida consciente que en nosotros palpita.

La Naturaleza nos ofrece un tesoro de vegetales que pueden

colmar los anhelos de los más exigentes y diversos paladares. Somos, pues, asesinos por placer y cómplices de todos los dolores que la humeante sangre de los animales esparce por toda la haz de la tierra. Así, la sobriedad y el amor a todo lo que vive ha de ser nuestra norma.

En toda la vasta concepción de esta entidad no hay nada nuevo, pero se advierte una labor de síntesis y alquitaramiento. Y emerge, como cosa visible e innovadora, el espíritu arreligioso, contrario a la aceptación de los postulados de las religiones llamadas reveladas y aun también de aquellas que se rotulan positivas o racionalistas en cuanto asoma en ellas la faz de la intransigencia y del dogmatismo destructor. No afirmar es nuestro lema; tampoco negar; pero sí amar, pensar, soñar, investigar, derruir todas las vallas e internarse en todos los cercados en una constante dilatación de sí mismo, y, por fin, desprenderse de todas las muletas.

Lo que anima a la AIB es el espíritu científico y filosófico, libre en absoluto de todo dogma, ya se base éste en la Ciencia como en la Filosofía. Nada de sistematizaciones escuetas, cerradas, limitadoras.

En esta frase se halla condensada, resumida y como quintaesenciada, toda la hermosura, toda la bondad y toda la grandeza ética del ingente y magnífico sueño de solidaridad humana forjado por la Asociación Internacional Biocósmica.

Nuestra sensibilidad humana se siente profundamente conmovida ante la inmensa bondad de que hace gala quien asimila y propaga estos ideales en el seno mismo de una sociedad brutal, completamente absorbida por el progreso materialista en su fase terrera y por la megalomanía de Poder; por la infantilidad del cinema yanqui o por las danzas lúbricas de una Joséphine Baker; por el atronador e inarmónico jazz-band, las corridas de toros, las carreras, el boxeo y el fútbol.

Así, aun cuando no tengamos confianza alguna en el éxito de los esfuerzos agrupados en entidades, puesto que nuestra concepción

ética cree exclusivamente en la utilidad del esfuerzo individual, el que, a nuestro entender, será el único que, moralmente o en el campo del pensamiento libre, conseguirá marcar un surco de luz vivísima en las conciencias; aunque sabemos que las Asociaciones, por lo general, se desmoronan cuando falta el iniciador, el idealista o el grupo de soñadores que las concibiera, y a sabiendas de que un grupo significa siempre un rebaño conducido o guiado por un apóstol, por un pastor... La idea pura, el sueño alado en torno al principio de los «lazos biocósmicos», la tentativa de formación de ese ambiente libre de prejuicios sectaristas, lo mismo religiosos que racionalistas, esta ausencia de dogmatismo, constituye, para mí, una de esas ingenuidades tan bellas que hacen pensar, amorosamente, en tantas energías individuales dispersas acá y allá, que sueñan los mismos sueños que nosotros, que palpitan al unísono de nuestros corazones y de nuestra existencia, que viajan mentalmente al compás de nuestro pensamiento en las noches estrelladas o en aquellas oscuras en que el cielo aparece encapotado, que lanzan sus ideas o proyectan su mirada escudriñadora en las sidéreas regiones, vibrando, al mismo tiempo que nosotros, al sentir el deseo infinito de la solidaridad biocósmica que cada ser humano habría de sentir dentro de sí...

EL SALVAJISMO FASCISTA CONTRA LOS ISRAELITAS[73]

Como mujer y como ser humano sensible, deseosa de que resplandezca en el mundo la libertad y el amor, quiero también expresar públicamente mi más rotunda protesta por la persecución de judíos en Alemania y expresar mi más profunda repugnancia hacia los procedimientos innobles del fascismo teutón que persigue de una manera estúpida y cobarde a los componentes de esa raza vilipendiada.

Por desgracia, no sólo Alemania se ha trocado en baluarte de la opresión, sino que existen otros países en los cuales, por veredas más o menos ocultas, se está entronizando paulatinamente el fascismo epiléptico, encubierto bajo una grosera máscara de tendencias civilizadoras y «de orden».

Por este motivo, aprovecho las generosas y libérrimas columnas de *Estudios* —la revista española que en la actualidad sostiene con mayor gallardía el pabellón del pensamiento libre— para expresar, sin circunloquios ni subterfugios, con diáfana claridad, mi pensamiento, mis frases de repulsa e indignación contra la perversidad medieval que renace, ahora, en una psicosis colectiva de degeneración humana.

Y aunque ya tuve ocasión de remitir una carta al Comité Brasileño Israelita de protesta contra la persecución de judíos en Alemania, no quiero que mi voz permanezca sofocada en la pura protesta platónica y privada de este Comité, sino que quiero expandirla por los ámbitos del globo para que se fusione eutímicamente con aquellas de tantos y tantos hombres y mujeres de corazón generoso que se han

[73] *Estudios*, n.º 120, agosto de 1933.

erguido frente a la barbarie organizada.

No hallando para ello, en la Prensa de mi país, mediatizada por las corrientes religiosas y financieras, la suficiente amplitud de espacio, me acojo a esta publicación española, faro de las juventudes y receptáculo de todas las campañas generosas y elevadas, que propenden a salvaguardar toda la impoluta belleza de la libertad humana.

Lanzo, pues, públicamente, estas mis frases de solidaridad hacia los israelitas todos, a la par que manifiesto reiteradamente toda la repulsión que me producen los métodos de bandidismo de que se reviste el Estado moderno medieval, no sólo para usufructuar el Poder, sino también para entronizar a un grupo de fanáticos liberticidas.

Hitler despertó las más bajas pasiones y los más feroces instintos de una juventud agotada por las emociones de la guerra cruenta del 1914 al 18, o angustiada por haber nacido bajo el atronador retumbar de los cañones o por haber presenciado el desquiciamiento del imperio alemán.

Y el propio Hitler no es más que un verdadero degenerado, un paranoico, uno de los Thénardier[74] de la monstruosa, repelente y hórrida hecatombe...

Pero, por lo mismo que la mayoría de intelectuales y periodistas que han levantado su voz contra las arbitrariedades teutonas, lo han hecho exclusivamente desde el punto de Derecho o desde el financiero, aseverando que la prosperidad monetaria de Alemania se debía a las fortunas, al oro y a la capacidad de progreso material acumuladas por los israelitas a través de su milenario martirio, yo quiero expresar aquí mi indignación desde otro ángulo.

Precisamente porque el pueblo de Israel representa, en el

[74] Los Thénardier son una familia de la novela de Victor Hugo *Los miserables*.

mundo moderno, una fuerza nueva en todos los dominios del pensamiento y de la actividad humana, la reacción medieval representada por Hitler y los suyos, más que a destruir el poder económico hebreo se encamina, a mi manera de ver, a sofocar y hacer desaparecer una corriente poderosa de energía vital, forjadora de una nueva civilización, más libre y armónica que la actual. De ello es prueba fehaciente el furor destructivo con que se entregaron los «nazis» a la nefanda y despreciable tarea de alimentar las hogueras con los libros que fueron honra y prez de toda una estirpe gloriosa.

Resultaría interminable la enumeración si quisiera citar a todas las personalidades ilustres que ha dado al mundo el judaísmo. Desde Charles Chaplin —el mejor artista de la pantalla, cuyo trágico humorismo es una mueca de dolor ante las miserias humanas—, hasta Freud, que abrió nuevos caminos a todas las ciencias e iluminó con inédita luz todos los recovecos del alma humana, y Einstein, el más grande científico de nuestros días, las ingentes y más bellas mentalidades del mundo moderno, en todas las ramas de la actividad del pensamiento, son hijos de Israel.

Y ello se debe, sin duda, al hecho de que el dolor es un gran factor generativo.

Así, pues, Hitler y la persecución de los israelitas por parte de los «nazis» es, indudablemente, un símbolo del fin vergonzoso de toda una civilización...

No pretendo forjar paradojas, pero es innegable que el progreso material de la civilización capitalista es el becerro de oro que lucha contra la idea, contra el pensamiento, contra la ciencia, contra el progreso moral y contra los sueños humanos de un Freud, de un Marx o de un Einstein, y no olvidemos que hermanos de éstos fueron Marx, Heine, Wassermann, Max Nordau y un número considerable en la falange genial de sabios, filósofos y artistas que iluminaron con

centelleante fulgor el camino de la ciencia humana.

Este es el aspecto más doloroso de la persecución de que son víctimas los judíos, porque representa el derecho de la fuerza entronizándose sobre la razón, y el renacimiento de la Edad Media para apagar la radiante luz de esa nueva civilización que estaba a punto de surgir y que se encaminaría, sin duda alguna, hacia la redención humana por medio de la propia humanidad.

Esta es la queja, esta es la voz de mi corazón libre y sensitivo que quiero hacer llegar hasta lo íntimo de todos los israelitas del mundo entero. Con ella va mi protesta airada y todo el desdén de mi conciencia contra los modernos métodos de asalto al Poder, contra la psicosis que invade al mundo y los procedimientos de bandidaje que los dueños de la humanidad emplean para hacernos comprender que el Derecho no es más que la Fuerza.

LA SUJECIÓN DE LA MUJER Y EL PREDOMINIO RELIGIOSO Y CAPITALISTA[75]

Los principios básicos de la Asociación Internacional Biocósmica se apoyan en las «leyes no escritas» o naturales. Y, así, se sostiene en sus postulados que la vida orgánica es una prolongación de la mineral. El amor, el pensamiento y la existencia toda, se halla adormecida en el mineral, comienza a despertar en el animal y humano para expandirse y dilatarse en la plenitud de su evolución interior, quizá para alcanzar una perfectibilidad que nuestra mentalidad actual, nuestro ciclo de evolución, no puede todavía concebir.

Nuestros actos y pensamientos repercuten en el medio en que vivimos, puesto que todo es vibración y estamos ligados por el magnetismo universal al que también se denomina lazo biocósmico. De suerte que nos incumbe responsabilidad por los crímenes sociales y lo mismo nuestras deliberaciones que nuestros movimientos reciben el impulso del mundo exterior; contra esto tan sólo reaccionamos cuando nuestras posibilidades interiores son más fuertes que las demás.

Barbedette, uno de los más activos propulsores de la Asociación Internacional Biocósmica, decía:

> Tanto los minerales como las plantas, animales y hombres, lo mismo los frutos que penden de los árboles que las verdes legumbres y las polícromas flores, son ínfimas etapas de una evolución palpitante de la vida, y la piedad no es engañosa sino cuando se exclusiviza en un pájaro herido

[75] *Estudios*, n.º 121, septiembre de 1933.

o en una rosa que se amustia.

Las fronteras nacionales son limitaciones arbitrarias que sirven para suscitar el odio y llenar las odiosas cárceles, cultivar las rivalidades patrioteras, fomentar las guerras en provecho de los que se enriquecen con las víctimas de los campos de batalla, en beneficio de los gobernantes y banqueros —buitres que rellenan sus arcas y se nutren a costa del rebaño humano, aturdido de nacionalismo, de alcohol y éter— quienes ostentan como galardones las victorias que otros alcanzaran; aprovecha también al heroísmo condecorado de los asesinos diplomados de las Academias de Ciencias.

Ni dualismo ni monismo: la AIB se aproxima más a la teoría neomonista, por la cual, al decir de Gustave Le Bon, la «energía» condensada se transforma en materia; sin embargo, acepta preferentemente el principio de Félix Monier, según el cual la Unidad puede manifestarse por medio de una pluralidad heterogénea de fuerzas o de unidades diferenciadas.

De ello se desprende que nada fue creado. La Vida y la Materia son eternas. Así no existe razón alguna que nos permita afirmar que los demás planetas no estén habitados. La enseñanza de la Astronomía sería el mejor medio para ampliar el horizonte intelectual humano: los preconceptos inculcados por la educación interesada, por el empirismo, por la religiosidad falaz, adormecen la razón predisponiéndola a aceptar los dogmas más absurdos, a someterse a la tradición, al sentimentalismo místico que con tanto cuidado cultivan los sacerdotes, sin olvidar el patriotismo y los prejuicios sociales.

Los estudios de la Historia Natural, desde el Jardín de la Infancia o Escuelas Maternales, habría de sustituir a ese afán por hacer aprender a los pequeños himnos, cánticos o poesías «aprobadas oficialmente»; luego, el contacto directo con los insectos vivos, aun con

el auxilio del microscopio, la observación de la vida de las plantas y de los animales vertebrados, en fin, el contacto directo con la Naturaleza toda, completarían ventajosamente las primeras nociones astronómicas, facilitando la libre expansión da la inteligencia y combatiendo, así, de manera eficacísima las alucinaciones de la superstición y de las creencias infrarreales.

Lo infinitamente grande y lo minúsculo, concienzudamente estudiados, no permiten que la mente del niño se abra de par en par a los perniciosos apostolados dogmáticos de las religiones, ya sean éstas reveladas como positivas... Y el corazón se expande, así, al compás de la dilatación de la mente, para sentir la Vida en toda su esplendente inquietud, en toda su magnífica belleza y en la plenitud de su gloria.

> Existen solidaridades parciales con bases defectuosas, solidaridades desleales, individualismos que hemos de esforzarnos por que desaparezcan. Son estas solidaridades para el mal, que se realizan contra los otros... y que irán desapareciendo a medida que vaya elevándose la mentalidad general. La familia es el centro de la solidaridad y del individualismo egoístas, en la cual se perpetúan las tradiciones y los principios de lucha y de guerra que nos proponemos destruir... Tan sólo debe subsistir la solidaridad de todos para todos y para todo sin excepción alguna.

Tales son los postulados que propugnara Félix Monier.

La AIB se dirige de manera especial a los científicos y a la mujer; a aquéllos, por ser los más indicados para combatir los errores y los crímenes de lesa humanidad, en el caso de que no tengan, también, almas rumiantes, si no pertenecen al cortejo de los serviles, al rebaño social, al libre pensamiento de fachada, exclusivamente teórico y de domesticidad práctica.

La mujer, mantenida en el parasitismo y en la ignorancia, en el temor religioso de lo sobrenatural y en el respeto incondicionado a las

normas establecidas por los principios milenarios —como una presa inerme y en condiciones inmejorables para cultivar los privilegios, supersticiones y dogmas a través de la cuna, a través de la «sagrada institución familiar» egoísta y aun en el papel de cortesana, dentro o al margen de la legalidad matrimonial. La mujer, para ser más humana, habrá de saber prescindir de los lazos sanguíneos, de los parentescos familiares, que son menos importantes que las trabazones espirituales; la verdadera afinidad electiva, en el dominio ético, es la del pensamiento, de los ideales, de los sueños, de la razón y del corazón.

Existen familias que son verdaderas ciudadelas fortificadas, inexpugnables, y, generalmente, la mujer madre cree cumplir con todos sus deberes de humanismo y de maternidad si piensa, exclusivamente, egoístamente, en sus hijos, en esos hijos del acaso o del descuido, retoños impuestos a su ignorancia o a su inconsciencia, criados en iguales condiciones de ignavia para perpetuar los errores milenarios, antihumanos, y perpetrar otras barbaridades en nombre de la civilización.

Y de una manera calculada se cultiva la ignorancia femenina a fin de mantener a las clases laboriosas en la sujeción y perpetuar la explotación del hombre por el hombre, y, sobre todo, la de la mujer por el varón... No cabe duda de que existe una verdadera organización sistemática sacerdotal, patriota y literaria, mediante la cual se intenta impedir que la mujer despierte del letargo religioso social en que se halla sumida.

> ...El individuo no puede irradiar en toda su potencialidad si no llega al nivel mental de aquellos que le rodean, y no puede gozar plenamente de la vida si no es en un medio en el que preexista tal goce; tan sólo trabajando por la felicidad de todos podremos plasmar ese ambiente y laboraremos por nuestra propia felicidad.

Pero nadie puede trabajar por la felicidad de todos si previamente no ha realizado la superación de sí mismo. Conocerse y realizarse primero es el único camino que nos permite ser útiles a la comunidad.

El sufrimiento de otro nos alcanza: en la gran familia humana todos se resienten del egoísmo sórdido, de la miseria moral de los civilizados y del seudoprogreso material que provoca la escasez de pan y la abundancia de bocas famélicas, en tanto que en otros lugares se emplea el trigo como combustible. Exceso de riqueza y dominismo, parasitismo, vicio y ociosidad, por una parte. Plétora de miseria, de servilismo, de vicio y de trabajo forzado, por otra. No existe término medio para el capitalismo absorbente; tampoco lo hay en ninguna de las sociedades civilizadas, industrializadas hasta lograr la sofocación de las conciencias.

Desequilibrio y miseria provocados por el exceso de producción, por la concurrencia comercial de los acaparadores, por la injusticia y desigualdad en la distribución. Así, la solidaridad humana en relación con el cosmos increado consistirá en la perfectibilidad individual, en el altruismo, la generosidad y la realización interior y profunda.

LA CADENA DE LA BUENA SUERTE[76]

Recuerdo que, cuando joven, recibí por tres o cuatro veces una hoja de papel cuyo título rezaba: «Cadena de la suerte», o bien «Cadena perenne» o cosa similar. El contenido de tales hojas era siempre, con poca diferencia, el mismo, y las recomendaciones que en ellas se hacían, terminantes: aquel que rompiese la cadena se vería perseguido por todos los reveses y desgracias.

Para atraerse la dicha y el éxito era ineludible obligación hacer siete o nueve copias de la hoja y remitirlas inmediatamente a algunas personas con cuya amistad contáramos. Y sucedía, así, que la misma cadena, a veces, volvía, por tres o cuatro veces consecutivas, a manos de determinada persona.

Recuerdo asimismo que cuantas hojas de esta índole recibí, obtuvieron, de mi parte, un trato indiferente y que jamás contribuí a la difusión de tamaños absurdos puesto que no me molesté en sacar ni una sola copia. Ello horrorizaba sobremanera a mi familia que ponía el grito en el cielo —como vulgarmente se dice— lamentando de antemano las innúmeras desgracias que, según ellos, habrían de interponerse en mi camino.

Y he aquí que, hace pocos meses, vino a mis manos, por intermedio del correo, una nueva hoja correspondiente a otra «Cadena de la suerte». Ello no tendría importancia si no hubiese venido dicho papel acompañado de una circunstancia realmente sensacional, pues al pie de la misma figuraban, como eslabones de esa «cadena», nombres de personalidades prestigiosas que, con semejante proceder, acaban de pagar ridículo tributo a una corriente de baja superstición.

---

[76] *Estudios*, n.º 122, octubre de 1933.

He de confesar que me quedé boquiabierta. Hombres de responsabilidad social, estudiantes, médicos, profesores y políticos temieron atraerse la desgracia rompiendo la cadena y decidieron hacer las copias de un papel que nada dice, si no es poner de manifiesto la supersticiosa flaqueza del rebaño humano.

Para evidenciar la imbecilidad que guía la redacción de tales textos, en lo que lo de menos es la ortografía, la prosodia y la sintaxis, y a fin de que el lector se percate de la fascinación avasalladora que estas corrientes supersticiosas ejercen, incluso en el ánimo de personas que, por su posición científica e ideológica, habrían de hallarse a cubierto de contagio, copio la hoja de papel que recibí, íntegramente, incluyendo los nombres de las personalidades que formaban la cadena en la que con tan poco acierto me incluyeron a mí y la que en mí quedó rota. Veamos:

BUENA SUERTE

CADENA DE PERENNIDAD

Haga nueve copias de esta hoja y remítalas a nueve personas de entre sus amistades, a aquellas a quienes desee usted buena suerte. Esta cadena fue iniciada por un coronel del ejército americano y tiene que dar la vuelta al mundo tres veces. Escriba las copias, a ser posible, después de 24 horas de recibida ésta, y no rompa la cadena puesto que, de hacerlo, la desgracia le perseguiría y su ruina sería segura. Durante los nueve días que sigan a aquel en que haya usted enviado las copias recibirá beneficio inesperado, de lo contrario le ocurrirá algún percance.

DATOS CONCRETOS

El señor Ruiz debe su fortuna a haber cumplido o ejecutado con exactitud las recomendaciones expresadas. El doctor Albary, de Victoria, obtuvo, en nueve días, el premio de 20 mil dólares por el que tanto tiempo había suspirado. El doctor Gómez, al tiempo justo de haber cumplido con lo

prescrito vio con sorpresa que le había caído el premio mayor de la Lotería por valor de *seiscientos mil pesos*. El doctor Francisco Montes, de Oce, no quiso tomar en serio cuanto queda expuesto y a los nueve días de haber recibido la cadena, sin que le diera curso se arruinó por entero. El señor sabrá qué la conviene más. Que Dios la auxilie y la guarde.

CADENA DE LA MUERTE

Del doctor Blas Arruda al doctor Plinio Cardoso y de éste al doctor J. Ignacio Fonseca; de éste al doctor Miguel Presgreave, de éste a la profesora Eunice Caldas, de ésta al doctor Américo Nano, el cual la remitió al profesor Fausto Souza quien, a su vez, la envió al profesor Víctor Gramada, éste a José Fonseca, que la transmitió a Luis Fangoso, éste a Erótides de Campos y éste a Adolfo Silva, éste a Benedicto D. Cortinho, éste a Francisco Andrade del cual —a través de bastantes nombres que no menciono— pasó al doctor José de Alcántara Pepe, éste la remitió al doctor José Piedade, éste al doctor Carlos Guimarães Júnior, éste al doctor Lázaro de Camargo Almeida, éste al doctor Juan Bautista Carmigiani y éste a doña Ermelina Parmigiani Ferreira la que remitió a Maria Lacerda de Moura.

Y aquí finaliza, de una manera efectiva, la cadena, en la que aparecen nombres tan prestigiosos para la ciencia y la pedagogía brasileñas como lo son en España Marañón, Ortega Gasset, Fernando de los Ríos, Azorín, Barnés, Ramón y Cajal y otros.

Que me perdone y disculpe la amable señora Ermelina Parmigiani, a la que no tengo el gusto de conocer, pero la cadena, ahora, tendrán que rehacerla ellos. Yo no estoy dispuesta a perpetuar la ingenuidad supersticiosa que requiere dar «tres veces la vuelta al mundo» en una hoja de papel tan incoherente que no acierto a expresar lo que quería decir.

En vano procuré descifrar la corriente. No la hallé. La primera

parte explica lo que hay que hacer y cómo. La segunda narra la suerte de los que cumplieron fielmente, a ciegas, las obligaciones estipuladas en aquélla, y cuenta la desgracia de aquel que no tomó en serio la cadena. Tanto en un caso como en otro sólo se citan los nombres truncados, fragmentarios, de personas a quienes no es posible identificar, pero la credulidad humana es infinita, y bastan esas vaguedades para despertar el interés.

La tercera parte contiene los nombres de las personas que forman lo que podríamos denominar los eslabones de la cadena. Pero, ¿dónde está la corriente mágica? ¿Qué debe decirse para atraerse el éxito? ¿Dónde están las palabras sacramentales?... ¿En qué consiste la corriente?

Las «Cadenas de la suerte» que circulaban durante la Gran Guerra no eran, ni en mucho, tan incoherentes. Tenían un objetivo indefinido: eran una maniobra de los aliados. Contaban fantásticas apariciones de guerreros que expresaban su fe en la futura victoria de los aliados «en defensa de la civilización».

Impresionaban al explicar la aventura del coronel X —indefectiblemente americano— que había conversado con Juana de Arco o con un caballero vestido de albo ropaje «que montaba brioso corcel, los cuales aseguraban que la victoria habría de sonreír a los planes del Cuartel General Jefe de los ejércitos aliados. De esta suerte, cada eslabón de la cadena era un grano de simpatía en favor de las fuerzas americanas, francesas e inglesas, etc., y una merma de opinión para los «bárbaros» de Alemania; era la manifestación de una corriente adversa para los «boches», los «mutiladores» de criaturas belgas; constituía una avalancha formidable contra los seguidores del Anticristo, y, en suma, contra la competencia de la célebre «Made in Germany»...

Había en aquellas hojas expresiones altisonantes de patriotismo y confianza en Dios, en el Dios de los protestantes y católicos

americanos, naturalmente, pero contrarias al Dios de los católicos y protestantes alemanes, ya que los acorazados y aviones, los submarinos y los cañones, las banderas y las bayonetas, todo estaba bendecido por el Dios respectivo de cada nación.

Pero existe un Dios católico francés y otro Dios católico italiano que nunca llegarán a ponerse definitivamente de acuerdo, así como, durante la guerra, el Dios de los ingleses y americanos era enemigo del Dios alemán. ¡Secretos de la diplomacia y de la política clerical que, nosotros, pobres laicos, jamás llegaremos a discernir con diafanidad!

De otro lado, la «Cadena de la suerte» que circulaba durante la Guerra europea perseguía un fin determinado: acumular pensamientos de simpatía y entusiasmo en torno a las gestas y a la victoria de los aliados.

Esta que recibí ahora contiene en su mitad la idea mutilada y en una forma inasequible, pero en lo fragmentario de la misma se advierte una vaga noción del sistema empleado para sugestionar a los demás; tiene un sabor de evidente infantilidad norteamericana, y, a pesar de ello, hay personas de relieve que la copian y la transmiten. ¡Parece increíble!

La mayoría de los nombres insertos en la hoja me son perfectamente conocidos. ¿Será verdad que se hayan prestado a semejante... ingenuidad? ¿No vieron que la tal cadena era un absurdo y que carece de nexo, de corriente interna? ¿No se percataron de que nada hay en la hoja que justifique la preocupación imbécil de los nueve días, de las nueve amistades y de las desgracias y suertes? ¡Presenta tan sólo la absorbente preocupación del dinero como el único factor de felicidad!

Me resisto a creer que personas de alguna responsabilidad mental se dejen arrebatar por tales tonterías. Prefiero imaginar que las tales cadenas son copiadas y distribuidas por alguna persona crédula de

la familia de esos hombres ilustres. Pero... ¿con su aquiescencia?

Y es así como se perpetúan todos los errores sociales. Preconceptos, prejuicios, rutina, todos los crímenes de lesa felicidad humana son transmitidos de generación en generación, inconscientemente, a través de la tradición de las «Cadenas de la buena suerte». No se necesita raciocinar, y el gesto de repetir es facilísimo.

Y la «Cadena de perennidad» da la vuelta al mundo innúmeras veces, siglos y siglos, milenios y milenios, trocándose en incubadora de «verdades muertas», arrastrando cadáveres insepultos, cultivando «mentiras vitales» que todos repiten, que todos divulgan y transmiten: doctos y doctorados, cultos e iletrados, librepensadores de rebaño y aun las almas simples de los religiosamente cristianos; todos se dan solidariamente las manos para la inalienable conservación de los eslabones de esas cadenas de errores y crímenes de lesa felicidad individual y humana que constituyen el patrimonio social.

⁂

Murió el raciocinio. ¿Qué inexorable fatalidad nos impele a repetir los gestos vulgares de «todo el mundo»?... Y ahora, un cálculo. Imaginemos un momento la fantástica suma de sellos utilizados en el envío de las «Cadenas de la suerte», de nueve en nueve, hasta dar por tres veces la vuelta al mundo.

Cada persona gasta, dentro del país —puesto que cuando la «cadena» atraviesa las fronteras el gasto es mayor— 2,70 pesetas si no hay recargo alguno en el franqueo, sin contar el papel empleado y el tiempo perdido. Las nueve primeras personas gastarán pues, sólo en sellos, 24,30 pesetas; las demás, ya en número de 81, emplearán sellos por valor de pesetas 218,70, después de lo cual, habiendo aumentado el número de eslabones a 729, ascenderá el dispendio a 1.968,30

pesetas, y las 6.561 personas siguientes gastarán 17.714,70 pesetas. Y esto es tan sólo una débil muestra. Imaginemos con detenimiento a qué fabulosa suma de millones nos conduciría el cálculo, si lo prolongáramos.

¿Y la energía? ¿Y el papel? ¿Y el número de personas que hay que emplear en tan torpe menester en las oficinas de Correos? Todo es dinero para las arcas del Estado. ¿Y en qué se emplea la suma de tanta imbecilidad humana, empeñada en desperdiciar esfuerzos ingentes y en rellenar la Hacienda pública, sino en la construcción de acorazados y aviones, en el sostenimiento de los ejércitos y de la policía, en la producción de gases asfixiantes y ametralladoras y para lanzar a los hombres unos contra otros para que se destrocen mutuamente en las carnicerías guerreras?

Cada una de esas *corrientes* es una posibilidad de negocio para los grandes fabricantes de armas que llenaron sus cajas de caudales a costa de la sanguinaria matanza en los campos de batalla, a costa de toda la imbecilidad social que se empeña en servir de pelele para dirimir las competiciones económicas que culminan en el bandidismo de las guerras.

¿Hasta dónde llegará la ceguera del género humano? «Cadena de perennidad…» «Buena suerte…» ¡Cuánto simbolismo!

Y es así, perpetuando la rutina, la tradición, los errores, las supersticiones y la imbecilidad del rebaño social, como los grandes, los magnates, los poderosos, los sacerdotes y los seudosabios de la parábola ryneriana llegaron a cerrar los párpados del pueblo que, ciego, no deja de ensalzar a sus tiranos…

Buena suerte… Cadena de perennidad… Imbecilizar a los individuos, ¿no será la más alta misión social?

LA «ESCUELA DE LA NUEVA OPORTUNIDAD»[77]

I

En uno de los números del periódico *O Combate*, aparecido en agosto de 1928, encuentro, al releerlo, que dos asuntos, aparentemente distintos, tratados en la primera y última página, se complementan y unifican de una manera admirable.

La «Escuela de la Nueva Oportunidad» es un gran establecimiento de Nueva York destinado a la reeducación de mutilados, proporcionándoles medios para ganarse el sustento sin recurrir a la humillación ni al recurso extremo de la limosna, pomposamente calificada de pública caridad; de esta suerte se pretende evitar que esos seres desgraciados sean una carga para los demás y que engrosen el número crecidísimo de la falange que forma el parasitismo social.

El articulista de *O Combate*, después de estudiar detenidamente la institución, concluye:

> En resumen, esta «Escuela de la Nueva Oportunidad» ofrece a los alumnos: la oportunidad de aprender una profesión y de proporcionarse empleo; la facilidad de adquirir un miembro artificial a precio de coste y la posibilidad de allegar recursos a aquellos mutilados que no pueden salir de su casa para ganarle la vida en una oficina o taller. Y, sobre todo, proporciona la satisfacción y la fuerza moral de poder decir: «Es cierto que soy un lisiado, pero no constituyo una carga para mi familia o para la sociedad. porque *gano honradamente mi vida*...».

[77] *Estudios*, n.º 125, enero de 1934 y n.º 126, febrero de 1934.

El periodismo popular moderno, pletórico de grabados, al igual que los anuncios luminosos comerciales o que la propaganda de candidaturas políticas, tiene que variar los clisés y el colorido... El diario viene a ser el libro de lectura de los niños mayores: sin «figuras» o «santos» no impresiona, no interesa al público, al «¡lector!». Por esto, con miras sensacionalistas, hallo en el precitado número de *O Combate*, y en última página, una información acerca de algunos militares rusos, de los restos del Cuerpo de Cosacos del Don.

No es necesario que recuerde a mis lectores la vida de los cosacos, agrupados en «voiskos» y al mando de un jefe llamado «atamán», «atman» o «hetmán», los cuales servían en la caballería, y, en caso de movilización general, proporcionaban «sotnias» o escuadrones; aunque también formaron parte de algunos batallones de infantería y de no pocas baterías de artillería montada.

Los «voiskos» más célebres e importantes fueron los del Don. Formaban la escolta de Catalina II, la cual dejó un retrato que se ha hecho célebre, en el cual ostenta el uniforme del regimiento por ella creado. Pablo I concedió al mencionado regimiento autorización para ostentar la cruz de Malta color frambuesa, y Alejandro I escogió su escolta particular de entre los cosacos del Don, los cuales constituyeron, asimismo, la guardia imperial del zar Nicolás.

En el grueso de las tropas que combatieron a Napoleón figuraban nutridas representaciones de los cosacos, los cuales obtuvieron brillante apoteosis en la vida fastuosa del periclitado imperio ruso. Miraban al pueblo con marcado desprecio, cual si fueran ellos los representantes de una raza superior y como si la muchedumbre civil fuese algo despreciable a la que había que tratar con toda dureza; su orgullo se alimentaba en el espíritu de casta doblemente jerárquico: eran militares y formaban parte de la corte.

Pero llegó la Revolución rusa. Después de la derrota del ejército

de Wrangel, los últimos soldados y oficiales cosacos del Don abandonaron la Crimea, acampando en Lemnos, y, en 1921, se trasladaron a Serbia, en donde se convirtieron en leñadores, según el testimonio del escritor ruso Dimitri Novik y del de George Oudard. Más tarde, trabajaron en la construcción de una línea férrea en Bosnia.

De ahí marcharon a Francia, en cuyo país trabajaron en cierta fábrica de Aveyron. Luego se instalaron en París, en cuya urbe se ocupan en la carga y descarga de vagones de ferrocarril desde hace unos seis años. Son ochenta soldados, célibes todos, quienes viven, como en su cuartel de Rusia, en un barracón, prolongando, de esta suerte, la ilusión de otros tiempos de fausto militar imperialista.

Guardan cariñosamente sus arreos: armas, uniformes de gala, fotografías, banderas, objetos de arte, recuerdos de la corte famosa, reliquias todas salvadas de la gran hecatombe revolucionaria. Dentro del barracón militar se respira el contagioso ambiente marcial, pero en las horas de reposo ejecutan música regional y las tradicionales danzas rusas, las danzas de los cosacos, los bailes eslavos tan característicos y llenos de nostalgia, pictóricos de espiritualidad y misticismo.

Y aquellos ex oficiales, mundanos, parasitarios, ociosos, brutales en su jerarquía social, se han transformado en obreros, en cargadores y faquines numerados, prefiriendo esa libertad, semejante profesión independiente, a toda otra labor, puesto que, así, imaginan conservar los restos de su antigua nobleza de soldados de la guardia imperial...

Por cierto que tal actitud, aunque se asiente sobre una falsa base, tuvo la virtualidad de tornarlos realmente nobles, puesto que la única nobleza, la sola hidalguía está en poder del individuo que se basta a sí mismo en la manutención y subsistencia, dando elasticidad a los músculos y fortaleciendo el carácter, virilidad adquirida en la conciencia de sí propio como individuo, como ser humano destinado

a contribuir a la estabilización del bienestar del prójimo, adquirido en el brío de un trabajo manual necesario para la armonía del todo social, el trabajo manual que eleva al hombre y a la mujer por encima de cualquier jerarquía de clase o de privilegios odiosos.

Si las manos, otrora aristocráticamente cuidadas, encallecieron en la ruda faena del leñador, las conciencias de esos hombres deben haberse sentido aliviadas al sustituir, por un trabajo manual útil, el oficio parasitario y criminoso de la escuela militar, cuyo programa es la ciencia de matar y cuyos métodos tienen por base la destrucción, el pillaje y el saqueo.

Si el principio en torno al cual se agrupan es un principio falso: bandera, hidalguía militar u orgullo de casta guerrera despótica, el concepto de patria, la nostalgia del antiguo fausto de un imperio brillante, pero en sumo grado criminal, en compensación, la consecuencia de este gesto de algunos individuos que son capaces de llenar sus horas ociosas y muelles con el trabajo honrado de maletero o cargador, la consecuencia de esos hombres redimidos por el trabajo manual, necesario para el bien de la colectividad, es un admirable ejemplo de valor, tenacidad, nobleza y del sentimiento de dignidad humana.

No es, pues, preciso ser mutilado para llegar a semejante resultado. No es indispensable hallarse físicamente impedido para alcanzar una tal realización. Tampoco es necesaria la guerra para demostrar que los mutilados pueden reeducarse ni para poner en evidencia la habilidad de los cirujanos y científicos en las operaciones de reconstrucción de los órganos deteriorados por la brutalidad de los campos de batalla. Mejor sería que los hombres se conservaran perfectos —como objetores de conciencia—, negándose a empuñar las armas.

II

Pero estas escuelas, si los hombres se atuvieran a los principios de paz y amor, se mantendrían tan sólo para atender a los mutilados de nacimiento o a aquellos que lo fueran a causa de accidentes de circulación o de trabajo.

Porque, además, la concepción del trabajo manual obligatorio para todos los individuos se halla dentro de la noción de respeto y amor al prójimo.

Toda conciencia libre no se esfuerza por que su cuerpo flote gracias al esfuerzo ajeno, sino que da también algo de sí misma.

Tolstói no se sentaba a la mesa sin antes haber trabajado, por lo menos, en el remiendo de un par de zapatos.

Spinoza, al decir de Han Ryner, «compuso la más lógica, o cinceló la más profunda de las filosofías; pero con el fin de sustentar a su cuerpo ascético ingería algunos granos de trigo y leche. Para adquirir estos alimentos no apeló a un profesorado ni menos a una cátedra: despreció los sillones académicos y prefirió ganar honradamente su vida puliendo cristales de lentes».

La lucha de clases; la jerarquía social de los desocupados, constantemente ociosos, y del capitalismo industrializado; la vagancia viciada del mundanismo elegante; el parasitismo «chic» de los generales de salón; la burocracia de la «élite» burguesa; todos los privilegios y todas las convenciones de las castas sociales del actual régimen, tienen su punto de apoyo en el eje de este sistema de explotación del hombre por el hombre, fincan sus raíces en el suelo del trabajo manual deprimente, considerado como humillante, relegado a condición de inferior y a exclusivo patrimonio de las clases desposeídas, de esas masas enormes de seres a los que la fatalidad social sume en la pobreza casi miserable, o a aquellos que caen, indefectiblemente,

víctimas de una «incapacidad consciente» de vencer en la vida...

⁂

No todo trabajo manual es útil y necesario. Por ejemplo, no lo es el que realiza el linotipista al componer las imbecilidades periodísticas de los asalariados del Gobierno, de los políticos, de la Internacional armamentista, del clero, de las castas estratocráticas o de los nuevos ricos.

Tampoco puede cantarse en loor de aquellos obreros que construyen torpedos y ametralladoras, acorazados o aviones, fusiles o fortalezas, cadenas, submarinos o cañones, y, en síntesis, todas las armas homicidas que los ejércitos utilizan para abrir el vientre de nuestros hermanos y aun el de los propios hijos.

A mi modesto entender, tales operarios no tienen derecho alguno a ingresar en los Sindicatos, ni pueden, en justicia, hablar de revolución social ni forjar planes para la implantación de una utopía, de una sociedad más libre y equitativa.

Si no se abstienen de contribuir, de colaborar en la obra de destrucción que la burguesía capitalista ha emprendido; si la llamada lucha por la existencia les impele a alistarse en el ejército burgués del crimen de lesa humanidad, no tienen derecho a hablar de reivindicaciones, de solidaridad humana, de fraternidad internacional ni de ninguna de estas bellas aspiraciones del proletariado consciente. Se necesita una dosis regular de cinismo o de inconsciencia para hablar de paz y discutir acerca de la fraternidad después de ocho horas de trabajo en una fábrica de armas o en unos astilleros en donde se construyen acorazados y submarinos.

⁂

En el escenario social la implantación del trabajo obligatorio dividió la sociedad en diversos estratos. A un lado, los señores o magnates, los patronos, dueños y propietarios; al otro, los trabajadores asalariados, pasando por todos los grados intermedios e interminables de domésticos y criados al servicio de los Césares y de los reyes del oro: científicos, funcionarios, diplomáticos, artistas, profesores, sacerdotes, periodistas, poetas, militares, etc.

La enunciación del servilismo de algunos intelectuales nos lleva de la mano a citar, como ejemplo típico de cerebro domesticado, vendido casi siempre al servicio de los grandes de la tierra y a la justificación de sus vicios despóticos, a D'Annunzio —militar, artista, poeta, funcionario, periodista y tantas otras cosas... incluso coleccionador de objetos de «toilette» íntima de las mujeres célebres...—; a D'Annunzio, Don Juan del sadismo espiritual, a quien Mussolini encargó escribiese la historia de la gran epopeya italiana, encarnada en el vuelo celebérrimo de un general de opereta al Polo Norte, antes de que Nobile[78] fuese condenado por el tribunal que lo responsabilizó por aquellos desastres universalmente conocidos, y cuando aún todo el fascio lo alababa como héroe de los vuelos más arriesgados... Y D'Annunzio, según los periódicos, aceptó la proposición y prometió cantar aquellas hazañas.

Todos los académicos disciplinados, todos los políticos intelectuales, están en un plano idéntico al de D'Annunzio: al servicio de los

[78] Umberto Nobile (1885-1978) fue un ingeniero aeronáutico italiano. Nobile fue un pionero y una de las personalidades más destacadas de la historia de la aeronáutica italiana. Se dio a conocer al gran público por haber pilotado el aeroplano que consiguió el primer avistamiento del Polo Norte y sobre todo por haber pilotado el dirigible *Norge*, que fue la primera aeronave que alcanzó el Polo Norte y que cruzó el casquete polar entre Europa y América.

magnates de la Banca, de los reyes del acero o del petróleo, al servicio del Poder despótico y del becerro de oro.

El proletariado propiamente dicho forma la casta de los parias. Los ricos, y de una manera muy especial la mujer de la alta sociedad, la mujer elegante y la pequeña burguesa, dándose aires de importancia social, nos miran como si estuviésemos hechos de otra masa, de una clase de nervios distintos, como si la Naturaleza hubiese concedido a los privilegiados de la fortuna la prerrogativa inalienable de mandar y el derecho a ser servidos y obedecidos incondicionalmente.

La clase media, la pequeña burguesía, pletórica de vanidosa imbecilidad, que llega hasta lo infinito en la multiplicidad y en la variedad de sus manifestaciones; la clase media, repito, henchida de una importancia desmedida, pretende mostrarse superior a la proletaria y se empeña en sostener un tren de apariencia adquirida a costa de sacrificios enormes que la sumergen, día a día, en nuevas necesidades, para cuya satisfacción no le bastará nunca el aumento sucesivo y perenne del esfuerzo de todos los miembros de cada familia.

El acto de prostituirse ante los ricos y potentados; esa domesticidad y humillación deprimente; el inaudito servilismo de esta clase media que pugna por imitar a los bienhallados y conquistar las comodidades superfluas de la vida social, se inflige un martirio voluntario para «parecer», se esfuerza vanamente, porque el progreso, la civilización y el industrialismo moderno han creado una multiplicidad de necesidades, agravadas por la inconsciencia con que el rebaño humano camina hacia el suicidio colectivo, acuciado por la fatalidad de la organización social burguesa capitalista, loando, al propio tiempo, en su ignorancia e inconsciencia en su resignación pasivamente acarnerada de domesticidad y servilismo, o en su bajeza, a los salteadores de la libertad individual, a los asesinos de la libertad de pensar y de vivir integralmente.

A esta clase media pertenecen los llamados intelectuales: periodistas, profesores, poetas, oradores, aviadores, militares de tierra y mar, abogados, hombres de ciencia, artistas y toda la lista interminable de literatos, altos funcionarios públicos, etc.

Y ¡qué cobardía se advierte en su actitud! Pero... son los intelectuales, forman la «masa formidable de ignorantes que constituyen el mundo civilizado», según la feliz y gráfica expresión de Félix Le Dantec.

A causa de esta actitud cobarde de los pensadores de rebaño, de los librepensadores de fachada familiar o de aquellos otros que lo son tan sólo en el recinto de las «logias»... intelectuales, amordazados por las conveniencias: académicos, hombres de ciencia y profesores, ignorantes o inhumanos, la lucha de clases se hace cada día más empeñada, gana en ferocidad y contribuye a triturar a hombres y mujeres en el engranaje criminoso del industrialismo, en las dentadas ruedas sórdidamente voraces del patriotismo, para acrecer el contenido de las cajas de caudales de los señores, de las grandes Compañías explotadoras y de las fábricas de material bélico.

CUANDO EL AMOR MUERE[79]

El verdadero amor no muere: renace todos los días o se transforma, se purifica en una forma o manifestación más elevada, más pura, quizá más bella, más profunda o más espiritualizada.

Pero, tan pronto como saltan a la vista, aparecen al exterior las diferencias profundas entre dos temperamentos de individuos; desde el instante mismo en que la afinidad no llega hasta los más recónditos sentimientos e ideas generales, parece irreconciliable, en nuestro estadio de civilización, ese gran amor entre dos seres que no se conocían lo suficiente y se engañaban, tal vez de buena fe.

En su lugar, sin embargo, puede existir la superamistad, la dulce recordación de una ilusión todavía vivaz, transmutada en la delicada intimidad de dos almas que continúan queriéndose, libremente, que no se odian, que se proporcionan mutuas alegrías también de naturaleza superior, nobles, duraderas.

Y pueden incluso llegar a ser tan amigos, tan superamigos, que se confíen, uno a otro, las excelsitudes de sus demás amores.

Veamos lo que a este respecto dice Han Ryner:

> Siempre me hirió tu carencia de misticismo y tu consentimiento a la mentira social. Un Orfeo que soñase teorías metafísicas y que, en la vida, las convirtiese en realidades... Sí, te lo aseguro, huiría de él por temor a caer en el amor único.
>
> Puse gran parte de mi corazón en ti, de suerte que siempre mi feroz independencia se rebeló contra ti. Ahora que tengo constantemente ante mi vista todos tus defectos; ahora que sufro de ellos y que no puedo perdonarte haber trocado a ese noble Raimundo en cómplice de tus

[79] *Estudios*, n.º 127, junio de 1934.

mentiras, mi rebelión es victoriosa.

Dentro de un mes o dentro de un año, no sé cuándo, si llego a poder mirarte con la misma calma sonriente con que miro a los demás hombres, habré de tornarme sensible a tus superioridades y ya no te pediré la perfección absoluta. Entonces renacerá mi amor.

Pero el tuyo, indudablemente, habrá muerto en absoluto, sin resurrección posible.

No podemos hacer cuanto queremos: incluso aquellos peligros que distinguimos desde lejos no son todos ellos evitables.

Han Ryner, como Carpenter, sitúa el amor en el seno de las corrientes cósmicas, del Cosmos Universal; es decir, un sistema planetario en su órbita metafísica... Y nuestros sentidos nada perciben. Pero, en el pensamiento ryneriano, el Cosmos es creación nuestra. Y cada uno de nosotros es un Dios que canta, sueña y actúa... Un Prometeo encadenado.

¿Quién de nosotros será capaz de descifrar el enigma del amor? ¡Cuántas hipótesis se han lanzado para buscarle solución al problema!

Freud no salió del plano psíquico. ¿Irá más lejos Einstein?

Es admirable esa página de psicología humana. Es tan sensible que la analizamos de cerca, en torno a nosotros o dentro de nuestra imaginación atormentada y de nuestra inquietud amatoria.

María Luisa y Orfeo, en la novela de Han Ryner *L'Amour Plural*, se separan de un modo natural, dejan de corresponderse, pero guardan como un tesoro el delicado recuerdo de unos días que pasaron, pero, a mi juicio, debieron guardar también la dolorosa incertidumbre de la posible realización de ese milagro de amor integral, Amor —con mayúscula— que tiene raíces en lo eterno y en lo infinito, libre, pero también invencible; ese amor que es el misterio de dos almas que se buscan en todo el ser, mutuamente; que se hacen indispensables una a la otra; que se bastan en su dilatada mentalidad afín y en la

sensibilización estética; dos almas que se reconocen luego, que se querían antes, que se buscaban en el misterio de todas las almas y que, tal vez, se reconocieron a través del tiempo y del espacio...

Pero un amor así de grande no puede basarse en el exclusivismo. Su magnitud es tal que domina toda la naturaleza inferior del ser.

Solamente una gran evolución paralela, un milagro de evolución de dos seres dentro de la ondulante amplitud de sus principios *verdaderamente libertarios*, dentro de los mismos sueños de redención humana por medio del individualismo libre y generoso, en lo íntimo de la misma finalidad estética y de análogo eclecticismo amoroso; sólo dos almas grandes, henchidas de un ensueño y de un ideal renovador, y, por tanto, seres de élite, armoniosos dentro de su propia conciencia, pueden realizar ese amor profundo, eterno. Amor nuevo para quien lo vive y para el que lo descubre; fuerza de renovación cuya potencialidad creadora debe ser inmensa, infinita; bendición de armonía emanada de nuestros dioses internos, que iluminan el interior de nuestro ser e incluso irradian hacia el exterior, aureolándonos de bondad, trocando al individuo que así ama, en un canal por el que fluye la belleza que permite la realización interna de los individuos a quienes transfunde todo ese amor.

Pero, como quiera que la solución del problema amoroso es dificilísima, y como que, además, cada ser tiene sus preferencias peculiares y una criatura sola no puede reunir en sí el complejo afectivo y psicológico de todos los seres, y, de otro lado, dos personas difícilmente se completan en un todo armonioso, sólo el amor plural puede enseñarnos a conocer el ser ideal a través de todos los corazones a quienes amemos.

Buscamos inútilmente ese ser realizado, este complejo múltiple de todos los seres, capaz de despertar íntegramente nuestro entusiasmo afectivo y mental, capaz de hacer al unísono dos naturalezas

superiores; y lo buscamos inútilmente porque nosotros mismos no estamos aún a la altura de él.

No tenemos, pues, derecho a exigir de los demás lo que todavía no fuimos capaces de obtener de nosotros mismos.

¡PERO AMAMOS EL AMOR!

Y en él nos buscamos a nosotros mismos, intentamos llegar a nuestra propia realización, siempre y cada vez menos lejana, más próxima; realizamos inauditos esfuerzos por acercarnos, tanto cuanto sea posible a la armonía y a la belleza en su sentido más amplio, vasto e integral.

Por eso amamos el amor... Y si nuestra vida interior está poblada de almas, a veces contradictorias, tan sólo en el pluralismo amoroso podremos hallar afinidades suficientes para la multiplicidad de esas almas, y encontraremos, o estaremos en camino de conseguirla, esa euritmia tan dulce que es la unidad con todos los seres humanos.

Que cada uno de nosotros ame según sus posibilidades y su temperamento, y no nos mofemos de los demás, porque ¿quién sabe si los actos más bajos y groseros en la apariencia no son la expresión de un inconsciente deseo de ascender hacia el pináculo del Amor?

También mis ensueños metafísicos me aproximan al pensamiento de Han Ryner. Comprendo y siento que *la vida tan sólo fue hecha para amar,* mejor dicho: vivimos *para aprender a amar*.

Y pienso que amaremos tantas veces cuantas sean necesarias para nuestra evolución, para llegar al logro de una finalidad más alta.

El amor es la escala de Jacob: nos lleva hasta el cielo de nuestros sueños, a la iniciación de los dolores que exaltan, divinizan, redimen y nos exteriorizan los dioses que aspiran a manifestarse y que aman en los templos abiertos de nuestra religión, que no es otra que la realización interior, continua y armoniosa; tiene gradas y las visiones se entrecruzan, multiplicándose a medida que ascendemos...

Buscamos la perfección fuera de nosotros, olvidando que es ella una cualidad profundamente interior, viene de dentro hacia afuera y recoge, en la vida, a través de cada etapa de evolución, un amor nuevo, para poblar de sueños y dolores otros caminos y otros ciclos de actividad afectiva y sentimentalestética.

Corremos tras una realización más sutil y más amorosa; incluso recorremos la órbita de ese infinito sistema planetario todo él compuesto de luz, animado de un arco iris de tornasolados sueños y de nuevas ilusiones, porque cada grande amor o cada amor sincero y cada etapa de realización interior nos hace entrever una realización más bella, una alegría más dulce, una serenidad más imperturbable y una pureza más armoniosa.

Por esta causa Han Ryner preconiza el pluralismo amoroso y no acepta la tesis del comunismo amoroso que difunde E. Armand en su periódico *L'en dehors*.

LA CONCEPCIÓN RYNERIANA DEL AMOR[80]

¿QUÉ ES EL AMOR PLURAL?

El concepto amoroso de Han Ryner excluye todo asomo de coacción, según dijéramos en nuestro trabajo precedente y como trataremos de evidenciar en éste. Así se desprende de todos los pasajes de sus obras en los que, directa o indirectamente, se aborda el tema.

Así, en su formidable novela *Les Pacifiques*, al solicitar el europeo Jaime el amor de Meloé, la joven atlante, ésta le contesta que no puede siquiera dejarle besar la mano, porque «tienes alma de tirano y de esclavo, porque tratas a los seres vivos como a cosas inertes, porque te comportas para con todo lo que puede sufrir y gozar cual si fuese insensible». Y añade aquella maravillosa mujer:

> No creo que solicites de mí una desdeñosa concesión que podría herirte... Porque, ¿no sufrirías acaso si, al experimentar tú la emoción intensa del espasmo, la compañera de amor permaneciese indiferente y ajena al goce?... El encuentro de dos actividades humanas no tiene parecido alguno con el choque de una actividad humana y una pasividad material... Además, desprendes un hedor odioso, «cruel»; un hedor semejante al que nuestros poetas llaman, arcaicamente, «olor a tigre».

Y, finalmente, inquiere:

> —Dime, ¿mataste alguna vez?
> —Sí, una sola, cuando fui a la guerra.
> —Entonces estás condenado para toda la vida. El nauseabundo

[80] *Estudios*, n.º 128, abril de 1934 y n.º 129, mayo de 1934.

hedor a cadáver te seguirá siempre. ¡Márchate de mi lado, asesino!

Pero estas palabras las pronunciaba Meloé con melancolía, no con dureza. Parecía como si la joven quisiera convencerse a sí misma de que no quedaba esperanza alguna de realización para aquel sueño ya comenzado a saborear. Y el solicitante intenta justificarse:

—No soy un asesino. Me hallaba en peligro. Obedecí las órdenes que me dieron. Me plegué a una necesidad y me sometí a los sentimientos nobles del patriotismo.

—¡Cobarde! —exclamó Meloé con decisiva energía.

Y comenzó a remontarse hacia el azur con vuelo rítmico y ligero, o cual un ave majestuosa que supiese aprovechar su armónica belleza y su energía cósmica para equilibrar su vuelo captando, por medio del prodigioso cinturón, las fuerzas naturales, arte en el que eran diestras. Y, a pesar de todos los posibles «sufrimientos» de Jaime, Meloé no accedió a calmar las ansias eróticas del «civilizado».

Este fragmento del maravilloso y cautivante libro de Han Ryner nos da diáfana idea de cuánto exige, moralmente, este autor al hombre para estar a la altura del Amor, para alcanzar el nivel necesario que le permita ser el elegido de una mujer consciente de sí misma, consciente de su individualismo renovador, poblado de ensueños.

El «no hacer sufrir», según el pensamiento de Han Ryner, tiene límites circunscritos a la relatividad de las realizaciones interiores, más o menos paralelas.

El pluralismo sexual de Armand, a mi modo de ver, parece desconozca esos delicadísimos matices que integran la iridiscente concepción del amor plural de Han Ryner; aunque Armand tenga, también —hemos de reconocerlo así—, su belleza moral propia y posea el inestimable valor de ser individualista en la defensa de sus principios; aunque Armand condene, también, todos los crímenes de lesa felicidad y de lesa libertad humana, perpetrados por la civilización

burguesa capitalista.

El que, en este aspecto, no nos mostremos por completo de acuerdo con Armand, no quiere decir que haya dejado de admirarle ni que le retire mi simpatía y afecto. Pero, como soy mujer, me defiendo —y también a todos los individuos de mi sexo— de una esclavitud quizá tan deprimente como la que nos impone la absurda moral del industrialismo, de esta sociedad de vividores y proxenetas.

Esta es la razón por la que Han Ryner combate, con el corazón y con la razón, la camaradería amorosa de Armand. Además, una asociación de tal índole, una cooperativa amorosa, un compromiso de semejante orden —producir y consumir el amor sexual o sentimental—, atrae en exceso a los aventureros de toda especie, y como quiera que las conciencias son elásticas, ¿hasta qué límites podrían llegar las concesiones y cuáles no serían los peligros e incluso las molestias, deprimentes hasta sofocar el alma? Con toda franqueza he de decir que, por buena voluntad que pueda yo sentir hacia las concepciones de Armand, por más admiración que hacia él sienta por su valeroso tesón al combatir los celos, el exclusivismo en amor y el instinto de propiedad sexual, me repugna, como a Han Ryner, su amor comunal «organizado».

Más interesante y original me parece el hecho de que Han Ryner, por boca de Orfeo, critique su propia concepción del amor plural, su actitud de teórico, y establece un paralelo entre las ideas de Armand, poeta y pensador, redactor del periódico francés *L'en dehors* —admirable órgano del pensamiento libre individualista—, comparando su concepto del amor plural con la camaradería amorosa de este último.

Existe una añeja divergencia entre los dos defensores de verdades que, si bien ostentan el mismo nombre y son idénticos en aspecto, examinadas superficialmente tienden a opuestas finalidades. En las propias columnas de *L'en dehors*, la sombra maliciosa y dulce de Han

Ryner se ha enfrentado con la risa áspera de Armand para debatir tan sugestiva cuestión.

Han Ryner, en un alarde de gracia inmarcesible y partiendo de una discusión habida anteriormente en torno al amor platónico, en el curso de la cual Armand le atacó despiadadamente —amor platónico de que se muestra también partidario Han Ryner, como lo es de todos los amores en tanto se manifiesten como Amor—, coloca la camaradería amorosa organizada de Armand en el lugar que le corresponde, sin abandonar jamás la ironía risueña que le es peculiar.

Es admirable lo mismo la censura que la autocrítica rynerianas. Valeroso y sonriente en la apreciación adversa al pluralismo «perjudicial y pesado» de Armand, Han Ryner caracteriza su propia malicia con destellos de poesía y de arco iris. Armand, en cambio, «se niega a mirar más alto. Se niega o no puede, eso no se sabe».

Y es que Han Ryner alquitara el amor plural. Este, en cambio, para Armand, es puro instinto; tan sólo le pone, a veces, la tenue máscara de un ligero tinte sentimental.

Para Han Ryner, filósofo profundo, metafísico libre, soñador de bellezas más allá del tiempo y del espacio, el amor es algo inmenso, y, como todo lo que es grande, escapa a nuestra comprensión limitada; para Han Ryner, el amor tiene sus raíces en la noche de los tiempos y en los abismos de luz y sombra de nuestra vida interior... Los más altos sueños concebidos por la ingencia ética de su belleza subjetiva, Han Ryner los evapora para hacerlos más fluidos, más vagos y flotantes, más imponderables, distantes y ondulatorios en su órbita inconmensurable en torno a las verdades cósmicas que se desarrollan en nosotros mismos...

Huir de las afirmaciones categóricas, de las teorías y de los conceptos sistemáticos, de las organizaciones definidas y definitivas, de las concepciones elevadas a dogmas inmutables, es nuestra misión

para aproximarnos cada vez más a las verdades interiores. Hay que evaporar tanto como sea posible los sueños para alcanzar en breve plazo la verdadera realidad que es la realización interior. Y, sobre todo, respetar y amar los alados sueños de los demás soñadores.

El amor plural frente a la camaradería amorosa

Han Ryner asevera que si tuviese que elegir entre la concepción del amor de Armand y el amor único, preferiría tal vez a éste, pero lo más seguro es que se quedara sin ninguno de los dos. El pluralismo de Armand, al decir de Han Ryner, en su magistral libro *L'Amour Plural*, «es la peor de las servidumbres». En efecto, esclaviza a la mujer, la hace servil y mata el verdadero amor; es el retorno a la promiscuidad, al comunismo sexual degradante, en el cual la mujer continúa representando el papel de cosa, objeto de placer, elegida siempre y casi nunca con derecho a escoger... Hembra con muy pocos derechos y obligada a prestarse constantemente a la imposición de todos los que forman el núcleo de asociados al grupo Atlantis.

Cierto es que el contrato es voluntario, pero no es menos innegable que la mujer lo acepta, casi siempre, irreflexivamente, y continúa siendo explotada por la astucia masculina.

De otro lado, es evidente que la promiscuidad repugna a la naturaleza femenina, pues incluso las prostitutas, que se habitúan a la íntima convivencia con todos los hombres, sean éstos de la condición que fueren, por obligación de su «oficio», sienten repulsión y aun vergüenza hacia el comercio que ejercen, y por ello tienen siempre su amante, su «gigolo» o «macarrón».

Generalmente, el amor de la mujer es más sentimentalista que sexual. En esa a modo de cooperativa amorosa que preconiza Armand, el amor se trueca en un artículo que forma parte de la ley de producción o de consumo del organismo colectivo y está sujeto a la oferta y a

la demanda. En la sociedad «armandista» amorosa, están todos obligados a la reciprocidad por el contrato que se establece, pero la mujer saldrá siempre perjudicada del mismo y aun explotada. Confesemos que semejante papel —que algunos libertarios han asignado a sus compañeras— es deprimente e indeseable y repugna hondamente a todas las conciencias realmente libres. La mujer superior elige sus amores; pero no se somete a la imposición de un individuo y menos aún a la de un grupo cualquiera.

Si es verdad que deseamos encaminarnos hacia la maternidad libre, hacia la instauración de un matriarcado consciente, ¿cómo puede imponerse a los individuos que forman parte de un grupo de camaradas, el compromiso de la promiscuidad o del comunismo sexual, aunque se oculte tras el apelativo de «camaradería amorosa»? Además, semejante sistema instauraría una ética de despreocupación absoluta: nadie pensaría en la selección humana, en el eugenismo y en la elevación gradual de la humanidad, de suerte que la mujer habría de recurrir, tal vez, al infanticidio.

Por otra parte, existe una poderosa razón de orden fisiológico que abona mi tesis, y es que la Naturaleza ha hecho apta a la mujer para satisfacer la libidinosidad de muchos hombres; el varón, en cambio, no tiene capacidad ni resistencia para dar satisfacción a varias mujeres.

Creo, pues, que María Luisa —la heroína de *L'Amour Plural*—, tiene razón al decir:

> Sospecho, a veces, que en su camaradería amorosa y en la que practican los «compañeros de *L'en Dehors*», hay una simple precaución de viajero que quiere evitar recurrir al lupanar. El que pasa, coge todas las flores que le vienen a la mano, y sus continuos viajes le permiten evitar, sin esfuerzo alguno, aquellas que le podrían desagradar. Así, el «todas para

> todos» tiene, en él, un sentido generosamente práctico; pero el «todos para todas» se trueca en un principio prudentemente teórico.

Que me perdone el camarada Armand, pero yo también, con María Luisa, me siento desconfiada. Creo que la camaradería amorosa —resumida en la máxima «Todas para todos; todos para todas»— ahoga la ternura cariñosa y la propia simpatía que induce a la elección.

E. Armand, en su periódico *L'en Dehors*, decía en cierta ocasión:

> Ne montrez pas en public — et parfois en privé — plus de préférence qu'il n'est nécessaire pour tel, telle ou tels camarades particuliers.[81]

Entonces, so pretexto de que no debo hacer sufrir, ¿me veo imposibilitada de escoger mis amigos entre todo el grupo de camaradas? Esto constituye una regla conventual, de asilo frailuno. Además, ¿qué clase de sufrimiento puedo provocar creándome amistades especiales? Los que sufrirían, en tal caso, serían los celosos exclusivistas que no tienen derecho alguno a privarme de mi entera libertad. La amistad, la simpatía y el amor no se imponen. Son sentimientos espontáneos y, regularlos y constituirles en cooperativa de producción y consumo, de igual manera como se crea una cooperativa de fabricación y uso de calzado o de productos agrícolas, es considerar el amor analizable como cualquier otro producto orgánico y desconocer en absoluto la psicología humana. Es poner al mismo nivel terrero de la secreción biliar o renal los «complejos afectivos» o psicológicos.

La vida afectiva o mental no puede ser analizada en retortas ni alquitaras, como la orina o la sangre. Las investigaciones de los

[81] «No demostréis públicamente —a veces ni siquiera en privado— mayor preferencia de la que es indispensable para este, esa o aquellos camaradas determinados».

gabinetes de antropología psicológica experimental han hecho emitir las más disparatadas conclusiones: cada sabio las interpreta conforme a los principios que defiende... Es, por tanto, evidente, que las manifestaciones de la vida sentimental o psíquica escapan a las más meticulosas y sutiles investigaciones de los sabios de mayor categoría. Cada día se estudian más esos complejos y descubrimos que son complicadísimos efectos de causas cuyas leyes todavía no nos ha sido dable escrutar.

La verdadera sabiduría pone un punto de interrogación ante las incógnitas que bullen y se agitan en nuestra mente limitada, servida o auxiliada por sentidos groseros que no pueden captar plena e íntegramente los delicados estremecimientos de la naturaleza humana.

Formar una cooperativa amorosa sujeta a la ley de la oferta y la demanda, no puede tener más resultado que despertar apenas en nosotros el erotismo vicioso, los instintos puramente carnales, casi siempre adormecidos en las criptas profundas de nuestro «yo», relegados por la razón.

Armand combate denodadamente, con razón y justeza, admirablemente —y en ello le aplaudo, sumándome a su labor— los celos, el exclusivismo sexual y el propietarismo amoroso. Pero no creo que su cooperativa sea capaz de poner término a tales sentimientos inferiores; por el contrario, estimo que los suscita, los estimula y que puede crear en las juventudes un a modo de cinismo vulgar semejante al de los explotadores de mujeres. ¿Qué papel le está, pues, reservado a la fémina?

No creo que sea dable desempeñe el de esa muchacha que, al decir de su hermano, joven defensor de la «camaradería amorosa», había tenido ya, en pocos años, más de TRESCIENTOS amantes. Esto es una verdadera monstruosidad, y si esa chica no vive de la prostitución es, necesariamente, una anormal.

Una fórmula amorosa semejante constituye tan sólo el reinado del erotismo en sus más groseros y bajos estremecimientos. No existe delicadeza ni generosidad alguna en el hecho de que los individuos se entreguen indistintamente unos a otros, a cada instante, partiendo de un compromiso de grupo cooperatista de amor, o so pretexto de un principio libre, comunista, defendido paradójicamente por individualistas anarquistas...

El amor es una elección no deliberada; es una como predilección impulsiva de nuestras fuerzas internas, sacudidas por un algo misterioso; es la libertad absoluta de escoger espontáneamente —y podríamos decir que inconscientemente—, pero nunca la promiscuidad ni el servilismo gallináceos.

Exigir o someterse envilece, humilla y deprime a ambos partícipes en la experiencia de amor. Y no es preciso defender principio alguno ni ser asociado a ninguna entidad para hacer lo que hacen todos los hombres —o lo que quisieran ver realizado—: tener todas las mujeres jóvenes y hermosas a su disposición.

Pero como la Naturaleza creó al hombre de manera que es fácil de saciar, y la mujer, de otro lado, es la que plasma y crea una nueva forma de vida en su seno cariñoso. Han Ryner, en su novela «de hoy y de mañana» *L'Amour Plural*, hace lo contrario de lo que preconiza Armand. Y Orfeo es el elegido, y, cual un nuevo Don Juan de un amor inédito, acepta el amor sincero de cualquier mujer, siempre que esa nueva fortuna no pueda mermar sus riquezas anteriores.

En la concepción del amor en camaradería, de Armand, la mujer es un ente pasivo; continúa siendo víctima de su falta de iniciativa y es como una esclava de harén, a fin de cumplir el precepto sofístico y seudosentimental de «no hacer sufrir». Sujetándose a este lema, tomado al pie de la letra, la mujer joven y bella no tendrá tiempo para otra cosa si no es mitigar los posibles «sufrimientos» de cuantos la

soliciten... y evitar problemáticos dolores futuros.

En el amor plural de Han Ryner es la mujer la que elige a su compañero y a él no se le pide sino que esté a la altura de comprender el acto por ella realizado. Tanto peor para ese «compañero» si no es capaz de interpretarlo debidamente.

Para Han Ryner, la frase «no hacer sufrir» tiene una significación más elevada, posee un mayor alcance ético, se halla pletórica de posibilidades sentimentalafectivas, es, en fin, la sublimación del amor libremente sentido y satisfecho.

LA MUJER NUEVA Y LA MORAL SEXUAL[82]

I

La renombrada escritora Aleksandra Kolontái, en un reciente y vibrante libro, estudia, con certera visión, el papel desquiciador de la prostitución desde el aspecto tremendo de la deformación del alma humana. Al propio tiempo, analiza la obra extraordinaria de Greta Meissel-Hess,[83] que lleva por título *La crisis sexual*, y que enfoca el problema desde el punto de mira de la influencia que la prostitución ejerce en la psicología humana.

> Nada hay que esterilice tanto a las almas como la compra y venta obligatoria de las caricias en seres que nada tienen entre sí de común. La prostitución extingue el amor en los corazones. ¿Puede haber algo más monstruoso que el acto genético degradado hasta el punto de trocarse en profesión?

El descrédito del amor, las mofas que se lanzan contra esa flor exótica, se deben, indudablemente, a la prostitución, que esterilizó el corazón masculino y envenenó el alma de la mujer a través del sufrimiento infligido por la brutalidad amorosa del varón.
Acierta Kolontái cuando dice, sintetizando el pensamiento de Greta Meissel-Hess:

---

[82] *Estudios*, n.º 130, junio de 1934 y n.º 131, julio de 1934.
[83] Grete Meisel-Hess (1879-1922), fue una feminista judía austríaca, autora de novelas, cuentos y ensayos sobre la necesidad de la liberación sexual de las mujeres. El libro que se menciona en el artículo es *Die sexuelle Krise. Eine sozialpsychologische Untersuchung* (1909).

> La vida psicológica de las sensaciones, en la compra de caricias, tiene repercusiones que pueden acarrear consecuencias gravísimas en la psicología masculina. El hombre, acostumbrado a recurrir a la prostitución, que es un acto sexual del que se excluyen los factores psíquicos capaces de ennoblecer el verdadero «éxtasis amoroso», adquiere el hábito de acercarse a la mujer con deseos limitados, con una psicología simplista y desprovista de tonalidades. La mayoría de dramas femeninos no tienen otra causa sino la psicología primaria con que el varón solicita a la mujer... y semejante psicología se formó en las casas de lenocinio.
>
> El hombre, una vez habituado a la prostitución, que extingue las múltiples vibraciones de la sensación amorosa, no se entrega más que a un pálido y uniforme deseo físico que deja a ambos seres en un lamentable estado de insatisfacción y de hambre psíquica.

Y es que el amor no es, simplemente, el contacto de dos epidermis. Las crisis femeninas, por lo general, no reconocen otro origen: son crisis sexuales más o menos veladas, desórdenes orgánicos que se traducen por manifestaciones afectivas, perturbaciones morales, desequilibrios mentales y lagunas psíquicas.

La influencia de la prostitución, según Kolontái, se extiende bastante más allá de sus dominios y su nocividad alcanza de lleno a todas las mujeres y a todos los hombres; su consecuencia es la degeneración física y el envilecimiento moral, y, sobre todo, el imponderable dolor de la insatisfacción psíquica.

Kolontái hace observar, de otro lado, que el problema presentado por Meissel-Hess, concerniente a la deformación de la psicología masculina por medio de la prostitución, nos proporciona la clave de otro fenómeno cuyas causas hasta ahora habían permanecido ignoradas: la incapacidad del hombre para comprender los sentimientos femeninos; la poca atención que presta a la mujer bajo el aspecto psicológico; la indiferencia o la incomprensión que evidencia frente a

las sensaciones psicológicas femeninas, puesto que el hombre excita a la mujer, pero no le satisface sus necesidades sexuales. Kolontái pone de relieve, además, un detalle importante, a saber: que la deformación mental del hombre, sea cristiano como musulmán, judío como hindú, llega hasta el punto de creer que su sexo es el que debe sacar más provecho del placer sexual, y que cualquier demostración de sexualidad en la mujer es de mal tono, fea, deprimente, deshonesta e inmoral.

Se cultiva así la hipocresía y se deforma la naturaleza orgánica femenina, así como su estructura mental; porque la mujer «pura», «superior» y «espiritual» debe limitarse a ser la musa inspiradora y no puede hacer el caso debido a «estas cosas», puesto que ha de situarse por encima de «tales porquerías». Se ha de limitar a proporcionar placer, sin sentirlo ella... o fingir indiferencia.

Y es que en el erróneo concepto moral del hombre, toda mujer que procura satisfacer debidamente sus necesidades sexuales es una «viciada».

Resulta de todo ello la incomprensión mutua, la deformación mental de ambos, la degeneración física a causa de la insatisfacción y esa pavorosa tragedia de las dos mitades del género humano que se atraen por ley de la Naturaleza y se repelen por culpa de la deformación psicológica y por el resentimiento recíproco del malestar del cuerpo y de los dramas del alma. Influye, asimismo, en la germinación de tales anomalías, el afanoso bregar cotidiano por la manutención, piqueta de la sociedad capitalista industrial que cava, cada día más profundamente, el foso terrible, que casi ya es abismo, que separa a los sexos en esa deformación física y psíquica.

Y dentro del casamiento legal, como en la unión libre, perdura la tragedia de la deformación mental por la desdicha de ambos.

Y como que «no hay tiempo para amar», todos procuran ridiculizar el amor, porque tienen miedo de amar... De ahí la loca carrera en

busca del pan y del amor sexual de cada día... que no es pan, ni es amor ni nada.

Tanto en el amor libre como en el casamiento, el hombre es igualmente troglodita: tiene derecho de propiedad sobre la mujer, puede matarla si le traiciona; es celoso y vengativo e imagina que posee una esclava.

Y la emancipación económica de la mujer no la libró de la esclavitud sexual.

Kolontái, intuitiva, descubre que:

> Todas las reformas sociales indispensables para las nuevas relaciones entre los sexos serán insuficientes para resolver la crisis sexual, si al propio tiempo no surge una fuerza creadora poderosa, capaz de aumentar el «potencial de amor» de la humanidad.

Es cierto. Todos quieren amar verdaderamente, pero son poquísimos los que realizan la «posibilidad interior» de la sabiduría de amar. Son contados los elegidos del amor. Porque los hombres no son más que bestias feroces, y las mujeres, tan sólo animales domésticos.

Ante esta tragedia surgen, en la sociedad deformada y corrompida, nuevas formas de amor correspondientes a tal deformación, como son, según Kolontái: «el amor diversión» o «la amistad amorosa». Que constituyen una transición hacia el amor plural.

> Semejante relación sexual protege a los hombres contra los dardos mortales del hastío y les enseña a saber resistir a la pasión que degrada y oprime al individuo.

Otra tesis de Meissel-Hess, que la califica como inteligencia de primera magnitud, es su afirmación de que el amor único, con su espíritu autoritario, causa la desdicha de la humanidad. He aquí sus propias

palabras: «Este acto espantoso, que podemos calificar de penetración por la violencia en el «yo» de otro, no puede tener lugar en el «amor diversión». El amor diversión excluye el pecado mayor amoroso: «la pérdida de la individualidad en la avasalladora corriente de la pasión.»

La humanidad contemporánea vive bajo el signo sombrío de la pasión, siempre ávida de devorar el «yo» de unos y otros.

El «amor diversión», la «amistad amorosa» y el «amor plural» son las etapas de la educación del hombre y de la mujer, a fin de que conquisten la «posibilidad de amar» y puedan merecer alcanzar el «verdadero amor», después de haber «aprendido a amar», dejando de ser celosos, exclusivistas y brutales.

II

Para alcanzar el verdadero amor, la mujer ha de fortalecer su razón e imponer al corazón menos sensibilidad; mejor dicho, debe procurar que exista equilibrio entre la razón y la sensibilidad. Kolontái enroca admirablemente el problema y lo resume en una acertada frase:

> Es necesario que la mujer aprenda a salir de los conflictos de amor, no con las alas rotas, sino como salen los hombres: con el alma fortalecida. Es necesario que la mujer acepte el lema de Goethe: «Saber expulsar el pasado en el momento que se quiera, y recibir a la vida cual si la gente acabara de nacer».

La crisis sexual no podrá resolverse más que por medio de la realización interior, cuando el autoritarismo animal del hombre y de la mujer sea anulado por la actitud serena, de no violencia y de absoluta

tolerancia para con los seres de uno y otro sexo.

Todos quieren violar el alma del ser amado valiéndose de la «penetración» absoluta y violenta, por medio del vasallaje de la conciencia y por la autoridad. Esta actitud agrava la crisis sexual y acentúa la deformación mental. Durante la Edad Media, los maridos exigían únicamente la fidelidad del cuerpo, y las castellanas podían entregar el alma a sus poetas y caballeros, podían morir por ellos y verlos morir de amor. Pero la deformación espiritual del hombre y su perversidad han empeorado: hoy el hombre tiene también celos de las inclinaciones de la conciencia de la mujer amada, y exige que esa conciencia se modele a imagen de la suya...

Y para que no se diga que exagero, veamos una coincidencia de pensamiento en el estudio de Aleksandra Kolontái:

> Los amantes de la época actual, a pesar de su respeto «teórico» hacia la libertad, solamente se satisfacen cuando logran establecer la conciencia de la fidelidad psicológica de la persona amada. Penetramos de una manera violenta en el alma del ser «amado», con una crueldad y falta de delicadeza que será incomprensible para la humanidad futura; de igual manera, pretendemos hacer valer nuestros derechos sobre el «yo» espiritual más íntimo. El amante contemporáneo está dispuesto a perdonar (!) más fácilmente al ser querido una infidelidad física que una solamente moral, pues opina que cada partícula del alma de la persona amada le pertenece y que los límites de «su unión libre» se extienden mucho más allá de los confines psíquicos. Cualquier desliz de esta índole lo considera como un derroche, como un imperdonable robo de tesoros que le pertenecían *exclusivamente*.

Semejante autoritarismo masculino es una derivación del preconcepto acerca de la inferioridad femenina: «Para las gentes vulgares —observa Kolontái— la mujer no tiene más valor que el de "accesorio"

del hombre. El hombre, marido o amante, proyecta su luz sobre la mujer; es él, no ella —según esta teoría— quien merece nuestra consideración, como verdadero elemento determinante de la estructura espiritual y moral de la mujer. Por el contrario, cuando valorizamos la personalidad de un hombre, hacemos abstracción total de sus actos inherentes a las relaciones sexuales».

Existe, pues, el autoritarismo y el despotismo animal en materia amorosa; domina todavía el concepto brutal de violencia y de subyugación por medio de la fuerza; es una realidad tristísima el preconcepto de la inferioridad femenina, latente en la subconciencia misma del «hombre superior» que cultiva el prejuicio animal de la utilidad de la fuerza bruta, y la existencia del instinto de propiedad entre ambos sexos. Mientras semejante mentalidad de fieras predomine, será imposible establecer cualquier solución para los problemas humanos e irá agravándose la crisis sexual y la «tragedia de ser dos».

La complejidad del Amor, que comprende: el amor físico, llamado también «Eros sin alas», que es la atracción física, puramente biológica, animal, destinada a favorecer la multiplicación y conservación de la especie a través del placer de la carne; el amor espiritual o «Eros alado», que es la atracción psíquica, mental o ideológica; el amor sentimental, que oscila entre los dos primeros y puede participar unas veces más de aquél que de este o viceversa; y todos los matices de esta escala complicadísima, es uno de los más profundos misterios de la naturaleza humana. No basta afirmar que el amor tiene un origen biológico. La tragedia sexual finca sus raíces en estratos mucho más profundos y misteriosos: son las razones psíquicas, los motivos más recónditos del subconsciente, agravados por las deformaciones sociales. Esa dualidad del sentimiento amoroso, fusión de «Eros sin alas» —amor físico— y de «Eros alado» —amor psíquico—, no halló todavía, ni en la literatura ni en la filosofía, su

explicación adecuada. Kolontái yerra también, a mi modesto entender, cuando afirma que Rusia resolvió este problema merced a la nueva ideología de clase, proletaria.

Una ideología que, precisamente, se encamina a destruir el sentimiento de la individualidad y la noción de los derechos personales, sustituyendo la conciencia individual por una colectiva, no puede abrigar la pretensión de solucionar el problema del amor, que es eminentemente individualista y exige el derecho de elección, basado en el principio individual de la atracción que, después de todo, proviene de los dominios extraños y desconocidos del inconsciente humano.

La camaradería amorosa, o el amor en camaradería, es una forma del amor en determinada etapa de la evolución humana, pero no es una solución del problema del amor, problema trascendental que exige soluciones individuales, de la misma manera como el comunismo soviético es una etapa de la evolución económica de la sociedad y no la solución definitiva de los problemas humanos. Además, una simple revolución, que data de algunos años, no puede extirpar del inconsciente humano las profundas raíces del atavismo milenario. No proviene del privilegio de la propiedad privada —como piensa Kolontái y, con ella, casi todos los tratadistas— el concepto del autoritarismo en la posesión de la mujer por el hombre o viceversa. Surge de más hondo, deriva de las luchas animales de antaño, que sostenían los machos para llegar a la posesión de la hembra. Y la revolución, la violencia, el dominio de la fuerza y del poder, no hacen sino consolidar este instinto. Las tragedias pasionales son peculiares lo mismo de la clase burguesa que de la proletaria. Los obreros «baten el récord» como matadores de mujeres..., según las crónicas de los periódicos.

Realmente, las ideologías proletarias —no me refiero a una ideología exclusiva— van abriendo el camino para alcanzar una mayor y más amplia libertad de amar. Ello es innegable. Pero repito que sus

intentos no pasan de ser etapas en la evolución del amor, sin que se llegue a la solución real del problema amoroso. Así parece reconocerlo la propia Kolontái cuando afirma: «La ideología obrera de clase no puede, en modo alguno, fijar límites al amor.» Aunque luego, contradiciéndose, escribe:

> La solución del problema amatorio se halla, precisamente, en manos de los proletarios, pertenece a la ideología y al nuevo género de vida de la humanidad trabajadora.

Estimo que es un absurdo pretender que el amor pase, asimismo, a ser un problema de clase. El amor —no me cansaré de repetirlo— es un problema esencialmente humano, es de origen cósmico y presenta las mismas complicaciones, cualquiera que sea el régimen social vigente, dentro o fuera de los partidos políticos, en el Estado y al margen de él, integrado o separado de cualquier ideología.

No debe confundirse una etapa de la evolución humana, o una forma del amor en determinada corriente social, con el profundo y complejo problema humano del amor que no se deja encerrar en una clase ni en las mallas, por sutiles que sean, de una clase dominadora. Es curioso comprobar cómo se empeña la gente en atribuir proporciones insignificantes a las más vastas y bellas razones de nuestra elevada espiritualidad.

AMOR Y LIBERTAD[84]

La manifestación más libre de la vida reside en el Amor. Por ello éste se ahoga y muere en una atmósfera de despotismo, de violencia, de autoridad, de celos y de exclusivismo.

Ya Ellen Key, en su grandioso libro *Amor y matrimonio*, dice, con aquel profundo conocimiento del alma humana y aquella intuición penetrante de quien recorrió los verdaderos caminos del dolor:

> Entre todos los privilegios, el de la monogamia indisoluble es el que más sacrificios humanos ha producido. Día llegará en que los autos de fe conyugales se harán por completo inútiles para mantener la verdadera moralidad, como lo fueron aquellos de la Inquisición para la verdadera fe.

La monogamia indisoluble se halla enquistada en las costumbres, tanto dentro como fuera del matrimonio.

La monogamia indisoluble, fruto del principio de la propiedad privada y de la superstición religiosa, es la causa de todos los crímenes pasionales, de los celos, del exclusivismo sexual y amoroso, del infanticidio, etcétera. Es, en fin, la fuente fabulosa de ingresos de los «humanitarios», médicos cuya clientela está compuesta por ricas y elegantes señoras y por muchachas seducidas, que frecuentan, de tiempo en tiempo, las clínicas y sanatorios para librarse de la molesta «carga» de los hijos del acaso o del descuido.

Con Ellen Key afirmamos que el amor estuvo siempre en abierta lucha con la monogamia. No hay ser alguno que pueda realizarse en toda su plenitud, si está sujeto al tórculo del dogma, de la ley, de la

[84] *Estudios*, n.º 132, agosto de 1934.

rutina, de los prejuicios sociales, del sectarismo bajo cualquier aspecto o del amor absorbente y dominador de otro ser.

La evolución exige libertad.

Realizarse es ser libre. Realizarse es conocerse. Y «sólo el amor arrebata a un ser del rebaño».

Nadie puede penetrar dentro del propio santuario siguiendo el camino que le traza la conciencia de otro o la autoridad ajena, aun cuando se trate de la «dulce violencia» del amor exigente y exclusivista.

El espíritu de autoridad de nuestra civilización llega bastante lejos, envenenándonos hasta lo más íntimo del ser, dejándonos insensibles ante nosotros mismos y haciéndonos incapaces de oír nuestras voces interiores.

Pero si el amor plural suprime los crímenes pasionales derivados de los celos criminosos y bestiales, si evita las miríadas de mentiras y concesiones indignas, nada de todo ello representa su valor ético y humano, pues su gran victoria consiste en realizar el milagro de abolir la prostitución, de suprimir la existencia de los traficantes de mujeres, dignificando a la fémina que, con él, es libre de elegir al compañero, al amigo, al ser que le habla al corazón y al ideal, a aquel que constituye su sueño de vida feliz y alegre. El amor plural permite al sexo llamado débil sentirse dueño de sí mismo, capaz de bastarse en la lucha por la existencia y capacitado para hacer la felicidad de otros seres igualmente libres.

¿Qué derecho tiene la sociedad a exigir que cierto número de mujeres se preste a servir de pasto a la sensualidad bestial de millones de hombres, insensibilizándose en la profesión más «necesaria» y más degradante, sufriendo la humillación dolorosa de cada instante, mientras otra falange inmensa de mujeres, igualmente desdichadas, no por exceso, sino por carencia, se agosta en el clásico tipo de

«solterona»?

Son ellas, las solteronas, las que guardan el relicario de la honra familiar, y acaban indefectiblemente en las sacristías, en los manicomios o en la dolorosa angustia de una vida entera dedicada a amortajar ilusiones y a servir de ridícula burla a los demás o de diversión cruel para la propia familia que exige, brutalmente, criminalmente, este inútil sacrificio de la vida de una mujer; y de la sociedad, por la cual se ofrecen en holocausto y de la que reciben, en pago, como premio a tan bárbara mutilación, las chacotas y las befas de cada esquina y de cada barrio.

Tan sólo el amor plural será capaz de poner término a la explotación de la mujer; únicamente el amor plural acabará con el infanticidio; sólo el amor plural podrá hacer desaparecer de la faz del globo este tipo de solterona, mutilada en el corazón y en la mente. El amor plural tendrá poder suficiente para exterminar la prostitución, dando libertad a la mujer, proporcionándole la noción de la dignidad humana y del derecho a ser libre, a bastarse a sí misma, a no ser una parásita social y a divinizar la carne en la Maternidad consciente, al margen de los códigos o de los prejuicios sociales.

Sólo el amor plural enseñará a la mujer a no explotar a sus hermanas para conservarse ella a la expectativa del esposo y protector, para ligarse a él ante la ley y el sacerdote, haciendo cargar a su semejante, irremediablemente desgraciada, todo el peso del ludibrio, lanzándola al lenocinio. La prostituta, como la solterona, igualmente ludibriadas, idénticamente desgraciadas y análogamente explotadas, han de verse sumidas en el infierno capitalista de los preconceptos sociales.

Qué bárbaro es el crimen de los burdeles y de los lupanares; qué inconsciencia se manifiesta en esa indiferente transmisión de enfermedades venéreas; cuánta brutalidad en la imposición de la

maternidad no deseada; cuánto salvajismo implica el preconcepto de la maternidad legalizada; qué cantidad de cobardía denota poseer una sociedad cuyos prejuicios imponen a la mujer seducida, o bien el suicidio y la deshonra y la prostitución, o el casamiento obligatorio con el pervertido que abusó de su generosidad. ¡Cuánto absurdo contiene este concepto de una moral para cada sexo y qué irreprimible dolor ocasiona la creación, calculadamente egoísta, del tipo de «solterona», y qué hórrida tragedia encierra el feroz infanticidio!

Todos nosotros, los civilizados, despedimos el «olor cruel», el olor de tigres y chacales. Encenagados hasta el alma y familiarizados con los crímenes de toda especie —llegando incluso hasta las guerras, desencadenadas por el patriotismo sanguinario— no queremos ver que ninguna de las revoluciones hasta ahora predicadas por todos los revolucionarios de todos los siglos, tiene el alto y positivo valor que esa revolución por el Amor, tal cual la imaginara Han Ryner.

Es la única que, sin armas, sin crueldades, sin odios, sin asesinatos, sin lucha ni competencias puede alcanzar una finalidad más amplia y duradera. Es ésta la única solución capaz de asegurar al género humano un poco de paz social y a los individuos, a los seres superiores, una franca alegría de vivir.

Han Ryner, el metafísico libre, sueña, pero no se deja absorber por un sueño único, ni se enreda en las cadenas de sueños absurdos que constituyen escuelas, teorías, sectas, iglesias, dogmas o principios.

Es místico ante la belleza interior, ante los dioses que cantan y sueñan por entre nuestros abismos de luz; es pagano, panteísta, de un panteísmo humano, en la multiplicidad de las almas o de los seres y de los anhelos que vagan, fluctuantes, indecisos, unos, realizados, otros, dentro de nuestra conciencia misteriosa o de la superconciencia intuitiva.

Tan sólo dentro de la ley cósmica de gravitación universal,

dentro de las leyes atómicas de la «afinidad electiva», dentro de las leyes naturales electromagnéticas, el Amor traza sus órbitas inconmensurables y desconocidas para nosotros, y vive el misterio de las corrientes de atracción, sistema planetario cuya majestuosa belleza escapa a la percepción de nuestra mentalidad, limitadísima e incapaz de alcanzar alturas tan sorprendentes; débil para escalar esos abismos de luz, de sombras y de eternidad.

PEDAGOGÍA Y EDUCACIÓN[85]

Es muy común la confusión entre estas dos palabras. La educación es un conjunto ele esfuerzos que obran en el sentido del perfeccionamiento físico, intelectual y moral del individuo, preparándolo para la vida, en provecho de la colectividad.

La educación es eficaz cuando los medios empleados sean elegidos y apropiados al educando y al fin educativo.

La Pedagogía es el conjunto de teorías deducidas de la observación y experimentación establecidas con el fin de hacer fácil y breve la acción educativa. La educación es el objetivo de la Pedagogía.

La Pedagogía es la teoría de la educación. La Pedagogía no existió siempre; sus leyes, sus principios, son susceptibles de transformación: acompañan el desarrollo, el progreso de las naciones, de las generaciones sucesivas. La educación, en cambio, existió siempre: los pueblos la transmitieron, empíricamente, a través de los tiempos: costumbres, tradiciones, supersticiones, cultos, etc.

La educación es continua, la Pedagogía ha tenido fases, intermitencias. Los pueblos primitivos no conocieron reglas ni preceptos pedagógicos; sin embargo, los hijos recibían de los padres una herencia tradicional de preceptos y costumbres que, a su vez, pasaban a sus descendientes.

La Pedagogía es, pues, la sistematización de los preceptos educativos; la educación es la aplicación de la teoría pedagógica o de lo por ella formulado.

Existe también diferencia entre pedagogo y educador. Pedagogo, en la acepción actual, es el individuo que estudia y establece

[85] *Estudios*, n.º 138, febrero de 1935.

leyes y teorías pedagógicas. El estudioso puede ser pedagogo y no saber transmitir la educación, puede ser pedagogo pero no educador. J. J. Rousseau fue un pedagogo extraordinario, pero no supo ser educador; él mismo lo confiesa.

Educador es el que procura obtener, en la práctica, lo que el pedagogo formuló en teoría, el cual, a su vez, se basó en la experiencia, en la educación.

Rousseau estudió en sus propios hijos y no supo transmitirles ni tan sólo sus enseñanzas y, mucho menos, sanos preceptos de moral a los sobrinos de los abates de Condillac y de Mably, en Lyon, de quienes fue preceptor, y escribió aún, luego, admirables preceptos de educación que pueden encontrarse en el *Emilio*.

Es más difícil educar que escribir reglas de educación...

MUSSOLINI, LAS MUJERES Y EL MALTUSIANISMO[86]

Es formidable el contraste existente entre el desprecio que siente Mussolini hacia las mujeres y la admiración que éstas demuestran por él.

Mussolini sabe que las féminas admiran a los hombres fuertes... Y que la multitud es hembra... Por esto desprecia a las mujeres. Todos sabemos de qué manera se trata a la mujer en Italia. Yo he visto italianas que soportaban los gritos y malos tratos de sus esposos con una pasividad y sumisión tales que daba, no lástima, sino asco. Y me preguntaba si sería que esos hombres estaban embriagados o ellas son de piedra.

Pero Mussolini nos da la clave. En una conversación sostenida con el repórter internacional Emil Ludwig,[87] el «Duce» se mostró tal cual es...

Veamos el diálogo sostenido por estas dos figuras. Habla Ludwig:

> —¿Se vanagloria usted de que en el siglo XIII sus antepasados de Bologna poseyesen un blasón, según se ha afirmado?
> En el semblante de mi interlocutor se traslució intenso desdén. Irguió altivamente la cabeza y dijo:
> —No me importa lo más mínimo. Sólo uno de mis antepasados me interesa; un Mussolini que en Venecia mató a su mujer porqué le era infiel y que, antes de huir, dejó sobre el pecho del cadáver de la adúltera dos

[86] *Estudios*, n.º 142, junio de 1935.
[87] Emil Ludwig (1881-1948), fue un escritor y biógrafo alemán de origen judío y nacionalizado suizo.

escudos venecianos para los gastos de entierro y funerales. Así son mis antepasados. Todos los cantos de los habitantes de mi tierra se refieren a tragedias de amor.

Mera teatralidad, digo yo. ¡Cuán ridículo resulta ese sistema de lavar la honra en sangre y cuan teatral e imbécil el gesto de los dos escudos! ¿Qué juicio merecerá a la posteridad ese gran cómico —farsante— que el mundo habrá de resignarse a perder cualquier día?

Este es el hombre a quien admiran las mujeres. Aunque Mussolini las considere como seres enigmáticos, cuya influencia constituye para él un mundo de tinieblas, Ludwig se atrevió a objetarle que, a veces, las mujeres influyen enormemente en la vida de los grandes hombres. A lo cual Mussolini replicó:

—El ascendiente de la mujer en los hombres fuertes, es nulo. Las mujeres constituyen un elemento festivo, como la música, el saludo romano, los himnos patrióticos, etc.

Esta declaración era terminante. Pensó, por tanto, Ludwig que lo mejor sería encauzar la conversación hacia otros derroteros. Y abordó el asunto de la expansión territorial y demográfica, y dijo:

—Después de lo que acaba de decirme usted me preocupa mucho menos el concepto fascista de «mayor espacio». No puedo creer que V. E. vea la felicidad de una nación en su exclusiva extensión territorial. Pero ello me deja comprender menos el que en un país de superficie limitada se instituyan premios para las familias numerosas. Se me figura que, por el contrario, la difusión del maltusianismo sería, en Italia, mucho más indicada que en cualquier otro lugar.

Mussolini no disimuló su gran descontento por la indiscreta pregunta;

en ninguna otra ocasión le había visto impacientarse hasta tal extremo. De una manera absolutamente insólita me arrojó al rostro todos sus argumentos y, hablando mucho más rápidamente de lo que acostumbra, contestó en tono resoluto:

—¡Malthus! ¡Económicamente es un error, moralmente es un crimen! La disminución numérica de la población origina la miseria. Con dieciséis millones de habitantes era antes Italia más pobre de lo que es ahora con cuarenta y dos. Los habitantes de nuestro país se hallan actualmente mucho mejor que cuando vivían bajo la égida de los Papas. Entonces todo era miseria e incultura, ¡Hace treinta años que en mi casa pude comprobarlo, puesto que no hallé otra cosa! ¡La industria promovió la cultura y la competencia aumentó el bienestar!

A estas razones, tan extemporáneas, Ludwig no opuso más argumento que este:

—Por lo que concierne a la fuerza de una nación, el argumento de usted no es del todo categórico. Francia, que es racialmente y por esencia un país poco fecundo en cuanto a la reproducción, puesto que los matrimonios no acostumbran a tener más de dos hijos, ha demostrado cuánto puede y de lo que es capaz, si es necesario.

—¡Francia no prueba ni demuestra nada! —atajó vivamente el Duce.

—Y su irritación —concluye Ludwig— me reveló que mi objeción se la habían presentado otros con frecuencia.

—Si no la hubiese auxiliado medio mundo, Francia habría perdido. Es más: si en 1914 la República francesa hubiese contado con cincuenta y cinco millones de habitantes, en vez de treinta y cinco, Alemania no le habría declarado la guerra— afirma Mussolini.

—Estas ideas, con las que no puedo concordar —objeta Ludwig— explican las medidas excepcionales de sanción que ha adoptado V. E. contra la práctica del aborto voluntario.

—Los rusos —contesta Mussolini— pueden guiarse por otras leyes. A ellos, quizá no les importe que su población aumente todos los años de cinco, de tres o sólo de un millón de almas. Pero es innegable que la disminución de habitantes acarrea la mengua de las fuerzas nacionales. Si yo dejara realizar impunemente el aborto, semejante práctica se haría muy pronto del dominio público. En este aspecto somos antípodas de los rusos.

—Me pongo, pues —afirma Ludwig—, al lado de los que otorgan a la mujer los mismos derechos que al hombre.

Estas palabras tuvieron el don de exasperar la irritación de Mussolini que, con una voz todavía más obstinada, replicó:

—La mujer ha de ser una criatura pasiva. Es analítica y no sintética. ¿Acaso, en todo el decurso de los siglos, se dedicó jamás a la arquitectura? Dígale que me edifique, no ya un templo, sino una cabaña, y no lo podrá hacer. La arquitectura, síntesis de todas las artes, le es extraña: es un símbolo de su destino. Mi concepción de su papel en el Estado es opuesta a todo feminismo. Naturalmente, convengo en que la mujer no ha de ser esclava; pero no soy partidario de concederla el derecho al voto, entre otras razones, porque dejaría de admirarme. En Inglaterra hay tres millones más de mujeres que hombres. Entre nosotros, en cambio, los números se equilibran. ¿Quiere saber en qué acabarán los anglosajones? Pues en el matriarcado.

Tal es el hombre. ¡Este es el Duce, idolatrado por las mujeres como símbolo del hombre fuerte!...

¡Cuán huecos y endebles son sus argumentos contra el maltusianismo! Mussolini no conoce el maltusianismo, de lo contrario no utilizaría seudorrazonamientos tan banales y tan al alcance de inteligencias primarias... Sus argumentos se caen por su propio peso. ¡Ya veis a qué se reduce la mujer para este dictador, ídolo de hembras!

EL FASCISMO CONTRA LA EVOLUCIÓN HUMANA[88]

A Mussolini, anticlerical feroz, estaba reservado el gesto político del concordato con el Vaticano, que había de hacer recrudecer el sueño imperialista del poder temporal de los papas, que iniciaba la reapertura de todas las fronteras a la invasión pontificia y jesuítica y daba incentivos al dominio absoluto de la Iglesia romana en uno de los más críticos instantes de su historia, cuando la Santa Sede veía aproximarse el ocaso de su poderío.

Pero la vanidad y la ambición del Duce no hallan barreras. La vergüenza de la tiranía fascista culminó en la solución de la llamada «Cuestión Romana».

¿Cuáles serán las últimas traiciones de Mussolini?

No hay, en toda la historia de la Humanidad, un arlequín cuya fantasía haya sabido vestirse con tan variados ropajes, robados a todas las ideas, cual un «trapero del pensamiento» que danzara en la cuerda floja de las frases hechas.

Quien leyere el primer Manifiesto del programa fascista de Mussolini verá en el mismo expuesto la idea de la Constitución internacional, el propósito de proclamar la República italiana con la extirpación de la burocracia irresponsable; abolición de la policía política y de todos los títulos de casta; desarme general, anulación del servicio militar obligatorio y prohibición, para todas las naciones, de fabricar armas guerreras; institución del impuesto progresivo sobre las herencias; libertad de pensamiento y de conciencia, de religión, de

[88] *Estudios*, n.º 148, diciembre de 1935.

asociación, de imprenta, de propaganda y de agitación individual y colectiva; confiscación de la herencia para llegar progresivamente a la supresión de la burguesía; destierro de los parásitos inútiles de la sociedad; desenvolvimiento de la cooperación; supresión de toda clase de explotaciones, cierre de los Bancos y de las Bolsas; abolición de la diplomacia secreta; política internacionalista abierta e inspirada en la solidaridad de los pueblos y en su independencia[89] en la Cooperación de los Estados. Como puede verse, este programa abarca todas las libertades, todas las ideas de equidad, entre las cuales figura, también, la de abolición de todos los privilegios detentados por la religión católica romana.

El que sigue la actuación en todas sus etapas de traidor de la propia conciencia, sabe que el Duce, como buen aventurero, hubo de plegarse a las exigencias de dos generaciones de italianos, cuya mentalidad, forjada por los «superelefantes» de la intelectualidad romanamente imperial de «L'Italiani d'oggi», está representada por D'Annunzio, el poeta «de la lujuria y de la ferocidad». El propio Mussolini es un producto romanamente romano. El programa de Mussolini es el de todos los que aspiran a encumbrarse, prometiendo un cúmulo de felicidades al pueblo. Detrás de ese biombo de liberalidades se esconde el dictador, el tirano, el César de un Carnaval trágico.

¡Cuán consolador y bueno es no confiar en los programas ni en los mensajes, y mucho menos en los apóstoles, los abogados o los sacerdotes, religiosos o ateos, demagogos, socialistas o revolucionarios

[89] Toda La actuación de Mussolini es una negación continua de los puntos de este programa, pero la reciente invasión de Abisinia por las huestes fascistas, atropellando a un pueblo más débil, y vulnerando todo lo estatuido por las mismas leyes escritas que los Estados promulgaron, dan un plano de actualidad a la traición de este «superhombre» y ponen en evidencia toda la maldad que su afán dominista es capaz de desarrollar.

extremistas...!

Mussolini sirvió para todo y se servirá de todo para dominar. Su moral está contenida en esa frase insolente por él pronunciada antes de la marcha sobre Roma: «Es la segunda vez que me creo una fuerza personal; pero si el fascismo no me sirviese para nada, lo repudiaría». Y, en 1924, en vísperas de elecciones, firmó un manifiesto que contenía la confesión de sus crímenes pasados y futuros:

> ...cuando se carga con la responsabilidad de conducir una nación de 40 millones de almas, se tiene derecho a pasar por sobre la vida de algunas personas.

En cambio, en el año 1919, cuando era socialista, escribió en *Il Popolo d'Italia*:

> Afirmamos que, si mañana nuestros adversarios fuesen víctimas de un régimen excepcional, nosotros nos rebelaríamos porque estamos al lado de todas las libertades y contra todas las tiranías.

Y el 16 de noviembre del propio año:

> No aceptamos ninguna dictadura. Esperamos que cuanto se dijo en esta circular (se refiere a una del prefecto de Milán) no sea humo de pajas. Se trata de la cosa más sagrada del mundo: la libertad. Para proteger la libertad no habría de ser necesaria la autoridad constituida. En Italia no hay nadie que quiera ser gobernado por uno de esos seres que se intitulan Mesías, Zar o Padre Eterno. Queremos la libertad para todos, queremos el gobierno por la voluntad general y no el gobierno de un grupo o de un hombre.

Al pasar a la «secta» fascista, Mussolini dice todo lo contrario:

> No queremos más ideas anticuadas del 1789. No queremos antigüedades podridas. No queremos liberalismo ni democracia: todo eso huele a basura y cadáver. El régimen fascista abandona las antigüedades en el cementerio de la historia. Tanto peor para los pueblos que se retrasan. Nosotros representamos el porvenir. Somos los que estamos frente a las naciones y a la vanguardia del mundo entero.

Esta fanfarronada fue subiendo de temperatura. Y el 7 de junio de 1924 llega a su punto culminante:

> La experiencia italiana y la rusa tienen puntos de contacto en el sentido de que cada una, con más o menos voracidad, se comió el 1789.

Antes, en marzo de 1923, había dicho:

> Sépase de una vez por todas que el fascismo no conoce ídolos ni tiene fetiches. El fascismo pasó ya por encima del cadáver, más o menos putrefacto, de la diosa Libertad.

No terminaríamos nunca si quisiéramos citar todas las frases deliciosamente clownescas que intercala en sus discursos y artículos este nuevo Júpiter tonante...

Vamos solamente a transcribir una nueva muestra que recogimos el día 7 de abril de 1926:

> Nosotros representamos, en el mundo, un principio nuevo. Representamos la antítesis neta, categórica, definitiva, de lo que es el mundo; vamos contra la democracia, la francmasonería y los principios inmortales de 1789... Lo que hizo el pueblo francés en 1789 lo hace hoy la Italia fascista, sólo que en sentido inverso, ya que toma la iniciativa en el mundo y dice

a éste una palabra nueva.

No citaremos más. Como él mismo confiesa, la comedia es antigua, lo único que varía son el vestuario y el decorado. Pero lo que más nos encanta es el servilismo del rebaño, que aprueba, en todos los tiempos, todos los discursos de todos los tiranos...

Mussolini no defiende ninguna idea nueva, ningún principio original, ningún ideal elevado. Disfrazados a lo romano antiguo, trocada toda la nación en un carnaval, con los vestidos de los gladiadores del tiempo de los césares y de las legiones, ataviado Mussolini de emperador romano, los «Hijos de la Loba» fascista representan una tragedia en el escenario político social. Bajo fórmulas aparentemente nuevas para los incautos —fórmulas carnavalescas—, defienden ideas anticuadas y principios fosilizados, pretendiendo resucitar el antiguo fausto poderoso de la Roma cesárea y del imperialismo clásico para justificar su naturaleza lombrosiana y el afán de rapiña imperialista peculiar de aquel pueblo antiguo, eminentemente legislador...

Mussolini escaló el Poder trepando sobre miríadas de traiciones y sobre todos los crímenes.

Las sombras de Matteotti, Amendola, Di Vagno, Piccini, Gobetti, Minzoni, Boldori, Oldani, Gastón Sozzi, Sanvito, Pirola, Ruota, Della Maggiora, Ruggiri, Pietro Ferrero, Domenico Bovone, Sbardelotto, Schirru y tantos otros, anónimos, junto con los 60.000 presos en toda Italia por el solo crimen de no pactar con la política odiosa de un tirano y de una banda de malhechores armados, claman contra los procedimientos innobles de este bufón trágico, traidor a su partido, que vendió a sus amigos y hasta, de manera ostensible, su propia conciencia.

HAN RYNER, EL SÓCRATES MODERNO[90]

Quien llegó a comprender el sueño delicado y profundo de Han Ryner, comienza a realizarse para aprender a amar.

Dulce como un cariño, sereno, imperturbable, fuerte y ondulante, afirma una realización interior continua y sin sobresaltos, profundamente humana también; es elegante en su sencillez espontánea y altiva, a la vez que suave; su estilo, mágico y envolvente, contribuye, al lado de lo expuesto, a crearle una aureola de sabiduría que sonríe en un halo de amor.

Por este motivo, está en lo cierto André Fage[91] al decir que Han Ryner tiene sus fieles, sus apóstoles y sus discípulos, los cuales «le dedicaron un templo en sus corazones», vasto templo envolvente, porque está hecho de ternura, del amor que los espíritus rebosantes de reconocimiento sienten hacer en las profundidades de la vida interior; agradecimiento hacia quien atesora tanta bondad, hacia quien se elevó tan alto que puede esparcir por sobre nosotros, ya desengañados de todo, la bendición de amor de su «voluntad de armonía».

André Fage está en lo cierto, pero quizá no llegó a completar su pensamiento. Han Ryner no tiene discípulos (los discípulos se agrupan para prostituir la idea, el sueño y la dádiva interior de cada maestro), y ninguno de los que podrían considerarse tales, y que nos llamamos sus amigos, ha intentado convertir sus poemas o sueños filosóficos en una religión: la religión «ryneriana». Pero, en cambio, podemos afirmar categóricamente que todos cuantos conocieron la ventura de sentir la belleza luminosa de esa clarividencia de Hombre

[90] *Estudios*, n.º 152, abril de 1936.
[91] André Fage (1883-1948) fue un poeta, periodista e historiador francés.

Libre, aprecian a Han Ryner y le admiran como mentalidad cumbre y genial que atesora, junto con la inteligencia, una gran nobleza de sentimientos propia de un carácter estoico y capaz de despertar en nosotros un esfuerzo sobrehumano con objeto de dirigirnos hacia una realización interior cada vez más bella, y, sobre todo, más profunda.

Siento un deseo enorme, no sólo de comentar la filosofía iluminada de risueña sabiduría, dulce ternura y lirismo, del gran artista querido, sino también de traducir todas sus obras, a fin de que puedan recoger en ella todos los gérmenes de realización individual aquellos seres que tienen corazón para interpretarla en toda su delicadeza y en su vasta armonía encantadora. Es preciso que se conozca el ritmo ryneriano de belleza suave y ondulante, perdido en el caos de la invasión de los nuevos bárbaros, que son los intelectuales, periodistas y hombres de ciencia domesticados, «traperos del pensamiento», vendidos a la violencia, al sectarismo, a la política, a la moral cómoda del Becerro de Oro, a la policía y a la gloria académica.

La obra *Massacre des Amazones*, que publicara en 1899, y *Prostitués*, aparecida en 1903, concitaron contra Han Ryner la conspiración del silencio en torno a su deliciosa filosofía neoestoica, hasta que, por fin, la juventud francesa y algunos elementos de la Academia Goncourt, con su presidente J. H. Rosny, el mayor, al frente, le proclamaron, en 1912, «príncipe de los narradores» (textualmente: *Prince des conteurs*.)

Vale decir que tales acaecimientos no tuvieron significación alguna para Han Ryner, cuyo estímulo es completamente interior y cuya sabiduría le sitúa más allá de la indiferencia y por encima de las agresiones, de los ataques y de los homenajes de las gentes.

«Una voz se hizo para hablar», dice Han Ryner, y jamás el despecho ni la admiración humanas serán capaces de imponer silencio o aumentar la capacidad expresiva de un hombre que posee una

conciencia que le ilumina.

Massacre des Amazones es una excelente sátira contra la literatura femenina de tocador, contra la literatura decadente, profundamente idiota, de las reinas de la elegancia, contra la literatura de los salones y de las «elegidas» que «eligen» a los académicos... y prodigan alabanzas a los poderosos que están encumbrados, batiendo palmas en loor del populacho «de arriba»; contra esta literatura exenta de ideas, patriótica, nacionalista, rutinaria, defensora del pasado, de las preocupaciones mundanas, de la vida social y del «snobismo» literario.

Este libro desencadenó contra él el odio de las mujeres literatas.

Prostitués contiene crueles verdades lanzadas a la faz de la literatura académica y oficial; verdades amargas para los hombres de letras.

Cató claramente las verdades. Atravesó Han Ryner las fronteras de las condecoraciones y tiró de las orejas a D'Annunzio y a otros prostituidos.

En este libro no guardó consideración alguna ni siquiera para las conveniencias sociales y las altas posiciones del escenario de las letras; no respetó reputaciones literarias establecidas internacionalmente, ni ídolos multitudinarios.

«Prostituidos» son todos los que venden a las convenciones mundanas o a cambio de posiciones lucrativas en el escenario grotesco de la sociedad constituida —al capitalismo y a la política— su pincel o su pluma, el cincel o la Musa, la ciencia aplicada a la destrucción, a la guerra o a cualquier otra actividad mortífera, o que adaptan la filosofía a los dogmas y al sectarismo religioso, dominador de las masas y destructor de la razón humana; son los periodistas, abogados, médicos, químicos, poetas, pensadores, filósofos, escultores, científicos, pintores, patriotas, policías y militares, los hombres de letras,

cortesanos, académicos... Es decir, una lista interminable... Son, casi todos...

Esto explica la conspiración del silencio tramada en torno de la obra genial de este artista, filósofo y sociólogo.

Toda esta gente que no puede competir ni siquiera compararse con el talento genial y con la superioridad incorruptible de Han Ryner, se calló ante él, poniendo sus libros en el «Index» de la literatura oficial académica.

Prostituidos (no traducido al castellano) es un libro fuerte, lleno de verdades duras, que Han Ryner tiene el valor de decir, pero siempre con tanta piedad y amor que nosotros inclinamos la cabeza, parásitos de quienes producen con su sudor, aceptando la parte de culpa que nos cabe, y, al mismo tiempo, llenos de agradecimiento hacia quien nos hizo ver claro...

Pero, desde 1920, Francia reconoce, aunque no lo confiese, que es este filósofo lírico, este novelista filosófico, este polemista vigoroso y jovial, orador extraordinario, poeta y pensador, pacifista convencidísimo de la no violencia heroica, que es, en fin, ese sabio neoestoico, el escritor francés actualmente más digno del premio Nobel, premio de la paz y de la sabiduría.

Pero Han Ryner se desvía, se aparta cautelosamente de los premios y de las recompensas, sean de la naturaleza que fueren; huye de los homenajes, defiende su actitud antisocial de individualista libre y sonríe deliciosamente ante la santa ingenuidad o la sacratísima malicia de los humanos que establecieron premios para galardón de quien asciende de los abismos de luz de la conciencia profunda, para el que sabe hallar en el fondo de cada ser evolucionado un tesoro de verdades adecuadas para cada uno de los problemas humanos.

Sería como si nos decidiésemos a premiar al Sol porque esparce por todas partes la luz, el calor, la vida, la fecundidad y el Amor.

CONTRA EL FASCISMO[92]

Somos el puente entre dos épocas, entre dos civilizaciones que luchan a muerte entre el principio de libertad y el principio de autoridad.

Y no tenemos derecho de asegurar, con la complicidad de nuestro silencio, el dominio de un puñado de locos perversos que modelan la psicología de un pueblo (agotado en la guerra), por su barbarismo atávico, por su degeneración retardada.

Protestar contra las monstruosidades del régimen fascista, protestar contra el crimen de lesa libertad individual, de lesa conciencia, protestar contra las crueldades sádicas de esa nueva y feroz inquisición, protestar contra esos delitos infamantes de lesa humanidad —que causan horror y justa indignación y que rebelan las más bellas fibras de nuestra nobleza, de la generosidad, de la altivez— es un deber humano.

Contra el fascismo, en su reveladora, odiosa y ridícula perversidad, están empeñados todos los que luchan por un ideal de liberación.

El fascismo, por su tiranía fratricida, intenta destruir el sueño magnífico de los pensadores de Italia, de sus artistas, de todos sus revolucionarios que, desde Dante a Leonardo, a Rapisardi y a Carducci, a Garibaldi, a Malatesta, a Bovio, a Croce, lucharon para que el género humano salga de las sombras del dogmatismo feroz hacia la grandeza heroica de la Libertad.

Previendo el futuro macabro a que nos arrastran los errores y los crímenes de nuestros contemporáneos, alucinados en la locura trágica de todo el despotismo moderno, ante el fascismo, procuramos

[92] *Tierra y Libertad*, n.º 15. 17 de abril de 1936.

levantar una muralla de protesta con nuestra conciencia, en defensa de la Libertad contra la hidra monstruosa de la Autoridad que la amenaza, pronta a estrangular los más nobles sentimientos de altivez de la dignidad humana.

Y nuestro grito generoso y fuerte de «Muerte al fascismo», no es la violencia: es la «suprema resistencia» de todo nuestro ser consciente contra la ferocidad organizada.

Elevo mi protesta vehemente, vibrante de indignación y de amargura contra esa «Volontà di potenza», contra las crueldades a que han sido condenadas todas las conciencias libres de Italia, cuyo titánico coraje, yergue la voz altiva, espléndida de nobleza, enfrentando, heroicamente, el sadismo voluptuoso de «l'Italia nuova».

En nombre de los sentimientos de la dignidad humana, pronuncio la execración de mi profunda piedad y el desdén de mi conciencia libre.

EL ÍDOLO DE LA CULTURA FASCISTA[93]

Los responsables de la entronización del fascismo son los intelectuales. Es la literatura de los «superelefantes» d'annunzianos, la literatura de la crueldad refinada, del orgullo del dominismo, de la vanidad egoísta, de la voluntad de hacer escuela y ser aclamado y vencer por la originalidad sádica, por la voluptuosidad feroz.

Adaptar un ideal a la bestialidad humana; cultivar cuidadosamente la perversidad para extraer beneficios cuantiosos en nombre de teorías, principios o tesis de idealismo; hacer descender los ideales y ponerlos de acuerdo con los instintos bajos, tal ha sido, hasta ahora, el servicio más destacado de la cultura reaccionaria, del intelectualismo cursi, que simula obrar en nombre de cuanto es noble, santo y puro.

Tiene razón Romain Rolland.

El intelectual comienza queriendo ser sincero. Después, si todo ya fue dicho, necesita hallar la manera de parecer original. Exagera, deforma, principia a mentir. Luego se adapta, porque despertaron sus instintos inferiores. Y ama la crueldad, venera la astucia y la hipocresía y adapta las frases nobles y los sueños delicados a la lujuria, al erotismo, a la crueldad sádica, y consigue la armonía deseada entre la forma bella y la acción que envilece.

Y la crítica le cubre de alabanzas, proclamándole «humano»... y realista.

Tal es el proceso de los «superelefantes», cuyo tipo representativo es D'Annunzio.

Este, con Papini, Marinetti, Pirandello, Coppola, Moraso y

[93] *Estudios*, n.º 153, mayo de 1936.

todos los escritores supernacionalistas italianos, constituyen la legión de los «superelefantes» del dominismo, son los forjadores de Mussolini, cuya cobardía se alimenta de ¡a literatura romanamente carnavalesca e imperialista de los intelectuales legionarios de la «Italia d'oggi», disfrazados para lanzarse a la conquista universal.

D'Annunzio, en *El Fuego*, «con el prestigio del ritmo y bajo el velo de las alegorías seductoras», en su estilo volcánico, confiesa repetidamente que sólo puede hablar de sí mismo; que en la tierra nada hay digno de él si no es su propio arte, su música, su poesía, su estilo fulgurante. Dice: «No existe desacuerdo entre mi arte y mi vida.» Esta confesión es la condena de su arte y de su vida.

Canta gozos sádicos y victorias sobre gargantas cortadas, vientres abiertos y miembros ensangrentados, tirados en pedazos a los pies de los vencedores. Habla, en la «isla ardiente de las fogatas», de la «sangre de la virgen que manaba al golpe certero del bello soldado pagano». «Una sangre tan roja en una carne que parecía de leche. Una matanza que es un festín: soldados de armas elegidas, vestidos riquísimos y actitudes elegantes. El efebo de cabellos de oro traspasando con flechas mortíferas el cuerpo de la mártir, con un gesto altivo lleno de gracia»...

> Cual Eros adolescente, ese precioso matador de inocencias (tal vez su hermano), dejando el arco se entregará, a la mañana siguiente, al encanto de la música, para soñar un infinito paraíso de voluptuosidad.

Esto no es más que una muestra. En cada página de sus obras maestras campea igual sadismo feroz, la embriaguez de la sangre y la carne lacerada, el goce sensual arrancado mediante el dolor del semejante.

La crueldad de la «Italia d'oggi» es hija de D'Annunzio.

Este delirio de imperialismo epiléptico, marcado a hierro y

fuego en la tragedia fascista, ese orgullo del gesto, de la actitud, de la elegancia en distribuir el sufrimiento, está delineado en cada página de su literatura ardiente de feroz voluptuosidad.

Cojamos, al azar, un párrafo de su obra *El Fuego*:

> El orgullo y la embriaguez del duro y perseverante trabajo; la ambición sin freno y sin límites, cultivada en un círculo estrechísimo; la severa intolerancia de la vida mediocre; la predilección por los privilegios principescos; el gesto disimulado para cuanto le arrastraba hacia la multitud, como hacia la presa preferida; el sueño de un arte más bello, más soberbio, a un tiempo haz de luz y cetro de imperio en sus manos: todos esos sueños grandiosos de púrpura la sed insaciable de preeminencia, de gloria, de placer, removieron un confuso tumulto, le deslumbraron y le sofocaron.

Así son todos sus héroes y todos sus sueños Y esa sed de dominar a la multitud por sus pasiones frenéticas le llevó a destrozar el corazón de la Duse[94] que «en la sencillez de su ropaje parecía llevarle, recogida y silenciosa», para entregarse a la agitación delirante de los aplausos retumbantes y apoteósicos prodigados a su arte fulminante.

En la Duse amó la gloria.

Le llevaba la voluptuosidad del dominismo, la ferocidad de la primacía, el ansia de aniquilar las energías de su entorno y saborear el sufrimiento ajeno.

El fascismo, en su delirio erótico de crueldad, es el hijo amado de la lujuria de D'Annunzio.

D'Annunzio es el hijo predilecto de la «Loba Fascista». Pero, como sea que todo es romano en la «Italia d'oggi», resulta que

[94] Eleonora Duse (1858-1924) fue la más célebre actriz de teatro italiana de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

D'Annunzio es un prisionero...

Fiume comenzó la experiencia y las maniobras del fascismo y abrió el paso a Mussolini con el «alalá» d'annunziano... (Véase la obra *Mussolini en chemise*, traducción francesa, con prólogo de Han Ryner, editado por Rieder en París, 1932, y cuyo autor es Armando Borghi, ex secretario general de la Unión Sindical Italiana.)

Pero, precisamente por esto, D'Annunzio representa un peligro para Mussolini. Se le ha elevado a la dignidad de príncipe, pero sé le vigila fascistamente.

Artista de la sensualidad mórbida de los romanos de la decadencia, goza, por lo menos en la literatura, del placer de exterminio, y pone la sensualidad sádica de los Borgia, así como la libidinosidad de las huestes romanas, al servicio de su genio, cuyas características se concentran en el saqueo y en la rapiña artística...

El paraíso de D'Annunzio es un paraíso musulmán. «El paraíso a la sombra de las espadas» es uno de los versos de la *Canzone d'oltremare*, que se calificó de plagio, pero que en realidad es un robo descarado hecho a Nietzsche, y que todos los italianos «d'oggi» recitan como símbolo del gran poeta soldado.

La «bestialidad compacta» italiana es la expresión de la «voluntad de potencia». El estilo de D'Annunzio alucina, corrompe, exalta y transporta la imaginación a conquistas brutales con objeto de alcanzar la gloria de mandar y la vanidad de llevar las pasiones humanas al paroxismo del delirio, a fin de revolcarse sobre los propios instintos bestiales por la gloria de ser fuerte, de dominar, de provocar la exuberancia apasionada de la admiración y el loor, crear una época y pasar a la Historia, inmortal entre los inmortales, «Magnífico», conquistador y vencedor, emperador del Arte de las Letras y de las multitudes, romanamente voluptuoso y exaltado teatralmente, absorbente en su narcisismo de ferocidad elegante.

PITÁGORAS, O LA SABIDURÍA DEL SILENCIO[95]

> «Todo lo que construimos en la tierra efímera, es como si escribiésemos en la arena: el huracán de la ignorancia humana apaga las obras de los sabios... Atraigamos, sin embargo, hacia el peñasco fatal, cuanta belleza podamos, y que nuestras obras sean fugas de armonía en la luz eterna» HAN RYNER (*Le fils du silence*)

Pitágoras, el hijo del silencio, pasó 22 años en Egipto, leyendo, estudiando y escuchando a los sabios y hierofantes. En sus comienzos, le ocurría interrumpir a Oinufus, por una pregunta o una objeción. El sabio lo miraba con asombro y durante muchos días se callaba como se enmudece delante de una persona sin inteligencia... Y si acaso respondía, se daba cuenta Pitágoras que su respuesta desviada del curso natural, se transformaba como el río al encontrar un dique, penoso y perturbador. Resolvió no interrumpirlo más y se confeccionó para sí un amuleto escrito sobre un papiro, el cual llevó durante mucho tiempo. Decía:

> Oh, Pitágoras, escucha y no interrumpas. Tu voz es el roquedo contra el cual se irrita espumoso el oleaje de las palabras. Y el mal se retira rápidamente, dejándote pobre y árido. Empero, ¿no es acaso tu silencio el vaso en el cual se precipitan las aguas para enriquecerte?

Muchas veces Pitágoras respondía a los que le interrogaban:

---

[95] *Cénit*, n.º 49, enero de 1955. Versión castellana de Vladimir Muñoz.

> Yo soy el hijo del silencio. Mi palabra siempre me hace perder algo y mi silencio siempre me hace encontrarlo. Permitid que mi boca permanezca cerrada y mis oídos atentos. Traigo en mí un germen que, en el silencio, se esfuerza por subir y crecer.

Cuando ya realmente era el hijo del silencio, el maestro genial decía:

> Permaneced por mucho tiempo silenciosos. No sean vuestras palabras la trampa sonora con la cual cerréis la belleza de vuestra vida. Sea vuestro silencio la abertura por la cual penetréis de lleno para sublimar vuestros días. Se vuelve árbol el grano por la tierra subterránea, el niño se vuelve hombre mediante la fecundidad pensativa del silencio. Vuélvete el hijo del germen ignorado, que tú traes en ti mismo y vuélvete el hijo del silencio.

Sólo después de una práctica silenciosa que abarcaba unos seis años, el discípulo pitagórico era autorizado a traer sus bienes y unirse a la comunidad. Aquellos que no estaban hechos para la vida calma y noble del silencio, se alejaban, pues se aburrían en una vida noble, serena y calma... Dos años de silencio eran necesarios para ser discípulo admitido en la primera iniciación. Era el «gran silencio». Los tres siguientes eran el período del «pequeño silencio». Mientras tanto, absoluto reposo denominado «purificación de la voz» y que sólo duraba una luna.

El silencio era para Pitágoras un nombre absoluto que designaba una cosa relativa. Era la denominación pasiva de la actividad interior que Pitágoras muchas veces definía así: «El silencio es el cuerpo de la meditación». El silencio pitagórico era apenas la disciplina de la inteligencia para avanzar la Verdad y la Justicia, el culto de la Bondad y de la Belleza, en la armonía de los seres. Quería que los hombres viviesen en armonía con los ritmos de la naturaleza, con los ritmos

cósmicos... Decía el gran maestro: «Vivir conforme a la naturaleza es vivir conforme con la armonía universal». Porque Pitágoras tenía siempre como idea básica el transformar la sociedad humana, para darle los fundamentos éticos de una vida conforme a los ritmos naturales. Estudiando las ciencias y procurando descifrar la armonía celeste, Pitágoras quería hacer que las sociedades humanas viviesen dentro de la belleza de los ritmos cósmicos y, por consiguiente, de realizarse su deseo, no serían ya necesarias las leyes de los hombres, o, mejor dicho, las leyes humanas deberían desaparecer para entrar en el concierto musical de la armonía universal... Uno de los ideales máximos, soñado por uno de los más bellos sueños de uno de los hombres más puros que Grecia conoció. No quiso fundar religiones, no fue un iniciado o iniciador de misterios mayores, sino un soñador de una sociedad más humana basada y orientada por la armonía universal. Fue el mayor soñador de la fraternidad universal y del verdadero comunismo de Cristo, en que todo debe ser de todos y en el que cada cual debe dar el máximum para el bienestar general, sin la más insignificante parcela de ambición personal o de vanidades pretenciosas.

Es Pitágoras el llamado hijo del silencio, el que en el silencio de sus meditaciones, descubrió que el triángulo es la baso de todas las cosas o fundamento del mundo de las formas. Mediante el triángulo y el cuadrado, el gran geómetra descubrió muchos secretos de la naturaleza, y fue a causa de su meditación silenciosa que originó su idea de visitar Egipto, con el fin de buscar a los hierofantes y estudiar con ellos los grandes secretos universales.[96] Quería que las sociedades

[96] Era entonces Egipto —cinco o seis centurias a.C.— tierra de grandes sabios y filósofos. La sabiduría del silencio tenía allí gran auge. Narra Paladan: «Los edificadores de la Esfinge granítica eran viejos pensadores, que construyeron esa morada silenciosa, esa afirmación sin palabras, pero quisieron confiar a

humanas se basasen en la ciencia y se iniciasen en la comprensión de los grandes secretos naturales. Sabía el gran educador que «sin aspiraciones elevadas, la pobre alma humana cae en el error». Aún hoy, Pitágoras nacería fuera de su tiempo...

Nació 590 años antes de la era cristiana... el hijo del silencio. Partió para Egipto a los 17 años y estudió allí 20 años con los sabios de Memphis y Heliópolis. Vencido Egipto por el ejército de Cambises, rey de los persas, Pitágoras fue llevado con otros sabios para Babilonia, pero en vez de llorar y amargarse por su cautiverio, lo pasó estudiando la sabiduría y la ciencia de Caldea, durante más de 12 años. Vio entonces a los mejores sabios del mundo y con ellos convivió su genio puro de gran idealista y reformador social, aquel genio de la verdad que «juzgó preferible el instruir a los hombres en vez de engañarlos...»

El Instituto pitagórico, el museo y el templo de las Musas, en medio de cipreses y olivares, se elevaba en los alrededores de Crotona. Aquella pequeña ciudad de sabios y puros, que abrigaba a unos 2.000 habitantes, fue saqueada y quemada por la multitud, guiada por Cilón, digno representante del Estado, la democracia griega, la demagogia y la tiranía organizada. Pocos escaparon al incendio, Pitágoras erró por los campos y fue a morir famélico y muerto de cansancio, cuando contaba 90 años de edad, en un lugar despoblado.

El aspira te a la comunidad pitagórica «pasaba la noche en una solitaria caverna de los alrededores de Crotona, en la que el vulgo pretendía que había monstruos y apariciones, Los que tenían fuerzas para soportar las impresiones fúnebres de la soledad y de la noche teniendo miedo de penetrar o huyendo antes de la madrugada eran rechazados

---

los mismos jeroglíficos, pétreo gesto que impresiona secularmente de manera formidable». [N. del T.]

como mediocres y débiles». Esa era apenas la prueba preliminar. La prueba llamada de la vanidad era mucho más seria. El aspirante, sin preparación, era encerrado una mañana, en una celda triste y oscura. Le dejaban una pizarra y le sugerían modestamente que buscase el sentido de uno de los símbolos pitagóricos, por ejemplo: «¿Qué significa el triángulo contenido en el círculo?», o «¿Por qué el dodecaedro comprendido en la esfera es la cifra del Universo?». El aspirante pasaba doce horas en la celda, con la pizarra y el problema, sin otra compañía que un jarro de agua y un pedazo de pan. Luego era conducido a una sala en donde se encontraban los filósofos... «He aquí, decían, un nuevo filósofo que parece inspirado. Ven y cuéntanos tus meditaciones. No nos ocultes lo que has descubierto».

Pitágoras escrutaba la fisonomía y los gestos del aspirante. Y así descubrió el arte de analizar el carácter por la fisonomía. Su atención concentrada y profunda sobre el rostro del aspirante, penetraba hasta el fondo de su alma. El aspirante:

> irritado algunas veces por esta investigación y sugestionado por no haber podido resolver el problema, enigma que le era incomprensible, carecía del esfuerzo propio al autodominio. Algunos hasta lloraban de rabia; otros, vanidosos, respondían con palabras cínicas; otros, fuera de sí, hacían añicos la pizarra, injuriando al maestro, a la escuela y a los discípulos. Entonces entraba en escena Pitágoras diciendo con calma que, habiendo tan mal soportado la prueba, le insinuaba el no volver más a la escuela, de la cual tan mal opinaba y cuyas elementales virtudes debían ser la amistad y el respeto hacia los maestros.

Cilón, quien persiguió a la comunidad pitagórica hasta extinguirla, fue uno de esos aspirantes y su odio implacable amotinó a la multitud que quemó la pequeña ciudad de sabios de Crotona.

Los verdaderos aspirantes a la comunidad pitagórica

soportaban dignamente la prueba de examen, a fin de poder obtener aunque fuera una parcela de la sabiduría de Pitágoras. Y recibían las felicitaciones de sus condiscípulos. El orgullo, para Pitágoras, era factor de perturbación y de discordia y el orgulloso no progresa en el camino de la perfección. Se sometían los discípulos a las reglas del silencio y estudiaban durante varios años antes de formar parte como miembros de la comunidad. Eran los oyentes («akousmatikoi»). Les faltaba aún la constancia que sutiliza el espíritu y sólo la prueba del silencio durante varios años, podía afinarles tales cualidades. Acostumbraba decir Isócrates que: «Admiramos más a un pitagórico cuando se calla que a los hombres más elocuentes cuando hablan». Después de esa prueba, podían hablar, exponer sus dudas, sus experiencias o lo que habían aprendido durante el estudio de las meditaciones, pasando a formar parte los verdaderamente capaces de la comunidad.

Los pitagóricos en sus momentos de ocio no cazaban ni pescaban: «Ninguna gota de sangre debe manchar, ningún grito de dolor perturbar la paz y la armonía de la vida sencilla y natural y del ambiente en que vivimos». El respeto a la vida era el fundamento de la doctrina pitagórica. Jámblico cita el lema de Pitágoras: «Si os obligan a usar armas homicidas, pasaros al otro lado», aconsejaba a los discípulos. Por otro lado, Pitágoras, desconfiaba y con muy justa razón «de la influencia moral de la mujer instintiva y conseguía hacer de la mujer iniciada, la digna compañera del filósofo».

Debido a su humano prestigio, durante más de veinticinco años, los pitagóricos fueran llamados a ejercer el poder regulador y arbitral entre los pueblos y los gobiernos de los países vecinos. De ahí data el arbitraje internacional, la fraternidad ideal de Pitágoras. El principio de la discreción y laconismo pitagórico era simbolizado, era representado por una cabeza esculpida con un dedo indicador puesto encima

de los labios, indicando el silencio.

Entre las máximas pitagóricas, escogeremos algunas de belleza incomparable para iluminar nuestro estudio de hoy. Por ejemplo:

«Escribe en la arena los errores de tu amigo».

«Venera el número 10: es el número de los dedos de dos manos que se estrechan».

«Amonesta a tu hijo si se entretiene matando insectos: así comienza el homicidio».

«Las águilas son independientes porque no vuelan en bandos. Los corderos que caminan en rebaños, pierden el sexo y obedecen a los pastores».

«Si en la tribuna pública os hablan de igualdad sin que os hablen de justicia, haced descender al orador y selladle la boca con el dedo de Harpócrates».[97]

«Si tratas de vivir en rebaños, soporta a los pastores y a los canes».

«Escucha: serás sabio; el principio de la sabiduría es el silencio».

«Si te preguntasen: "¿Qué es el silencio?" Responde: es la piedra fundamental del templo de la filosofía».

«Mide tus deseos, pesa tus opiniones, cuenta tus palabras».

«La geometría es la ciencia del filósofo. La aritmética es la ciencia del vulgo, que no aspira más que a hacer mayoría, y la del mercader, ávido de lucros».

«Una gota de sabiduría vale más que un tonel de ciencia».

«Mantente en guardia contra la rutina. El imperio del hábito es tan grande que familiariza al hombre con la esclavitud».

«Prefiere el bastón de la experiencia al carro de la fortuna. El filósofo viaja andando».

«No gastes más tiempo en preparar tus alimentos que en

[97] Nombre griego de la deidad egipcia Horpajard o Harpajered, que es como se conocía a Horus en Alejandría. Los griegos lo adoptaron como dios del silencio.

consumirlos».

«El agua del manantial es la bebida de los sabios».

«Sé amigo de la Verdad hasta el martirio, pero no seas su apóstol hasta la intolerancia».

«Cuando abras un corazón sé una luz que en él penetra».

«Imita al sabio. —¿Qué hace el sabio? Se busca. —¿En dónde se busca? En todos los seres en los cuales se puede dar».

«Sé una música. La música es una matemática que canta, que ama y que abre los corazones».

«Joven, antes que estudiar música, aprende Astronomía... El cielo planetario es más armonioso que la música. Consagra un culto a la armonía celeste».

«No te juzgues más sabio que el prójimo, pues probarás así que lo eres menos».

«Perdona a todos, pero no te disculpes a ti mismo».

«Escribe en la puerta de tu casa lo que los otros escriben en el tumulto del mundo: aquí se reposa».

«No interrumpas nunca a una mujer que baila para darle un consejo, es decir, no hables de cosas sabias a seres superficiales».

«Desconfía de la mujer que ríe inmoderadamente: el grito de la hiena se asemeja mucho a las grandes carcajadas».

«Cuando los otros guerreen, dedícate tú a la agricultura: la agricultura requiere los brazos del hombre libre».

«La verdadera muerte es la ignorancia. Muchos son los muertos entre los vivos».

Interminable sería el espigar indefinidamente en ese campo inmenso de belleza, de verdad y de armonía.

A propósito de Pitágoras, dice Schuré:[98]

[98] Édouard Schuré (1841-1929) fue un escritor, esoterista y musicólogo francés, autor de novelas, piezas de teatro, escritos históricos, poéticos y

> La escuela pitagórica posee para nosotros un interés supremo, porque fue la más notable tentativa de iniciación laica. Síntesis anticipada del cristianismo y del helenismo, injertó en el árbol de la vida el fruto de la ciencia. Conoció esa realización interna de la verdad que sólo tiene fe profunda en la fecundidad del ejemplo.

En el *gimnasium* pitagórico, los jóvenes no encontraban los mismos modos rudos de otras escuelas, nada de gritos violentos, nada de grupos tumultuosos, nada de fanfarronadas ridículas, nada de los alardes vanos de fuerza de los atletas incipientes, desafiándose recíprocamente y exhibiendo sus fuertes musculaturas, sino grupos de jóvenes afables y distinguidos, paseando dos a dos bajo los pórticos, o jugando en la arena. Era con gracia y sencillez que convidaban al recién llegado a tomar parte en sus juegos y en su pausada conversación, como si fuese ya uno de lo suyos y sin que lo mancillasen con miradas desconfiadas o sonrisas maliciosas. Pitágoras abolió en su Instituto la lucha corporal, diciendo que era superficial y aún peligrosa, porque se desenvolvía con la fuerza y con la agilidad, el orgullo y el rencor; los hombres destinados a practicar las virtudes de la amistad no debían comenzar por maltratarse los unos a los otros, rodando por la arena como animales salvajes. El odio —decía— nos vuelve inferiores a los adversarios, sean éstos los que fueren.

En el aula, los alumnos veían una estatua de mujer, envuelta en amplio velo, con un dedo en sus labios cerrados; era la musa del silencio. Esa lección y práctica del silencio se origina en la idea que Pitágoras formaba y con justa razón de la enseñanza y la educación, que ejercita a la juventud en la dialéctica y el raciocinio, antes de darle el

---

filosóficos. Su obra más importante es *Los grandes iniciados: Un estudio de la historia secreta de las religiones* (1889).

sentido de la vida, produciendo cabezas vacías y sofistas pretenciosos Exactamente como hoy, en nuestros propios días...

Y entonces, el maestro esperaba desarrollar mediante el silencio y la meditación, antes que todo, en sus discípulos, la facultad primordial y superior del hombre: la intuición.

Sólo los discípulos de segundo grado penetraban en el recinto de las Musas. En el interior, de forma circular, se veía a Hestia[99] o Vesta, envuelta en velo, solemne y misteriosa. Su mano derecha se erguía alta, señalando el cielo, Vesta o Hestia simbolizaba la depositaria del fuego cósmico que existe en todas las cosas. En torno de esa bellísima estatua, otras Musas ostentaban, entre sus nombres, el de las ciencias sublimes que simbolizaban: Polimnia, era la musa de la adivinación. Urania, era la astronomía. Melpómene, con su máscara trágica, simbolizaba la vida y la muerte humanas. Estas tres Musas constituían en conjunto, la cosmogonía o física celeste. En otro grupo escultórico estaba Calíope o la medicina, Clío o la magia y Euterpe o la moral. El último grupo estaba constituido por Terpsícore o Terpsícora, Erató y Talía, simbolizando la ciencia de los elementos, las piedras, las plantas y los animales.

Como puede verse, el organismo de las ciencias aplicado al Universo. Sobre las Musas, Pitágoras decía: «Son sólo puras imágenes de las potencias cósmicas, cuya belleza inmaterial y sublimada, podréis contemplar en vuestro interior».

A causa de esta viva belleza, ambientada con esculturas griegas y árboles milenarios, así como el ameno clima griego, la palabra de Pitágoras. filósofo y artista, fecundaba los espíritus, no habiendo filósofo alguno en todos los tiempos que tuviera discípulos tan felices, tan

[99] En la mitología griega, Hestia era una de las diosas olímpicas, hija de Crono y Rea. Los romanos la veneraban como Vesta.

delicados y tan libres.

Pitágoras decía que el hombre es un microcosmo, un pequeño universo. Y añadía:

> Pero este universo está lleno de tempestades y discordias. Pues bien, lo que se procura es realizar en él, la unidad por la armonía. Entonces y solamente entonces, la paz descenderá hacia el fondo de vuestras conciencias... Sólo por nuestra armonía, confundiéndonos con la armonía universal, podremos penetrar en la esencia de las cosas. La armonía está ya en nosotros; mejor aún, somos una partícula, una chispa de la armonía universal. Pero nuestras tempestades interiores no nos dejan ver la luz.

Pitágoras adoptó la divisa del pórtico de Delfos: «Conócete a ti mismo y conocerás la armonía del universo.» Su ideal reunía tres perfecciones: realizar la verdad por la inteligencia, la virtud por el pensamiento y la pureza por el cuerpo. Y las mujeres iniciadas en el Instituto pitagórico, recibían los principios supremos de su función, dándoles a las que eran de ello dignas, la conciencia de su papel en el mundo: se les revelaba el verdadero amor, la unión perfecta entre los sexos que es la «penetración» de dos pensamientos, en el propio centro de la vida y de la verdad.

Empero, nos es imposible, en los límites de este estudio, decir la belleza inmortal de la sabiduría pitagórica.[100]

[100] Este estudio de Maria Lacerda sobre el filósofo de Samos es un escrito póstumo, espigado en su última obra, *O Silêncio*.

IBSEN[101]

Recuerdo cuando se realizó la sesión pública de la Academia Brasileña de Letras, conmemorando el centenario de Henrik Ibsen. Ocuparon el escenario señores que desarrollaron las siguientes tesis: «La filosofía de Ibsen», «Solness, el Constructor» y «Consideraciones en torno a la sico-patología en la obra de Ibsen».

Cada fase del problema de Ibsen circula en torno a su profundo subjetivismo, sintetizado en esta frase: «El hombre más fuerte del mundo es el más solitario».

Ibsen fue contrario, por lo tanto, a no importa qué rebaño humano, y muy principalmente al que se reúne bajo el manto de la Academia de Letras.

Perseguido por la literatura oficial, esto es, por la literatura académica y política, la que no podía soportar su independencia o su genio, Ibsen combatió, valerosamente, a la sociedad —que es siempre la misma limitación aniquiladora de las energías individuales—. Luchó contra los partidos, sectas, nacionalismos, patrias, banderas; contra toda esa moral de rebaños, defensora de la sagrada institución de la familia —protegida por los literatos y académicos—, contra políticos y moralistas oficiales, contra los vendidos a esta organización social de privilegios y contra los domesticados a los convencionalismos mundanos.

Ya muerto, ¡el genio noruego es aplaudido y conmemorado con homenajes de gobiernos, políticos y académicos!

Los hombres de rebaño y disfrazados con uniforme, mancillan la filosofía y ultrajan la memoria de Ibsen.

---

[101] *Cénit*, n.º 85, enero de 1958. Traducción y notas de Vladimir Muñoz.

Innoble es la desfachatez con que la literatura oficial se apodera de los mayores genios de la humanidad para moldearlos con el vacío de sus expresiones retumbantes, sonoras, sentimentales y «científicas»...

La Sociedad y el Estado son siempre teatrales.

¡Científicos académicos y nacionalistas disertando en torno a la filosofía libertaria de Ibsen, ahogando al genio ibseniano, dentro de la prédica doctrinaria de cualquier sico-patología!

Cuán fácil es llamar de «loco» o calificar de «enfermo» al hombre libre,[102] de incorruptible conciencia que no se vende, que no se domestica, que no pierde la cabeza ante las seducciones (tan poco seductoras para los genios) de la «inmortalidad» y de la efímera gloria exhibida con un uniforme grotesco, para gozo de un instante de mundanismo.

¿Cuál de esos literatos, científicos y académicos sería capaz de decir a su esposa aquella frase de Wangel: «Eres libre, haz lo que quieras y tuya es, solamente, la responsabilidad de tus gestos»?[103]

¿Cuál de ellos tendría la noble actitud de ese Wangel de *La Dama del mar*, que no intenta hacer detener a su mujer, ni aun siquiera persuadirla, cuando ella va en pos de otro amor, convencido de que todos los seres son libres y nadie tiene derecho de limitar la libertad del prójimo?[104]

---

[102] Siempre será más justo poseer en el pensamiento la noble «locura» del Quijote, que la cordura incolora de los rebaños humanos. Por eso Erasmo de Rotterdam escribió el *Elogio de la locura*.

[103] Incapaces y contrarios también a esa expresión son el 90 por ciento de los seres humanos.

[104] El «matrimonio» es un contrato de propiedad mediante el cual el hombre compra (y la mujer vende) una joven, en el mercado «legalizado» y «santificado» de los juzgados y las iglesias. Tal contrato formaliza la «exclusiva» propiedad y la total dependencia de la mujer hacia el hombre. En este sentido, la sociedad es masculinócrata.

Porque Ibsen no hace literatura; indaga, estudia problemas, sin pretender resolverlos, porque cada individuo tiene su problema y su esfinge. La solución que le convenga, debe ser particular e individual.

«Sé tú mismo en la plenitud de todas tus fuerzas»: tal es la filosofía ibseniana.

¿Cuál de los nombrados académicos aceptaría la conclusión de Ibsen en *Casa de muñecas*?

Representa una tesis absolutamente «escabrosa» e inmoral para la cómoda moral de los literatos académicos, para la literatura oficial y para los médicos, necesariamente padres de familia, la de Nora, abandonando el hogar, los hijos, el marido, simplemente porque no puede amar más a ese marido vulgar como todos los esposos que pontifican su envilecedora protección. Nora sintió que toda criatura tiene derecho a buscar su realización interior, reivindicar la libertad individual, que todo ser tiene derecho a ser respetado en sus sueños, en sus ideales y en sus gestos espontáneos, castigados por las leyes inexorables de los hombres.

¿Es principalmente para engañar a los débiles y a los ignorantes? ¿Por qué cultivar la ignorancia y la inconsciencia femenina?

La Nora de Ibsen es una formidable protesta contra la educación, aún hoy propia de la Edad Media, que de la mujer hace un parásito social o un instrumento de trabajo (según a la clase que pertenece), «bibelot», muñeca, «lulú número 1»,[105] cosas estas tan queridas en la literatura de los académicos.

Nora se desembaraza de la hipocresía del hogar y de la familia, convenciéndose de que el casamiento es un negocio que satisface la «sagrada institución» de la Sociedad: la verdadera unión entre los sexos se basa en el amor consciente a la libertad y en las libres y

[105] En francés, en el original.

esclarecidas conciencias de las mujeres y de los hombres.

Helmer es el tipo de marido: sensato, considerado; educa, protege, acusa y juzga, perdona o condena, aplica la pena merecida.

Nora piensa y despedaza, altivamente, los eslabones que encadenaban esa familia.[106]

¿Cómo es que los literatos académicos, presa como son de los convencionalismos sociales, incapaces de apoyar públicamente la maternidad libre y consciente,[107] a la mujer verdaderamente emancipada —tal como lo soñaba Ibsen—; cómo es, repito, que esos hombres de «moral social» y que educan a sus hijitas en los «Sion» y en los «Sacré Coeur»,[108] elogian la obra sin mácula y humana del genio ibseniano?

¡Comedia literaria!

El pato silvestre, la *Casa de muñecas*, *La Dama el mar*, son problemas iluminando la educación sexual de la mujer y defendiendo su individualidad.

¿Y es esta una tesis para una academia de elegantes académicos?

Si las academias y los hombres políticos elogian a Ibsen, ¿qué es lo que queda para nosotros, los indeseables de la literatura y del periodismo oficial, para nosotros que carecemos de un diario cualquiera para expresar nuestros sueños; para nosotros, saboteados por los

---

[106] Posiblemente pensando en la Nora de Ibsen, escribió *Nora o la ciudad prohibida* el sexólogo libertario Jean Marestan, recientemente fenecido. Tal obra fue su último libro.

[107] Estudios, de Valencia, publicó en este aspecto la obra de Manuel Devaldès titulada *La maternidad consciente*, que prologó el Dr. Isaac Puente. En octubre de 1956 se terminó de imprimir la reedición de la obra de Isaac Puente, *Tratamiento de la impotencia sexual*, 176 páginas, numerosas ilustraciones (Editorial Caymi, Lima 1891, Buenos Aires). Libro no agotado que se vende a precio módico.

[108] Colegios religiosos brasileños.

editores y por la prensa oficial en manos de los académicos y de los mercaderes del dolor; para nosotros, que amamos la corriente de Ibsen, que estamos señalados por todos los imbéciles de la literatura perruna; para nosotros, que voluntariamente nos colocamos, como Ibsen y tantos otros, al margen de la ley bárbara, de la moral estúpida y de la sociedad esclavócrata; para la hermosa defensa de nuestros sueños de Libre Individualismo y de Voluntad de Armonía?[109]

Brand es el problema religioso y el problema del apostolado: ¡ay de aquellos que pretenden poseer un ideal de regeneración social!

¡Ay de los que tienen la ilusión de edificar la sociedad futura clamando en pos del rebaño humano!

Brand es la protesta contra la tiranía multitudinaria, contra la ingenuidad del apostolado.[110]

Viven los pueblos de mentiras vitales y el que intenta persuadirlos de que las re compensas sólo vienen de la vida interior es sacrificado sin piedad, inútilmente, por esas mismas muchedumbres, aullantes de entusiasmo, que van detrás de los edificadores de iglesias.

Un enemigo del pueblo,[111] de la moral, la sociedad, la religión, es todo aquel que se eleva por encima de los preconceptos, los intereses, los convencionalismos, del exhibicionismo o del fausto académico; es todo aquel que tiene el valor de proclamar bien alto sus verdades, contra las «verdades muertas» de los rebaños o de los intereses inconfesables.

Espectros es otro aspecto del problema ibseniano. ¡Cuánta belleza, qué admirable lección sintetizada en la frase de Oswald a su madre, protestando contra la degenerescencia del vicio, contra la

[109] «La voluntad de armonía», esencia de la filosofía ryneriana.
[110] Todo apóstol dogmático es un tirano, pues trata de sustituir las demás conciencias por la suya.
[111] Un enemigo del villorrio.

fatalidad hereditaria impresa con hierro candente en su sacrificada existencia: «¡Vaya especie de vida que me diste! No te la pedí. ¡Te la devuelvo!».

Es el acumular taras e hipocresías en los vicios de los ricos piadosos y caritativos. ¿Puede esta tesis ser defendida en las academias, por los literatos «refinados» que, si llegan a ser sinceros, tienen la «sinceridad del eco»?

Peer Gynt es el ridículo del individualismo egoísta.

Hedda Gabler es la voluntad de dominio, el individualismo autoritario.

Nadie tiene derecho a imponer su voluntad a quienquiera que sea o procurar influenciar un destino: las consecuencias no tardan en llegar. Es la desgracia de quien quiere dominar y del que reacciona o acepta, dócilmente, ese dominismo.

Cada cual sólo puede influenciar a su propia naturaleza, pero sabido es que exigir a los otros es más fácil que exigirnos a nosotros mismos.

¡Qué tarde aprende la gente todo esto!

¡Cómo es preciso reaccionar contra lo que nos enseñaron, para percibir esas verdades inscritas en el pórtico de nuestra conciencia!

Werle, en *El pato silvestre*, es aún el apostolado, el problema de la ingenuidad del reformador: todos los que no se aproximan o no realizan su subjetivismo estoico, tienen necesidad de las «mentiras vitales», desde las más bajas y más interesadas, hasta las que se esconden bajo los pliegues de las banderas nacionales, las patrias los chovinismos patrióticos y guerreros o las revoluciones saneadoras,[112] o por

[112] Hoy el término «revolución» ya se ha prostituido. Hasta los curas «hacen revoluciones», Los militares argentinos encaramados en el poder (Argentina, a lo largo de la historia, ha sido un país de arrastrables y espadones) peroran fastidiosamente sobre su «Gran Revolución Liberadora» ¿Quién no emplea

ingenuidad, la incoherencia, la debilidad, o la incapacidad de tener siempre los ojos abiertos, o por la voluntad de dominio.

Hasta el mismo individualismo puede ser la máscara del egoísmo, la sordidez, las bajezas y el delirio de un Nietzsche, con su obsesión de poder, «última forma de la locura».

En «el país de los desconocido» sólo penetra aquel que, al margen de la ley, de los preconceptos de familia, de sociedad, de religión, huyendo de la tiranía de dominio, de persuasión, huyendo de los deberes sociales impuestos por las muchedumbres desencadenadas con su servidumbre voluntaria y sus infantiles ilusiones, procura, en sí mismo, edificar una energía interior que es fuente de incorruptible carácter, de pureza y de valor, para bogar contra corriente en la gran marea societaria; para, cada día más, volverse un hombre libre y un individuo clarividente.

Ibsen se ahoga dentro de las academias.

Ibsen solamente puede respirar el puro aire de las cimas. Si Ibsen surgiese ahora de la sepultura y se viese «honorado» en una sesión «académica», tal vez gritaría: «¡Comediantes! ¡En vida, ninguno de vosotros me reconocía!».

Pero no todo es basura en el lodazal humano. Tengo en mi biblioteca un número especial de *Le Semeur* dedicado a Ibsen y también un folleto editado por esa hermosa revista, reproduciendo el magistral ensayo en torno de la filosofía ibseniana, hecho por otro hombre libre —Han Ryner—, y estudios de personas como Henry Bauër, Laurent Tailhade, Gérard de Lacaze-Duthiers y otros escritores de igual valor, algunos de los cuales reconocían a Ibsen cuando los académicos lo

ese vocablo hoy día? Los políticos, los traficantes, los religiosos, etc. ¡Cuán lejos estamos ahora del significado que atribuía Élisée Reclus a dicho término, en su perdurable obra *Evolución, revolución y el ideal anarquista*!

«apedreaban».[113]

Le Semeur honró así verdaderamente al genio de Ibsen, lo cual nos consuela de los «homenajes» sensibleros hechos en nuestros tiempos al genio escandinavo, por los gobiernos, los políticos, los militares, los moraliteístas y los académicos.

[113] *La filosofía de Ibsen*, de Han Ryner (traducción de Elizalde) fue publicada por Estudios en sustancial folleto de 16 páginas. El texto francés puede encontrarse en el libro de Han Ryner *Face au public*, páginas 24 a 34.

CARPE HORAM[114]

Georges de La Fouchardière,[115] en su libro admirable de gracia y de maravillosa ironía *Didi, Niquette et Cie*, nos recuerda el cuento oriental en el que un príncipe hindú riquísimo quiso recompensar al forastero que le salvó la hija.

Es la Leyenda del Círculo de la Hora.

> Vete con el más rápido de mis caballos y galopa en mi reinado durante una hora. Todo cuanto caiga en el interior del círculo trazado por el galope de tu caballo te pertenecerá. Pero no estés ausente más de una hora. Si al cabo de una hora no has vuelto, lo perderás todo.

Así habló el príncipe.

Y el forastero emprendió el galope.

Al primer día volvió dos horas después.

Perdió por lo tanto. Mas el príncipe, poderoso y reconocido, dejó que recomenzase al día siguiente. Al octavo día el viajero, fatigado, descansó debajo de un árbol y se durmió durante cinco minutos, tiempo suficiente para que el caballo galopara solo y cerrara dentro de un círculo a la propia hija del sultán. Así fue como el forastero se casó con la princesa y heredó todo el reino.

Gocemos de la hora presente, de la hora que pasa, tal es la conclusión del cuento oriental.

Empero, desmedida es nuestra cupidez y nos vienen todas las desgracias por ese torpe afán de correr en pos de la felicidad.

---

[114] *Cénit*, n.º 88, abril de 1958. Traducción y notas de Vladimir Muñoz.
[115] Georges de La Fouchardière (1874-1946), periodista y novelista francés.

Caminamos siempre en busca de lo que tenemos al alcance de nuestras manos, y así se pasan las horas y los días sin que apenas tengamos tiempo de aspirar el perfume de la vida en el propio camino recorrido por nuestra insaciable ambición, en pos de cosas que tan distantes nos parecen, y que están a nuestro alcance, si por un instante nos detuviésemos a gozar de la hora presente.

Son nuestros excesivos deseos, es nuestra avaricia la que hace tediosa nuestra vida, la amargura de nuestros instantes de recogimiento, máquinas de correr como somos, triturantes, irritables, dispersadoras de extraordinarias energías, incalculables. Y todo ¿Para qué?

Todo el delirio del progreso de civilización tiene por fin rellenar los cofres de los reyes de las finanzas y del poder, fomentar las guerras de competición comercial, aumentar los impuestos y sustentar a los histriones políticos o «padres de la patria». Hartos estamos de saberlo y repetirlo.

Dos necesidades predominantes mueven a todo el género humano en una desordenada carrera de locos que nos hace recordar la magistral parábola de los «Laboriosos» de nuestro gran Han Ryner.

Estamos movidos por millones de manecitas que nos obligan a una actividad fantástica, increíble —y ¿con qué fin? —, simplemente para comer y para copular, en la acepción fisiológica.

Para dos cosas tan simples, tan naturales, no era preciso correr tanto.

Los animales y los bohemios nos lo enseñan...

Pero complicamos de tal modo el instinto de la nutrición, hacemos el amor tan caro y tan difícil hasta el punto de empeñarnos en el servilismo de una esclavitud voluntaria, implacable en sus exigencias de fuego eterno.

Y el hábito inveterado completa el cuadro.

Tremendo es el desperdicio de fuerzas para cosas tan ínfimas. Estamos sumergidos en la fabricación de nocivas drogas para envenenar al género humano por la concurrencia del precio módico; para cosas tan ínfimas y siempre insatisfechas, insaciables e n la tarea de aumentar la «educación» del paladar de los clientes conocedores de aperitivos de toda especie; para avivar el sabor beodo del alcohol; mediante el humo, con las vísceras quemadas a causa de las digestiones laboriosas, debidas a los venenos de las conservas y sus mil variados ingredientes; para esas ínfimas cosas los civilizados aportan toda su actividad humana, o mejor dicho, la actividad entera del género humano está exclusivamente monopolizada por las vísceras.

Es hasta simbólica y característica la actitud de los burgueses ricos, banqueros y políticos absorbidos por la ocupación de amparar, con sus dos manos, al vientre prominente —atravesado por la cadena del reloj y la competente medalla de brillantes—, encima de las vísceras.

Dormitan, pesados, su difícil digestión, con toda su fofa carne congestionada, apoplética de imbecilidad y cobardía, de avaricia e inconsciencia.

¡Las vísceras! ¡Son las vísceras!

Toda esa multitud que se amontona en las calles, que se avalancha hacia las casas de lotería,[116] que se atropella en los cafés, que toma

[116] Aquí como en todas partes, son los pobres los que forjan a los ricos. Los que hacen nuevos ricos. Los que rellenan los bolsillos de los ricos. El principal mercado de la lotería está en las gentes menesterosas. Claro que también hay ricos que compran sus buenos billetes, pero es indudable que es el «pueblo» quien aporta el grueso del dinero, fascinado con la obsesión del «gordo» u otro premio mayor, para dejar de ser pueblo, es decir, para largar el trabajo honesto y vivir de rentas. Ricos imbéciles, pobres ansiando el vellocino de oro, todos se valen. Son la misma chusma social, postrada ante el icono mundial del Becerro de Oro.

de asalto los tranvías, todas esas caras sudadas, esas fisonomías exhaustas, todo ese tedio de las horas marcadas a reloj, toda esa locura por correr, ese delirio por encontrar lugar, toda esa gente vuela, para satisfacer el instinto de nutrición y la llamada necesidad de multiplicar la especie.[117]

¡Desgraciada especie!...

Y nadie consigue más que disgustos por no hallar lo que ansiaba. Todos se desilusionan. Pero corren otra vez y tantas veces como días tenga el año y tantas veces ocurran las amarguras y desilusiones del momento anterior.

¡El amor! Se le compra en la prostituta o se satisface en el casamiento indisoluble: sólo la palabra asusta, como si se tratase de las cadenas de una prisión perpetua con trabajo forzado...

¡Qué pavor el que dos criaturas se sientan encadenadas una a otra, por la fuerza de la ley o de las conveniencias sociales, hasta que la libertad venga con la muerte de uno de los cónyuges! ¡Qué perversidad tan grande!

Son las cadenas de acero forados por los propios esclavos, para castigo impuesto a sí mismos, a través de la única sociedad que su estrecha y comprimida mente, repleta de prejuicios, puede concebir.

Y avanza la carrera. Se inventan nuevas formas para triturar al género humano a través del progreso material, simplemente para matar al hambre y satisfacer e l instinto sexual, otra forma de apetito.

Sin embargo, nuestro organismo precisa de bien poca cosa para nutrirse, producir trabajo y recuperar fuerzas, gastadas en el remolino de las contingencias de la vida humana.

---

[117] Maria Lacerda, una de las pocas valientes mujeres que ha habido en el orbe, en un magistral libro, se opuso al dogma religioso sobre la «multiplicación» de la especie. Amar sí, pero sin multiplicarnos. *Amai e... nao vos multipliqueis*, tal es el título, uno de los mejores volúmenes al respecto.

Todavía, es preciso «atiborrar» las vísceras hasta el exceso del artritismo, la gota, la diabetes, las indigestiones y dispepsias heredadas o adquiridas. Y remediamos el irremediable mal con las panaceas de las drogas y con los diagnósticos errados de los médicos. Voracidad que vive de nuestro estómago, de nuestras vísceras laceradas, de nuestros nervios heridos, a través de la actividad fantástica de esta civilización de locos velocistas, que corren estúpidamente hacia la muerte.

Y así pasan las horas invariables: todos procuran la liberación económica, para comer y para amar en el sentido fisiológico.[118]

Si tuviésemos menos ambición y más delicadeza para aprovecharnos de la hora presente, ¡cuántos recuerdos agradables, cuánta belleza, cuánta dulzura, cuánta grandiosidad, cuánto perfume recogeríamos en la vida!

Mas, las preocupaciones de nuestros civilizados es «vestir»[119] para parecer bien y «amar» más fácilmente...

Comer, comer, comer siempre: por hábito, por gula, por superstición, por ignorancia, por comodidad y por sensualismo.

Dinero, dinero, más dinero: para los trapos, las joyas, el automóvil, el alcohol, las rameras, situaciones envidiables y demás tonterías. Y sobre todo para comer y para copular... Comer y amar en el

[118] Ahora mismo, mientras traduzco este estudio, es lo que los conformistas llaman «navidad». Los conformistas religiosos y ateos, que en esto, como en otras cosas, se dan la mano. En este 25 de diciembre, festejan esa festividad cristiana, unos yendo primero a misa, otros sin ir a ella, pero todos atragantándose con comilonas y cenas, de esas que dicen «hay las sepulturas llenas».
[119] Sobre todo el sexo llamado débil, siente poderosa atracción por los trapos. Los comerciantes de telas hacen su agosto, vendiendo ropajes a cuanta dama vegeta por el mundo. Y los hombres, ¡qué poco interesantes son! Si hoy naciera un nuevo Rodin, los esculpiera deformes y sin cabeza y, por pies, dos «pelotas» de fútbol (los coliseos modernos en nada le envidian al de Roma antigua) o dos ruedas de auto. ¡El vicio del auto! Es enorme en todo el mundo...

sentido del vulgarismo [120]

Nada satisface. La avalancha humana continúa interrumpida, en una voracidad asombrosa en pos de la civilización extrovertida, atropellando por todos lados, criando vicios, reglamentando la prostitución «necesaria» para saciar el desborde genital de los moralistas defensores de la «sagrada institución de la familia» y compradores de carne femenina en el mercado de Venus.

Y las pobres mujeres también se venden para comer, después de haberse «perdido»... para amar...[121]

La «vida alegre» (¡triste ironía! acaba por llevarlas a la repugnancia de esa «profesión necesaria», absolutamente necesaria para la moral social de los castos y de los santos puritanos: es tan indispensable la pureza de la sacratísima institución de la familia que, por eso mismo, es tratada por los de «buenas costumbres» a taconazos y despreciada por los hambrientos que no pueden prescindir de esa necesidad implacable y natural.

Son los frecuentadores de las casas públicas, los que dicen «que sienten repugnancia» de ese medio, para satisfacer sus «necesidades», para los que no encuentran otros amores más razonables y más humanos.

Y la gran mayoría de los casados.., Otelos en sus lares, Don Juanes en los otros hogares.

El casamiento, basado en la festividad estúpida de la «himenolatría» y las flores de azahar, también ha sido un fracaso.

---

[120] Vientre y bajo vientre, las dos obsesiones de los vulgares, para los cuales nada mejor en la vida que la panza y la baja panza.

[121] En nuestra civilización «masculinócrata» se insulta o maltrata de pensamiento y de hecho a «la mujer perdida». Lo curioso es que los que se sirven de la carne femenina esclava en los lupanares, verdaderos tartufos, son los primeros en denigrarla. Esos rufianes pululan en el mundo esclavizado e idiotizado.

Todos insatisfechos.

Y nadie sabe o quiere saber por qué nos envuelve la tela fuerte de tantísimas miserias sociales.

Rutinarios. embrutecidos por la civilización industrial, máquinas velocistas, los «Laboriosos»[122] de la parábola, sin tiempo para amar y comer sosegadamente...

Comer deprisa, satisfacer la necesidad del instinto sexual volando, asaltando asustados el cercado ajeno, para recomenzar indefinidamente la corrida vertiginosa.

Si nos dejásemos dormir cinco minutos en la sombra del árbol de la leyenda oriental: quién sabe cuánta felicidad nos llegaría de ese reposo prometedor, confortándonos el corazón lejos del ruido sordo, monótono, hostil, diabólico de las máquinas triturantes de esta civilización de idiotas, que corren jadeantes hasta la muerte.

Pobres que no conocen la satisfacción plena de la sobriedad epicúrea.[123] Desgraciados que nunca supieron lo que hay de hermoso en el Amor, en el puro y noble Amor desinteresado, ingenuo, sencillo, virgen del vulgarismo, en el Amor que no sabe de códigos ni de sacerdotes o proclamas, en el Amor que ignora si hay leyes o sociedad, que no vive del sacrificio inaudito de la prostitución, que no es exclusivista ni asesino, que no tiene obligaciones ni exigencias, que recibe y devuelve centuplicada la ofrenda de un corazón.

Solamente la vuelta a la naturaleza, a la serenidad sencilla del campo, a la sobriedad, nos es ejemplo de cómo se puede huir de la

---

[122] Parábola 16 del libro *Les Voyages de Psychodore*, de Han Ryner. traducido al alemán y al italiano, obra maestra del gran filósofo neoestoico y, cuya tercera edición en francés, no ha sido agotada aún, pudiendo procurarse a un precio verdaderamente módico.

[123] La ataraxia epicúrea, sobre las cosas necesarias e innecesarias. Verdadera regla de conducta para pasar nuestros días con serenidad y dulzura.

locura colectiva de la civilización industrial y sentir toda la gran alegría de vivir.

Pero, dentro de las ciudades —ese amontonamiento de infamias, de vanidades, de amarguras y de miserias —, dentro de los grandes emporios de la concurrencia comercial, no puede quien corre tanto tener la sensibilidad para sentir el perfume de esa flor minúscula, exilada, trasplantada, cultivada artificialmente en la estufa social que prostituye las conciencias, marchitada por la falta de libertad —sol y aire—, secándose, muriendo por su incapacidad absoluta a aclimatarse en el ambiente sofocante del mundo industrial, de ese mundo de proxenetas del Sueño y de arlequines del tartufismo.

LA CIENCIA AL SERVICIO DE LA DEGENERACIÓN HUMANA[124]

La humanidad conserva la mentalidad rutinaria, atrasada, empírica, de todos los rebaños y de todos los tiempos. Aún más: la civilización ahoga el instinto animal de defensa.

La evolución es individual y el tradicionalismo de las multitudes está asegurado por la influencia ancestral fosilizada en el subconsciente colectivo, y por la educación, domesticadora hasta el servilismo.

Empero, si el rebaño humano es siempre el mismo, hambriento de pan y de diversiones, guerras o circo, política o cine, sediento de placeres brutales y de espasmos sensuales, ola inmensa ondulando al gusto de un Alejandro, un Amílcar Barca, un Aníbal, un Jerjes, un Napoleón, un Mussolini, un Papa, etc.; la ciencia por su parte ha producido tanto que ha dado origen al fantástico desequilibrio de la vida social, puesto inmediatamente al servicio de las innumerables perversidades y de toda imbecilidad humana.

Descubrimientos, investigaciones, los métodos científicos atestiguan e l esfuerzo de la élite intelectual. Por otro lado, científicos que se venden cínicamente al poder, al capital, a las vanidades de las exhibiciones.

Y el capitalismo industrializado se apodera de todo ese afán científico, aunque se encuentre en estado embrionario, de manera que canaliza a las energías humanas por una dirección única: la lucha de

[124] *Cénit*, n.º 89, mayo de 1958. Traducción de Vladimir Muñoz.

los competidores, la concurrencia económica, e l asalto a las posiciones ya ocupadas, el nacionalismo y, consecuentemente, las guerras.

Todo el género humano vive en el seno de la complicidad brutal, en la prostitución en todos sus aspectos, ya que la organización social capitalista es un vasto lupanar en donde se compran y venden todos los nobles sentimientos y las más nobles aspiraciones, el Amor y la Conciencia, las más altas manifestaciones de la vida humana.

Y toda la humanidad, en tiempo de paz como en tiempo de guerra, vive, trabaja y lucha para la complicidad que conduce a los humanos hacia los feroces mataderos de los campos de batalla.

Y en cuanto a las iglesias donde se pregona el «Amaos los unos a los otros» y se recuerda e l «No matarás», sacerdotes patriotas bendicen los aviones guerreros, en nombre del mismo Jehová terrible, en nombre del Dios sanguinario de todos los ejércitos de las patrias exclusivistas y del chovinismo cristiano.

Ocurre aún un fenómeno digno de mención: los propios científicos no se sustraen a la influencia de las muchedumbres. Y en sus laboratorios, en medio de retortas y máquinas, experimentan, investigan, se aturden en la inquietud absorbente de resolver problemas o aproximarse a determinadas verdades, admirables, superiores y grandes en su perseverancia; pero, cuando logran una pequeña realización y vienen al escenario social para aplicar el resultado de sus experimentos, caen al nivel multitudinario, descienden a la vulgaridad del dogma, a la mediocridad domesticada y perversa de la Patria y de los partidos.

Porque entonces surge lo nacionalista, lo religioso al servicio de la superstición y de la ignorancia; el ciudadano al servicio de los gobiernos y las banderas, contra otros gobiernos, otros ciudadanos y otras banderas.

Y toda su ciencia se arrodilla a los pies del capital y de la industria.

El esfuerzo superior del hombre libre se desvía y prostituye.

Todos los descubrimientos sin excepción, todas las investigaciones de la ciencia son acaparadas por los intereses industriales y para ulteriores y posibles conquistas bélicas.

L a aviación es un instrumento nacionalista que maneja la embriaguez patriótica o e l espejismo político, para emborrachar a los ciudadanos con la sagrada defensa de la patria gloriosa... Y hasta las palabras tienen su prestigio en el despertar de las emociones o de las pasiones rastreras sobre el sentimiento del «deber nacional».

El vapor, la electricidad, la radio, todo, absolutamente todo, tiene su preponderante papel en la destrucción por la guerra, en nombre del Moloch de la patria.

Sabido es que quienes mueven los cordones de la diplomacia y del Estado son los banqueros, los famosos industriales de aviones, submarinos, acorazados, torpedos y ametralladoras;[125] intereses de caníbales nutriéndose en los campos de batalla.

Y ved como el rebaño humano continúa defendiendo y respetando, patriótica y religiosamente, a todos los intereses legislativos y nacionalistas, a toda autoridad constituida para afilar los cuchillos de la matanza, de esa carnicería piadosa, que corta pescuezos o abre vientres de todos los que van entonando himnos, a alimentar la boca estriada de los cañones, de las máquinas de guerra que reciben y trituran carne humana y la transforman en la moneda corriente con que los grandes industriales y políticos, sus cómplices, compran el poder, la gloria y las cortesanas.

Recuerdo que hasta la inmensa bondad de Mme. Curie trabajaba para la destrucción del género humano. Santos Dumont[126] se

[125] Y todo el arsenal bélico de la era atómica.

[126] Alberto Santos Dumont (1873-1932) fue un pionero de la aviación, inventor e ingeniero brasileño.

sintió profundamente arrepentido por haber contribuido con su invención, a la gloriosa carnicería de dos millones de víctimas, en la civilizadora ferocidad de la Primera Guerra mundial.

El cine cultiva la imbecilidad,[127] el preconcepto de la fuerza bruta, el prejuicio patriota, la superstición religiosa, la moral farisaica de la sociedad filistea, el mundanismo parásito, todas las tonterías seculares y todos los crímenes de bruta alegría. Rara es la película de moral elevada, tan rara que los cinemaniacos, en su conjunto, la repudian.

Fue el séptimo arte un descubrimiento feliz, soñado tal vez para la Escuela Moderna, para el cultivo de la inteligencia, que pronto cayó en las mallas del industrialismo absorbente y fue colocado ante el amargo sabor y el limitado alcance de las multitudes, en vez de servir p ara elevar la mentalidad humana al nivel del ideal científico puro y de las aspiraciones de renovación social por la educación.[128]

Todo esto nos hace pensar que la civilización del dólar será engullida por sí misma, morirá de apoplejía.

Lo que se verifica con el cine al servicio de la imbecilidad y de la ignorancia sentimental, ocurre también con la radio.[129]

La radiotelefonía es el instrumento de la policía, y una agencia noticiosa de todas las drogas que envenenan a la humanidad, inclusive la droga académica y literaria, la droga histórico-patriótica, la

---

[127] Y el cine a domicilio (televisión), en grado superlativo.

[128] En nuestros tiempos, el formidable incremento del vicio del celuloide, cancera infinidad de conciencias. Es posiblemente, el más notable vehículo del tedio y del hastío, dos síntomas crónicos y palpitantes de la multitud aburrida.

[129] El hombre es un animal ruidoso. Los adeptos al silencio pitagórico se cuentan con los dedos de la mano. El vicio de la radio llega a cúspides asombrosas, hasta el punto que son escasas las familias que no poseen en su hogar alguno de esos cajones canto-parlantes, que les ayudan bastante a rematar su ya muerto tiempo.

droga de las caravanas políticas y la droga de los encuentros pugilísticos y los concursos de belleza.

Desgraciadamente, Santos Dumont, Edison, Marconi, Mme. Curie y otros sabios, han sido sin darse cuenta instrumentos del progreso material para la conquista del poder, del dinero, para el estancamiento de las fronteras nacionales, para el incremento de los capitales, de las banderas y los nacionalismos. Desde luego, en tiempos del fascio, ya Marconi llegó hasta vender su conciencia: fascista, marqués, senador, presidente honorario de la academia de las Letras de Italia.

Cada descubrimiento científico es nueva fuente de conflictos nacionales, concurrentes para el periódico aniquilamiento de los seres humanos. En este momento, todos los grandes laboratorios están ocupados en la fabricación de artefactos superbélicos, para la próxima guerra. Hasta hay científicos ocupados en cultivar la violencia de los microbios patógenos.[130]

El mismo mundo proletario, que apenas protesta ahora contra la civilización burguesa capitalista, zapa la degenerescencia de la especie y coopera en esa lucha dantesca, imprimiendo las imbecilidades escritas por la burguesía académica, patriótica y mundana, y fabricando municiones y armas de guerra. Hoy. todas las conquistas del progreso material constituyen armas de guerra para el sustentáculo del dominio de los unos, y para el servilismo y la domesticidad de los otros.

Sin desear el mal a nadie, podríamos afirmar que sería preferible que los obreros se amputasen ambas manos antes de trabajar en

[130] La epidemia de gripe en el pasado invierno, posiblemente ha sido un ensayo bacteriológico patógeno, originado en algún laboratorio bélico del mundo. Ensayo más bien benigno, en espera de una posible guerra de bacterias.

los arsenales guerreros, fabricando para el militarismo. Deberían tener vergüenza de sí mismos si reivindican derechos de libertad, después de ocho o más horas de trabajo en los astilleros de bajeles bélicos, o en esos arsenales de perversas idioteces (verdaderas reuniones de comadres) que son, a guisa de ejemplo, las redacciones de la prensa oficial.

De cualquier modo, dentro de la civilización, toda la humanidad se ve obligada a concurrir hacia el canibalismo patriótico de las trincheras y de los saqueos militares.

Entretanto, e l trabajo intelectual no excluye al trabajo manual y viceversa; por el contrario, la armonía de todo el ser procede de la energía física en acción y del placer de pensar, accionar y crear mentalmente.

El único hombre que no contribuye directamente para la guerra, para la destrucción, para el hambre, para la peste y para la miseria física o moral, es el pequeño agricultor. No el capataz de campo que dirige, gobierna y explota, con el rebenque en el puño, que humilla a sus semejantes, enriqueciéndose con el sudor ajeno; sino el humilde labrador que cava la tierra y siembra la nutrición, la vida, la fuerza, la alegría de la abundancia y la sana fecundidad, puesto que, si no contribuye a la riqueza social capitalista, tampoco posee intermediarios en sus transacciones comerciales.

¿El retorno al trabajo rudo de la tierra será, por lo tanto, con tranquila conciencia, el alejamiento de toda complicidad con la organización social, basada en la explotación del hombre por el hombre? Aunque me parezca que esto no es aún posible, comprendo que es justamente en la producción de la tierra y en la propiedad de la tierra donde se alinea todo el formidable edificio de la explotación social.

Si nadie plantase sino lo estrictamente necesario para sí y para sus hijos menores, para los ancianos, las madres y sus lactantes, como

así para los inválidos de su familia, al mismo tiempo que practicase el apoyo mutuo, no se formarían los «trust»[131] del café , del azúcar del algodón, del arroz, del trigo, de la yerba mate, de todos los graneros de primera necesidad, para hacer la fortuna de los reyes de la agricultura industrializada, que se enriquecen a costa del sudor de los trabajadores del agro.

De ahí la abierta concurrencia para las luchas comerciales de competición, origen de las guerras modernas.

Es el exceso de producción, en todos los aspectos, en la tierra como en las industrias, la causa de casi todos los conflictos en la sociedad actual. Nuestro mal no viene de la carencia, sino del exceso de producción. La miseria del mundo moderno procede también del hartazgo, del exceso de riqueza capitalista y del progreso material. De la mala distribución de los alimentos. Bien ordenado todo, la tierra daría lo suficiente para alimentar a su población.

Es el trabajador verdaderamente consciente, obrero manual o científico manipulando el pensamiento en el fondo de las retortas o en los cálculos o los problemas, buscando los ritmos naturales, buscando la razón de ser de la vida; y no en las fábricas para abrir el vientre de sus propios hijo s en holocausto al sangriento altar de la patria, ese ídolo sanguinario de tan terribles fauces que absorbe las energías de todos los asalariados del trabajo.

Si hubiese verdadera comprensión del deber humano, los individuos libres, hombres y mujeres conscientes, se negarían a pactar con esta civilización de vampirismo social, retornando al rudo trabajo de la tierra, a la vida sencilla y natural, tan llena de compensaciones, de libertad, que culmina en la alegría de la conciencia y que no

[131] Palabra derivada del verbo inglés *to trust* (confiar), que ha tomado el sentido de «monopolio».

desciende a la cómplice lucha del aniquilamiento de la humanidad.[132]

[132] Los familiarizados con la obra de Maria Lacerda, saben que ésta preconiza el libertarismo ruralista. Tierra y Libertad, como escape y solución a la englutidora del pulpo capitalista. Empero, la sociedad moderna, asentada en el mundo de las finanzas (los bancos son los verdaderos y más amados templos del orbe), imposibilita casi dicha realización, pues la gigantanasia industrialista tiene bien asida, a la humanidad esclava. De todos modos, el individuo lúcido y clarividente escapará lo más posible a la explotación despiadada y, visto el horror ciudadano hacia la tierra, procurará hallar libertariamente en ella, la libertad económica.

Este trabajo, como otros que se publicarán de dicha autora en esta revista, aparecen por primera vez en castellano.

DOMESTICANDO[133]

Los diarios de São Paulo trajeron extensas noticias respecto al «hombre de la selva» (*homem do mato*), capturado con dificultad por las autoridades de São José dos Campos, «a fin de ser domesticado».

Tal acción fue una piedad cristiana del vicario de Buquira. «Condolido por su triste condición, ordenó al jefe de policía de São José dos Campos, la detención y «domesticación del silvícola».

Durante doce años João Pedroso vivió absolutamente libre de toda convivencia humana, temiendo menos a las fieras, los reptiles y los mosquitos que a la cupidez, el egoísmo brutal y la bárbara concurrencia de los civilizados.

João Pedroso debió haberse internado por la «selva oscura» más o menos a los 30 años de edad, «en medio del camino».[134]

¿Qué habría conducido a este hombre sencillo a refugiarse en la soledad, el aislamiento, en el seno de la naturaleza, en plena vida libre, imposible de encontrar en sociedad?

¿Y con qué derecho interviene la sociedad en una de esas definitivas decisiones del individuo, obligándolo a «domesticarse», para «civilizarlo» nuevamente, trayéndolo a la convivencia con los hombres?

Y se hace la cosa en nombre de Cristo, individualista libre que también tuvo que huir hacía el desierto, para recuperar fuerzas, para luego desgraciadamente caer en la bajeza de Judas y en la bofetada social.

---

[133] *Cénit*, n.º 90, junio de 1968. Traducción y notas de Vladimir Muñoz.
[134] «En medio del camino de nuestra vida», frase de Dante que se refiere al cénit vital alcanzado por la persona humana.

¡En esos doce años qué estupenda evolución se habrá operado en las criptas profundas de ese solitario de la selva!

¡Pobre João Pedroso! «Domesticado» por la piedad cristiana, «civilizado» por el progreso material, obligado nuevamente a la convivencia con la sociedad, acercado otra vez a los hombres de «olor cruel».[135] Y al ruido pavoroso de sus máquinas y al tintineo envilecedor de sus monedas y de sus hazañas, de prostituidos de la conciencia... ¡Bonita domesticidad, linda catequización, admirable piedad humana!

¡Ni siquiera se nos deja el derecho de huir, de aislarnos una purificación interior, ni sentirnos siquiera con el consuelo de la libertad, en la convivencia panteísta de la naturaleza!

Todo un símbolo es la captura de João Pedroso.

Todos nosotros, sufrimos ya la captura de la sociedad desde el primer vagido. ¡Tan bien nos lo describe Rousseau!

La educación, desde el bautismo al Jardín de Infancia[136] hasta la Universidad, las academias científicas y literarias, la nación, la patria, la sociedad en suma, con todas sus indispensables ramificaciones—religión, familia, Estado— se apodera de la criatura humana, la captura en la cuna y la aprisiona hasta el túmulo —domesticándola, civilizándola—, «condolida» por su ignorancia, apenada por su ceguera en una piedad verdaderamente cristiana...

Es lo que nos enseña la parábola ryneriana de «El Pueblo Ciego»; qué gran placer siento en traducirla para mis lectores:

En aquel país era la luz más dulce que en la propia Grecia. Era allí el clima

---

[135] Olor que despedían los «crueles» (los civilizados) en la hermosa utopía de Han Ryner *Les Pacifiques*, que se desarrolla en el marco continental de la Atlántida, según las referencias que sobre ese hipotético continente desaparecido ofrece Platón.

[136] Clase de Jardineras, Kindergarten, etc. Primera asistencia escolar de los niños.

tan igual que nadie tenía necesidad ni de vestidos ni de casas. Las bayas silvestres brotaban más suculentas y tan sabrosas que nuestros frutos mejor cultivados.

Adorna al margen de los caminos, una gran planta, diez veces mayor que nuestras mieses y, que en vez de dar espigas, da deliciosos panes.

No obstante, los grandes y los sacerdotes son de natural envidioso, los bienes que para ellos no constituyen privilegios y superioridades, pierden todo valor.

Organizan la polis[137] de manera a gozar solos, libremente, de cuantas ventajas tenga el país.

Prohíben a los otro, hombres el recoger los panes y las frutas y dejan pudrirse enorme cantidad de alimentos. Distribuyen a los pobres, víveres insuficientes. Descubrieron así el arte de «tirar los excesos al mar» y de comer inmediatamente después.[138] Sin embargo, son desgraciados, siempre entorpecidos como están y quejumbrosos por las indigestiones, siempre inquietos con la idea de que, a no dudar, en algún lugar escasamente vigilado del país, les roben un poco de lo que, según afirman, les pertenece.

Mientras tanto, hace algunos siglos, encontraron en parte un medio para tranquilizarse.

En cuanto nace un hijo del pueblo, sus párpados son cerrados[139] con una pasta que saben preparar los sacerdotes y ciertos servidores de los ricos, llamados sabios. De esta manera, los grandes, los sacerdotes y

---

[137] Palabra griega significando lo que nosotros entendemos por la «sociedad».

[138] Sabido es que los «excedentes» aun en nuestros tiempos, no pocas veces se han lanzado al mar. Otras se queman. Las más de las veces, desde el tendero de la esquina hasta el gran traficante de los monopolios agrícolas, dejan pudrir los alimentos. A pesar de esa *Geografia da Fome* (Geografía del Hambre) que nos describe como existiendo en el mundo, el gran economista brasileño Josué de Castro.

[139] La mayoría de los pobres, a pesar de tener ojos, no ven la realidad de la vida. Los bárbaros que gobiernan el mundo ya al nacer les prostituyeron la conciencia.

los sabios, sólo ellos gozan de la luz.

Muchas veces maltratan a los otros hombres, los cuales, reconociendo su inferioridad, agachan la cabeza. Además, los pobres, entre sí, son de una espantosa brutalidad.[140]

El oro parece ser inútil en tal país. Pero sin embargo los grandes lo aprecian mucho. Algunas veces, las manos tanteantes de un ciego encontraron un tesoro. Lo que motiva reunión de magistrados. Se examinan algunas de las circunstancias que motivaron y acompañaron el descubrimiento. Circunstancias que parecen fútiles e indiferentes a quien no haya estudiado sus leyes.

No obstante, los magistrados, descubren en ellas lo que denominan justicia y proclaman que el descubridor debe ser condenado a muerte o que es preciso traerlo hacia la clase de los videntes. Entonces, con un agua de la cual guardan el secreto, abren sus párpados.[141]

Entretanto, los grandes, los sacerdotes y los sabios enseñan al pueblo que el país es horrible de ver, y que, sin su sabia administración, la calamidad pública y la miseria, serían el continuo flagelo.

Se lamentan, en alta voz, por el hecho de estar obligados a tener ojos para conducir, a través de los horrores de la región, a sus hermanos más felices.[142]

Canta con ellos el pueblo su ceguera y la dulzura de vivir con los ojos cerrados, sin el trabajo de conducirse.

Además, tras la muerte, afirman, se abren los ojos de los pobres en un bello país, amables como un beso que no tiene fin.

Los ricos, los sacerdotes y los sabios tienen, entre todas sus inquietudes, una terrible angustia.

Algunas veces, en efecto, un hombre del pueblo siente que se abren sus ojos.

---

[140] Ratifica este aserto, el vandalismo ignorante de los pobres asesinándose en las espantosas carnicerías de las guerras, fomentadas y alentadas por los bárbaros que dirigen el mundo.

[141] Nace un nuevo rico (grande, sacerdote o sabio).

[142] Los grandes pretenden ser los «pastores del rebaño» (el pueblo ignorante).

Ocurre el accidente a veces de dos modos. Puede ser que durante todo el día, escape un miserable a la estricta vigilancia, y, a través de sus párpados cerrados, procure ver un mismo objeto.

Los párpados, poco a poco se entreabren y con transparencia sus ojos ven un objeto distinto. En la hora en que el crepúsculo parece incendiar al cielo, el objeto, pacientemente observado, toma, en fin, precisas líneas y los ojos grandemente se abren. El hombre que de repente goza, la vista del conjunto de las cosas, se agita en una felicidad muy grande y grita maravillado.[143]

También puede ser que diga un pobre:

—Yo acepto mi condición, ya que tengo la fuerza de soportarla. Pero, ¿por qué los dioses[144] dan fardos tan pesados a tantos seres desnutridos que oigo por doquier gemir y veo tambalearse?

Si esa piedad es bastante fuerte para hacer llorar, nota que misericordiosamente[145] se abren sus párpados y empiezan a ver, trémulos, emocionados, con una mezcla de piedad y amor, cómo las cosas se agitan a su alrededor.

Mas ocurre que si los nuevos videntes se callan delante del pueblo, o, si consienten en llevar la condición de los ciegos, son soportados. Y de cuando en cuando, se les permite entrar en un colegio de sacerdotes o de sabios. Si uno de ellos practica la imprudencia de descorrer el velo de la luz, se le cierra la boca con una mordaza y se le destierra.

Pero, si atrae el odio de su patria y de la organización social, por querer explicar con qué medios los ojos se pueden abrir, entonces los

---

[143] Nace un hombre libre. Y este es el nacimiento que importa. Vivir deambulando como un cadáver por el mundo, es condición bien triste. Ser muerto que camina. A tal efecto enseñaba Sócrates que «son nuestros padres aquellos que nos hacen nacer a la sabiduría y no quienes nos precipitan al banal nacimiento».

[144] Fantasmas que inculcan en la mente del pueblo ciego, los grandes, los sacerdotes y los sabios, para mejor idiotizarlo.

[145] *Misericordia*, hermosa obra de Benito Pérez Galdós.

grandes, los sacerdotes y los sabios dominan su voz con su griterío.[146]

Le acusan de engañar al pueblo y tienen el consuelo de ver a la muchedumbre ciega, en un impulso magníficamente unánime, arrojarse sobre el mentiroso y descuartizarlo.

¡Pobre João Pedroso!

¡Valor, hermano mío!

Aquí, en la Tierra, dentro de esta organización social llena de piedad cristiana, tan magistralmente descrita en la admirable parábola de Han Ryner,[147] no existen florestas impenetrables para los ojos de la caridad... No importa dónde huyamos, no importa si nos internamos en los sertones[148] o en las selvas silenciosas de voces humanas y de rumores de los duendes legendarios, por todas partes la piedad social irá a buscarnos para la «domesticación», o para «civilizarnos» o para amordazarnos, «condolida» con nuestra suerte...

La vida de João Pedroso es todo un símbolo.

[146] Si es un sabio verdadero y no un «prostituto» se conspira contra él mediante «la conspiración del silencio». Cosa que ocurre actualmente con el propio Han Ryner, verdadero Sócrates de nuestro tiempo. Mientras se alzan al pináculo escribas lacayunos y mediocres a distancia, se arrincona a las verdaderas voces humanas.

[147] Parábola extraída del libro ryneriano «Las Parábolas Cínicas».

[148] Lugares desérticos del Brasil, muy bien descritos por la gran obra de Euclides da Cunha *Os Sertões*.

GUERRA A LA GUERRA[149]

En Francia acaba de negarse a realizar el servicio militar obligatorio Georges Chevé,[150] acusado, por consiguiente, del delito de «insumisión en tiempos de paz».

Chevé no es un rebelde cualquiera y su «caso» aún sacude a la sociedad francesa, habiendo resonado por todo el país y hecho vibrar de entusiasmo a la prensa libre y a los intelectuales de mayor valía de toda Francia.

Y no se reduce a Francia la repercusión del gesto de Chevé.

Se negó a realizar el servicio militar con expresión firme, clara, heroica, sencilla, con tres frases cortas, incisivas: «Obedezco a mi conciencia: es mi Ley».

«No quiero matar».

«Jamás aceptaré ser soldado».

Georges Chevé está en la cárcel, a pesar de que el presidente del Consejo de Guerra y el propio Comisionado del gobierno fueran a saludarlo, a darle la mano en homenaje a sus elevados sentimientos.

Chevé declaró haber visto, siendo un niño, los horrores de la guerra, los mutilados, los horriblemente heridos, el hambre, la desnudez, la brutalidad, toda la salvajada, el pavor, la hediondez de la carnicería y había entendido y sentido y conocido las causas de las guerras y le juró a su propia conciencia que no sería un asesino, que no formaría parte de la escuela de exterminio, que nunca sería un soldado.

---

[149] *O Combate*, noviembre de 1927. Traducción de AEP.

[150] Georges Chevé fue sentenciado a entre seis meses y un año de cárcel (dependiendo de la fuente) el 7 de octubre de 1927.

Y ante el Consejo de Guerra reunido para juzgarlo, declaró valientemente estar dispuesto a todo, excepto a matar, excepto a ser soldado.

Han Ryner, Romain Rolland, el Dr. Legrain, Florian-Parmentier, Zoretti, Georges Pioch, Ch. Vildrac, Pierre Larivière, el «Comité de Defensa Social de Lyon», obreros e intelectuales, pensadores, nombres eminentes y anónimos enviaron a Georges Chevé protestas de homenaje a su noble actitud de objetor de conciencia, apelando a favor de esa bella alma que, sin alarde, sin unirse a ninguna corriente, sin invocar otra cosa que no fuera su conciencia, reivindica el derecho de ser libre, para poder amar al prójimo como a sí mismo.

Convencido de que el crimen abominable que es la guerra, no trae como consecuencia sino más guerras, más luchas, más violencia, más miserias físicas y mentales, más fealdades y más vicios, más hambre y más crímenes, este joven admirable prefiere la prisión a contribuir en reforzar, con su servilismo, un orden social que se apoya en la fuerza de las armas y en el aborregamiento de las multitudes domesticadas, con el fin de mantener la explotación del hombre por el hombre.

Chevé no invocó a ningún pacifista a favor de su objeción de conciencia: ni a Cristo, ni a Buda, apóstoles de la renuncia a la violencia, apóstoles de la paz y el amor.

Tampoco invocó los nombres de Victor Hugo, Tolstói, Courbet, Guy de Maupassant, Alfred de Vigny, Romain Rolland, Bertha Suttner, Upton Sinclair, Mirbeau, ningún antimilitarista, ningún pacifista, ninguno de esos admirables enemigos de la violencia, de la guerra, de la fuerza bruta como salvaguardia de los gobiernos constituidos.

Invocó únicamente el testimonio de su conciencia, y eso es todo.

⁂

Quien leyó *L'Ouragan*,[151] de Florian-Parmentier y lo acompañó durante los 60 meses de «frente»; quien siguió sus narraciones dantescas y acompañó la gran guerra a través de aquella alma de «élite» y a través de la naturalidad, del método espontáneo de sus descripciones, sin alterar, sin la intervención de la imaginación creadora e imprimiendo apenas en su estilo el objetivo de la máquina focalizadora de los acontecimientos de los que fue testigo ocular; y quien conoce la biografía, plena de nobleza y bondad, de Florian-Parmentier y quien conoce su mente selecta; quien leyese *L'Ouragan* con espíritu ávido de penetrar la causa de esos fenómenos sociales, ese comprenderá la razón por la cual el joven francés no quiere matar, no quiere ser soldado y no obedece sino a su conciencia: su Ley.

Parece increíble que todavía haya quien defienda la guerra.

Parece increíble la existencia de patriotas gritando, con las mejillas entumecidas, infladas, la necesidad de la «defensa sagrada de la Patria».

Parece imposible que esa gente no entienda que la guerra está promovida por la industria armamentística —con la complicidad de los padres de la Patria— y que sólo beneficia a los capitalistas y a los políticos profesionales.

Parece increíble que sean los intelectuales, poetas, periodistas, hombres y mujeres de letras, los incitadores de cualquier movimiento patriótico de agresión o defensa, estúpidamente, contribuyendo, mediante su propio servilismo, a la conservación directa del orden social establecido sobre la base de privilegios y miserias, de la explotación del débil por el fuerte.

Los hombres se han tornado en máquinas y sus poleas las

[151] En España se tradujo como *El huracán (memorias verídicas de un soldado francés)*. Lo publicó el mismo año del original, 1930, la editorial barcelonesa Gassó, con traducción directa del francés de Valentín de Pedro.

mueven, a través de cordeles inmundos, las manos seguras del capital, del gobierno y del dogma religioso, los tres males sociales perfectamente evitables: como la sífilis, la tuberculosis y el alcoholismo o la cocaína.

La locura colectiva del progreso material, la carrera desenfrenada hacia el primer palco de la vida, la lucha dantesca por la subsistencia, la ilusión de necesidades perfectamente innecesarias, el cinematógrafo al servicio de la estupidez y de los prejuicios, la prensa alimentando los escándalos y las antiguallas polvorientas de una moral fosilizada, todo, todo, absolutamente todo dentro de esta civilización que no es sino un «tallo» de esclavos, todo tiene una única finalidad: la lucha competitiva, la concurrencia brutal, abrumadora, la guerra bajo todos sus más hediondos aspectos.

La masa, la multitud inconsciente, el rebaño, la máquina humana aumenta con el progreso material, con la alocada persecución de la comodidad y de los placeres efímeros.

Es el mismo *frisson*[152] en las calles, en los teatros, en las salas de cine o en la *écran*,[153] en los cabarés o en los prostíbulos o en el seno de la «sagrada institución de la familia», «la base de la sociedad»: en el lenguaje cretino de los que se alimentan de «verdades muertas».

Es siempre el asalto a las posiciones tomadas, la competencia salvaje, el enfrentamiento, esa carrera de chiflados, en una riña boba de brutos insaciables.

Esta es la tan celebrada civilización, el llamado progreso, civilización de bárbaros, civilización de esclavos, civilización de máquinas, civilización de maniquíes movidos por los brazos fantásticos de la bacteria del capital y de la industria.

---

[152] Escalofrío. En francés en el original.
[153] Pantalla. En francés en el original.

Y la mentalidad del oficial, del militar profesional o del soldado en el cuartel es la misma: sólo se diferencian en el puesto y en la paga. Todos son esclavos y señores en la jerarquía de las posiciones ocupadas: doblemente esclavizados, doblemente serviles, máquinas de mandar de acuerdo a una ley y un protocolo, máquinas de obedecer de acuerdo a un reglamento y una jerarquía.

Papel deprimente el de máquina humana para matar, según una escuela, un reglamento, una táctica profesional.

¡Pobre humanidad! ¡Hasta qué punto ha descendido el hombre, hasta qué abismos de inconsciencia resbaló el alma humana, hasta dónde han llegado las posibilidades de los seres racionales, aplastándose a sí mismas en una alucinación increíble de dementes, hasta el punto de transformarse en máquinas estúpidas y serviles!

Nadie se busca, nadie busca realizarse, nadie procura conocerse o interpretar el fenómeno de la vida, nadie sabe de sí mismo porque el cine no da tiempo, el periódico lleno de disparates sin sentido es el pasatiempo de los domesticados, el cabaré, el vicio, los desfiles oficiales, la sociedad elegante o la caridad mundana, las revistas idiotas, el fútbol, los divorcios de las estrellas de cine o los escándalos «chics», la lucha por la vida, el salario o el juego, todo lo absorben, matando las más admirables energías interiores en el tumulto del progreso tan celebrado y tan castrador de todas las fuerzas latentes, físicas y mentales de cada individuo.

Es el suicidio colectivo, la degeneración de todas las fibras del ser humano, la muerte física y moral de la humanidad, el comienzo del fin de una civilización de brutos.

Tomamos el camino equivocado.

¿Volveremos al punto de partida para una nueva ascensión?

No lo creo.

La domesticidad de todos hace dudar de una ascensión más alta.

Y es por eso que un gesto individualista vale más que toda la literatura de arte y pensamiento de una época.

Georges Chevé ha realizado un acto de heroísmo sin duda mayor que el heroísmo problemático de los militares profesionales, devorando, brutal e inconscientemente, millones de existencias en los campos de batalla, en provecho de los caftens del gobierno y del capital.

Georges Chevé es un milagro en este estúpido instante de imbecilidad que atraviesa el género humano.

Es un prodigio de equilibrio en el derrumbe colectivo.

Quien quiera dirigirse a Georges Chevé tiene aquí su dirección:

GEORGES CHEVÉ
Objetor de conciencia,
Preso militar,
Prisión de Bonne-Nouvelle
ROUEN
(Seine Inférieur)
FRANCIA

SEDUCIDAS Y DESHONRADAS[154]

Las noticias de suicidios diarios se multiplican asombrosamente. Chicas seducidas por sus novios con promesas de matrimonio.

Causó honda impresión pública la revelación de los casos referentes a la profesora Lazara Santos y a la menor Virginia Belchior.

Los periódicos intentan eludir su responsabilidad, apuntada en el ruido con el que tratan todos los pormenores, publicando cartas e informando de los incidentes y particularidades de las tragedias amorosas.

Pero es la prensa la que realmente cultiva e incita, la mayor culpable en el aumento de estos atentados contra la vida propia.

Los periódicos se hacen bajo la rigidez perversa de la moral burguesa-capitalista y los hacen, mayoritariamente, los hombres —bien instalados en la vida desde el punto de vista sexual— y, si hay mujeres en la redacción, en el periodismo, también piensan y actúan desde la hipocresía farisaica de esta moral fosilizada y cargada de crímenes.

Según el código de este moraliteísmo, la mujer virgen que se entrega a un hombre no tiene más que hacer que suicidarse si es abandonada.

Bajo esta moral, la joven está deshonrada, perdida, en desgracia y tiene que cargar con el peso de todos los atributos que buscan inutilizar a un ser humano para la vida.

Nunca la perversidad de seres que se consideran racionales llegó más lejos que en la estrecha concepción de que la mujer (animal que evoluciona por la misma escala zoológica que el resto de animales,

[154] *O Combate*, n.º 4581, 15 de diciembre de 1927. Traducción de AEP.

con las mismas necesidades fisiológicas y los mismos derechos como individuos en la multiplicación de la especie y en la libertad sexual), nunca la maldad humana cayó tan bajo como cuando decretó que la mujer debe guardar su virginidad para entregársela a su «esposo», solamente dentro de la ley, en un día establecido por los padres, por el secretario del juzgado y por el cura y delante de testigos e invitados que están enterados: es en esa noche cuando se rasga una película de carne de su cuerpo, llamada himen.

¡Qué de humillaciones ha sufrido la mujer a lo largo de la historia de esta humanidad tan inhumana!

Y pobre de la que olvide el protocolo. Si, hoy, no la lapidan, no la entierran viva como a las vestales, si no la apedrean hasta la muerte, si no padece los tormentos de la muchedumbre fanática de otros tiempos, se la empuja al suicidio: es obligada a desertar de la vida por sí misma, porque la literatura, la prensa, todo el mundo la señala con el dedo, vociferando lo de «desgraciada», «perdida», «deshonrada», «deshonesta», abriéndole, en caso contrario, las puertas de la prostitución barata en las aceras, con todo su cortejo de miserias, de sífilis, de burdeles, de humillaciones y del hospital y la fosa común.

¡Miserable moral de coroneles, de cobardes y cretinos! Y el hombre crece con sus aventuras, adquiere prestigio, fama y gloria incluso y principalmente entre el elemento femenino.

Es increíble hasta dónde llega la imbecilidad humana, la perversidad de esta moral cristiana, tan divorciada del gentil Nazareno: «quien esté libre de pecado que tire la primera piedra».

En esa concepción estrecha y perversa de esta moral de esclavos y amos, el mismo acto realizado por dos individuos de distinto sexo tiene significados opuestos: la mujer se degrada, se vuelve inmoral, deshonesta, desdichada, está deshonrada, irremediablemente perdida si no encuentra un hombre que le otorgue el título de «esposa» ante

la ley y las convenciones sociales, mientras que el hombre es el mismo, habiendo adquirido quizás mayor estima y valor ante las propias mujeres, y siendo envidiado por los demás hombres.

Esta moral en nada difiere de las de algunas tribus primitivas que los etnógrafos de gabinete estudian con curiosidad y admiración, olvidando que nosotros, los civilizados, somos más salvajes y tan primitivos como los más primitivos entre los salvajes.

Mas, que dentro de la moral convencional de esos indios civilizados y por eso mismo más brutos y más insaciables, el hombre se lleve la parte del león, no es de extrañar. Lo que asombra es la actitud servil de la mujer —la idiotizada secular—, su cerrazón mental para percibir la idiotez de la moral cristiana (¡Cuántas barbaridades se cometen en nombre de Cristo!), que quiere someterla a la gehena de las leyes mezquinas de los hombres, privándola de la libertad de gobernar y dirigir su propio cuerpo a su antojo, derecho que pertenece, en la escala zoológica, a todos los animales.

Después, la educación o la deseducación femenina, la rutina, la tradición, se encargan de lo que falta para cerrar, en un círculo de hierro, el cerebro de la mujer para impedirle razonar y percibir la tutela milenaria que la tiene sometida bajo prejuicios y dogmas religiosos, exclusivamente para el placer bestial del sexo fuerte que, por fuerte, es el que se encuentra en mejor posición.

De ahí el suicidio de tantas energías bellas y jóvenes; crimen practicado por la sociedad legalmente organizada, por la moral farisaica de los cristianos piadosos y caritativos, cuyo portavoz es la prensa, pro gobierno u opositora, religiosa o laica. Esas chicas no llegan a razonar ni siquiera un momento para comprender, para sentir que nuestro corazón tiene más de una primavera, que el amor puede renovarse, que amamos más de una vez en la vida, según las etapas de nuestra evolución. No se han apercibido de que nuestras edades de

oro, los 15, los 25, los 30 y los 40 nos enseñan experiencias inéditas y cada vez más bellas y nos dicen cosas hermosas a través de las ilusiones del amor, que en todas las edades tiene su estación perfumada de sueños y esperanzas nuevas.

Deshecha una ilusión, otra vendrá, más bella, a poblar de imágenes nuestra inquieta imaginación, en la escalada a una evolución más alta.

Y si una experiencia amorosa nos deja un regusto amargo, es, al mismo tiempo, un peldaño para ascender a la cumbre de una ilusión mayor.

No se dan cuenta de que la moral burguesa-capitalista hace, de una porción de la carne femenina, una religión, la himenolatría, mediante la cual sacrifican a la mujer en el altar de los placeres para el sexo masculino.

No ven que la libertad sexual del hombre es ilimitada, que a él no se le considera perdido, que no cae en desgracia por usar y abusar de esa libertad y que no es natural ni justo que haya una moral para cada sexo.

Y la eterna tutelada, la idiota milenaria todavía hoy, en pleno siglo de tantas reivindicaciones femeninas, olvida la más importante de sus reivindicaciones: la de ser dueña de su propio cuerpo, la de su libertad sexual, la del ser humano con el derecho a la alegría de vivir la vida integralmente, en toda su plenitud.

Y se suicida porque ha sido *seducida*, porque ha sido *deshonrada*, porque está perdida.

Santa ingenuidad.

¿Por qué razón poner fin a su vergüenza, si eso que los periodistas fosilizados o perversos llaman vergüenza es la iniciación en la más bella de las Leyes cósmicas, de las Leyes Naturales, la Ley del de la multiplicación de la especie, el «abc» de la Ley Máxima: la Ley del

Amor, la Ley de la Armonía Universal?

Y mediante el desprecio de las Leyes Naturales, las Leyes no escritas, los hombres, sirviendo a intereses egoístas, tan pequeñitos, escriben y promulgan sus leyes de lamentable perversidad, encerrando el corazón humano en la jaula de hierro de una «justicia» de fuego, matando la sensibilidad de las criaturas en la aridez de una moral fría, sin alma, torpe, asesina de millones de víctimas sacrificadas en el templo de Moloch de los prejuicios sociales.

¡Pobre humanidad!

ABOLICIÓN LEGAL DEL DERECHO DE PATERNIDAD[155]

Los hijos de mis hijas mis nietos son;
los hijos de mis hijos, ¿serán o no?
(Reflexiones de un abuelo...)

De la Habana nos llegan telegramas alarmantes, sensacionales, y la prensa comenta, en largos artículos de protesta, la propuesta presentada al Congreso Pan-Americano de la infancia por el delegado de Cuba, Dr. Carlos Piñero (o Carlos Pyñeiro), en el sentido de abolir legalmente el derecho de paternidad, o de resolver la situación legal de los hijos naturales.

Tal propuesta fue atacada inmediatamente, fue rechazada al instante por el congreso, debido a la actitud defensiva casi agresiva de los delegados de Perú y Estados unidos.

La consideraron utópica.

Entretanto, es de presumir que los delegados sabrán que, biológicamente, todos los hijos son naturales.

La maternidad es un hecho verificado, real, natural, y la paternidad es... utópica algunas veces.

El delegado cubano fue irreverente declarando, en voz alta, algo que todo el mundo está harto de saber.

De ahí el rechazo unánime, la reivindicación patriarcal de un

[155] *O Combate*, 29 de diciembre de 1927. Traducción de AEP.

derecho que los hombres, comúnmente, pasan de reivindicar.

En los periódicos, y en el propio Congreso, bramaban la protesta de que tal propuesta determinaría la «creación» del régimen de matriarcado, en sustitución del patriarcado.

Pero es tan absurdo pretender que una ley escrita tenga el poder de «crear» o determinar la aparición de un nuevo ciclo en la evolución social de los pueblos, como resulta absolutamente utópico pretender sustentar la sociedad dentro de un régimen siempre idéntico, imponer a la civilización su detención, impedir que los pueblos sigan las etapas naturales de su evolución.

Los congresistas contrarios a la propuesta se asustaron, como, dicho sea de paso, los periodistas que la comentaron, seguros de que las leyes indicadas por el delegado cubano vendrían a ser un golpe para la moral de la sociedad.

En primer lugar, no serán las leyes escritas, las leyes de los hombres, las que darán el golpe de muerte a esa moral, ya fosilizada y que se destruirá por sí misma, tarde o temprano.

No serán las leyes de los licurguitos modernos las que harán tambalearse los cimientos de nuestra moral de esclavos.

Hagan leyes, decreten códigos enteros o dejen de hacerlas... y las sociedades seguirán, imperturbables, su marcha ascendente en la espiral de la evolución humana.

Caminamos hacia el Matriarcado, lo quieran o no los padres de la verdad o los padres de la legalidad.

⁂

La institución de la familia es relativamente reciente.

En el «clan» o «grey», régimen comunista, la primera organización social, no existía la menor noción de familia.

La criatura pertenece a la tribu o clan, es del lugar en que nace, pariente de todos. Se establece el régimen social del «barrio».

Fuera de ahí, todos son enemigos.

Después viene el «matriarcado». Ahí ya hay una especie de noción de parentesco de los hijos con las madres.

Es, no obstante, indicio de la propiedad de uno de los «amos» de la mujer, el que vive, tal vez, con ella, el que la «protege» más de cerca. Todavía «ese parentesco no es nada más que la garantía de propiedad de un hombre sobre los hijos de la mujer de muchos hombres». Una propiedad «uterina».

Viene, en seguida, el régimen «patriarcal».

El «señor» es propietario absoluto de la madre y de sus hijos. Cuando se casa la mujer raptada o comprada, pasa a ser propiedad de su marido y de la familia de este.

Ahí «ser madre no constituye parentesco».

El hombre tiene todas las mujeres que quiera o pueda mantener. De la poliandria se pasa a la poligamia, hasta hoy mismo, a pesar de todas las alabanzas a la monogamia… y a la familia.

Cosas de la propiedad privada.

Aún en muchos lugares, o en todas partes, podemos decir: «familia y propiedad son sinónimos».

La madre de familia es la «madre de los esclavos» de su propietario y amo, con derecho de vida y muerte sobre ella y sus hijos.

Ese es aún el régimen actual… en el sentimiento más íntimo de los latinos, asesinos de mujeres.

El origen de la familia no merece tanto respeto.

Y la familia, basada en el instinto de propiedad, en la fecundidad de la mujer (la mujer estéril era severamente castigada…) no merece que la defendamos, que la aceptemos con la consideración que le dispensan el púlpito y los moraliteístas, interesados en el cultivo de la

esclavitud femenina a través de su ignorancia.

Hay varias etapas en la evolución del patriarcado, incluida la transacción bilateral entre los cónyuges y hasta el divorcio, condenado desde ese momento por el cristianismo.

Después viene el casamiento legalizado entre los romanos, los más voraces rapiñadores de todos los tiempos. Y son los ladrones históricos que aún nos dictan leyes.

Y ahí es donde verdaderamente surge la familia.

La familia tiene su origen en el régimen de la propiedad privada, del robo y de la herencia, que también es robo.

La familia no es la base de la sociedad, como afirma la «chapa» oficial de los defensores de la «sagrada institución».

La sociedad siempre existió y siempre existirá con o sin familia.

Etimológicamente, conviene repetir, «madre de familia» quiere decir: «madre de esclavos». La familia es el conjunto de esclavos de un amo.

Hoy sigue siendo la «madre de esclavos», en una acepción distinta.

¿Qué son los proletarios si no los esclavos modernos, esclavos de la civilización industrial, esclavos de los acaparadores y adoradores del becerro de oro?

¿Cuál es la función del Estado si no reclutar esclavos para la guerra, por medio del ídolo del patriotismo?

¿Qué son los ciudadanos del Estado, sea república o monarquía o dictadura, si no «carne de cañón»?

El código de Napoleón, basado en el derecho romano, es el que prevalece aún entre nosotros: guerra, propiedad privada, rapiña.

Y, de todas las propiedades del hombre, la mujer es la más codiciada, la más defendida por un egoísmo feroz, el mismo egoísmo del troglodita.

De ahí, pasa de la vigilancia del padre a «posesión» del marido —que la puede vender, prestar, dar, explotar; no obstante, la mata si ella, por sí misma, sin que él se lo ordene, se entrega a otro, o si se quiere emancipar de su «protector», de su tutela.

Es en la propiedad del «amo» que se basa esa cosa comercial, ese contrato legal, esa perversidad que se llama «familia», santificada aún por la religión que, siempre, en todos los tiempos, fue la guardiana avanzada y feroz de la propiedad privada.

La familia se forma de un contrato injusto en el que uno de los contratantes no sabe lo que hace, es tomado por sorpresa y, durante toda la vida, es explotado por el otro, astuto conocedor de que puede usar y abusar de su presa indefensa, cuyo cerebro, cuya razón no funciona por inacción cultivada, calculadamente, a través del dogma religioso, de las supersticiones y de los prejuicios sociales.

La familia, el matrimonio, como diría nuestro paleto si estuviese a la altura de tales problemas, es el trato de un necio con un ladino...

Resumiendo, la evolución social sigue, por lo tanto, los ciclos de:

Barrismo — (Comunismo).

Matriarcado — (Conquistas de guerra).

Patriarcado — (Conquistas de guerra).

Patriarcado — (Patrimonio y producción individual).

Familia — (Herencia y producción individual).

Del patriarcado viene la propiedad privada, cuyo esbozo se verifica en la fase de matriarcado.

La ley, en las relaciones sexuales, tiene como fin asegurar el derecho de propiedad de un amo.

Y la familia, la «sagrada institución», ¿es tan importante como para negar el estatus legal a los hijos naturales?

Sin duda; ante la ley, el Estado.

En lo que disiento del delegado cubano, por consiguiente, es en

que quiera «legalizar», macular, a los hijos del Amor.

Yo los preferiría siempre fuera de la ley: más bellos: es la selección natural.

Los hijos del matrimonio legal son, generalmente, hijos del descuido, de la dote, de la herencia... del comercio, en suma; o hijos del acaso, del tedio, de la pereza, del hábito.

Y la mujer moderna, no la sufragista, la literata de los salones «chic» o la campeona deportiva, sino la mujer superior, ya no quiere ser «madre de esclavos» y por eso no acepta al «amo», al «propietario».

Quiere ser libre y que lo sean también sus hijos.

De ahí que los registre como «hijos de padre desconocido», y sería preferible que ni los registrase.

¿Para ser los esclavos del Estado, la carne de cañón?

Y sus hijos sólo tiene parientes y amigos por el lado materno. De hecho, eso es realmente así.

Es el comienzo del Matriarcado consciente.

Los hijos verdaderos nacerán del Amor, hijos de la maternidad deseada y no impuesta.

⁂

Entonces, hasta aquí, en el régimen del patriarcado, un «seductor» «abusa» de su enamorada, de su ingenuidad, o, mediante la astucia, la fuerza o las promesas tentadoras del matrimonio, la «desdichada» —que es de carne y hueso— «cae», queda «perdida», «deshonrada» y el «seductor» se niega a reconocer al hijo, a casarse con ella.

Y la mujer y su familia exigen, por intermedio de la policía, de las «buenas costumbres», que obliguen al muchacho a unirse legalmente a la «perdida» que, en ese caso ya no será más «perdida» ni

deshonesta...

Está todo arreglado con la intervención de la legalidad.

Extraña moral, extrañas costumbres: si el muchacho es «seductor», cobarde, si conquistó mediante la astucia, con promesas que de antemano estaba seguro de no cumplir, si «abusó», si se niega a «proteger» a la seducida, ¿cómo puede ser que la familia y la sociedad exijan que la muchacha engañada, llena ya de amargura y decepciones, vaya a vivir con semejante protector y propietario durante toda su existencia?

Comercialmente, o dentro de las relaciones de amistad, si nos encontramos con un individuo falso y que se quiere aprovechar y explotar nuestra ingenuidad, nuestra buena fe o nuestra bondad, nos alejamos de él para siempre.

En el matrimonio legal ocurre lo contrario: la mujer, para hacerse «digna», tiene que aceptar, como marido, al individuo cobarde que maltrató brutalmente su cuerpo y los sentimientos más delicados de su corazón amoroso.

Y esa es la moral que la familia, «institución sagrada, divina, legal», defiende encarnizadamente, que las «buenas costumbres» solidifican por medio de la policía y de los preconceptos sociales.

⁂

La familia verdaderamente constituida será la que se base en la maternidad consciente y en la libre elección de la mujer para escoger al padre de sus hijos.

Son las relaciones familiares basadas, no en el dinero o en la propiedad privada, sino exclusivamente en el Amor, en las «afinidades electivas».

Esa debe ser la base de las relaciones sexuales y del Amor en el

nuevo ciclo de la evolución humana.

Pero esa valentía de ser antisocial e ilegal no es, por ahora, ni lo será pronto, de la mayoría: sólo de los individuos libres.

Ya se puede ver algún que otro ejemplo en la sociedad, entre las mujeres superiores: en vez de matar al fruto de sus amores ilegales, como prefiere la moral corriente, buscan conscientemente el placer delicioso de la maternidad libre, para no fabricar esclavos de propietarios y amos exclusivistas capaces de, encubiertos por la ley, privar a las madres de la convivencia con sus hijos, robándolos cobardemente o recuperándolos a la fuerza, por la «justicia» de los hombres.

Y otro pensador (y ya son muchos) reivindica para la mujer el derecho de ser madre fuera de la ley y de las convenciones sociales.

La propuesta del delegado cubano, con actitud libre, no es, pues, una utopía.

Es la más bella de las realidades de los tiempos modernos y, en lugar de asustar tanto a los moraliteístas, a los escribas y fariseos de hoy, a los charlatanes piadosos, debería constituir un motivo de satisfacción, de una gran alegría interior: es el comienzo, el despertar de la conciencia humana para una forma más alta, más equitativa, para una escalada mayor de la evolución social.

No es una novedad, entonces, la predicción hecha por delegado cubano de la desaparición del matrimonio legal como base de las relaciones familiares.

Todo el mundo lo presiente y es justamente la razón por la cual los interesados en la conservación del régimen de explotación del hombre por el hombre y de la explotación de la mujer por el hombre vienen, con una actitud agresiva de defensa, a protestar contra la libre expresión del pensamiento humano en busca de la libertad y del amor.

Estoy convencida de que el delegado cubano sabe que la ley no es ni será nunca la propulsora de esos magníficos acontecimientos en

los ciclos de los estadios de la evolución humana.

Lo que él quería era divertirse con las protestas de los congresistas, con el grito de alarma de la prensa asustada, con la expresión fisionómica de todos los padres absolutamente convencidos de sus paternidades, reclamando sus justos derechos.

¡Cómo nos divierte, a veces, la comedia humana!

Es certísimo que, con sus leyes, les guste o no a los moraliteístas, las sociedades, impasibles, agitadas en el torbellino voraz del progreso material, todavía imperturbables en su órbita, en obediencia a energías, a Leyes más altas, recorrerán y recorrerán sus etapas evolutivas en la espiral de la vida, en el perpetuo convertirse en... en busca de la armonía, de una belleza mayor.

LA POLÍTICA NO ME INTERESA[156]

¿El voto? Ni secreto, ni masculino, ni femenino.

¿El voto secreto? Una confesión pública de cobardía, una confesión pública de la incapacidad de mantenerse erguido, una confesión pública de servilismo y lealtad degradante de algunos, del dominismo de las mediocracias legalmente organizadas.

¿Democracia? Ferrero la definió: «ese animal cuya barriga es inmensa y la cabeza insignificante».

El voto no es una necesidad natural de la especie humana: es una de las armas del vampirismo social. Si tuviésemos los ojos abiertos, llegaríamos a comprender que el rebaño humano vive balando su inconsciencia, aplaudiendo la miseria parasitaria que inventó y representa la *tournée* de la teatralidad de los gobiernos, de la política, del ejército, de la burocracia y sus protegidos, para complicar la vida cegando a los incautos, con el fin de explotar a todo el género humano en provecho de intereses ocultos tras los ídolos del patriotismo, de las banderas, de la defensa sagrada de los nacionalismos y de las fronteras, del honor y de la dignidad de los pueblos.

Después la rutina, la tradición, la escuela, el patriotismo cultivado cariñosamente para que el rebaño alabe, al unísono, la navaja bien afilada de los amos. La religión y la familia se encargan de lo que falta para desmenuzar al individuo.

El voto, la legislación interesada y mezquina de los padres de la Patria, Parlamento, Senados, Consulados, Dictaduras, Imperios, Reinos,

---

[156] *A Plebe*, n.º 19, 8 de abril de 1933. Reproducido en *Verve*, n.º 10, octubre de 2006. Traducción de AEP.

Repúblicas, Ejércitos, Embajadas, Sociedad de Naciones, Paz Armada, Alejandro, Césares, Mussolini: «escultores de masas», símbolos de la ceguera del rebaño humano, ídolos que sustituyen y equivalen, juguetes perversos de niños grandes, sueños transformados en «verdades muertas», infancia, atavismo de paranoicos.

La política es un trapecio.

Derechos del pueblo, sufragio universal... palabras. En el interior del demagogo habita el alma de un tirano. Una vez caída la máscara que seduce al rebaño humano, el dictador salta a la arena de la política, con las dos manos ocupadas: en una el garrote y en la otra el aceite de ricino.

Tiene razón Aristóteles:

> El medio de llegar a la tiranía es ganarse la confianza de la multitud: el tirano comienza siempre por ser demagogo. Así hicieron Pisístrato en Atenas, Teágenes en Mégara y Dionisio en Siracusa.

Lo mismo hizo Mussolini.

Cuando un Ruy Barbosa[157] hablaba tan alto contra los nobles padres de la patria, era porque tenía en el alma el loco despecho de no haber sido elevado a la cima más alta de la voluntad de poder.

En política se actúa de manera inversa: los tribunos demagogos adulan al pueblo, elogian la soberanía popular, proclaman los derechos del pueblo, prometen al pueblo la felicidad y suben, aupados por la embriaguez nacionalista y por el servilismo y la docilidad del pueblo, pero representando a la «población de arriba».

El que quiere subir a las cimas de la voluntad de poder no escoge

[157] Ruy Barbosa (1849-1923) fue escritor, jurista y político brasileño, diputado, senador, ministro de finanzas e impuestos y diplomático.

hablar claro ni toma decisiones sin escuchar a la dirección de su partido. Obedecer es la escuela del que quiere mandar.

El político es un acróbata, y para que alguien sea un acróbata debe empezar pronto a dislocar todas las articulaciones.

Cuando el político se eleva a las alturas de la gloria y del poder, ya se ha doblado tanto, ya se ha curvado, humillado, ya ha convertido su cuerpo en arco y su alma en camaleón, que es capaz de identificarse con el molusco.

Qué difícil debe ser tragarse la libertad de opinión, la libertad de conciencia, la libertad de prensa, el coraje de proclamar en voz alta las convicciones propias, si formamos parte de un partido definido, con declaración de principios, afirmaciones categóricas y actuación organizada metódicamente para derribar partidos contrarios o dogmas religiosos que vienen a combatir nuestros dogmas y a obstaculizar nuestra actividad apostólica.

En el momento en que la prensa se dedica solamente a alabar a los «electos» de cada partido político, si nadie quiere escuchar sino lo que interesa a sus planes y a los proyectos y decisiones de su partido, si todos se preocupan por el ciudadano y desprecian al hombre libre, se trata de estar siempre en contra de alguien, para ascender, para vencer, cueste lo que cueste; si obedecemos la ley en detrimento de nuestra conciencia; ¡si cerramos los ojos para no ver y nos servimos del razonamiento como instrumento para ahogar las voces sinceras! Si sembramos odio y ambición en las farsas patrióticas de los nacionalismos de partidos que se pelean por el hueso de la voluntad de poder, por el hueso de la dominación y de la gloria política, damos alas a una dictadura mussoliniana con todas las arlequinadas del «garrote», batuta de la orquestación paranoica del atavismo elevada a las alturas del genio, y que representará condignamente la dignidad de

Cónsul, como aquel célebre caballo.[158]

También nosotros, insensiblemente, poco a poco, preparamos el ambiente para que surja, en este país, un capataz, látigo en mano, para alborozo de los acróbatas moluscos de las democracias de demagogos.

Somos una nación de leyes.

Y ya lo decía Sócrates: «Es la ley la que corrompe a los hombres». Quien aconseja: "Obedece a la ley", es corruptor a los ojos del filósofo. Pero quien aconseja: "Obedece a tu conciencia", es corruptor a los ojos del pueblo y de los magistrados».[159]

Y, a propósito de la libertad de prensa, recordemos de nuevo a Sócrates: «Me parece bastante insignificante el valor que halla temibles ciertas palabras».

¿Qué es necesario para ser político o servir a amigos políticos?

Escuchar, observar, acatar, obedecer, inclinarse ante los dirigentes de la política, alabar al pueblo, celebrar la soberanía del pueblo, prometer libertad y... hacer gimnasia.

Cada uno de nosotros tiene solamente derecho a gobernarse a sí mismo.

Nadie puede exigir la consciencia de otro.

Los hombres se han olvidado de su propia realización interior para ocuparse de todas las necesidades perfectamente innecesarias, creadas por la codicia del capitalismo absorbente y la incalificable perversidad del industrialismo, de todo, incluidas las conciencias. Una organización social de caftens y de vampiros del sentimiento humano, mantenida por la política, por el capital, por las religiones dominantes, que separa a los humanos en lugar de unirlos, y, mediante la

[158] Incitatus, el caballo de Calígula.
[159] Han Ryner. *Les véritables entretiens de Socrate*.

fuerza armada, escuela de matanza para formar almas de caníbales condecorados.

Cada uno de nosotros tiene su propio gobierno interior: todo que viene de fuera, al no constituir una nota de belleza, de armonía que vibra al unísono con nuestra armonía, es violencia que genera violencia, es odio que genera odio. Mandar, como obedecer, es cobardía: degrada, envilece, idiotiza al género humano.

NI GOBIERNOS NI SACERDOTES[160]

Dos fórmulas éticas abarcan todos los problemas humanos. Y cuando la humanidad las lleve a cabo, habrá encontrado la llave de la palabra perdida y el camino al paraíso terrenal.

Pero solamente el día en que los hombres, en lugar de querer dominar a los otros, sientan que deben dominarse a sí mismos: porque el enemigo está dentro y no fuera de nosotros...

La primera fórmula ética viene de la sabiduría antigua, del Templo de Delfos. La sabiduría moderna le añadió un poema de belleza y armonía:

«CONÓCETE A TI MISMO» — «PARA APRENDER A AMAR».

La segunda fórmula es consecuencia de la primera:

«UNIR AL INDIVIDUALISMO DE LOS ESPÍRITUS EL COMUNISMO DE LAS MANOS»: libertad y apoyo mutuo. Pensamiento libre, libre conciencia y trabajo manual para todos.

Es para la realización de estas dos fórmulas éticas que la humanidad camina en medio del desmoronamiento estrepitoso de la civilización de partidos autoritarios y ambiciones desenfrenadas de poder y de riqueza, en medio del declive caótico de un mundo envilecido de crímenes bárbaros y de errores sanguinarios. Y debe caminar, a pesar del desencadenamiento de las pasiones, en el despertar de los instintos animales más bajos y en la cultura sistemática de ignorancia de las masas, esclavizadas en el servilismo y en la domesticidad de los aplausos a los dueños y déspotas del género humano.

---

[160] *A Plebe*, n.º 34, 22 de julio de 1933. Del libro inédito *Clero, Fascismo e Antisemitismo*. Traducción de AEP.

De nuevo se sienta el hombre, petrificado en su inconsciencia, delante de la esfinge simbólica:

«DESCÍFRAME O TE DEVORO...».

¿Quién será capaz de prever el camino que tomará la sociedad en este caos de confusión, bestialidad, servilismo e ignorancia?

Pero los problemas sin solución se solucionan por sorpresa.

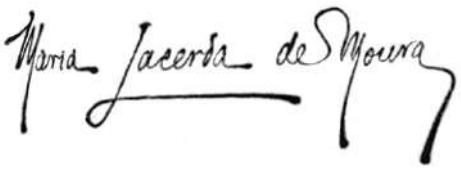
Sobre nuestras cabezas revolotean las llamas de las «ideas-fuerza». No las vemos, pero no es menos cierto que todas las crisis humanas han sido resueltas —a pesar de los humanos— a través de energías latentes, canalizando —siempre para una evolución superior, individual, y una conciencia más clara— los destinos de los seres colocados, como puntos de luz, en la vanguardia de los pueblos, en el mundo de los sueños de fraternidad, en el ciclo intelectual de los forjadores del porvenir.

Por encima de nosotros mismos, por encima de todos los despotismos, por encima de todas las torturas, hay una fuerza latente en el hombre que le conduce a destinos más elevados, a través del ideal de evolución y perfectibilidad.

Es la llama sagrada que perpetuó el espíritu nuevo de la raza judía en ese pueblo de héroes que resurgió de las hogueras de todas las Inquisiciones, que se liberó de todos los Torquemadas de la política y de la religión, para legar al mundo —Freud y Einstein— los dos exponentes más elevados del pensamiento científico moderno.

Descifraremos el secreto simbólico de la Esfinge.

Y, un día, todos los hombres y mujeres de la tierra, sin distinción de raza, de casta, de color, de sexo o de nacionalidad, serán hermanos en el apoyo mutuo y en el respeto mutuo a la dignidad de la conciencia libre: para una evolución superior, a través del tiempo y más allá del espacio...

Solamente ese día, sólo el día de la fiesta de la realización interior

de cada ser humano, sólo el día de la consagración del culto a la Libertad del semejante (porque, hoy, todos saben reivindicar su libertad, pero atropellando la libertad del que tienen más cerca...), sólo el día en que cada individuo realizado sienta y disfrute de la alegría en los corazones de los demás individuos, en la comunión de los sueños y del trabajo, solamente ese día sabremos cantar la Paz y la Libertad, y, por sobre las ruinas bárbaras de los trofeos de la ley del más fuerte, plantaremos la bandera de los Derechos Humanos.